



VALENTINA
GIAMBANCO

**EN LO
PROFUNDO
DEL BOSQUE**

Pàmies

VALENTINA GIAMBANCO

**EN LO
PROFUNDO
DEL BOSQUE**

Traducción de Cristina Alegría Gereñu

Pàmies

LA HUELLA

Títulos publicados:

EL CHICO Steve Hamilton
EL PIRÓMANO Bruce DeSilva
13 DÍAS Valentina Giambanco
HASTA QUE MUERAS Julie Hastrup
CIUDAD DE FUEGO Robert Ellis
SOLA Lisa Gardner
NO HAY CUERVOS John Hart
LA VIEJA ESCUELA Pamela Newton
EN LO PROFUNDO DEL BOSQUE Valentina Giambanco
HADES Candice Fox

Próximamente:

WYATT Garry Disher

Colección dirigida por Iñako Díaz-Guerra

Título original: *The Dark*

Primera edición: diciembre de 2015

Copyright © 2014 by Valentina Giambanco

© de la traducción: Cristina Alegría Gereñu, 2015

© de esta edición: 2015, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

BIC: FF

ISBN: 978-84-16331-49-9

Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Árboles centenarios de más de treinta metros de altura, cedros rojos y amarillos junto a chopos negros y arces enredadera, con sus raíces retorcidas asomando entre el musgo resbaladizo y la madera podrida.

Cuatro hombres caminan en fila india. Lo bastante jóvenes como para avanzar sin dificultad por el complicado terreno, pero también lo suficientemente adultos como para saber que ese día sus vidas se han torcido y desviado para siempre. Caminan en silencio porque no hay nada que decir.

El líder se seca el sudor de la nuca con un raído trapo gris y señala una rama muerta que sobresale de la tierra, lista para atrapar sus pies. Los otros la bordean con cuidado. No es un hombre amable. Es un individuo despiadado que tiene prisa por acabar su trabajo y salir del bosque.

Los otros le siguen, preocupados por sus cambios de humor y por la dificultad del terreno. Miran hacia delante y nunca se dan la vuelta. Si lo hicieran, podrían ver al chico que va en brazos del último hombre de la fila, el chico que lleva sin respirar tanto tiempo que les parece que han sido horas. De once, quizá doce años, pelo rubio rizado y labios pálidos. Cogen sus palas y siguen caminando.

El hombre que lleva al chico en brazos mantiene sus ojos fijos en la espalda del que camina delante de él. Los delgados brazos del chico se balancean y sus manos acarician los tallos altos. Entonces, con un ruido enorme, aspira una bocanada de aire y abre los ojos. El hombre se tambalea y el chico va a parar encima del suave musgo.

El chico no ve que los otros se giran para mirar mientras está tumbado en el frío suelo. Coge aire con fuerza y por encima de él, más allá de las últimas ramas, el cielo es tan azul que duele mirarlo.

La noche anterior

La detective de Homicidios Alice Madison rebuscó en su interior un último atisbo de calma. El bosque crujía a su alrededor y un soplo de brisa le acarició el corte de la mejilla.

Ese preciso momento era el único tiempo del que iba a disponer. Estaba agotada, aterrada, y su lucidez mental parecía cosa de hacía mucho tiempo. Todo se reducía siempre a lo mismo: «¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?».

Apuntó con su Glock al hombre que tenía enfrente y se preguntó si aquella suave brisa vespertina afectaría la trayectoria de la bala, si un pequeño pedazo de metal cumpliría la función que le estaba encomendada o si la luz del anochecer afectaría a su puntería. Esa precisión, labrada a fuerza de perseverancia y determinación, era lo único con lo que podía contar.

Alice Madison no había apuntado ni disparado nunca a un ser humano antes de llegar a aquel bosque, y esto no era lo que le habían enseñado en la Academia de Policía. Su objetivo ni siquiera suponía una amenaza para ella ni para sí mismo, tampoco para ninguna otra persona: apenas se sostenía de pie.

Madison apretó el gatillo y en su fuero interno supo que acertaría, al igual que un *pitcher* conoce cómo se curvará la pelota en el aire nada más soltarla.

Tres semanas y cinco días antes

1

Alice Madison se movió incómoda en el confortable sillón tapizado y se ajustó la pistolera que se le clavaba ligeramente en el costado derecho. Lanzó una rápida mirada por el amplio ventanal. Puget Sound brillaba bajo la mortecina luz de enero con su superficie plateada salpicada de blanco mientras el monte Rainier se alzaba por encima de sombras azules en la lejanía.

Se dio la vuelta al darse cuenta de que el silencio se había prolongado más de lo debido. El doctor Robinson la observaba.

—No se preocupe. Ya sé que la gente viene aquí por mis acertadas observaciones psicológicas, pero solo se quedan por las vistas —dijo.

Había hecho el mismo chiste la primera vez que se habían visto, unas semanas antes. Ella esbozó apenas una sonrisa, al igual que había hecho aquel otro día, no del todo segura de que él se hubiera dado cuenta de que se había repetido.

El letrero del vestíbulo de entrada rezaba: «STANLEY F. ROBINSON, PHD». La consulta, situada en la planta decimoquinta, estaba decorada con elegantes colores suaves.

El doctor pasaría de los cincuenta, tenía el pelo corto salpicado de canas y ojos grandes de color marrón. Un aspecto adecuado para un psicólogo que trabajaba con policías: aparentemente inofensivo con arranques inquisitivos, pensó Alice.

—¿Cómo ha ido su semana? —le preguntó él. El despacho del doctor Robinson estaba cuidadosamente libre de cuadernos o bolígrafos. Si tomaba notas, lo hacía después de las sesiones.

—Bien —contestó Madison—. He tenido que ordenar el papeleo de varios casos antiguos. Un incidente doméstico que resultó no ser nada importante. Lo habitual.

—¿Ha pensado en el incidente del bosque? Quiero decir, ¿durante algo más que unos segundos al día?

—No.

—¿Ha experimentado algún pensamiento inusual o ha tenido alguna reacción diferente durante su trabajo? Quiero que decida usted qué es inusual.

—No, nada inusual.

—¿Alguna reacción al cloroformo o algún otro episodio de síndrome postraumático?

—No.

—¿Nada sobre esta última semana o, en general, algo de lo que quiera hablar?

Madison tuvo la decencia al menos de fingir que se lo estaba pensando.

—No, nada —dijo finalmente.

El doctor Robinson se quedó pensando su respuesta durante un momento. Se reclinó en la silla.

—Detective, ¿cuántas sesiones hemos tenido hasta la fecha?

—Esta es la tercera.

—Correcto. Y esto es lo que sé de usted. Es detective de Homicidios. Se unió a la brigada el pasado noviembre. Eso es, ¿hace cuánto?, como dos meses y medio, más o menos. Es licenciada en Psicología y Criminología por la Universidad de Chicago —por cierto, buen centro, excelente equipo de fútbol—. Su expediente en el Departamento de Policía de Seattle es impecable. Juega limpio y no hay nada preocupante en su vida privada. Ni siquiera una multa de tráfico. ¿Voy

bien?

—Sí.

—Bien. En diciembre se desató el horror, y, una vez calmadas las aguas, el departamento la envía aquí para asegurarse de que está preparada para el trabajo, para proteger y servir. Es muy sincera: admite reaccionar al cloroformo como consecuencia del ataque de Harry Salinger contra usted y su compañero, pero eso ha dejado de ocurrir hace semanas. No tiene ataques de pánico, no hay ningún incidente relevante de estrés postraumático. Nada, después de lo que sucedió en el bosque: el niño, el rescate, la sangre.

Se detuvo y Madison le sostuvo la mirada.

—¿Sabe cuánto tiempo he tardado en tener esta información? —No esperó su respuesta—. Siete minutos. El resto del tiempo, todo lo que he conseguido han sido «bien», «lo habitual», y «nada atípico».

—¿Qué quiere de mí, doctor Robinson?

—¿Yo? Nada. Me contento con que venga y admire las vistas. Le viene bien distraerse y a mí me pagan igual. Pero esto es lo que pienso. Aunque certifique que está en buena forma para el trabajo y preparada para proteger y servir —que lo está—, es simplemente inimaginable que esos trece días de diciembre no hayan dejado en usted ninguna huella. Así que esto es lo que creo que pasa: tiene pesadillas de vez en cuando, posiblemente un recuerdo exacto de lo ocurrido, aunque creo más bien que son pesadillas sobre cómo percibe tanto lo ocurrido como la naturaleza de su actuación en aquellos acontecimientos. Y, sobre todo, me apostaría algo a que tiene mucho cuidado de no estar nunca a solas con su ahijado desde que lo sacó de aquel bosque. ¿Qué tal voy?

Madison no contestó.

—Encantado de conocerla, detective. Que le vaya bien.

Había anochecido. Alice Madison aparcó su Honda Civic en el sitio habitual en Alki Beach. Llevaba la ropa en una bolsa de deportes en el maletero, pero se apoyó sobre el capó y dejó que el aire salado le llenara los pulmones. El transbordador de Seattle a Bremerton pasaba en ese momento y una bandada de gaviotas seguía su rastro. La isla de Bainbridge era una franja azul verdosa al otro lado del agua y el centro de Seattle brillaba en la distancia.

Por lo que podía recordar, incluso desde su época de agente novata con su uniforme pulcramente planchado, tenía la costumbre de venir a Alki Beach y correr después de sus turnos de trabajo. Le gustaban la sensación cálida de la arena bajo sus pies y el ritmo de la marea después de un día duro; el mero disfrute después de un día de trabajo. Era una constante en su vida y Madison se sentía afortunada, porque sabía muy bien que había pocas cosas parecidas.

Después, nada más acabado el año, tras aquellos trece días, Madison volvió a la playa, se cambió de ropa, empezó a correr y se sumió rápidamente en un recuerdo de aquel día tan vívido, tan físico, que tuvo que detenerse. Seguía notando el olor a resina fresca de pino. Tenía las manos en las rodillas y el agua le cubría los tobillos, empapándole las deportivas. «¿Algún sueño del que quiera hablar?».

Su brazo se había curado. El resto le llevaría el tiempo que fuera necesario. Madison se cambió en el asiento trasero. Dio unas primeras zancadas tímidas mientras ignoraba el suelo del bosque que sentía bajo sus pies y el repentino olor a sangre. Siguió corriendo.

El tráfico de la hora punta condujo a Madison hasta la avenida California sin aparente esfuerzo por su parte; siguió el flujo de vehículos hacia el sur con las ventanillas bajadas y la descolorida sudadera granate de la Universidad de Chicago pegada a la espalda. Se limpió el sudor de la frente con una manga y condujo mientras escuchaba la emisora local de noticias y sin pensar en el doctor Stanley F. Robinson.

Buscamos nuestra suerte donde podemos, y Madison detuvo el coche en un aparcamiento enfrente de la tienda Husky Deli y estiró sus maltrechos miembros mientras cerraba el coche con llave.

En su primer fin de semana en Seattle, su abuelo la había traído aquí para comprar un helado. Su abuela andaba atareada en un mercado cercano. Se sentaron en la barra. Él observó a la chica de doce años que apenas conocía y le habló como no lo había hecho nadie antes.

—Espero que te guste este lugar, de verdad lo deseo. Todo lo que te pido es que, en caso de que cualquier cosa te preocupe, cualquier cosa, que me lo digas, nos lo digas. No sé qué ocurrió con tu padre y no te pido que nos lo cuentes. Todo lo que te pido es que no te escapes, que no desaparezcas en mitad de la noche. Y nosotros pondremos todo de nuestra parte para ayudarte en lo que haga falta.

Luego extendió la mano. Alice la miró. Nadie le había pedido nunca su opinión. Cogió el cucurucho de nuez y sirope de arce con la mano izquierda y le ofreció la derecha, pegajosa por el azúcar. Ellos mantuvieron su palabra y ella cumplió su parte.

Madison restregó la suela de la zapatilla contra el bordillo para deshacerse de la arena de Alki Beach que se había quedado atrapada en las ranuras de la suela. Se mezcló con el resto de clientes y llenó una cesta con comida para llevar y un sándwich de pollo con anacardos, sin perejil, y una sopa de brócoli con queso que probablemente no llegaría a casa.

De pie, en el mostrador, parecía igual que todo el mundo.

—¿Una ración o media? —preguntó el hombre.

—Una entera.

—¿Taza o bol?

—Bol.

—¿Pan?

—No, gracias.

La mirada del hombre se detuvo una fracción de segundo en la fina línea roja de cinco centímetros que tenía Madison sobre la ceja izquierda. Se borraría con el tiempo, había dicho el médico. A Madison no le había importado nada entonces y tampoco le preocupaba ahora. Lo único que ocurría era que ahora era un poco más reconocible, a causa de todo el revuelo de noticias e informes que habían propagado los medios durante los primeros días de enero.

El hombre asintió; probablemente llevaba trabajando ahí desde que se inventó el pan.

—¿Un cucurucho? El de delicia de caramelo está recién hecho.

Madison sonrió.

—Hoy no.

Comenzó a tomar la sopa antes de arrancar. Para cuando giró en Maplewood y entró en el camino de acceso, el envase estaba vacío.

Three Oaks es un vecindario lleno de vegetación en el extremo suroeste de Seattle, rodeado por un lado por las tranquilas aguas de Puget Sound y por el otro por tramos de bosque y viviendas unifamiliares con jardines bien cuidados.

Madison aparcó junto al Mercedes de sus abuelos y se colgó la bolsa de deportes al hombro. Mientras abría la puerta con el brazo ocupado con la bolsa de la compra, se descalzó y empujó la

puerta suavemente con un pie hasta cerrarla.

Avanzó hacia la cocina y ordenó la compra. Con las luces apagadas atravesó la sala de estar y abrió las puertas francesas para dejar entrar aire fresco. Una luz roja parpadeaba en el contestador. La ignoró y se acomodó en una silla del porche, con los pies apoyados en la barandilla de madera, dispuesta a comerse el sándwich.

El jardín bajaba en pendiente hacia una estrecha playa a la que daban las viviendas más próximas al agua, con sus altos abetos a ambos lados cumpliendo su función mejor que una valla. Madison observó las plantas y los setos en la penumbra; pronto empezarían un nuevo ciclo de vida: los arces japoneses, los magnolios, todos ellos plantados y cuidados por sus abuelos.

A pesar de no entender de jardinería, Madison limpiaba, regaba y cuidaba el jardín para asegurarse de que se mantenía vivo, porque ellos ya no estaban allí para hacerlo. Le preocupaba que sus buenas intenciones no compensaran su ignorancia. Así sucedía generalmente en su trabajo.

Un buen rato después de que las estrellas comenzaran a brillar en el cielo, Madison entró en la casa. Colocó la Glock en su funda bajo la cama. Su arma de repuesto, un revólver corto, estaba bien engrasado y a punto. Madison se quitó el chándal y se dio una larga ducha caliente.

El mensaje era de Rachel: «*El cumpleaños de Tommy es el mes que viene. Espero que puedas venir*». Su voz solo desprendía amor y amabilidad.

«Tiene pesadillas de vez en cuando, posiblemente un recuerdo exacto de lo ocurrido, aunque creo más bien que son pesadillas sobre cómo percibe tanto lo ocurrido como la naturaleza de su actuación en aquellos acontecimientos. Y, sobre todo, me apostaría algo a que tiene mucho cuidado de no estar nunca a solas con su ahijado desde que lo sacó de aquel bosque».

«La naturaleza de su actuación». Madison no estaba del todo segura de entender la naturaleza de sus propias acciones, y era lo suficientemente honrada como para admitir ante sí misma que hubo momentos aquella noche que posiblemente no quería entender del todo. Había sido una mezcla confusa de miedo y rabia, y no sabía exactamente cuánto de cada.

Tommy tendría pronto siete años. Aquella espantosa noche, Madison le había cantado *Blackbird* y le había devuelto a la vida, a su bicicleta roja y a sus juegos de niño. Su ahijado cumpliría siete años y Madison intentaba desesperadamente dar con una excusa aceptable para no ir a su fiesta, pero no la encontraba.

Como cada noche desde aquel día de diciembre, sus últimos pensamientos se centraban en dos hombres: el primero, en la cárcel, encerrado tras muros y puertas metálicas, vigilado por guardias armados y aun así más terroríficamente libre que ningún ser humano que hubiera conocido nunca; el otro, prisionero de sus heridas, en algún lugar apartado, tras pasillos y habitaciones silenciosas de un hospital a pocos kilómetros de allí. Gracias a su sacrificio, Tommy podría celebrar su séptimo cumpleaños. No podía pensar en uno de ellos sin pensar en el otro.

Madison cerró los ojos y esperó a que le entrara el sueño rápidamente.

Bajo la cama, dentro de la caja fuerte, había dejado cuidadosamente doblada debajo del arma de servicio una página de *The Seattle Times*.

Atrapado el asesino de Blueridge

En las primeras horas de la madrugada del 24 de diciembre, la pesadilla que había aterrorizado a Seattle durante trece días llegó a su fin. Harry Salinger, el principal sospechoso del asesinato de James y Anne Sinclair y de sus dos hijos, fue atrapado en un lugar no revelado del bosque del río Hoh por Alice Madison, una detective de Homicidios del Departamento de Policía de Seattle.

El señor John Cameron, quien en un principio había sido sospechoso de dicho crimen, y su abogado el señor Nathan Quinn, de Quinn, Locke y asociados, también estaban presentes. El primero está retenido sin fianza por un cargo de intento de asesinato. El señor Salinger, residente en Everett, sufrió heridas muy graves y permanece bajo custodia en una institución médica.

El señor Salinger también ha sido acusado de secuestrar y poner en peligro la vida de Thomas Abramowitz, de seis años, ahijado de la detective Madison, así como del ataque al sargento detective Kevin Brown y a la propia detective Madison anteriormente, en el mes de diciembre.

El Departamento de Policía de Seattle no ha comentado cuándo se reincorporará el sargento.

El señor Cameron y el señor Sinclair se conocían desde niños, unidos por trágicas circunstancias, cuando tres chicos de Seattle fueron secuestrados y abandonados en el bosque del río Hoh, en el condado de Jefferson.

Nathan Quinn levantó la mano izquierda y la dobló. Estaba perfecta. Sin cicatrices ni dolor. Estaba en un claro en el bosque del río Hoh; vio cada quiebro de cada rama y nada más que bosque y arroyos serpenteantes durante kilómetros. Sentía el aire suave en la piel y la luz del sol que se colaba entre los abetos. Era una tarde de agosto, soleada y cálida. Todo estaba bien, en paz.

Quinn se giró al oír un susurro detrás de él, entre la hierba.

Un chico le observaba desde el borde del bosque. Tendría doce años, pelo rubio ondulado y labios pálidos, muy pálidos.

—¿David?

El chico iba descalzo.

—¿David?

Nathan Quinn sintió el retorno de su conciencia a medida que se debilitaba el efecto de la morfina y recordaba que estaba en un hospital y que su hermano llevaba muerto veinticinco años.

—Señor Quinn. —Oyó la voz de la enfermera más allá del dolor sordo con el que su cuerpo le daba la bienvenida—. Hay unos agentes que querrían hablar con usted, si se siente con fuerzas.

Nathan Quinn levantó la mano izquierda: estaba cubierta de vendajes, y, al doblar los dedos, el dolor le subió por todo el brazo. En las últimas cuatro semanas no había visto a nadie, exceptuando a los médicos, enfermeras, dos detectives del Departamento de Policía de Seattle que le habían tomado declaración y a Carl Doyle, su asistente en Quinn, Locke y asociados. El resto, sin excepción, habían sido rechazados. Después de dos semanas en un coma inducido, apenas tenía fuerzas para respirar.

—Son del condado de Jefferson —dijo la enfermera.

—Sí —contestó él—. Ya lo sé.

Era sábado y Madison tenía el día libre. Algo insólito. Últimamente sus días libres habían seguido la misma pauta: la llamada, el viaje, el intercambio de información, la segunda llamada. Madison comprobó su reloj, el que había pertenecido a su abuelo. Eran las 8:25 de la mañana. Tiempo de sobra para poner una lavadora. Recogió su ropa de deporte del suelo, donde la había dejado tirada, y añadió lo que había en el cesto.

Se puso unos vaqueros negros, una camisa azul oscuro y botines de cuero. Sonó el teléfono en el instante en que se colocaba el revólver en la pistolera del tobillo.

Lo cogió en la mesilla.

—Madison —dijo el teniente Fynn.

—Señor. —Madison se quedó helada, con el pantalón remetido en el botín. Su jefe de brigada no le llamaría a casa en su día libre para charlar y echar unas risas.

—Acabo de recibir una llamada del condado de Jefferson. Hace cuatro días la policía del parque encontró restos humanos a un kilómetro de donde estuviste. Les ha llevado todo este tiempo recuperarlos.

Madison sabía lo que venía a continuación antes siquiera de oírlo.

—Se trata de un niño. Los restos son de hace mucho tiempo.

—David Quinn —susurró.

—Muy posiblemente. La policía del condado está obteniendo una nueva muestra de ADN de Nathan Quinn en este mismo momento. Pronto lo sabremos.

—El secuestro tuvo lugar en Seattle. Es nuestra jurisdicción.

—Lo sé. Si se trata de David Quinn, trasladarán los restos a nuestro forense y nos encargaremos del caso.

—Gracias por contármelo.

—Es peor de lo que creíamos.

—¿A qué se refiere, señor?

—El cráneo presenta marcas de golpes.

La mente de Madison intentó inmediatamente recordar los detalles que había leído en los periódicos.

—No, David Quinn padecía arritmia congénita. En la investigación original...

—Madison, si ese niño es David Quinn, no fue una muerte accidental. Fue asesinado de un golpe en la cabeza.

—Es... —Intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Pensé que se lo querría contar a él en persona.

—Sí, voy enseguida.

—Menuda manera de pasar el día libre.

Nada más colgar Fynn, sonó el teléfono de nuevo.

—Soy Doyle.

—Carl. ¿Cómo está?

—Sinceramente, no lo sé, detective. ¿Cómo está usted?

—Me acabo de enterar, me ha llamado mi jefe.

—Han dicho que tardarán unos días en confirmarlo. ¿Necesita anotarlo?

—No, adelante.

—Tensión normal. Los raspados, negativos: no hay infección. La fisioterapia ha sido un infierno esta semana, tal y como esperaban, pero progresa. La prueba de visión, sin diferencia con respecto a antes del suceso. Hasta ahí, todo bien. Los antibióticos por la extirpación parcial del bazo son fuertes, esperan poder disminuir la dosis progresivamente y ver cómo reacciona. No hay fiebre, analítica normal.

—Gracias, Carl.

—¿Va a ir al turno de visitas de las diez?

—Sí.

—¿Se lo va a contar?

—Sí, tiene derecho a saberlo antes de que lo saquen en las noticias.

—Hablamos después.

Madison se echó por los hombros una chaqueta y cerró la puerta de entrada. Tendría tiempo de prepararse durante el trayecto. «Como si sirviera para algo».

Les había llevado veinticinco años encontrarlo, pero por fin David Quinn iba a volver a casa. Secuestrado junto con dos amigos y llevado al bosque del río Hoh, atado a un árbol con una gruesa cuerda y abandonado a luchar por el último aliento hasta que se desmayó. Luego, los hombres recogieron el cuerpo y dejaron a los otros chicos solos en la oscuridad. Nadie fue acusado nunca del secuestro, no se había encontrado ningún móvil. No encontraron ningún

cadáver, ni pruebas; ninguna razón para una acusación.

Se habían llevado a tres chicos al bosque y solo habían sobrevivido dos. Uno de ellos, James Sinclair, se convertiría en un buen hombre, tendría una familia y un día del último mes de diciembre sucumbiría a manos de un loco. El otro se convertiría en alguien muy distinto.

Madison condujo hacia el sur por la 509, tomó una salida hacia el oeste en Des Moines y luego cruzó la I-5 para dirigirse a toda prisa hacia la Penitenciaría del condado de King y visitar a John Cameron, el otro superviviente del río Hoh.

La Penitenciaría del condado de King se elevaba desde un aparcamiento de cemento anunciando al mundo exactamente lo que era: un centro de detención de adultos que contaba con mil ciento cincuenta y siete reclusos a la espera de juicio o condenados a instancia de la Comisión de Directrices del Estado de Washington.

Madison se aseguró de que no quedara nada a la vista en los asientos del coche y se encaminó a la recepción de visitas.

Varios grupos de familias y otras personas solas se dirigían hacia el turno de visitas de las diez de la mañana, bajo un sol que apenas podía calentarlos a la sombra de aquel muro de seis metros de altura.

Madison podría haber guardado en la caja fuerte su arma de repuesto y haber evitado el engorro de tener que declararla en el mostrador de recepción. Pero ella era policía, así que llevaba su placa y también su arma.

Se puso a la cola con los demás, un grupo serio con unos pocos críos también sombríos.

Una mujer joven, con un vestido de estampado delicado, entró en recepción e hizo un gesto a Madison.

—Detective Madison, si tiene un segundo, al subalcaide le gustaría hablar un minuto con usted antes de su visita.

De veintitantos años, de hablar suave y pelo rubio recogido en un moño, parecía como si fuese a repartir libros y piruletas en una biblioteca de niños.

—Sí, claro —contestó Madison.

—Soy Karen Hayes. —La joven la guio por un pasillo lateral—. Soy la asistente del alcaide y del subalcaide.

Madison no había entrado nunca en esa zona de ninguna cárcel. Tenía el mismo aspecto que cualquier oficina de empresa: gente tecleando en despachos, suelos enmoquetados y dispensadores de agua. Y aun así, unas veintitrés puertas metálicas cerradas con llave separaban el pequeño tiesto de geranios del escritorio de Karen de los hombres que allí deambulaban y dormían; hombres que habían quitado vidas y habían hecho cosas tan horribles a sus víctimas que estas habían deseado morir antes.

Estos funcionarios y secretarías organizaban los días de esos hombres: sus chequeos dentales, su comité de libertad condicional y sus menús, todo ello desde habitaciones alegres, bien iluminadas, que olían a manzana y a sándalo.

Por otra parte, Madison se había adentrado en los pensamientos de esos hombres, los había seguido por callejones oscuros y, a pesar del aroma del sándalo, sentía su proximidad como el roce del metal de una pistola entre sus omóplatos.

—Detective Madison. —El subalcaide abrió la puerta de su despacho para dejarla pasar. Tenía el aspecto de un amable director de instituto, con su camisa y corbata color burdeos y la chaqueta colgando de un perchero.

—Soy Will Thomas, subalcaide en la Penitenciaría del condado de King.

Le dio la mano y le hizo un gesto para que se sentara enfrente de él.

—He pensado que deberíamos..., cómo decirlo, mantener un canal de comunicación abierto.

Madison no tenía ni idea de a qué se refería. Fue consciente de su propia reacción automática hacia ese tipo de jerga administrativa y rogó para que su buena educación lo consiguiera disimular.

—Está usted aquí para visitar a John Cameron.

«A eso se refería».

—Sí, así es.

—No es usted familiar de Cameron, ni tampoco amiga.

—No.

—Tampoco es su abogada, y no está aquí por ninguna investigación en curso.

—No.

—Aun así, lo ha visitado con regularidad desde que lo trajeron a finales de diciembre. Es bastante popular: presunto asesino de nueve personas, acusado de agresión sin fianza... Desde que fue atrapado, lo han venido a entrevistar varios agentes del FBI de Los Ángeles, así como algunos oficiales de la Agencia Antidroga y de la UTF, además de no sé cuántas peticiones por parte de la prensa. Los ha rechazado a todos. Un tipo popular, excepto por un detalle. —El subalcaide Thomas se reclinó en su silla y miró a Madison—. Cameron no ha dicho ni una sola palabra. Ni a ellos ni a nadie. Excepto —sonrió brevemente— a usted.

Madison viajó mentalmente hasta el claro del bosque del río Hoh en la madrugada de aquel día: Tommy congelado en sus brazos; Nathan Quinn cubierto de sangre en el suelo y John Cameron de pie a su lado como si estuviera hecho de la misma noche que los rodeaba.

«Si quiere marcharse, hágalo ahora. Si se queda, no diga nada, ni a mí ni a nadie, ¿entiende?».

—John Cameron eligió quedarse porque Quinn estaba gravemente herido, aunque sabía que la policía estaba al llegar. Quinn fue herido cuando intentaba salvar la vida de mi ahijado. Por eso estoy aquí.

—Entiendo. ¿Cómo se encuentra el señor Quinn?

—Progresas —contestó Madison—. Despacio.

—¿Cómo está Harry Salinger?

—No tengo ni idea.

Harry Salinger había irrumpido en sus vidas casi destruyéndolas; Cameron lo había dejado medio muerto a la orilla del río aquella noche. El sistema judicial podría retener a Cameron por una acusación de intento de asesinato, aunque Madison no estaba segura de cómo calificar lo que Cameron le había hecho a Salinger.

—Detective, me gusta pensar que esta prisión es como un barco, un barco grande. Algunos vienen y van, como usted hoy, pero otros, como el señor Cameron, tienen para rato. Un viaje largo, podríamos decir. Quiero que ese viaje sea lo más tranquilo posible, por su bien y el de todos los demás que estamos aquí. Sabe que está apartado de la población general de reclusos, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Dos días después de su llegada, los incidentes violentos entre reclusos se incrementaron en un diez por ciento, solo porque se sabía que estaba aquí.

Madison sabía que, si mantenían aislado a Cameron, no era por su propia seguridad.

—Hay una larga cola de hombres que no pueden aguantar las ganas de medirse contra él, y eso, me temo, es algo que no podemos tolerar. Así que, como usted es la única persona con la que habla, quería estar seguro de que estamos de acuerdo.

—No es que intercambie recetas con él, señor. Apenas conozco a ese hombre.

—Aun así —dijo el subalcaide Warren—, ¿hay algo que debiera saber?

«Ya no es el director benévolo, parece más bien un profesor de ciencias dispuesto a diseccionar una rana».

—El señor Cameron no fue atrapado, señor Thomas —dijo Madison—. No le cogieron. Está aquí porque él quiere. Mientras todo el mundo tenga eso en cuenta, no debería tener usted ningún problema.

—¿Por qué eligió ser encerrado?

—Porque no quería abandonar a Quinn mientras este estuviera luchando por su vida.

—Quizá sobrestime usted su implicación en esta situación y subestime los sistemas de seguridad de esta institución. Esto no es un hostel en las islas San Juan.

—Quizá quiera usted preguntar a Harry Salinger cuán implicado cree que se sintió Cameron cuando Salinger asesinó a James Sinclair y a su familia. En cuanto al sistema de seguridad de este centro, nada me haría más feliz que estar segura de que es tan sólido como usted dice.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo instante, y Madison vio a un hombre de pelo canoso ante un escritorio desprovisto de fotos familiares, un hombre que intentaba que las cosas funcionaran en un sitio donde había individuos que eran capaces de hacer cualquier cosa a cualquiera por cualquier motivo.

—Mire —dijo ella—. Por lo que le pueda servir, Cameron no cree que tenga que probarse ante nadie. No es vanidoso, no va a salirse del guión para causar problemas. Pero si alguien, cualquiera, se interpone entre él y algo que quiere, entonces es imparable, y, desde luego, no sin consecuencias graves para ambas partes.

—¿Y si cambia de opinión sobre estar encerrado?

Madison se levantó, dispuesta a marcharse.

—Roguemos para que no suceda.

El primer encuentro entre Madison y John Cameron tuvo lugar en medio de un oscuro bosque hasta donde ella lo había seguido y lo había esperado, desarmada, con la única intención de hablar con él. La segunda vez, él había entrado en su casa sin que ella se hubiese dado cuenta. En la tercera ocasión, habían perseguido juntos por el bosque del río Hoh a Harry Salinger, el hombre que había matado al amigo de Cameron y secuestrado al ahijado de Madison.

Si John Cameron estaba por ahí suelto, ella sería uno de los que tendría que perseguirlo. Si fuera ella quien se interpusiera entre Cameron y cualquier objetivo que este deseara, Madison sabía que él no dudaría un segundo en quitarla de en medio. Si había una palabra que describiera una relación así, Madison no la conocía.

Como siempre, se reunieron en una celda separada, lejos del bullicio de la sala de visitas y de la descarada curiosidad de reclusos y extraños. Madison había dejado atrás su placa y su arma. La funcionaria la había cacheado como si se tratara de un aparato a punto de explotar.

La habían examinado y le habían dado el visto bueno, y ahora se encontraba en una habitación vacía construida con barras de metal, dentro de otra habitación más grande. Una mesa rayada anclada al suelo y dos sillas fabricadas en algún taller de alguna prisión conformaban ese escenario de los años cincuenta.

La puerta se abrió y dos guardias armados entraron flanqueando a un hombre alto vestido con un mono naranja que indicaba que estaba en espera de juicio y que se la había denegado la fianza; significaba un crimen violento.

Madison se giró para encararlo.

Su expediente decía que tenía treinta y siete años, seis años más que ella, y que las cuatro cicatrices que le recorrían y brillaban en el dorso de la mano derecha eran un recuerdo de las horas que pasó atado a un árbol junto a James Sinclair y David Quinn cuando tenía doce años. Los números no perdonaban: cinco hombres a bordo del *Nostramo*, tres traficantes en Los Ángeles, uno en Seattle. Nueve supuestos asesinatos, ninguno de los cuales había estado nunca ni siquiera cerca de poder ser probado.

El expediente detallaba las fechas y horas de esas muertes, pero no podía explicar lo que se experimentaba al estar en la misma habitación junto a ese hombre. El hecho de que estuvieran dentro de una prisión era irrelevante. Él era un depredador y sus ojos color ámbar se fijaron en los de ella. Madison sintió el familiar escalofrío en el estómago.

—Detective.

—Señor Cameron.

No llevaba grilletes. Los dos guardias se limitaron a retirarse y cerraron con cerrojo la puerta de la celda con el característico ruido de metal contra metal. Madison los podía ver en la penumbra, flanqueando la salida con sus armas a plena vista y deseosos de estar en cualquier otro sitio.

Cameron llevaba el pelo oscuro rapado al estilo carcelario, pero, aparte de ese detalle, ella no podía apreciar ningún cambio ostensible. Parecía como si hubiera llegado hasta ahí dando un paseo, como si pudiera salir con la misma facilidad. Sí que había algo distinto, cayó en la cuenta, algo que nadie de los que estaban allí podría detectar: había visto a Cameron con Nathan Quinn y había visto un rescoldo de humanidad, algo de calor. Este Cameron estaba completamente

cerrado; el hombre que había tomado café en la mesa de su abuela había desaparecido.

Se sentaron. Madison ordenó sus pensamientos mientras él esperaba. Esta visita iba a ser distinta.

—Acabo de hablar con Doyle. —Ella cerró los ojos durante un instante y recordó los detalles—. Tensión arterial normal, los cultivos negativos, no hay infección y la fisioterapia le está costando. La prueba ocular, normal, no hay pérdida de visión. Quieren reducir los antibióticos para el bazo de forma gradual y ver cómo evoluciona. No tiene fiebre y los análisis de sangre son normales.

John Cameron se quedó mirándola. Su mirada era muy directa y Madison se preguntó qué habría aprendido de ella durante estas visitas y cómo lo utilizaría algún día, fuera de aquel lugar.

—Gracias, detective. —Se levantó, y en un movimiento suave e imperceptible se plantó en la puerta.

—Hay algo más.

Él se dio la vuelta.

Nunca habían hablado de ese tema, y hasta donde Madison sabía, los niños apenas lo hicieron en su momento.

—A un kilómetro del claro... —no hacía falta aclarar a dónde se refería, no a este hombre —, los guardas del parque han encontrado restos humanos, de un niño. Posiblemente enterrado hace más de veinte años.

Los ojos de Cameron reflejaron una momentánea emoción: un pensamiento, quizá una esperanza. Madison no pudo distinguirlo a pesar de que él centraba toda su atención en ella de forma patente.

Durante veinticinco años todo el mundo había creído que aquella muerte fue un accidente. Les habían vendado los ojos, le habían oído ahogarse. Como si aquel día no hubiera traído ya suficiente desgracia.

—Hay señales de trauma en la cabeza, suficiente como para haber causado la muerte — continuó ella.

John Cameron se quedó muy quieto. Madison estaba segura de que estaba recordando.

—Acaban de tomar una muestra de ADN de Quinn —acabó ella.

No hacía falta decir nada más. Antes de que Madison pudiera tomar aliento, él ya estaba en la puerta y el cerrojo se abría. La hora de visita había terminado.

Madison se reclinó en la silla y miró hacia la fina malla plateada del techo y las muchas capas de hormigón tras ella. «Menuda manera de pasar el día libre».

El subalcaide Thomas miró su reloj. Las visitas de la detective Madison eran siempre breves y él quería asegurarse de que les había dado a los funcionarios tiempo suficiente para llevar a John Cameron de vuelta a su celda. Y les había dado un tiempo extra también antes de aventurarse a los pabellones de máxima seguridad para su paseo de rutina.

Había algo que no le había contado a la detective Madison. Comenzó al tercer día de llegar Cameron. Otro recluso de la misma sección le había visto pasar por delante y había comenzado a golpear los barrotes de su celda, con un ritmo rápido, como un timbal. Otros se habían unido al grupo. Un pabellón entero con sus dos malditas plantas. Habían comenzado a martillear los barrotes con lo que fuera que tuvieran a mano a un ritmo constante, hipnótico, que crecía en volumen y se extendía como un viento incómodo de un pabellón a otro.

Desde aquel día, cada vez que John Cameron salía de su celda —para ir al patio, para ver a

su abogado, a la ducha, o a ver a esa policía—, el asedio de ruido comenzaba y los reclusos no paraban hasta agotar el último resquicio de fuerzas que tenían. No había voces, solo el martilleo.

Los guardias se habían cambiado de turno entre ellos para evitar tener que estar presentes cuando sacaban a Cameron de la celda, y Will Thomas, harto del papeleo, miraba su reloj y veía cómo perdía el tiempo.

Al contrario que los reclusos, el sonido podía viajar adonde quisiera y encontrar ese lugar más sensible en los nervios de un guardia por donde se colaba hasta los huesos.

4

Madison llamó a Doyle desde el coche.

—¿Cómo se encuentra Cameron? —le preguntó él.

—¿Me pregunta en serio qué es lo que piensa ese hombre?

—No, claro, lo siento.

Madison quería preguntarle cómo se lo había tomado Quinn, pero no lo hizo. Solo le había pasado el informe médico. Ella había despreciado y temido a Nathan Quinn a partes iguales desde el momento en que se conocieron. Pero el caso era que Tommy iba a poder celebrar su cumpleaños dentro de poco.

Madison no preguntó cómo se sentía Quinn sobre la posibilidad de que su hermano hubiera sido brutalmente asesinado. Él no necesitaba su preocupación y ella tampoco sabía muy bien cómo comportarse.

Comprobó el maletero para asegurarse de que tenía el equipo básico —guantes de látex, linterna, baterías, chubasquero y botas de agua— y se dirigió al norte por la 509; le llevaría unas tres horas llegar hasta allí. Puede que el cuerpo no fuera oficialmente el de David Quinn, pero ella tenía que verlo por sí misma, necesitaba conocer el lugar donde se había originado ese retazo de infierno que Cameron llevaba consigo.

De alguna forma, Madison se las arregló para llegar al transbordador de las 12:05, que conectaba Edmonds con Kingston. Compró un café y buscó un asiento cerca de la ventana para el trayecto de treinta minutos. Había mucha gente; familias ruidosas, grupos y viajeros solos desperdigados por los asientos y sobre las sillas blancas con borde azul marino, manchas de restos de comida y bebidas esparcidas por los anchos pasamanos.

Madison no tenía ganas de comer. Como cada día desde diciembre, deseaba que su compañero, el sargento detective Kevin Brown, se recuperase rápido y volviese al trabajo. Hablaban a menudo y se veían una vez a la semana, pero su opinión en ese momento, al observar el escenario de un crimen cometido hacía veinticinco años, habría sido muy valiosa.

Casi lo había perdido a causa de dos disparos, y era algo que intentaba olvidar. En aquel momento, llevaban trabajando juntos pocas semanas, las primeras en Homicidios para ella, pero ahora parecía que habían sido más, y su vida anterior parecía más lejana aún. Brown era uno de los puntos cardinales a los que Madison se agarraba para navegar por el Departamento de Homicidios; había decidido que aprendería de él, le gustase a su compañero o no. Pero después sucedió lo de Salinger.

Con un poco de suerte, uno de los guardas forestales del puesto de vigilancia del río Hoh sería capaz de proporcionarle las coordenadas exactas del lugar donde habían encontrado los restos, y su GPS la llevaría hasta allí. El hecho de que no hubiera todavía una identificación oficial y de que el caso perteneciera al condado de Jefferson la convertían en una mera excursionista con placa. Esperaba que fuese suficiente.

Madison se terminó el café —el aroma, mucho mejor que el sabor— y se aventuró a salir a cubierta.

«¿Ha pensado en el incidente del bosque? Quiero decir, ¿durante algo más que unos pocos segundos al día?».

«No».

Madison se subió la cremallera de la chaqueta y entrecerró los ojos ante la ráfaga de viento. No era la primera vez que había vuelto a aquel bosque. Estaba segura de que, algún día, volvería a ser simplemente un bosque con sus árboles viejos y sus valles y un manto de vegetación tan tupido que incluso la luz parecía de color verde. Pero todavía no.

Se apoyó en la barandilla con las manos bien metidas en los bolsillos y la mirada más allá de Kingston —con su bonita calle principal y sus encantadores cafés—, clavada en la sombra alargada que eran las montañas de la península de Olympic y los secretos que ocultaban.

John Cameron estaba tumbado en su camastro. Después de volver a su celda, despacio, recluso a recluso, el sonido había desaparecido y los gritos habituales y los improperios rebotaban contra las paredes de hormigón.

Se envolvió en su silencio personal; el mundo exterior no era sino una mera interrupción esporádica. Sus ojos seguían la leve grieta que había sobre él en el techo mientras rozaba la punta de su dedo índice contra la textura rugosa de la manta. Se sumergió en sus memorias como si fueran aguas profundas.

28 de agosto de 1985. Primero, pescando con David y James en el lago Jackson. Luego, la furgoneta azul y los trapos raídos apestando a cloroformo. Más tarde, el despertar con una venda en los ojos, atado con una cuerda. «No es nada personal, solo son negocios». Por último, David se ahogaba y los hombres marchándose, llevando consigo el cuerpo de su amigo. David. Había sido el sonido de la muerte. Los hombres así lo habían creído. James también, al igual que él mismo.

Pensó en el hombre perverso que había caído en la trampa cinco años antes, en las estacas que Cameron había afilado y que habían traspasado su cuerpo. Pensó que aún quedaba mucho sin resolver, que todavía estaba todo pendiente, y ahora Nathan tendría que rememorar de nuevo todo, solo que esta vez era todavía peor. Pensó que su celda apenas iba a poder retener su furia durante más tiempo.

Sabía, como si pudiera ver a la detective Madison, que esta iría adonde habían encontrado a David. Él también iría. Su mirada se mantuvo fija en la diminuta grieta hasta que no pudo ver nada más.

Los gritos de la celda contigua apenas le afectaban. El guardia miró hacia dentro, alejó la mirada y se fue.

Madison se incorporó a la 101 al límite de velocidad. Hacía buen tiempo, con un sol medio oculto tras un fino velo de nubes. Miró hacia delante y rogó que hubiera la máxima luz posible. El equipo del forense local probablemente habría barrido ya la zona, pero Madison necesitaba verlo por sí misma, incluso si el tiempo hubiese borrado todo excepto el nombre del chico.

Llegaría un momento en el que podría preguntar a Cameron por aquel día. Se preguntó si de verdad sería posible, si los restos que habían descubierto, recogido, examinado y analizado

guardaban las suficientes verdades como para abrir una investigación en toda regla. La experiencia de Madison en ciencia forense era extensa y tenía una fe ciega en las pruebas. Si se hubiera tratado de cualquier otro caso, habría dicho que la probabilidad de abrir un proceso judicial después de veinticinco años, con la climatología del noroeste del Pacífico y en medio del bosque, era nula. Aun así, al ver que se acercaban unos nubarrones desde el oeste, pisó el acelerador casi a fondo, adelantando a un autobús de turistas con matrícula de Idaho que iba demasiado despacio.

Estaba aquí porque no se trataba de un caso cualquiera, y cualesquiera que fueran los restos de pruebas que quedaban, Madison sospechaba que no podrían ser guardados en ninguna bolsa y etiquetados, sino que sería algo que habría que valorar de una forma que todavía no era capaz de definir.

Entró en el aparcamiento de la estación del río Hoh, casi vacío, por suerte, en esta época del año, y hurgó en el maletero en busca de sus botas de montaña y el equipo de lluvia. El bosque estaba mojado y envuelto en un velo de aire húmedo, estuviera lloviendo o no.

Madison se ajustó la pistolera del tobillo y metió su pequeña cámara fotográfica y el resto de su equipo en una mochila ligera. Se la ajustó en los hombros y de repente se vio abrochando las correas del chaleco antibalas que Nathan Quinn se acababa de colocar, con sus manos temblando de frío y miedo, mientras Quinn miraba hacia otro lado. Prácticamente lo había obligado a llevarlo aquella noche, cuando todavía creía que Harry Salinger vendría a por ellos con algo tan mundano como armas y munición.

Madison se encogió de hombros y se ajustó la mochila en la espalda.

El guarda del parque, treinta centímetros más alto y medio metro más ancho que Madison, la miró de arriba abajo.

—Entenderá que el expediente es jurisdicción de las autoridades del condado de Jefferson, detective —dijo.

—Lo sé. Lo que necesito es la localización, eso es todo.

Era una oficina agradable, con una gran ventana que daba al bosque y mapas repartidos por todas las paredes.

—¿Va a ir caminando?

—Sí, eso pretendo.

—¿Por qué?

—Solo quiero tomar alguna nota.

—¿No es un poco precipitado?

—Puede.

—¿Por qué?

—Porque es mi día libre.

El guarda sonrió.

—Déjeme que haga un par de llamadas.

—Gracias.

Madison lo dejó a su aire y deambuló mientras observaba los mapas que llenaban las paredes. Siguió la red de senderos con la punta del dedo índice; había recorrido muchos de ellos; otros los había visto en todo tipo de clima; la mayoría, los conocía al menos un poco.

Le dejaban algo bien claro: uno de los hombres que había raptado a los niños debía de haber conocido muy bien aquella zona. Alguien había escogido el claro donde habían atado a los

chicos, alguien había escogido el sitio donde habían enterrado a David Quinn. A pesar de la cantidad de excursionistas de finales de agosto, nadie los había visto.

Madison siguió la serpenteante ruta de la carretera del Upper Hoh, casi paralela al río. Los raptos habían sabido exactamente adónde ir y cómo evitar a los intrusos en su pequeña «fiesta».

Rugged Ridge, Indian Pass, Owl Creek —las líneas que marcaban los senderos— se cruzaban y serpenteaban a través del terreno.

Madison estaba tan absorta en el mapa topográfico que apenas oyó aproximarse al guarda.

—He hablado con mi jefe. Yo la llevaré —dijo.

Durante un instante, Madison no entendió lo que quería decir.

—Gracias, pero de verdad que no quiero hacerle perder el tiempo. Solo...

—Estoy a punto de acabar mi turno y se acerca un frente. Si quiere llegar allí antes, tengo que llevarla. No es ningún problema.

Madison apenas podía creerlo, pero aceptó, agradecida.

El guarda, de casi cuarenta años, pelo rubio y ojos azules, lideró la marcha. Conducirían un rato y andarían el resto. Se presentó como Ryan Curtis. Su acento sonaba a California con diez años en el norte del Pacífico encima.

Conducía una camioneta que hacía que, a su lado, el viejo Civic de Madison pareciera una maravilla.

—No se acuerda de mí, ¿verdad? —dijo, mientras se dirigían al oeste por la carretera del Upper Hoh.

Madison se giró hacia él. Estaba segura de que no se habían visto nunca.

—Estaba de guardia aquella noche y lideré el equipo SWAT que llegó adonde estaban ustedes. —El guarda Curtis viró bruscamente en una carretera secundaria cuyo asfaltado terminó enseguida. A Madison no le dio tiempo a contestar—. Habrán cambiado muchas cosas en esos veinticinco años: árboles, arbustos, terrenos desgastados por las lluvias, raíces, arroyos, todo.

Puso el freno de mano con un ruido chirriante y miró a Madison.

—Estoy seguro de que no necesito decírselo, pero no estamos en un jardín, no es como si se hubieran encontrado restos en el patio trasero de una casa. No hay osos y jaguares en un patio trasero. Es casi un milagro que hayan aparecido los restos.

El aire era pegajoso y sorprendentemente cálido para ser enero. A pesar de su corpulencia, Curtis se movía con agilidad y rapidez entre la vegetación. El sendero había desaparecido media hora antes, y Madison se había dado cuenta de por qué se había ofrecido a guiarla: adonde se encaminaban no había ningún sendero conocido ni bonitas vistas sobre arroyos, tampoco lugares pintorescos para que los excursionistas de fin de semana sacaran fotos. El bosque no quería ser visitado y tampoco fotografiado.

Curtis no hizo ninguna concesión a Madison: le había advertido al principio que debía seguir sus pasos exactamente, tras lo cual se puso rápidamente en marcha. Parecía como si fuese mitad reno, pensó Madison, porque necesitaba reírse de algo para distraerse del olor a cobre que la invadía y que sabía que en realidad no estaba ahí.

Avanzaron bajo abetos y diversas capas de cimas de árboles, desviando su dirección para rodear rocas y barrancos. Las ramas bajas azotaban su mochila, y el piso del terreno se hizo desigual, con rocas puntiagudas que sobresalían entre la tierra y suponían un reto a su equilibrio. Entretanto, la luz iba cambiando y el silencio se hacía cada vez más profundo.

Madison se mantuvo a un metro detrás de Curtis, agradecida por la falta de conversación y por su buena forma física.

—Falta poco —dijo, sin darse la vuelta, diez minutos después.

La lluvia empezó a caer de forma tan ligera que Madison apenas se percató hasta que notó una gota en la frente. Miró hacia arriba y vio claros de cielo entre las ramas: mucha nube con un poco de azul pálido.

—Ya hemos llegado. —Curtis se apartó hacia un lado y señaló el lugar.

Estaban en un valle angosto, bajo una cicuta con matorrales altos a su alrededor y el precinto amarillo de la policía aleteando en el viento.

Curtis había estado en lo cierto cuando dijo lo que dijo en la furgoneta. Madison se obligó a tener en cuenta que lo sucedido en aquel lugar había tenido lugar veinticinco años antes. Ella estaba en la escuela primaria, su madre estaba viva y no había estado nunca en Seattle. Todo había cambiado, crecido o muerto, y lo que tenía delante de ella ahora no era más que parte de lo que los secuestradores —más bien, se corrigió, los asesinos— habrían visto entonces.

Se acercó despacio al precinto amarillo y ante ella apareció el hoyo cavado, de contorno redondeado y pocos metros de profundidad.

—Estaba casi en la superficie; con los años, la lluvia ha debido de dejarlo al descubierto —oyó decir a Curtis desde detrás.

Era tan pequeño que su visión impresionó a Madison de una forma casi tangible: lo habían enterrado hecho un ovillo, de lado. Tenían prisa, querían salir del bosque rápidamente y no tenían tiempo que perder. Cavaron un agujero lo suficientemente ancho y profundo para que cupiera el niño; lo cubrieron de tierra y se marcharon.

Madison se quitó la mochila y sacó la cámara. Empezó a sacar fotos con un *flash* centelleante en la creciente penumbra, en un intento de contrarrestar de forma física esa sensación palpitante de furia que le invadía el pecho. El patético hoyo le revelaba algo más: habían asesinado a un niño y les daba igual; no era un entierro, era un vertedero.

Dejando a un lado sus sentimientos, sacó el bloc de notas y repasó los detalles.

—¿Dónde queda el claro? Me refiero al lugar adonde dirigió al equipo SWAT aquella noche.

Curtis apuntó hacia el oeste.

—A kilómetro y medio en esa dirección.

—¿El terreno es similar al que hemos recorrido nosotros?

—Sí, parecido. Difícil de recorrer si no lo conoces bien.

Madison tomaba notas en su bloc oficial de la policía.

—Era agosto —dijo—. El 28 de agosto de 1985. No llovió aquel día, lo he comprobado. ¿Existe alguna posibilidad de que hicieran parte del trayecto en furgoneta?

—Antes había un pequeño camino asfaltado hasta un puesto de climatología por ahí, pero cuando dejaron de utilizarlo, el camino empezó a degenerar y ahora está casi cubierto de vegetación. Si lo conocían, los podría haber llevado casi hasta el claro.

—¿Cuándo dejó de funcionar el puesto?

—A principios de los ochenta, creo.

—No es por ahí por donde fuimos aquella noche. Dejamos el coche y caminamos un rato.

—No figuraba en los mapas. Era una pequeña carretera de servicio que no conducía a ninguna parte. No había forma de saber que existía.

Madison sintió un cabo suelto escapándose de su mente y lo atrapó a tiempo.

—Ellos sí que lo conocían —dijo Madison—. Los asesinos lo sabían. ¿Hay algún sendero que atravesase ese camino o la ruta desde aquí hasta allí?

—No, que yo sepa.

—Lo que significa que pensarían que se tardaría en encontrar a los chicos que habían dejado atrás. Y si enterraban a David Quinn lo suficientemente lejos de los chicos, sería imposible localizarlo.

Madison echó un vistazo a su alrededor. Ni huellas, ni marcas de ruedas, ni de herramientas, ningún tejido desgarrado atrapado en una rama. La lista de cosas que no tenían y no tendrían nunca era bien larga.

Midió el largo con la cinta métrica, sacó una fotografía y anotó las dimensiones. La Policía Científica probablemente ya lo habría hecho, pero de todos modos lo repitió. De los laterales sobresalían raíces, y los insectos habían empezado a reclamar de nuevo la tumba.

Estaba de pie, a un extremo del hoyo. ¿Habría cambiado la tierra al haber albergado a un niño asesinado? ¿Cómo se podría medir ese cambio? Madison se acuclilló y la palpó: fría y húmeda. El niño se había convertido en cadáver y el cadáver en restos humanos. La lluvia y la tierra habían atravesado esos restos mientras se desintegraban. «Algo —pensó Madison—, algo han tenido que olvidar los asesinos, algo que se ha quedado con David Quinn y que los ha estado esperando hasta que ellos lo descubrieran».

—Tenemos que volver, detective.

Madison se irguió y asintió.

—Esos arbustos alrededor de la fosa —apuntó Curtis— son *Dicentra formosa*.

Madison lo miró sin entender.

—Conocida como «Corazón Sangrante» —dijo él—. Ese es su nombre común. Tiene una flor muy bonita.

Madison se colocó la mochila al hombro y se puso la capucha. Sobre ella y fuera de su vista, más allá del espeso follaje verde, escuchó un rápido aleteo de alas que se perdió en la lejanía.

A pesar de que anocheecía, el viaje de vuelta fue más rápido. Curtis no estaba interesado en charlas triviales. Llegaron a la camioneta, y antes de que Madison se diera cuenta, Curtis se detenía junto a su Honda Civic en el aparcamiento de la estación del Hoh.

—Gracias —dijo Madison—. De verdad. No he visto nunca nada parecido.

—Ni usted ni yo.

Ella salió de la camioneta, se montó en el Honda y se marchó. Las luces de la camioneta la siguieron hasta la desviación de Forks.

Madison se sentía cansada y sin aliento, como si hubiera estado en un examen cuyas preguntas ni siquiera entendía. Más tarde, ya sentada en el transbordador, con las manos alrededor de una taza de té que no se estaba tomando, se dio cuenta de que se había hecho una promesa, fuera David Quinn o no el niño que habían encontrado.

Seguía tomando notas cuando el transbordador atracó.

Nathan Quinn comprobó la hora en el reloj de pared. Faltaban tres minutos para llamar a Scott Newton, el fiscal que representaba al condado en la causa contra John Cameron. Tal y como

había ordenado a Doyle, un abogado de peso de la firma Quinn Locke había defendido a Cameron durante la incapacidad de Quinn, pero no quedaba ninguna duda de que él volvería a asumir la defensa de Cameron.

Quinn quería que Cameron saliera de prisión lo antes posible. Cada día que pasaba dentro de la penitenciaría era otro día en que su amigo corría peligro, otro día en que se podía ver empujado a defenderse ¡para salvar su vida. Los reclusos seguramente pagarían una buena cantidad de dinero para verlo, pero Quinn lo quería fuera de allí pronto. Incluso la custodia protegida —se preguntaba quién estaba siendo protegido— era apenas poco más que meras palabras.

Técnicamente, Quinn actuaba de consultor en el caso: estaba todavía bajo medicación, y el otro abogado de Quinn Locke debía aprobar cualquier gestión. No obstante, no cabía ninguna duda de quién tomaba las decisiones.

Quinn comprobó el reloj. Ya era la hora.

—Déjame entenderlo —decía Scott Newton—. Tu cliente atacó a Harry Salinger y lo cortó como si fuese una muñeca de papel, ¿y crees que «intento de asesinato» es exagerado?

—Pienso que incluso el cargo de «asalto en defensa propia» es excesivo. ¿Quieres que sea sincero? Simplemente «asalto» ya me parece demasiado. Lo único que pretendía John Cameron era neutralizar y detener a Harry Salinger después de que este admitiera haber asesinado a cuatro personas y haber secuestrado a un menor —contestó Nathan Quinn.

—Ya veo que pretendes que esto parezca una detención injustificada.

—No hay ningún jurado que vaya a aceptar intento de asesinato, Scott. No cuando a Salinger están a punto de declararlo demente, no cuando vean las fotos de la jaula que tenía preparada para el niño.

Newton permaneció en silencio. Salinger había construido dos jaulas, y una había sido para Quinn.

—Salinger podía haber muerto. Lo que le hizo Cameron pudo ocasionarle la muerte.

—¿Quieres saber cómo estamos seguros de que no fue intento de asesinato? —preguntó Quinn—. Porque Salinger sigue vivo, y no es por casualidad.

Newton no quería ir a juicio: había demasiados riesgos en una causa contra el hombre que había atrapado a Harry Salinger, «el asesino de Blueridge», y no tenía ni idea de dónde podía encontrar un jurado imparcial. Puede que en Marte.

—¿Qué me ofreces? —le preguntó a Quinn.

—¿Qué hay en juego? —contestó Quinn.

Newton resopló.

—Asalto en primer grado. Mi jefe verá justificado el trasladarme al Departamento de multas de tráfico.

—¿Tienes alguna prueba de que hubiera intencionalidad? Y con ello me refiero a una prueba de premeditación e intento de causar un gran daño corporal.

—Tengo los informes médicos de Salinger.

—Estoy seguro de que suponen una lectura fascinante, pero, te pregunto de nuevo, ¿tienes prueba de que hubiera intencionalidad?

Newton no contestó.

—En segundo lugar, ¿han encontrado el arma?

—Siguen buscando. —Sonó inseguro incluso para sí mismo.

—Encontraron enseguida la pistola de Salinger y las herramientas que utilizó para construir las jaulas. —Hubo una larga pausa silenciosa. Quinn cerró los ojos; su cabeza descansaba en la almohada y su energía fluctuaba de forma impredecible según la medicación—. Imprudencia temeraria —dijo.

—Ni siquiera lo voy a tener en cuenta.

—Puedes tomarte tu tiempo y considerar lo que puedes probar delante de un jurado. Tendrán que sopesar cuánto costaría abatir a un hombre del... temperamento de Salinger.

—Estamos hablando de John Cameron.

—Sí, que no tiene antecedentes ni se resistió en su detención.

—Nathan, ¿has visto el expediente médico de Salinger? —preguntó Newton—. ¿Has visto lo que le hizo?

—Sí.

—¿Consideras que eso es imprudencia temeraria?

Quinn no sabía cómo considerarlo, y se dio cuenta de que esa ignorancia se podía aplicar a muchos de los comportamientos de Cameron.

—No creo que quieras ir a juicio con esto —dijo.

—Haré lo posible por mantenerlo encerrado el máximo tiempo que la ley permita.

—Buena suerte.

5

Estaba de pie junto al alto ventanal de la sala blanca de recreo, observando cómo el sol iba escondiéndose tras los árboles. Cada minuto surgía una nueva sombra y el familiar nudo de miedo en su delgado pecho, mientras la oscuridad acechaba el edificio de hormigón. Observaba y esperaba. Se acercaba la hora en que estaría solo hasta que volviese a salir el sol.

Notó que la sala se vaciaba y que el televisor anclado en lo alto sintonizaba las noticias mientras se escuchaban pasos tras él.

—Alguien se acerca —dijo, sin darse la vuelta.

Le resultaba muy difícil abandonar las vistas desde aquella ventana hasta que sintió una mano en el brazo, y despacio, sin ganas, se dio la vuelta.

—Está oscureciendo —dijo—. Deberíamos marcharnos. No deberíamos estar aquí.

—Hora de acostarse.

—No deberíamos quedarnos cuando oscurece.

—Sí, ya te he oído. Lo mismo que ayer y anteayer. Venga, amigo, hora de irse a la cama.

—No es nada personal, solo son negocios.

—Seguro que sí.

Se quedó de pie junto a la cama, con las paredes desnudas a su alrededor y la cómoda de tres cajones que albergaba todo lo que le pertenecía en este mundo.

Recogió el pequeño pedazo de pintura gris de lo alto de la cómoda y levantó la mano. Cerró los ojos y dibujó una línea larga y temblorosa a lo largo de la pared blanca que vino a juntarse con docenas de otras similares repartidas por toda la habitación; líneas que recorrían las paredes de arriba abajo, hasta donde él podía alcanzar a ver.

Era más sencillo dejar que lo hiciera que quitarle la pintura y soportar los horribles ataques de pánico que lo acosaban.

Se cepilló los dientes y se puso el pijama de algodón blanco que le colgaba de los escuálidos hombros. Se lavó las manos; las uñas estaban cortadas al máximo y aun así contenían suciedad de la tierra del jardín. Las frotó bien y se sentó.

—Cuando me voy a la cama —comenzó a recitar—, rezo al Señor para que guarde mi alma.

Se deslizó bajo las gruesas mantas y el temblor comenzó casi instantáneamente.

Sonó una llamada en la puerta y la cabeza de Thomas apareció por la abertura.

—¿Preparado?

Vincent Foley, de cuarenta y ocho años, meneó la cabeza.

—Alguien se acerca —susurró, y se acurrucó formando una pelota apretada.

Thomas Reed, un enfermero del Instituto Walters de Seattle, apagó la luz y cerró la puerta. Un ligero clic notificó a Vincent que la puerta estaba cerrada con cerrojo. Pero, aun así, ¿qué era una pequeña puerta de madera frente a lo que lo acechaba?

Se apresuró a terminar.

—Si muriera antes de despertar, rezo al Señor para que se lleve mi alma.

En la habitación, sombras y luces empezaron a danzar por encima de las pinturas de la pared

como si fueran los propios trazos los que se estuvieran moviendo. Vincent mantuvo bien apretados los ojos. Durante toda la noche, los dibujos aparecían sigilosamente y reptaban por encima de él y a su alrededor.

En la penumbra relativa de la habitación de hospital, Nathan Quinn escuchaba su propia respiración: regular y pausada. Todavía le sorprendía seguir vivo, cuando bien se había creído morir. En cambio, había despertado a un mundo muy diferente: Jack estaba en la cárcel y habían encontrado los restos de David.

Los funcionarios del condado de Jefferson habían tomado una muestra de las células del interior de su mejilla para comparar ADN, un procedimiento rutinario y sencillo que habían completado en segundos. Ahora solo quedaba esperar.

Sus primeros momentos al despertarse eran una mezcla de dolor, aburrimiento y simple furia en estado puro. Su carácter, disciplinado por años de ejercicio de su profesión, parecía eludir los filtros habituales. Su cuerpo era prisionero de sus heridas, no así su inteligencia, y había discutido con los médicos acerca de disminuir los calmantes lo máximo posible, porque podía aguantar el dolor, pero el espesor lento y pastoso que emborronaba su mente era algo que no podía soportar.

Todo lo que sabía en aquel momento era que necesitaba pensar, y pensar con claridad. Los resultados de la prueba de ADN estarían en los próximos días, y, entonces, el mundo cambiaría de nuevo. Su eje cambiaría de lugar, al igual que lo había hecho en dos ocasiones anteriores en su vida. Esta vez estaría preparado.

Si los restos no pertenecían a David, si había otro chico ahí perdido en el bosque, ¿sería todo mejor? Quinn no sabía cómo sentirse al respecto, ni qué deseaba. Recuperar a David significaba que su hermano había vivido ese horrible momento, ese golpe que había acabado con su vida. Si no, entonces otro chico había pasado por aquel horror, otra familia había sido destrozada.

Respiró profundamente y se dio cuenta, no por primera vez, de que sentía la pena tanto como un peso, como un vacío en su pecho. Repasó lo que sabía, pensando como un abogado, como el fiscalista que una vez fue. Cerro los ojos y sintió la familiar chispa de furia. Bien. Prefería la furia al dolor.

Las estadísticas estaban en su contra: aunque en el estado de Washington no existía plazo de prescripción para un asesinato, él no podía recordar un solo caso en el que un acusado hubiese sido condenado por un crimen de veinticinco años de antigüedad sin pruebas, testigos o confesión alguna.

Los funcionarios habían dudado; sus posibilidades eran remotas. Lo máximo a lo que podían aspirar era el nombre de la víctima. «Inspira, exhala, ignora el dolor». Un nombre podía ser algo muy importante, incluso si era todo lo que tenían. Un nombre era el comienzo: cinco años después del secuestro, un hombre había caído y había muerto empalado en lo que los cazadores conocen como un foso trampa. Se llamaba Timothy Gilman y había muerto como había vivido. John Cameron tenía dieciocho años por aquel entonces.

Durante veinte años Nathan Quinn había creído que Cameron había matado a Gilman, su primera víctima, porque se lo había encontrado por casualidad y lo había reconocido como uno de los secuestradores, quizá el hombre que le había dejado aquellas cicatrices en los brazos. Cameron sabía que no había suficientes pruebas para llevarlo a juicio y que esa batalla destrozaría a la familia de Quinn, como si tuviesen que revivir la muerte de David una y otra vez.

Quinn, que trabajaba entonces en la Oficina del Fiscal, se había enterado de casualidad, y se

podría decir que su interpretación de los hechos se basaba en pruebas circunstanciales. Se podría pensar que no es plausible que un chico de dieciocho años se pase días cavando un agujero en la nieve para atraer a un hombre a su muerte. Y, por tanto, Quinn no habló sobre el tema; el caso siguió sin resolverse y la vida continuó.

Llegaron a la habitación sonidos distantes del pabellón, voces y pisadas y el tintineo de equipamiento médico. Quinn sentía el peso de las mantas; había perdido parte de su corpulencia desde diciembre y era consciente de cada célula de su cuerpo luchando por curarse.

Pensó en el miedo: en cómo afecta a un hombre y en qué haría un hombre bajo sus garras.

Madison se despertó a las seis de la mañana del lunes, se preparó su taza especial de café bien cargado y condujo al trabajo con una caja de barritas de mantequilla de cacahuete y un plátano a medio comer en el asiento del copiloto. Se había quedado hasta tarde preparando lo que iba a decir y esperaba que encontrarse al teniente Fynn bien de mañana, antes de que el día le amargase.

Saludó a Jenner, el sargento de recepción, y rápidamente subió las escaleras hasta la sala de la brigada de detectives. El turno anterior se había marchado y su turno no había llegado todavía. La sala era una mezcla de destartados escritorios, desvencijados archivadores metálicos grises y pantallas de ordenador nuevas con cables enroscados bajo las mesas.

Fynn llegó media hora antes de que comenzara oficialmente su turno y vio a Madison en su escritorio. Madison le dio un par de minutos antes de llamar a su puerta.

—Me he figurado que querías hablar conmigo de algo —dijo él mientras la invitaba a entrar.

—Me gustaría trabajar en el caso de David Quinn. Sé que está archivado y que el equipo de Casos Archivados lo llevará, pero están hasta arriba y yo podría empezar a recopilar información y revisar la investigación del secuestro. Querría estar en el caso incluso si el chico no es Quinn. Aparte de los restos, no hay nuevas pistas y le van a dar una prioridad tan baja que no llegarán siquiera a mirarlo.

—Buenos días, Madison. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Muy bueno.

—Ahora es cuando me preguntas qué tal el mío.

—¿Y el suyo, señor?

—Bastante bueno, gracias. ¿Qué te trae a mi oficina, detective?

—Me gustaría trabajar en el caso de David Quinn.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí. El sábado hablé con Willis, de Casos Archivados. Están hasta arriba ahora mismo. —Lo representó con un gesto a la altura de la barbilla—. Y los restos no nos proporcionan demasiado con lo que trabajar.

—Ya lo sé.

—Algo más. —Fynn la observó atentamente—. El único testigo superviviente no es que esté precisamente hablando en estos momentos, y nadie quiere perder el tiempo en un viaje a la penitenciaría para sentarse en una celda con John Cameron y volver con las manos vacías.

—Ya veo. Por eso me deja trabajar en el caso. Porque Cameron y yo vamos al salón de belleza juntos.

—Más o menos. ¿Te importa?

—En absoluto. Si no lo quieren, me alegro de encargarme yo.

—Eso pensé. ¿Has llegado a ir al sitio?

—Sí.

—¿Y?

—Lo enterraron rápido y solo con la suficiente profundidad como para que no lo desenterrara ningún animal.

—Bien, la cosa va a ir así: esperaremos a los resultados del ADN —que nadie tiene demasiada prisa en conseguir en primer lugar, ya que tenemos cientos de casos recientes—, y, si se trata de Quinn, el caso es tuyo. Si no lo es, entonces es jurisdicción del condado de Jefferson, porque no sabemos de dónde partió el niño, y el antropólogo forense tendrá que trabajar en una identificación antes de nada.

Para cuando Madison volvió a su escritorio, la sala estaba repleta y llena de bulliciosa actividad, y por primera vez se preguntó si debería desear que se tratara del hermano de Nathan Quinn. Era un niño, y eso era todo lo que importaba.

Tardaron nueve días en confirmar, sin dejar lugar a dudas, gracias a un retazo infinitesimal de ADN mitocondrial, que los restos humanos hallados en el bosque del río Hoh pertenecían con certeza a David Quinn. En cuanto fue oficial, Madison recuperó el expediente del secuestro del río Hoh del archivo: no iba a entrevistar a Cameron sin conocer cada detalle de la investigación original.

No había hablado sobre ello en veinticinco años, hasta donde ella sabía, y la probabilidad de que lo hiciera ahora era inferior a cero. Aunque también era cierto que la posibilidad de que Cameron hablara con alguien de algún tema era igualmente nula. El secuestro era meramente un asunto más en una lista extremadamente larga de temas tabú. Sin embargo, tenían un cuerpo y la causa del fallecimiento y habría una investigación, se harían preguntas y, en algún lugar dentro de la mente de John Cameron, estaba la verdad.

Y así, dos días después de su última visita, Alice Madison se encontró a sí misma de nuevo en la sala de espera de la Penitenciaría del condado de King, sin su arma y sin demasiadas esperanzas en entablar una conversación útil.

Pensó en un John Cameron de doce años, aterrado y solo en el bosque, y deseó que ese chico quisiera ayudarla cuando le comunicara que el niño que habían encontrado era David.

Hacía calor en la celda, un calor desagradable, y olía a café de máquina expendedora de visitas anteriores. Como quiera que estuviese el día fuera de allí, en esa habitación, la luz natural tenía un color pálido y lechoso y apenas alumbraba el escaso mobiliario. Madison había repasado tres veces la estrategia que iba a utilizar cuando escuchó abrirse el cerrojo de metal de la puerta principal.

Entró un solo guardia, alguien a quien había visto un par de veces antes. Parecía que llevaba varias décadas trabajando para el Departamento de Correccionales y que seguiría haciéndolo. Una etiqueta lo identificaba como «Miller, B.».

—No va a venir, detective —dijo.

—¿Que no va a venir?

Se dio cuenta de que sonaba como si fuera una ofensa personal, pero, de verdad, no creía que lo pudiera disimular.

—Dice que ya sabe que el ADN concuerda —continuó el guardia—, y que vuelva cuando se entere de algo que él no sepa.

Madison se quedó en blanco; asintió, colocó el cuaderno de nuevo en el bolsillo trasero de sus vaqueros y empujó la silla debajo de la mesa. Ordenada y lista para el siguiente visitante. Los acerados ojos azules del guardia seguían todos sus movimientos.

—De acuerdo entonces —dijo ella.

—No se lo tome a mal. Es más de lo que nadie ha conseguido sacar de él.

—Lo sé.

—A no ser que quiera que lo traigamos aquí a la fuerza...

—No, gracias. Hoy no hace falta —dijo ella, para alivio evidente del guardia—. Tendré que sobrevivir sin otra estimulante conversación.

—Como todos.

De vuelta en su coche, en el aparcamiento de la prisión, con las ventanas empañadas y el motor en marcha, Madison se permitió un minuto largo de juramentos sin censura. Una vez se desahogó, arrancó el vehículo y condujo de vuelta a la comisaría. «Es lo que hay», solía decir su abuela.

Carl Doyle esperó junto a la puerta del ascensor, con su silueta reflejada en el acero pulido. Iba impecable, con su traje gris de raya diplomática, camisa blanca y corbata burdeos. Dirigía Quinn Locke desde un banco fuera de la habitación de Quinn; era guardián y ayudante ejecutivo.

Todd Hollis, el investigador principal de Quinn Locke, había pasado una hora con Quinn y se había marchado unos minutos antes, con el humor mucho más sombrío que cuando entró. Doyle había hecho lo que Quinn le había pedido y ahora esperaba junto al ascensor. No sabía de qué iba el asunto, solo que Hollis no estaba de acuerdo con Quinn, pero este había decidido seguir adelante de todas formas. Doyle estaba inquieto; Hollis sabía lo que hacía: si había planteado dudas, habrían sido razonables y bien fundadas. Doyle se arregló la corbata, toqueteó sus gemelos y miró el reloj.

Las puertas del ascensor se abrieron y Benny Craig, de Quinn Locke, salió tambaleándose con dos maletines plateados con equipo fotográfico y un trípode plegado bajo un brazo. Benny llevaba seis meses en el despacho y parecía que tenía trece años. Algo en los modales de Carl Doyle le avisó de que se quedara quieto e hiciera lo que le mandaban.

—¿Está todo? —preguntó Doyle.

—Todo —contestó Benny.

Doyle avanzó por el pasillo y Benny lo siguió. A su alrededor, la vida del hospital continuó ajena a ellos, enfrascada en el bullicio de sus quehaceres diarios.

Alice Madison colocó el plato de pastel de chocolate en el borde del escritorio mientras levantaba el vaso de papel. El cumpleaños del detective Andrew Dunne era un motivo de celebración y había atraído a agentes de toda la comisaría.

Dunne y su compañero Spencer habían sido buenos compañeros de trabajo desde el principio. Echando un vistazo alrededor de la sala, Madison reparó en el detective Chris Kelly y en su compañero, Tony Rosario, quienes sujetaban sendos vasos de papel en la mano. No era un lujo trabajar con Chris Kelly, de hecho, Madison creía que la «Alegría» con mayúsculas temblaría, se marchitaría y caería muerta si se acercara a menos de dos metros de Kelly. Se habían ignorado mutuamente desde el comienzo del año y ella deseaba que siguieran así.

Spencer levantó su vaso, que contenía un refresco con burbujas, amarillo bajo las luces de neón, y pidió silencio. Conocía a Dunne desde la época de la Academia de Policía y sus brindis siempre mencionaban la soltería de su amigo, su fuerte temperamento irlandés y una larga lista de anécdotas vergonzosas que nunca se habían visto plasmadas en ningún informe.

«Me llamo Nathan Quinn».

La voz irrumpió en la sala y a Madison casi se le sale el corazón por la boca. Alguien mandó callar al grupo y subió el volumen del televisor con el mando a distancia.

—Son las noticias de KIRO —dijo alguien. Un silencio helado envolvió la sala.

Durante un rato largo, Madison no se dio la vuelta. Sabía lo que estaban pensando todos: veían al hombre que había hecho lo que hizo Quinn y había sobrevivido. Todos y cada uno de ellos se preguntaban por las heridas recibidas. Nadie había visto ninguna foto ni ninguna

exclusiva en un periódico sensacionalista.

A Madison no le habían permitido verlo desde entonces; ahora tendría que hacerlo por primera vez en una habitación llena de curiosos y extraños y sin ninguna idea de cómo había sido aquello de verdad.

—Me llamo Nathan Quinn...

Madison se dio la vuelta. Había adelgazado y tenía el oscuro pelo más largo. Nathan Quinn aparecía en primer plano, con una camisa azul de lino abierta, sin corbata. Detrás de él, una habitación de hospital, con luz suficiente para que se le viera claramente. Una fina raya roja cortaba su ceja izquierda y ascendía hasta el pelo; otra iba desde las comisuras de los labios hasta su oreja izquierda; otra empezaba debajo de la mandíbula y desaparecía bajo la camisa; otra más pequeña, sobre su pómulos y sus labios. El cirujano plástico había conseguido unos resultados excelentes, lo mejor a lo que se podría aspirar. Y, aun así, Nathan Quinn parecía como si el mismísimo diablo lo hubiese expulsado del Infierno tras haberse entretenido un rato con él.

—... hace unos días se encontraron los restos de un niño en el bosque del río Hoh. Mi hermano David tenía trece años cuando fue secuestrado junto a dos amigos, hace ahora veinticinco años. Los hombres que se lo llevaron, lo mataron y abandonaron a sus amigos en el bosque. Este es un llamamiento para conseguir cualquier tipo de información que alguien pueda tener relativa al secuestro o al asesinato.

Madison había presenciado otros llamamientos así: para hijos, padres, hermanos, mujeres, maridos... Había algo en el tono de Quinn que conseguía mantener a una sala llena de policías clavados donde estaban. Madison presintió la tormenta que se avecinaba, porque había visto a Quinn en acción con anterioridad y no era el tipo de hombre que solía hacer llamamientos de ningún tipo.

Quinn levantó cuatro dedos de la mano derecha.

—Cuatro hombres se llevaron a los niños y asesinaron a mi hermano. Pagaré doscientos mil dólares por cada uno de esos hombres. —Levantó el dedo índice de la mano izquierda—. Por la persona o grupo que lo planeó: un millón de dólares. —Quinn hizo una pausa, y, cuando habló de nuevo, su voz era baja y rayaba en la amenaza—: No pidieron rescate, no se llevaron ninguna recompensa. Esto es lo que van a conseguir hoy: un precio por sus cabezas. ¿Alguno le contaría algo de lo que pasó aquel día a un amigo, un hermano, una amante? —Quinn hizo otra pausa—. Hace veinte años un hombre llamado Timothy Gilman cayó en una trampa cavada en el suelo y murió. Tengo razones para creer que era uno de los secuestradores. —Quinn dobló uno de los dedos—. Uno ha caído, quedan tres. Los demás deberían saber, donde quiera que estén, que no están seguros, que no están fuera de peligro y que los encontraré.

La imagen se quedó fija un momento antes de volverse negra y volver al presentador de las noticias, que estaba sentado a su mesa y claramente pensando que una licenciatura en Periodismo no lo había preparado para algo así.

La sala estalló en sonidos y voces superpuestas, y alguien apagó el televisor. Madison seguía pensando en la voz y en las palabras. No había sido un llamamiento, era una advertencia: Quinn la había planteado con dureza y en algún lugar por ahí fuera habría alguien que habría oído esas palabras y habría entendido el mensaje. «¿Y quién demonios era Timothy Gilman?».

Fue un cambio químico. Un catalizador mezclado en una solución antes inerte. «Me llamo Nathan Quinn». En las oficinas, en los hogares, en los bares y en las pantallas de televisión; en los transbordadores, en Internet y en cualquier sitio con televisor, la gente se detenía, miraba y se

preguntaba. Al cabo de un rato no era necesario siquiera escuchar las palabras. Se veía a Quinn levantando los cuatro dedos de la mano derecha primero, luego el dedo índice de la izquierda. Las cicatrices decían algo sobre aquel hombre que las palabras no lograban expresar. Y en alguno de esos lugares, donde no van los turistas y los camareros conocen a cada cliente por su nombre y tipo de delito, unos pocos de esos clientes empezarían a fijarse en los habituales y se preguntarían a sí mismos quién estaba por ahí hace veinticinco años, quién habría sido capaz de llevarse a tres chicos al bosque y quién habría enterrado a uno de ellos en una tumba improvisada.

Hoy era un buen día; había un millón seiscientas mil razones para ser curioso.

De vuelta en las oficinas de Quinn Locke, Carl Doyle había visto las noticias con el resto de la plantilla. La cámara y las luces estaban de nuevo en el almacén, y Benny Craig contaba su historia por enésima vez a una bonita secretaria de coleta rubia.

Doyle no quería contestar preguntas y se había encerrado en su despacho. Ahora ya sabía por qué Hollis no estaba de acuerdo. Entendía la necesidad de Quinn de hacer justicia a su hermano, la que se le había negado, ¿quién no lo hubiese hecho? Lo que Doyle no podía siquiera empezar a describir era cómo fue el estar de pie a metro y medio de Quinn mientras pronunciaba aquellas palabras. Benny era joven, de naturaleza afable, si acaso un poco aburrido, tenía poco o ningún entendimiento de lo que acababa de presenciar. Pero Doyle sí que lo sabía, y había recogido un montón de papeles y se había dedicado a archivarlos, clasificarlos y organizarlos porque necesitaba tener la mente y las manos ocupadas con cosas cotidianas y mundanas y porque la voz de acero de Quinn había sido lo suficientemente afilada como para cortarle la respiración.

Dunne todavía sostenía su vaso de papel. Se acercó a Madison y le habló en voz baja:

—Has pedido al jefe el caso de Quinn, ¿verdad?

—Sí.

—Bien hecho. ¿Has echado un vistazo al informe preliminar del condado de Jefferson?

Madison se puso de espaldas a la sala para hablar solamente a Dunne.

—No quedaba nada en el escenario del crimen. Solo los restos y el hoyo cavado en la tierra donde se encontraron.

—¿Ninguna pista de ningún tipo?

Madison meneó la cabeza.

—¿El forense?

—Estoy esperando el informe de Fellman. Y el del antropólogo forense, si es que podemos conseguir alguno.

Dunne se pasó la mano por la cabeza, exasperado por las maneras aparentemente inagotables que el mundo tenía de hacerles imposible cada día de trabajo.

—¿Cómo se le ocurre a Quinn ofrecer ese tipo de recompensa por algo que sucedió hace veinticinco años? Una décima parte habría bastado para conseguir cualquier información. Todo ese dinero es solo un imán para cada pringado avaricioso que haya de aquí a Miami, y va a ser a nosotros a quien va a llamar cada uno de ellos para reclamarlo.

Madison no contestó. Quinn tenía sus razones ocultas, además de las oficiales, para hacer

todo lo que hacía.

—¿Conoces a ese tipo, Gilman? —preguntó a Dunne.

—No, nunca he oído hablar de él. Hace veinticinco años mi mayor preocupación era a quién llevar al baile de fin de curso y cómo pagar la limusina.

Madison echó un vistazo a su alrededor: la sala se estaba vaciando, cada cual se retiraba a sus quehaceres y del pastel de Dunne solo quedaban unas pocas migas pringosas sobre el plato.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó ella.

—Con el director. Me muero por ver su cara de entusiasmo cuando se entere de lo del llamamiento.

—¿Consideras eso un llamamiento?

—No, lo considero un error. Un error considerable.

Dunne se puso la chaqueta.

—Spencer y yo nos vamos a Jimmy's para tomarnos algo rápido antes de celebrar mi cumpleaños con la magnífica Stacey Roberts de Tráfico. ¿Te vienes?

Madison sonrió.

—Gracias, pero no. Necesito saber algo sobre Gilman antes de poder ir a ver a Quinn y discutir con él sobre el tema.

—Que te diviertas.

—Gracias, Dunne —le dijo cuando ya este se había dado la vuelta—. Stacey tiene tres hermanos grandes como armarios. No es que le hagan falta, sabe disparar muy bien.

Dunne se ajustó el nudo de la corbata y sonrió.

—Nada mejor que una cita con una mujer que te puede destrozarse las ruedas, ¿verdad?

—Feliz cumpleaños.

Madison se llevó el expediente de vuelta a su escritorio bajo el pequeño marco de luz que ofrecía su lámpara de mesa. El silencio de la sala era una delicia; su turno se había terminado y sus colegas se habían dispersado, marchándose a seguir las vidas que tenían cuando no estaban allí.

En su corta existencia en la Tierra, Timothy Gilman se las había arreglado para hacer pocos amigos y crearse muchos enemigos: lo que había comenzado como la típica conducta de delincuente juvenil había escalado rápidamente a una variedad de delitos que demostraban una naturaleza profundamente violenta. Gilman la había cuidado como cualquier otro hombre cultivaría su destreza para los números. Una dura temporada en una penitenciaría por asalto en segundo grado era, sin duda, un logro importante en su currículo.

Madison dio un sorbo al café de la taza de cerámica con un dibujo del monte Rainier —un cielo azul tras una cima gris y rocosa y unos glaciares—. Al final, en algún sitio en el bosque entre Seattle y el monte Rainier, en un foso trampa, unos excursionistas habían encontrado el cuerpo de Gilman tras el deshielo de primavera, atravesado por unas largas estacas. El invierno anterior, había salido una noche de su bar favorito y había desaparecido como polvo en el viento.

Madison recorrió la lista de entrevistas con el dedo índice; nadie sabía cómo había llegado desde el bar hasta el bosque, ni siquiera si se había caído por accidente o si fue algo intencionado. Se leyó el expediente dos veces de arriba abajo, y todo lo que pudo sacar en claro de esas páginas era que Gilman había sido un hombre brutal y lleno de maldad. A pesar de todo, no existía conexión alguna con el secuestro del río Hoh. El grueso de sus asuntos pendientes con la ley y el orden tenían que ver con el tipo de trabajos de poca monta para los que estaba tan bien dotado.

Tomó notas mientras leía, sintiendo que se trasladaba en el tiempo medio a ciegas e intentando conseguir algo que no estaba allí en absoluto. A lo que se aferraba —lo único que tenía— era el conocimiento de que Nathan Quinn no jugaría con el nombre de Gilman, al igual que no bromeaba con sus amenazas. «Uno ha caído, quedan tres». Quinn sabía algo, y con seguridad eso no se encontraba en esas páginas amarillentas que acababa de recuperar de Archivos.

Madison se acercó hasta el frigorífico de la sala y solo encontró un yogur de fresa olvidado de una noche de guardia hacía unas semanas. Desenroscó la tapa y lo bebió de golpe para ahogar el sabor del café de la oficina. Sabía a algo rosa.

Si Quinn conocía la identidad de uno de los secuestradores, no tenía sentido que lo hubiera dejado pasar, a no ser que se hubiese enterado después de morir Gilman. En ese caso —Madison miró al escuálido expediente—, todo lo que Quinn tenía era un bosquejo de una vida dedicada a hacer daño, pero ninguna respuesta.

Madison sacó su móvil y pulsó un número de marcación rápida.

—Doyle —contestó al segundo timbre.

—Soy Madison. Siento llamarlo tan tarde.

—Está bien. Estoy todavía en el despacho, y supongo que usted también está trabajando.

—Me temo que sí. Carl, necesito ver a Quinn. Cuanto antes mejor. Mañana por la mañana estaría bien.

—¿Tiene alguna idea de cuántas peticiones de los medios ha tenido desde que salió en antena el llamamiento?

—Supongo que muchas.

—Veintidós. ¿Sabe cuántas ha concedido?

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—Yo no soy la prensa, Carl. Estoy trabajando el caso de David Quinn.

—Hablaré con él mañana por la mañana.

Se despidieron, y Madison decidió irse a casa. El trayecto fue rápido, demasiado quizá. El trabajo del día podía estar acabado, pero había algo sobre esa sensación de suspense, sobre ese aplazamiento de cualquier acción física o empeño que solo un atasco podía proporcionar. Necesitaba seguir conduciendo para seguir pensando.

Condujo hacia el sur, dejó atrás su salida habitual y acabó dando una vuelta alrededor de Normandy Park. La tupida zona boscosa suponía una pausa completamente negra entre el resto de luces. Era una fría noche de comienzos de febrero y aun así Madison necesitaba bajar la ventanilla unos centímetros para olfatear el aire salino. Su móvil, que estaba en el asiento del copiloto, empezó a vibrar justo cuando estaba dando la vuelta. Vio el identificador de la llamada y respondió.

—Sargento —dijo.

—Madison —contestó el sargento detective Kevin Brown—. ¿Lo has visto?

—Yo y cualquiera que tenga un televisor.

—¿Has visto ya el expediente de Gilman?

Madison sonrió. Brown podía estar de baja médica, pero todavía era su compañero, su superior, y echaba de menos conversar con él.

—Sí. Está bastante claro. Un bruto que hacía trabajillos, que pasó tiempo encerrado (no el suficiente, en mi opinión), y un montón de preguntas en cuanto a cómo fueron sus últimas horas. Nada que lo relacione con el secuestro, a primera vista, quiero decir, ya que Quinn no habría

mencionado su nombre a no ser que tuviera algún significado.

—Estoy de acuerdo. El mensaje de Quinn hablaba de avaricia, de miedo y de ese hombre.

—¿Cuándo tienes el examen médico? ¿Cuándo vas a volver?

—Tengo unas pruebas mañana. Ya te contaré en cuanto termine. El aburrimiento es peor que un disparo en la cabeza.

—Me lo tendré que creer.

—¿Vas a ir a ver a Quinn?

—Sí, mañana.

—¿Por primera vez desde aquel día?

—Sí.

—Ese hombre está hecho de algún tipo de metal todavía sin descubrir. Puedes apretar un poco, si lo necesitas.

—No te preocupes. No voy a ir con flores y globos. Sigue siendo la misma persona que era antes de lo del bosque y yo también.

Más tarde, mientras aparcaba el Civic junto al coche de sus abuelos, Madison se preguntó si, de hecho, le había mentido a Brown, no de forma intencionada, está claro, pero le había mentido, al fin y al cabo. Le había salido tan rápido que Madison estaba contenta de no haberlo tenido cara a cara. Cuando Brown volviese, tendría que acceder a abandonar el discurso de «todo bien, nada que contar» que le había largado al doctor Robinson.

El expediente del condado de Jefferson contenía fotos de los restos del chico in situ, con el cráneo aplastado, algo evidente antes siquiera de mover el cuerpo. Madison se preguntó si, de estar Gilman involucrado, habría dejado algún rastro.

Se preparó un sándwich de queso fundido —Jarsberg y pan ácimo—. Se lo tomó en el sofá con un vaso de leche mientras veía *Historias de Filadelfia* y se quedaba dormida justo cuando el *True Love* surcó el estanque inmaculado.

Manny Oretremos se santiguó una vez y luego, por seguridad, volvió a repetir el gesto. Estaba sentado en la cama de su celda en la Penitenciaría del condado de King —estar de rodillas habría resultado demasiado obvio—, rezando para que lloviera. No solo unas pocas gotas o una llovizna, rezaba para que los cielos se abrieran y para que la lluvia cayera de forma que recordase una inundación de proporciones bíblicas. Si eso fallaba, un ataque al corazón que lo incapacitase y lo mantuviese en el pabellón médico. Cualquier cosa que le impidiera ir y cumplir su cometido.

En cambio, pasaron los minutos y él siguió sentado en su camastro, agarrado a la manta fina con sus manos sudorosas y esperando a su hora de patio y a su aciago destino.

Manny era un tipo pequeño, algo poco conveniente si uno se juntaba con el tipo de gente que él había conocido toda su vida; para ganarse el respeto y un mínimo de aceptación se había visto a sí mismo haciendo una serie de cosas que —como más de un profesor de instituto había vaticinado— lo habían condenado a acabar en un sitio con una puerta sin llave.

Esta era solo la última de una larga lista de cosas que debía hacer irremediablemente, algo de lo que no podía escapar y que lo había empujado y arrastrado a un nuevo nivel de miseria.

Todo había comenzado unas semanas antes. Dependía de su determinación y de que se presentara la oportunidad, y, de una forma u otra, acabaría seguramente en desastre.

Le habían pasado el vial a la hora del desayuno, lo suficientemente pequeño como para ocultarlo sin dificultad en la bolsa marrón que contenía su comida para llevar. Se había comido unos huevos secos con patatas fritas de la bandeja mohosa como si fueran radioactivos. Todo lo que tenía que hacer era guardar el vial hasta que llegase el momento adecuado y utilizarlo de forma rápida.

Manny cumplía una condena de veinticinco años a perpetua; ser parte de esto sería un billete para que el resto de su vida fuese un poco más fácil, algo de lo que enorgullecerse cuando fuera viejo y frágil y siguiera encarcelado.

El plan requería que una serie de personas estuvieran en el sitio exacto en el momento adecuado. Oportunidad y preparación, así se lo habían explicado. Se lo presentaron casi como una operación militar, pero Manny sabía que había apuestas y una promesa de un nuevo estatus para cada participante, unos doce en total. Algunos no podían aguantarse las ganas.

Lo llevaba desde hacía unas semanas, y, desde entonces, el vial de cristal de cinco centímetros había hecho un agujero en el colchón.

Manny cerró los ojos y rezó para que lloviese.

Madison se despertó en su cama y con repentina lucidez recordó que tenía que acudir a los tribunales esa mañana, como testigo de la fiscalía en un caso de robo y asesinato de hacía seis meses. No sabía cuándo la llamarían, y podría acabar liada durante unas cuantas horas.

Maldijo en alto y se prometió a sí misma llamar a Doyle tan pronto como lo permitiera la buena educación, y a la comisaría para recordar a su jefe que iba a estar fuera de juego. Este día bien podría resultar una pérdida de tiempo, pensó, aunque luego se censuró, recordándose que su declaración era parte de un caso y de que así era como funcionaba el sistema legal.

Con una taza de café en la mano se plantó de pie delante del armario abierto y eligió unos pantalones y una chaqueta que resultaran aceptables en un juicio. Nada digno de mencionarse en el *Vogue*, pero cumpliría su función.

Madison había pasado una hora con el fiscal un par de semanas antes para preparar su declaración y repasar detalles. Los acusados estaban atracando una gasolinera cuando entró la víctima. El caso se basaba en la declaración de un testigo, en pruebas balísticas y en el ADN que ambos acusados habían dejado en esquiras de cristal. Estos habían contratado distintos abogados defensores, intentaron negociar distintos acuerdos, fallaron y decidieron alegar coerción. Madison esperaba que el juez Hugo estuviera de un humor especialmente negro y llevara el juicio de la forma más veloz posible.

Sentada fuera de la sala del tribunal E-207, la mente de Madison seguía volviendo al llamamiento de Quinn, a la apenas disimulada amenaza y a la promesa de una recompensa económica tan peligrosa como irresistible. Madison observó el ordenado ajeteo del juzgado: Quinn había puesto algo en marcha y unas mareas oscuras estaban ya gestándose bajo las tranquilas aguas de la bahía de Elliot. Los que supieran algo serían arrastrados a la superficie o bien se ahogarían en el proceso. El reloj había empezado a contar la noche anterior, en cuanto terminó el video de Quinn.

Después de una mañana cansada, Madison tomó un panecillo para comer, la llamaron al estrado, testificó y la dejaron en paz. Casi había anochecido cuando entró en la comisaría para comprobar si tenía mensajes.

El teniente Fynn la llamó con un gesto de la mano.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Bien, creo. Las pruebas son aplastantes.

Algo en las maneras de Fynn le dijo que esto no iba sobre su declaración.

—¿Jefe?

—Brown ha aprobado la prueba médica, pero ha suspendido la prueba de destreza de disparo.

—Pero...

—Lo sé. Lo va a volver a intentar pronto; es claramente una consecuencia de la herida en la cabeza. Su coordinación oculomotriz está desajustada, según jerga médica. No puede llevar un arma, ni la placa.

Nunca se le había ocurrido a Madison que Brown suspendiera el examen. Nunca se le había ocurrido que pudiera fallar en nada.

—Me dijo que había intentado localizarte y le conté que estabas en los juzgados. Escucha, déjalo estar esta noche. Ya lo conoces, parecía bastante calmado, pero estoy razonablemente seguro de que querría atravesar una ventana con el puño, lo cual realmente no ayudaría nada.

—Lo llamaré mañana.

—Bien.

Madison volvió a su escritorio y se sentó. La mesa de Brown, enfrente de la suya, estaba vacía de papeles, y, de repente, ese extraño orden la molestó sobremanera. La verdad era que Brown había estado de baja médica durante tantas semanas como había trabajado con él. No obstante, él era parte esencial de su trabajo: él le había enseñado; sus preguntas la habían provocado e irritado y, en última instancia, la habían ayudado a progresar en su entendimiento.

Se podía imaginar muy bien su frustración en este momento y, peor aún, el zarpazo de esa voz que le decía que tal vez nunca lo superaría.

Madison cogió su teléfono y pulsó el número de marcación rápida. Un timbre, dos. Quizá

Fynn tenía razón y no quería hablar.

—Hola —dijo Brown.

—Sargento.

—¿Te has enterado?

Parecía estar bien. Contenido, pero así era Brown.

—Sí, me he enterado. —Tuvo cuidado de no decir «lo siento», porque no ayudaba a nadie. Él sabía cómo se sentía ella.

—Has pasado la prueba médica. Eso sí que era importante. Disparar no es más que pura técnica, se puede volver a aprender. El cuerpo se adapta, lo mismo que corregimos la mira de un rifle de asalto.

—Bien descrito.

—Cuando estés preparado, nos vamos a un campo de tiro. Se trata de desmontar la técnica y volver a aprenderla.

—Tengo entendido que eras buena tiradora cuando llegaste a la sala. ¿Es así?

—Sí —respondió simplemente Madison.

Podía ver a Brown asomar una sonrisa.

—¿Cómo eres de buena?

—Buena como de campeonatos nacionales. Dos veces. —Madison hizo una pausa—. Con ambas manos.

Ahora sonreía claramente.

—Me lo pensaré.

—Sí, hazlo.

—Suenas muy convencida.

—Más vale que lo creas.

Colgaron y Madison dejó escapar un suspiro. «Maldita sea».

Posó la mirada en el redondo reloj de pared y se dio cuenta de que, aunque estaba completamente oscuro en Washington, todavía podría llamar a Maryland sin resultar maleducada. Sacó un trozo de papel del bolsillo posterior de sus vaqueros.

—¿Detective Frakes? Soy la detective Madison, del Departamento de Homicidios de la Policía de Seattle.

—Me alegro de que me llame. Permítame que busque un sitio tranquilo para hablar.

Madison escuchaba voces de fondo.

—Estoy de visita en casa de la familia de mi mujer en Bethesda —continuó él.

—¿Prefiere que lo llame en otro momento?

—No hace falta. Son italianos y estamos comiendo siete veces al día. Pueden empezar sin mí.

Ahora se escuchaba silencio en la línea y el sonido de una puerta que se cerraba.

—¿Quién es su jefe de brigada?

—El teniente Fynn.

—¿Su compañero?

—El sargento detective Kevin Brown.

—Brown. ¿Pelirrojo, de cincuenta y tantos, tan terco como una mula?

Madison cerró los ojos un instante.

—El mismo.

—Lo leí en *The Seattle Times* —dijo finalmente el detective Frakes—. Me imaginé que en algún momento recibiría una llamada. Me alegro de que lo encontraran. Ha estado ya demasiado

tiempo ahí fuera, en el bosque.

—Detective Frakes, usted fue el investigador principal en el secuestro y asesinato de David Quinn.

—Entonces se conocía solo como «el caso del río Hoh»; lo mencionabas y todo el mundo sabía de qué hablabas.

—Sí, así sigue siendo. —Madison se acomodó en el sofá—. Estoy recopilando toda la información que pueda encontrar para el equipo de Casos Archivados; incluso teniendo los restos, puede que no sea suficiente para arrancar una investigación.

—¿No se ha encontrado ninguna prueba nueva en el escenario del crimen?

—No.

—¿Estaba cerca de donde retuvieron atados a los chicos?

Madison se dio cuenta en ese instante de que no era simplemente un nombre en un expediente; este hombre con el que hablaba por teléfono había estado ahí físicamente, había visto los hilos de las cuerdas todavía atados a los árboles y había hablado con John Cameron de niño.

—Lo enterraron a kilómetro y medio del claro.

—Lo ha ido a ver.

—Sí.

Hubo un lapso de silencio entre los dos. Madison siguió el patrón de luz en el techo. Sabía exactamente cuántas horas había dedicado el detective Frakes a rastrear el bosque y a buscar a David Quinn. Ni siquiera los perros habían sido capaces de seguir el rastro.

—Detective, quería hablar con usted porque el expediente es lo que es, está muy bien estudiarlo, pero puede que usted tenga más pensamientos, nexos, ideas. Cualquier cosa que puede no haber acabado escrita en el momento, por considerarse superflua o demasiado insignificante como para dejar constancia. Lo que quiero decir es que si tuvo aunque sea tan solo un pensamiento fugaz sobre el caso, algo que no le encajara en el informe final, me gustaría saberlo.

—Todavía sigo pensando en ello de vez en cuando, ¿sabe? Cualquier policía le dirá lo mismo: a largo plazo son los casos que no resuelves los que se quedan contigo.

—Sí, estoy segura de que es así. —Madison debía dejar que él fuera marcando el ritmo. ¿Cuánto tiempo habría estado esperando para hablar del caso?

—Este fue de lo peor que te puede tocar —continuó él—. Cuando vi a los chicos, los habían llevado a un hospital local, parecían muertos, tan pálidos como una sábana blanca. El pequeño, el que tenía los cortes en los brazos, apenas podía hablar. Era puro terror. No había visto nunca nada igual.

—Ni lo habrá visto desde entonces.

—En efecto. Lo que ocurrió allí fue un caso único. Un secuestro sin rescate ni dinero cambiando de manos. Un niño que muere de un ataque cardíaco, otro herido. No tenía sentido, y ahora resulta que el niño fue asesinado.

Madison sabía lo que quería decir: no tenía sentido porque, si hubiesen querido dinero, ¿por qué no lo pidieron a cambio de la vida de los niños? Y si el móvil era la tortura de los tres niños, ¿por qué dejaron a los otros dos amarrados pero vivos?

—¿Qué le decía su intuición?

Casi podía ver sus pensamientos; es la pregunta que nunca se puede hacer ante un tribunal, donde todo lo que importa es lo que se puede probar.

—Pensé que todo el asunto estaba relacionado con el restaurante de los padres. Ese era el único nexo de unión entre los chicos. A los padres les había ido bien con el restaurante. De

hecho, sigue abierto todavía, ¿no?

—Sí, así es.

—Francamente, pensé que era por protección. Seattle no era Nueva York o Nueva Jersey; no estaba igual de llena de mafiosos. Pero sí había grupos de gente que se podían interesar en tus negocios si te estaba yendo lo suficientemente bien en determinados sectores. Sus nombres están en el expediente. Buscamos por todas partes, pero no encontramos nada.

—¿Qué dijeron los padres de los chicos?

—Dijeron que nunca los habían contactado para nada semejante.

—¿Cree que mentían?

—Por supuesto. Y no digo que yo no hubiese hecho lo mismo en su situación. Tenían a un niño muerto y a otros dos demasiado aterrados como para poder hablar.

—¿Salió a la luz algún nombre? Gente que podía haber llevado a cabo el secuestro u otros que podían haber dado la orden?

—Ya sé lo que me pregunta, y la respuesta es no. Nunca había oído hablar de Timothy Gilman hasta que vi el llamamiento de Nathan Quinn por televisión. Espiamos a algún mafioso local que podía haber estado involucrado, pero no había ni una sola pista. Incluso los chivatos habituales mantenían la boca cerrada.

—Así que, ¿no tenían a Gilman en su radar?

—Para nada. No sé de dónde sacó Quinn esa información.

—¿Ha dicho que ningún chivato dijo nada en su momento?

—Nada, cero. El caso estaba envenenado. Nos quedamos sin pistas en pocos días y después de eso, todo se fue olvidando. El hermano me llamaba todos los días preguntándome por ello, y no tenía nada que contarle.

Madison notó la rabia y el arrepentimiento en su voz, y se imaginó a un joven Nathan Quinn luchando contra su pena.

—Me jubilé hace diez años —continuó él—. No ha habido un solo año desde 1985 en que no haya pensado en los chicos el 28 de agosto. ¿Encontró la cadena de oro junto a los restos?

—¿La cadena de oro?

—David Quinn llevaba puesta alrededor del cuello una pequeña cadena con una medalla. San Nicolás. Se la regalaron unos parientes de su padre.

—Pensé que era judío.

—Bueno, a los parientes no les importaba. ¿Es usted católica?

—No. —Madison no tenía ni idea de qué era.

—Bien, pues san Nicolás es el santo patrón de los niños, si es que eso sirve de algo.

—No —dijo ella—. Allí no había ninguna cadena de oro.

—Asesinos y ladrones —dijo él.

Alguien entró en la habitación; Madison escuchó la voz de una mujer hablando en voz baja.

—Gracias por su tiempo —dijo Madison.

—Manténgame informado, detective.

—Lo haré.

Madison anotó unas líneas en su cuaderno. «Protección». Pensó en todo el silencio en torno al secuestro del niño extendiéndose por Seattle y la bahía de Elliot mientras los chivatos se retiraban a sus cuevas. «Uno ha caído, quedan tres».

Encontró el mensaje de voz de Rachel cuando se disponía a entrar en el coche. Debía de haber

llamado mientras Madison estaba al habla con Brown. «Neal se va a llevar a Tommy a dormir a casa de sus primos y tengo toda la casa para mí. Me apetece una película, vino blanco bien frío y los restos que tenga en la nevera. Llámame. Si vienes, no hace falta que pases por tu casa y te cambies».

Era su santo y seña para «no hay niños en la casa, puedes venir directamente del trabajo con cualquier pedazo de metal que guardes en la pistolera». Nadie más en casa, ni Neal, ni Tommy.

Madison sí pasó por su casa y dejó la Glock y su arma de repuesto. Caminó unos minutos hasta la casa de Rachel y cuando su amiga abrió la puerta, todo lo que Madison llevaba consigo era una botella de Sauvignon Blanc y una bolsa tamaño familiar de patatas fritas con sabor a sal y vinagre.

—Me gustaría que los estudiantes no estuvieran tan obsesionados con sus notas. —Rachel enseñaba Psicología en la Universidad de Washington. Llevaban sus platos y vasos hasta la sala de estar, y se estaban poniendo al día—. Como si fuese la única medida de su educación y su aprendizaje. Ni te imaginas las veces que tenemos que explicarles que esto no es ninguna empresa de servicios, que ellos no son clientes.

—¿Éramos nosotras así también? —le preguntó Madison. Habían estudiado juntas en la Universidad de Chicago hacía lo que parecía unos doscientos años.

—Qué va. Éramos inteligentes, educadas, comprometidas y completamente perfectas en todos los aspectos posibles.

—Sí, eso pensaba exactamente.

Se acomodaron en el sofá de piel y se descalzaron mientras dejaban los platos y los vasos en una mesita delante de ellas.

—¿Qué ocurrirá si Brown no aprueba el examen? —preguntó Rachel.

Madison sacudió la cabeza.

—Si no puede llevar pistola, no podrá ser policía. Es así de simple.

—Lo siento. —Rachel no conocía a Brown; lo sentía porque sabía que su amiga estaría hundida si Brown se veía obligado a dejar el departamento.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y uno.

—No es ningún chaval, pero son demasiados años por delante como para no hacer nada. —Rachel le dio un sorbo a su vino.

—Tengo que solucionarlo. Sé que lo puedo ayudar. Es el tipo de policía que quiero llegar a ser dentro de veinte años y no voy a permitir que le ocurra algo así.

No hacía falta que ninguna de las dos mencionase el nombre, pero las dos sabían bien a qué se refería: Madison no permitiría que Harry Salinger se marcara ese triunfo.

—He visto al señor Quinn por televisión —dijo Rachel.

—Sí —contestó Madison. De todo el mundo, a Rachel era a quien Madison menos quería contar lo del sórdido agujero donde fue enterrado David Quinn.

—¿Has tenido pesadillas? —preguntó Rachel.

—No más de lo habitual.

—Al menos ahora puedes contárselo al doctor Robinson.

—Claro.

Rachel cogió el mando y apretó el botón de encendido.

—¿A que no sabes qué? Mi primo Aaron está de visita en la ciudad.

—¿Aaron Lever? ¿Qué tal anda?

—Está divorciado, con dos hijos, dueño de una empresa de *software* en San Francisco. Me ha preguntado por ti, si sigues soltera.

—Si me hubiese casado con Aaron seríamos primas.

Rachel resopló dentro de su copa.

Mientras Holly Golightly salía del taxi con su café y su cruasán, Madison fue paulatinamente rindiéndose al calor y confort de aquella casa.

Alice Madison, de catorce años, se ata el pelo en una coleta con una goma elástica rosa y desliza su kayak hacia el agua desde el destartado embarcadero que sobresale de la estrecha playa. Levanta el brazo y saluda a su abuela, que la observa desde el porche junto a la cocina; su abuela le devuelve el saludo. Son las siete y media de la mañana del domingo.

Alice se dirige hacia el sur durante unos minutos, aunque se mantiene cerca de la orilla, ese momento de libertad sobre el agua es completamente embriagador. En un mundo lleno de restricciones de horarios, de deberes y de supervisión de los adultos, antes de que ninguna de sus amigas haya empezado a soñar siquiera con aprender a conducir o tener un coche, el poder deslizarse sobre la fría y plateada superficie y sentir el remo cortar el agua es lo más adulto que le dejan hacer. No importa que lleve puesto un chaleco salvavidas rojo con un casco a juego.

Un par de gaviotas sobrevuela bajo. Está todo en calma, como diría la profesora de inglés de Madison. Había sentido la inquietud de sus abuelos durante toda la semana mientras se acercaba la fecha: el Día del Padre. Deseaba enormemente tranquilizarlos, aunque no sabía bien cómo.

Alice mete las yemas de los dedos en el agua y se tumba todo lo que le permite el kayak. El cielo es del color de las conchas que recogió el verano anterior en Ruby Beach: gris madreperla. «El nombre no tiene sentido», pensó en su momento.

Un pato salvaje pasa volando por encima de ella, con su brillante cabeza verde casi negra recortada contra el cielo.

—¡Holaaa! Alice, rápido. Coge mi mano.

Es Rachel.

Rachel Lever, de catorce años, lleva puesto un chaleco salvavidas y un casco idénticos a los de Alice; su kayak se desliza junto al de Alice en dirección contraria. Alice la coge de la mano y el kayak se detiene con las chicas de frente, cada una en su canoa de fibra.

—Siento llegar tarde —dice Rachel.

—Yo acabo de llegar. —Alice sabe por qué llega tarde Rachel. Un desayuno en la cama y una tarjeta de felicitación para el señor Lever. «Es un buen hombre, se merece desayunar en la cama».

De pronto se da cuenta de que ha estado esperando meses para contárselo a Rachel.

—No sé dónde está mi padre —le suelta de repente—. Y probablemente sea mejor así.

A su alrededor no hay más que agua y la brisa fresca de junio.

—El verano que llegué aquí me había escapado de casa. Estuve viajando durante una semana antes de que me detuviera la policía.

—¿Una semana?

—Sí.

—¿Una semana entera?

—Sí.

—¡Pero eso fue hace dos veranos! ¡No tenías más que doce años entonces!

—En efecto.

—¿Qué ocurrió? ¿Te trataba mal?

—No, no me trataba mal. No era como es tu padre, aunque tampoco era malo.

—Entonces, ¿por qué te escapaste?

—Fue pocos meses después de que muriera mi madre. Vivíamos en Friday Harbor. Se llevó las cosas de mi madre, todo lo que nos quedaba de ella y las utilizó para apostar. Al póquer.

—Mi padre también juega. Tiene sus noches de póquer con mis tíos.

—Mi padre juega en Las Vegas.

—¿En Las Vegas?

—Es un profesional. Me enseñó.

—¡No me lo creo!

—Pues créetelo.

—¡Jesús, Alice! ¿Y se llevó las cosas de tu madre?

—Lo descubrí y me enfureció tanto que cogí el bate de béisbol y destruí prácticamente toda mi habitación. —Ahora Rachel tiene los ojos muy abiertos. Alice continúa. Es ahora o nunca—. Luego entré en su dormitorio. Estaba dormido. Yo tenía una navaja y me quedé allí de pie, con ella en la mano hasta que un perro ladró en el jardín de al lado. Dejé la navaja en un cajón, tan dentro como pude, llené una bolsa y me marché.

Seguían todavía juntas de la mano.

—No peleó por mí cuando mi abuelo dijo que me quedaría aquí con ellos. No hemos hablado desde entonces. A veces sueño con esa noche, con la navaja.

Ahí está, ya lo ha sacado todo fuera.

Los kayaks se balancean en el agua. Rachel medita. La confesión sobrepasa cualquier experiencia que ella haya tenido. La vida en el instituto, la fiesta del *bar mitzvá* de su hermano y el divorcio del tío Harold; eso es todo lo que ella entiende. Esto es otro mundo. Dos cosas quedan claras: Alice nunca se lo ha contado a nadie y si decidiera retirar su amistad, Alice lo aceptaría y se convertiría paulatinamente en otra cara más en los pasillos del instituto.

—No te cuidaba demasiado bien —dijo Rachel por fin—. Y no cuidó las cosas de tu madre.

Rachel suelta la mano de Alice y quita una gota de agua de la canoa.

—Mi primo Aaron me ha preguntado si sales con alguien —dice Rachel, y comienza a remar suavemente hacia el Point.

—¿Quién de ellos es Aaron?

—Alto, muy delgado, lleva el pelo como Taylor Hanson.

—¿Se parece a Taylor Hanson?

—No. Pero él se cree que sí.

Continúan remando.

—Si te casases con él seríamos primas —dice Rachel—. Pero también te aburrirías como un hongo. No hace más que cuidar su estúpido pelo y jugar con su estúpido ordenador.

—Entonces no me casaré con él.

—Bien. ¿No crees que el agua está muy en calma hoy?

Las chicas reman y sueltan una risita.

La motocicleta circulaba en dirección sur por la avenida 35 suroeste hacia la calle Myrtle. Todavía sentía el calor de la casa, pero notaba en aumento el frío húmedo de la neblina colándose con cada aliento. La carretera estaba desierta. En un principio, no se dio cuenta; el sol no saldría hasta al cabo de media hora y las sombras de los depósitos de agua del embalse solo se veían como un borrón indefinido y oscuro.

Cuando lo vio, se detuvo, dio una vuelta alrededor y volvió a pasar por delante sin acercarse más. Incluso a esa distancia sabía que no podía ser un muñeco, que era un cuerpo sentado en una silla de cocina sencilla, con la mitad superior cubierta con una bolsa de basura negra y cinta aislante enroscada alrededor, como si se tratase de una serpiente.

Se bajó de la moto, la dejó caer sobre la hierba húmeda y saludó en voz baja al tiempo que preparaba su móvil y el dedo para marcar el primer «9» del número de emergencias. Volvió a saludar mientras avanzaba despacio. La figura de la silla estaba doblada hacia delante, como si intentase escaparse. Un soplo de brisa movió la bolsa de plástico negra y el hombre dio dos pasos tambaleándose hacia atrás. Miró a su alrededor, pero no había nadie en la calle. Avanzó otro paso y el hedor lo golpeó de lleno: un olor químico y humano a la vez, como si todo lo que habitualmente está dentro de un cuerpo hubiese sido arrastrado hacia fuera.

Marcó el número y habló deprisa, con palabras atropelladas que salían en desorden. El primer vehículo policial llegó al cabo de pocos minutos. Dos agentes con potentes linternas que cortaban la oscuridad le ordenaron retirarse, mientras se oía la radio del coche patrulla y llegaban más vehículos de emergencias que rodearon con sus luces rojas brillantes el césped del embalse y, en el centro de todo, al hombre de la silla.

Madison recibió la llamada mientras conducía hacia el norte por la 509 y se las arregló para realizar una repentina y poco elegante salida hacia Westcrest Park para disgusto de más de un conductor. Saludó con la mano en señal de disculpa y tomó la calle Roxbury tan rápido como lo permitía el código de circulación de Seattle.

Madison vio el grupo de curiosos y supo que se encontraba ante el escenario de un crimen. Vio sus manos en el aire y supo que cada uno llevaba un teléfono con cámara y que sacaban fotos y grababan vídeos que serían descargados de inmediato.

Aparcó, sacó un par de guantes del equipo que tenía en el maletero y se colocó la placa colgada de una cadena alrededor del cuello.

Al acercarse al grupo, se dio cuenta del silencio reinante. Un escenario de un crimen en el exterior puede volverse muy ruidoso, a causa de la prensa, los vecinos y los agentes de la ley, la gente de la Policía Científica y los equipos médicos. Todo el mundo intenta hacer su trabajo lo mejor y más rápido posible antes de que el clima desvirtúe el escenario. Aquí, nadie hablaba; ninguna charla con los agentes que mantenían el perímetro, ninguna conversación entre los lugareños. Madison se abrió paso entre el silencioso grupo.

—Por aquí, detective. —Un policía de uniforme que conocía de vista la dejó traspasar el precinto amarillo.

—Gracias.

A medida que se adentraba en el césped, el suelo sonaba bajo sus pisadas. Un grupo pequeño —los detectives Spencer y Dunne y el doctor Fellman, el forense, entre ellos— se encontraba de pie bajo los depósitos de agua de espaldas a la gente, formando una especie de pantalla humana. Madison había llegado bastante pronto y el mismo forense y los agentes de la Científica acababan de llegar. Buscó a Amy Sorensen, la investigadora que la había ayudado a darle la vuelta al caso de Salinger, pero no la encontró. Incluso Sorensen descansaba de vez en cuando.

Se había acordonado bien toda el área y los agentes de la Científica se habían puesto en marcha para proteger el escenario y montar biombos de seguridad. Bajo la tenue luz, los rayos de pequeñas linternas intentaban buscar hechos y detalles.

Madison inspiró profundamente. Ahí estaba, la adrenalina en estado puro que acompañaba cada llamada, como si todo su organismo se hubiera puesto las pilas de repente, porque conducir, comer, hacer compras y las relaciones humanas cotidianas solo demandaban una parte pequeña de su atención, pero esto, esto era su vida. Encendió su linterna.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

Ellos abrieron un hueco y entonces lo vio. Su entrenamiento profesional se impuso, y se encontró a sí misma pensando, hablando y tomando notas como si aquello no fuera algo de lo que cualquier persona debería huir.

Madison siguió observando. Era un hombre —de cincuenta y tantos, aunque difícil de confirmar—, sentado en una silla de cocina, con las manos y los pies atados por detrás con alambre. La mitad superior del cuerpo estaba cubierta bajo una bolsa negra de basura con cinta aislante enroscada alrededor del pecho para sujetarlo a la silla.

Los primeros agentes en acudir al escenario habían cortado una abertura en la bolsa buscando signos de vida sin encontrar ninguno. Estaba inclinado hacia delante, con la cabeza y el cuello fuera del plástico y la piel en carne viva con rastros de lo que parecían quemaduras ocasionadas por algún producto químico. Una espuma reseca y gris le cubría los labios. Madison se alegró de que tuviera los ojos cerrados. Llevaba puesto un pijama azul pálido y estaba descalzo. En el momento de su muerte, o posiblemente antes, se había cagado y el olor era espantoso.

Lo primero que supo Madison fue que se encontraban en el escenario de un crimen secundario. Los hechos no habían tenido lugar en ese césped, bajo los depósitos de agua; habían traído aquí a la víctima después de la agresión. En algún lugar, quizá no lejos de donde se encontraban, estaba el escenario original. Le habían causado mucho dolor, posiblemente le habían torturado, y eso requería privacidad.

Alrededor de Madison, los *flashes* de la cámara del agente de la Científica lanzaban destellos blancos a intervalos regulares.

Spencer, que estaba al cargo, se dirigió al forense.

—¿Qué opina, doctor?

Madison se agachó hacia la silla, lo bastante cerca como para poder hacer sus propias observaciones, pero no tanto como para entorpecer el trabajo del doctor Fellman, quien en ese momento tocaba con la punta de los dedos enguantados la mandíbula del hombre y probaba suavemente el grado de movilidad.

—No lo voy a desatar aquí, pero, a juzgar por la cabeza y los músculos del cuello, diría que tres o cuatro horas; el rigor mortis está solo empezando, aunque también hay que tener en cuenta la temperatura exterior. —Levantó los párpados del hombre—. No hay petequias.

La ausencia de petequias hemorrágicas indicaba que no había habido asfixia ni estrangulamiento. Madison no podía ver ninguna marca ni cardenales en el cuello. La víctima llevaba pijama y estaba descalzo. Habría estado en su casa, quizá dormido, y alguien lo había atacado y atado a la silla; su propia silla de cocina.

—No hay marcas de arrastre —dijo ella, con la linterna apuntando a las patas de la silla.

—No —dijo Dunne—. Se necesitan al menos dos personas para levantar y llevar algo así; tres si tenían un conductor para salir corriendo.

Dos, puede que tres personas. El suelo estaba helado y duro bajo las pisadas ya que el invierno había dejado yermo el campo. No había ni huellas ni marcas de ruedas sobre el hormigón.

Madison apuntó la linterna hacia el fino alambre plateado que rodeaba las muñecas: había sangre, probablemente habría intentado liberarse, pero no durante un tiempo tan largo como para sugerir un largo cautiverio. No podía ver ninguna herida en las zonas del cuerpo al descubierto, excepto las marcas de la cara. El tejido alrededor del cuello estaba húmedo; podría estar empapado de sudor. El miedo podría haberlo causado.

—¿Causa de fallecimiento? —preguntó Dunne.

—Murió de forma dolorosa e inesperada, diría yo —contestó el doctor mientras repasaba sistemáticamente sus comprobaciones protocolarias y su ayudante colocaba cuidadosamente una bolsa sobre cada mano de la víctima.

El doctor Fellman sujetó el rostro del hombre.

—No quiero decir nada más aquí y no quiero cortar la bolsa. Llémoslo adonde pueda echarle un buen vistazo sin que cada rastro de prueba desaparezca volando. Espera...

Metió la mano, separó el trozo de tejido de la piel del hombre y desató un botón. La luz iluminó, a pocos centímetros bajo el lugar donde se juntan las clavículas, y cuidadosamente pegado al pecho del hombre con cinta aislante, un carné de conducir del Estado de Washington. Bajo su superficie plastificada, un nombre, una fotografía y una dirección.

El doctor Fellman se colocó bien las gafas en el puente de la nariz.

—Conozcan ustedes al señor Warren Lee —dijo—. Lo retuvieron durante un cierto tiempo: miren las muñecas y los tobillos —dijo mientras los señalaba.

—¿Cree que lo despertaron y lo ataron a la silla? —preguntó Spencer mientras se arrodillaba y comprobaba los pies de la víctima.

—Las plantas de los pies están limpias. Necesitan mandar un coche patrulla a esa dirección. Puede que no sea el único secuestrado. —Spencer se levantó y se apartó para hablar en voz baja por su radio.

El hombre había sido etiquetado y marcado con su propio carné de conducir, y todo el mundo pensó lo mismo mientras miraban las muñecas atadas de Warren Lee: ojalá que viviera solo y que la casa estuviera vacía.

Madison se concentró en la piel en carne viva del rostro; alguien le había hecho eso deliberadamente. Podían haber sido unos ladrones en el típico robo violento, o podría ser alguien que lo conociera y que tuviera algún motivo para estar disgustado con el señor Lee. Si se trataba de esto último, por intragable que fuera, tenían muchas más posibilidades de encontrar a los culpables pronto. Si era un incidente arbitrario, sería mucho más difícil y el desenlace mucho más incierto.

El equipo del forense comenzó a preparar al hombre para su traslado; un soplo de viento le revolvía los cabellos grises. Madison se subió la cremallera de la chaqueta. Fellman tenía razón, necesitaban sacar todo lo que pudieran de aquel escenario antes de que el viento se lo llevara

todo volando. El equipo de investigadores vivía en una lucha constante por proteger y mantener, pero hoy no iba a ser un buen día.

—Madison. —Spencer se volvió hacia ella—. Dunne y yo vamos al domicilio de la víctima. ¿Puedes acompañar al forense? Cualquier cosa que encuentre necesitamos saberlo inmediatamente. No podemos esperar al informe.

—Por supuesto.

El agente que había acudido a la llamada atravesó el césped y saludó a Dunne, quien conocía a casi cualquiera que llevara placa en el condado de King.

—Hasta el momento nadie ha visto nada —le dijo a Spencer—. El único testigo que tenemos es el hombre que lo denunció, y los paramédicos han tenido que darle un calmante.

—Necesitamos saber quién fue el último en llegar a casa ayer, quién anduvo o condujo por aquí o miró por la ventana y dice que no vio nada. Necesitamos un cronograma de todos sus movimientos —contestó Spencer.

—Entendido.

Madison echó un vistazo a su alrededor. Estaba oscureciendo; tras un breve instante de indecisión, el día había optado por dar paso a la noche y las pequeñas pantallitas rectangulares que sostenían los curiosos allí agolpados producían débiles y poco amenazadores destellos. No obstante, Madison pensó que habría que mantener un ojo en cualquier cosa que fuera publicada en la red.

—¿Tenemos grabado al grupo de curiosos? —le preguntó a Dunne en voz baja y de espaldas al grupo.

—Por supuesto.

Spencer y Dunne se marcharon rumbo a Dios sabe dónde. Madison se quedó en el sitio donde había estado la silla, sintiendo el frío y mirando en dirección a donde Warren Lee habría estado mirando si hubiese estado vivo, mientras se preguntaba por qué si secuestras y matas a un hombre en el valle del Rainier tienes que conducirlo hasta Georgetown para dejarlo bajo dos enormes depósitos de agua que miran en dirección noroeste.

Estaba cruzando el césped cuando cayó la primera gota. A su lado, alguien del equipo de investigadores lanzó un juramento.

En contraste con el caos ordenado del escenario del crimen, la sala de autopsias era todo desinfección, limpieza y esquinas afiladas. El cadáver estaba colocado sobre la mesa bajo una pantalla de luz deslumbrante. Los instrumentos de metal repicaban contra las superficies, mientras Fellman y su ayudante, ambos con sus monos de trabajo y gafas protectoras, procedían con el examen externo. Fellman hablaba a un micrófono que había sobre la mesa; sus comentarios culminarían en el informe final.

En primer lugar, cortaron la bolsa de basura y las vueltas de cinta aislante que junto con el pijama y la silla habían sido llevados al laboratorio. Madison, que llevaba puesto un traje protector desechable sin protección para el rostro o los ojos, se mantenía a una distancia prudencial.

El cadáver todavía tenía mucho alambre tensado alrededor de las muñecas y los tobillos. El ayudante había cortado los extremos, con cuidado de evitar nudos y torceduras, mientras documentaba cada paso con fotografías desde múltiples ángulos.

El doctor levantó la mano derecha del hombre y la observó a través de una lupa.

—No hay piel bajo las uñas —dijo.

No había tenido ocasión de defenderse, pensó Madison.

Fellman dio la vuelta a la mano, examinó la palma, después hizo lo mismo con la otra mano.

—¿Marcas de uñas? —preguntó Madison.

—Sí —contestó él—. Muy profundas.

Madison se apoyó en la pared. Que tuviera marcas de uñas en las palmas de las manos significaba que había mantenido los puños cerrados de manera involuntaria. Significaba un enorme grado de dolor.

El médico alargó la mano hacia una de las lámparas portátiles y la acercó hasta que estuvo situada justo encima de la cabeza del hombre. El ayudante tomó varias muestras de las zonas de tejido sin piel y recogió parte de la saliva reseca que quedaba alrededor de los labios.

—Había vómito sobre la parte delantera del pijama —dijo Fellman a Madison sin darse la vuelta.

—Lo vi —replicó ella—. ¿Cree que fue causado por el dolor?

—No estoy seguro —contestó Fellman mientras acercaba su rostro al del hombre y lo olisqueaba. Cogió una pequeña linterna y abrió la boca—. El interior de las mejillas y la garganta están muy inflamados. Creo que vomitó porque le forzaron a ingerir algún producto. Huele a algo químico. —Se enderezó y se volvió hacia ella—. Huele a producto de limpieza.

Madison asintió.

—Tengo que comprobar algo con Spencer.

Había recibido en su buzón de voz un mensaje de Dunne cuando habían empezado a cortar la bolsa de basura. La cobertura no era muy buena en el depósito. Eran buenas noticias: el domicilio fue sin duda el escenario primario del crimen, en concreto el dormitorio y la cocina, y no había más víctimas hasta donde podían ver.

Spencer no respondió a la llamada, pero Dunne sí, al segundo timbre.

—Vas a tener que comprobar todos los productos de limpieza de la cocina, desde los limpiadores hasta las herramientas o lo que sea que haya. El forense dice que es posible que lo

hayan forzado a ingerir algún tipo de detergente. ¿Los guardaba en la cocina?

—Sí. La cama estaba hecha un caos. Arrancaron las sábanas, probablemente cuando lo despertaron. El resto de la casa está intacto, a excepción de la cocina. Encontramos vómito en la cocina. Están recogiendo todos los rastros de evidencias.

—¿Cómo entraron?

—Por la puerta trasera. Un trabajo limpio. No había alarma.

—¿Tiene pinta de ser un robo?

—Aquí no hay nada que robar y, por lo que puedo ver, no se han llevado nada. Ganaría poco más que el salario mínimo. ¿Causa de la muerte?

—Todavía no lo sabemos. Vuelvo a entrar.

Fellman y su ayudante seguían concentrados en la parte superior del cadáver de la víctima. Incluso a lo lejos, Madison podía ver que el resto del cuerpo, a excepción de las muñecas y los tobillos donde había sido atado, estaba intacto. Un hombre corriente, con ligero sobrepeso, cuya edad biológica según su carné de conducir era de cuarenta y nueve años y que, sin embargo, parecía unos años mayor.

Madison salió de la sala cuando empezó a vibrar el móvil.

—Hemos encontrado un revoltijo de medicinas en el armario del cuarto de baño, todas con receta. Te mando una foto para que le puedas preguntar al forense —dijo Spencer.

—¿No han tocado las medicinas?

—No, estaban en su sitio. Ese tipo tenía más pastillas que una farmacia.

—Ya te haré saber.

Madison caminó hasta la máquina expendedora del final del pasillo y se compró una botella de agua. La sala de autopsias conseguía ser fría y sofocante al mismo tiempo. Eran los olores, se dijo Madison. Uno podía inmunizarse contra las imágenes, pero no había nada que hacer frente a los malditos olores. Dio un largo sorbo y para cuando volvió a entrar, Fellman ya había practicado la incisión en forma de «Y» que dejaba al descubierto la cavidad torácica.

—Creo que podemos saber la causa de la muerte —dijo el médico.

Madison notó que habían sacado algunas vísceras.

—Tenía un corazón expandido. Existen varios motivos posibles, desde enfermedad coronaria a cardiomiopatía, pero el resultado es que el músculo del corazón no funcionaba como debiera.

Madison comprobó que la foto de Spencer había llegado a su móvil y se la enseñó a Fellman.

—Este es su armario de medicinas.

—Sí. Tiene sentido. Mira el contenido del estómago. —Señaló hacia un recipiente metálico que había en una estantería en la pared.

Madison miró: lo que había en el recipiente no tenía sentido.

—Lo sé —dijo Fellman—. Menuda última comida.

—¿Bromeas? —dijo Spencer.

—Era de color verde y si compruebas bajo el fregadero de su cocina vas a encontrar un bote de jabón líquido con aroma a manzana. Se lo hicieron tragar junto con algo que podía ser detergente para ropa. Fellman piensa que las marcas de la cara fueron causadas por un limpiador con lejía.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Su corazón no pudo aguantar el estrés. El forense dice que una descarga enorme de adrenalina y luego de cortisol tendrían que haber resultado fatales para un corazón tan dañado como el suyo.

Madison escuchó suspirar a Spencer, o quizá fuera solo un ruido de fondo.

—Vamos a empaquetar toda la cocina —dijo él—. ¿Te he comentado que encontramos un rollo de alambre bajo el fregadero?

—No.

—Parece que utilizaron lo que encontraron sobre la marcha —dijo—. ¿Ha determinado Fellman cuánto tiempo tardó en morir?

—No, tiene que hacer más pruebas.

—Espero que fuera rápido.

—Yo también.

Era ya media tarde cuando acabaron la autopsia, y Madison no podía aguantar más las ganas de salir al exterior. Cogió un bocadillo de pollo y un café en la calle Cherry y se los tomó mientras tecleaba sus notas para el expediente de Spencer.

La muerte de la víctima había sido causada por una condición preexistente acrecentada por las circunstancias. Madison se preguntó si era posible que los intrusos no hubiesen querido matarlo, pero descartó rápidamente esa posibilidad: lo habían atado a una silla con alambre; no había forma de que un hombre acabase inintencionadamente en una esquina de la 35 y Myrtle bajo los depósitos de agua. Cuánto les había sorprendido su muerte y cuánto había arruinado sus planes para esa noche era algo que la policía debería determinar a su debido tiempo.

Warren Lee no se había casado nunca y no tenía ficha policial. Siempre había conducido coches discretos y había ejercido trabajos en los que le pagaban lo suficiente para vivir sin grandes lujos. Sus medicinas estaban cubiertas por el seguro que le proporcionaba su trabajo de reponedor en una empresa de equipamiento electrónico. Madison se dio cuenta de que, probablemente, el alambre con el que había sido atado provenía de la empresa en donde trabajaba.

Dejó su informe sobre el escritorio de Spencer, mucho después de que su turno hubiese terminado, y apagó la lámpara de su mesa.

Alki Beach estaba desierta. El sol ni siquiera había hecho su aparición, y Madison sentía la punzada del aire frío como una cuchillada entre los omóplatos que le tensaba toda la espalda.

Comenzó a correr ignorando la sensación de que se caía y el olor a cobre que aparecieron inmediatamente. Siguió adelante, aceleró e inhaló el cortante aire tan profundamente como pudo para evadirse de ese ligero aroma a manzana de la sala de autopsias.

Una vez en casa, se hizo una chuleta en la plancha y se la tomó con unas sobras de ensalada de patata. Repasó sus apuntes sobre el expediente de David Quinn y buscó los nombres que el detective Frakes le había mencionado. Hombres que pudieran tener algún interés en tu negocio si tenías éxito en determinadas zonas. «Protección». Había tres nombres: Eduardo Cruz, Leon Kendrick y Jerome McMullen. Madison trazó un círculo alrededor de cada uno de ellos.

John Cameron estaba tumbado en su celda con la atención fija en la diminuta grieta del techo. Sobre la mesa clavada en la pared había un ejemplar doblado de hacía dos días de *The Seattle Times* enviado por Carl Doyle, de Quinn Locke. El titular de la portada rezaba: «Recompensa por las cabezas de los secuestradores: un millón seiscientos mil dólares para resolver un caso cerrado».

Al igual que un animal salvaje presiente el invierno, Cameron había sentido un cambio en la atmósfera de la prisión durante las últimas cuarenta y ocho horas. Los reclusos que tenían vetada la televisión o los que no leían se habían enterado por sus visitas y la noticia se había propagado como un vertido de petróleo. Los guardias, que lo habían tratado hasta entonces con mucha precaución, parecían incluso más cautelosos.

John Cameron y Nathan Quinn se conocían desde siempre: en el pasado, cuando eran niños y felices, y luego, cuando todo eso cambió y Cameron había creído que se ahogaría en su propia rabia.

Cameron no había dudado nunca sobre su propio carácter, pero estaba contento y agradecido de que su conexión con Quinn nunca se hubiese quebrado.

La aparición televisiva de Quinn no le había sorprendido; entendía lo que estaba haciendo su amigo mejor que nadie en el mundo. Lo único que había interrumpido su hilo de pensamientos como una piedra contra un cristal había sido ese nombre. Porque Quinn no debería saberlo. Ese nombre debía pertenecer a Cameron y solo a él le correspondía cargar con él. Esa había sido la promesa que se había hecho a sí mismo cuando tenía dieciocho años: Timothy Gilman moriría porque era el hombre que los había llevado al bosque, el que le había herido y el responsable de la muerte de David. Moriría de la mano de Cameron porque les sería imposible poder llevarlo delante de un tribunal.

Aun así, Quinn lo había adivinado. Desde cuándo, Cameron no estaba seguro. Recordó una conversación en un bar, mientras comían un trozo de tarta. Era muy joven entonces y había hecho oídos sordos a lo que Quinn intentaba decirle. Unas semanas más tarde, Quinn había dejado la Oficina del Fiscal del Condado de King y había montado un bufete privado, como abogado defensor de causas penales. Nunca le había dicho que lo sabía, simplemente había esperado todos esos años el momento en el que Cameron lo fuera a necesitar, tal y como su instinto le había dicho siempre que haría.

Cuando se acercaron dos guardias para acompañarlo afuera para su rato de patio, el retumbar empezó casi instantáneamente. Apenas fue consciente de ello.

La puerta metálica se abrió con un sonoro golpe y John Cameron sintió un repentino escalofrío de aire frío que no provenía de tuberías o conductos. Era húmedo y rasposo y le sentaba de maravilla.

Cameron estaba en custodia preventiva, lo que le permitía un paseo en solitario durante una hora dos veces por semana. La zona de paseo era, en todos los sentidos, muy similar a una jaula. Medía dos metros y medio de ancho, tenía una tupida malla de barrotes entrelazados y estaba situada en un patio que tenía otras tantas estructuras similares. Dentro de ella podía andar — cinco zancadas grandes, posiblemente, serían suficientes de lado a lado—, estirarse, hacer ejercicio o lo que le apeteciera, mientras estaba a la vez en el exterior y aislado del resto de

reclusos.

En una prisión, un mundo dentro de un mundo, el tiempo de paseo es algo precioso: es la única oportunidad de socializar, forjar alianzas y establecer límites entre grupos. Los presos en riesgo o los que están castigados por cualquier tipo de faltas tenían que conformarse con pasear dentro de esas jaulas.

Cameron había visitado una perrera de pequeño. Un escenario similar a ese, pensó.

Miró hacia arriba. Había un cielo oscuro con nubarrones cargados que venían del oeste, sin nada de lluvia de momento.

Manny Oretremos estaba de pie, junto a la puerta de su celda, en la posición adecuada, y esperó a que se acercaran los guardias. Ya estaba sudando. No parecía haber un solo momento del día en el que no se sintiese helado y pegajoso. Quería enderezar los hombros y engañarse a sí mismo pensando que estaba preparado, ansioso, de hecho. En cambio, se limpió las manos a ambos lados de los pantalones y se conformó con mantener su respiración regular y su mente en blanco.

—¿Preparado, Oretremos? —preguntó el guardia.

John Cameron estaba en el centro de su jaula. Eso era lo más cerca que estaba nunca de ningún otro preso, y la energía del ambiente flotaba a su alrededor. Algunos se estiraban, otros corrían por el mismo lugar, otros lo ignoraban y algunos se quedaban mirándolo. Era consciente de los funcionarios que conducían a cada recluso y de los cerrojos metálicos cerrándose bruscamente.

En el transcurso de las semanas, había tenido la oportunidad de observarlos, de familiarizarse con sus rutinas y sus modales. En un lugar donde nada más llegar la individualidad es arrancada de cuajo junto con los efectos personales, todos aquellos hombres luchaban por recuperarla, de cualquier forma y a cualquier coste.

Cameron nunca estaba en la misma jaula: su posición y la de los hombres a su alrededor cambiaban en función del turno. Hoy a él le tocaba el centro del patio. Tenía por lo menos tres jaulas a cada lado. A su derecha estaba un joven hispano, encorvado por el frío. Estaba muy cerca de la malla metálica y miraba el suelo fijamente.

Estaba nervioso. Cameron se había fijado en él en otras ocasiones, y parecía desear enormemente volver al interior. De hecho, siempre parecía profundamente aliviado cuando los guardias venían a buscarlo para acompañarlo de vuelta a su celda.

Cameron comprendía el miedo, y el chico parecía incluso más aterrado de lo habitual. Fue un movimiento fugaz. Lo captó casi por casualidad: el chico se había santiguado. Al mismo tiempo había sonado una llamada en el patio y todos los presos, como un solo hombre, se habían acercado a la pared más cercana a donde se encontraba Cameron.

El segundo grito rompió el silencio y sintió más que vio que cada hombre que le rodeaba colocaba una mano atrás como un *pitcher* preparado para lanzar una bola con fuerza.

Cameron se quedó clavado mirando al chico hispano; era el único que no se había movido. Manny Oretremos estaba petrificado en su sitio, con la mano derecha sujetando un vial de cinco centímetros lleno hasta el borde de hipoclorito sódico en una forma tan concentrada que era suficiente para desintegrar la piel al solo contacto.

Cameron dio una zancada hacia la pared que quedaba más cerca de Manny —el lado largo de su jaula—, mientras alrededor de ellos el patio explotaba en un infierno de ruidos. Los

guardias gritaban mientras se apresuraban entre el laberinto de jaulas y los reclusos gritaban a Manny que lo lanzara. Por encima de todo ese ruido se alzaba el sonido de tintineos, cristales rotos y siseos que producían los viales que caían como si fueran lluvia alrededor de Cameron.

Escuchó los primeros disparos de aviso de los guardias y todos los presos se tiraron al suelo, pero Cameron sabía que el lugar más seguro para él era de pie en la pared más próxima al chico. Sus ojos color ámbar abarcaban al chico por completo, a tan solo unos metros de distancia entre los dos. Algunos de los viales que chocaban contra el techo de la jaula se rompían en mil pedazos lanzando esquirlas de cristal, y su contenido goteaba hasta el suelo; otros rodaban y caían entre las ranuras de los barrotes. Algo rebotó y se estrelló en su hombro. Cameron se quitó la chaqueta y el dolor fue como el pinchazo de una avispa que atravesara su mono naranja, pero en ningún momento perdió contacto visual con el chico.

Pálidas gotas verdes del compuesto caían desde el techo de la jaula y se evaporaban sobre el hormigón al quemarse en contacto con la superficie. Los guardias llegaron a la puerta de la jaula e intentaron abrir torpemente el cerrojo mientras gritaban instrucciones para que saliera de allí —nadie se atrevía a entrar— y sonaba la alarma alta y clara.

Cameron recorrió la distancia que había hasta la puerta mientras el último vial de hipoclorito de sodio caía desde la malla metálica del techo de la jaula. En cuanto traspasó el umbral, dos guardias lo agarraron por los hombros con un ademán curiosamente dubitativo y comenzaron a guiarlo hacia la salida del patio. Se dio la vuelta: todos los reclusos de las jaulas estaban tumbados sobre el hormigón, observándolo, con ojos desprovistos de vida, siguiéndolo mientras pasaba por delante. Todos, a excepción del chico hispano, que seguía de pie hasta que, tras los gritos de los guardias ordenándole tirarse al suelo, por fin se tumbó y soltó el vial de cristal.

Dentro de la jaula, la chaqueta del Departamento de Prisiones de Cameron no era sino un bulto contra la malla. Entretanto, el olor a lejía llegaba a todos los rincones del patio y el crepitar de las radios de los guardias era lo único que se oía.

—Quiero saber cómo ha sido posible —decía Will Thomas, intentando mantener la calma—. Solo quiero saber cómo, quién y cuándo. —El subalcaide de la Penitenciaría del condado de King había sido informado del suceso. El alcaide regresaba de vuelta de una conferencia.

Los supervisores de cada pabellón del complejo, incluyendo el D, donde residía Cameron, estaban reunidos en su despacho. Los guardias que lo habían presenciado estaban de pie al fondo mientras que el médico de guardia estaba en la puerta.

—Hemos recuperado uno de los viales completamente intacto —dijo el supervisor del pabellón D, que parecía haber envejecido cinco años desde que se había levantado aquella mañana.

—Estamos hablando de «viales». No de un cepillo de dientes afilado u otro utensilio transformado en cuchillo. —El subalcaide recorrió la estancia con la mirada—. «Viales» —repitió.

El suceso había ocurrido tan solo una hora antes y la prisión estaba en cuarentena.

—¿Cómo están las cosas, Harry? —preguntó Will Thomas.

El doctor Harry Norringer ojeó sus notas.

—Tenemos unos cuantos presos con diversas heridas. Nada que merezca un traslado a un hospital. Pequeñas laceraciones en su mayor parte, además de un par de quemaduras del tamaño de la cabeza de un alfiler donde les alcanzó la solución química.

—Estaban lanzando los viales con una especie de catapulta casera de un material elástico y

han tenido que meterlo dentro de sus barrotes en primer lugar. Algunos de ellos no lo lograron y les rebotó encima —dijo Miller, uno de los guardias.

—¿Qué contenía?

—Una especie de lejía. Todo el patio sigue oliendo a eso.

—Cameron ha sido inteligente al mantenerse donde lo ha hecho —continuó el médico—. Tiene una quemadura en el hombro del tamaño de una moneda de diez centavos; la piel está dañada, pero no ha ido más allá. Su chaqueta ha recibido la peor parte. Hemos vendado la herida y le hemos dado una dosis de antibióticos. Su tensión arterial es mejor que la mía y su ritmo cardíaco está prácticamente al nivel de un hombre en coma.

—¿Cuántos reclusos han participado? —preguntó el subalcaide a Miller.

—Pensamos que al menos nueve, quizá más. Comprobaremos las cámaras del circuito cerrado para confirmarlo. Y luego tenemos a Manny Oretremos, el chico que no lanzó el vial. Por ahora está en la lista de «en peligro» y tendrá que permanecer en custodia protegida. Para el resto de su vida, supongo.

—Los reclusos nunca salen a las mismas jaulas, ¿verdad? —preguntó Thomas.

—No, suelen rotar según un patrón arbitrario —contestó Miller—. Precisamente para que no ocurra lo que ha sucedido hoy.

—Pero ha ocurrido. Y eso supone que han esperado, durante semanas posiblemente, a que le tocara a él estar en el centro. —Will Thomas se pasó la mano por el cabello—. Hoy hemos tenido suerte.

Nadie dijo nada. Era una conclusión a la que todos habían llegado en la intimidad de sus pensamientos.

«Un viento de mal agüero —pensó Will Thomas—, un viento de mal agüero en mi prisión».

Tras la llamada de Doyle, Madison mantuvo el móvil en la mano durante un minuto largo. La prisión del condado había llamado a los representantes legales de John Cameron para informarles de la emboscada que había sufrido su cliente. Doyle la había llamado mientras conducía hacia el hospital para informar a Quinn personalmente.

No era sorprendente, razonó Madison. De hecho, era exactamente lo que la Penitenciaría del condado de King había tratado de evitar al ponerlo en custodia protegida desde el primer momento. Aun con todo, había algo repugnante en un ataque planeado en el que la víctima no tenía forma de defenderse. Incluso contra un recluso armado, Madison apostaba por Cameron, y ese era precisamente el problema. La cantidad de preparativos y la paciencia que habían derrochado en ese ataque resultaban perturbadoras. Aquello había sido lo que mantenía en vilo a esos reclusos al levantarse por la mañana, el preguntarse si ese iba a ser el día indicado y cuánto daño le podrían ocasionar antes de que los detuviesen los guardias.

Madison se levantó de su escritorio y salió fuera unos minutos. La gente ya no fumaba — Madison no había fumado nunca—, pero echaba de menos el pretexto de estirar las piernas y sentir la brisa en la cara. Sonaba ridículo decir «necesito tomar el aire durante un rato», pero, de vez en cuando, eso era exactamente lo que ocurría. Bastaban unos pocos minutos.

Habían dedicado el día a peinar el vecindario de Warren Lee y la zona donde los asesinos dejaron el cadáver. Los del equipo forense se inclinaban por pensar que al menos tres hombres habían estado presentes en la cocina de la víctima. Había huellas de botas junto a la puerta trasera, aunque de momento no había nada con lo que cotejarlas y no había testigos del secuestro ni de cuándo se deshicieron del cadáver.

Madison había estado ayudando a Spencer en la investigación, pero la pizarra donde estaban apuntados los detectives de Homicidios en rotulador negro y el nombre de las víctimas en rojo indicaba que ella sería la detective líder en el siguiente caso. Pronto Spencer y Dunne tendrían que encargarse de sus cadáveres ellos solos, porque Madison tendría que ocuparse de los suyos.

De forma automática fue a alcanzar su móvil para llamar a su compañero, pero decidió no hacerlo. Era a Brown a quien correspondía decidir cuándo se sentía preparado para ir al campo de tiro con ella, y lo peor que podía hacer era presionarlo en un momento en el que ya tenía bastante encima.

—Hemos dado con algo —dijo Dunne desde su escritorio tras colgar el auricular—. Un vecino de la avenida 35 llegó a casa alrededor de las 3:10 de la mañana y jura que la víctima todavía no estaba allí.

—Lo que deja un margen de tres horas y media para dejar allí el cadáver —dijo Spencer.

—¿Tenemos alguna idea de por qué fue ese el lugar elegido? —preguntó Madison—. Me refiero a si Warren Lee tenía alguna relación con ese sitio. Según he podido comprobar, nunca trabajó en el embalse y nadie de por allí lo conocía.

—Ninguna conexión con su vida, que sepamos —contestó Spencer.

Madison volvió a transcribir sus entrevistas. El teniente Fynn estaba a la espera de que Spencer diera con un móvil y con algún sospechoso, y de momento no tenían ni lo uno ni lo otro. Lo que sí tenían era un asalto brutal a un hogar que había acabado con la víctima tirada en un lugar conocido por sus depósitos de agua. Madison no había leído el informe del forense que

había sobre la mesa de Dunne; no lo necesitaba. Le había costado una ducha bien larga poder borrar el rastro de la sala de autopsias de su piel.

El hombre de la silla había alcanzado fama póstuma por la prensa. Siempre rápidos en captar los detalles esenciales, los medios, tanto digitales como de papel, se habían apropiado de la historia y la habían exprimido en su totalidad: el sádico asesinato, la tortura de un hombre indefenso sacado de su propio hogar, el cuerpo tirado de una forma inusual. Los motores de búsqueda y YouTube habían captado las palabras clave. Grabaciones del escenario del crimen desde teléfonos, granuladas y borrosas, pero perfectamente claras, copaban la red. Las palabras clave eran: «tortura», «asesinato», «Seattle» y, para sorpresa de Madison, «silla».

Las autoridades reaccionaban como cada vez que una persona que no está relacionada con ambientes violentos muere de forma violenta: conteniendo el aliento y a la espera de que las fuerzas del orden reconfortaran y tranquilizaran a la gente. «Los asesinos conocían a la víctima, posiblemente un asunto de drogas que ha acabado mal, posiblemente venganza, se están siguiendo pistas y se realizarán detenciones». Y cuando no hubiera ninguna posibilidad de que lograsen tranquilizar a nadie, como era el caso de Warren Lee, ya que no tenía ninguna conexión con ninguna banda y ni siquiera una multa de aparcamiento a su nombre, las autoridades seguirían conteniendo la respiración.

Madison terminó de transcribir las entrevistas que había realizado, las imprimió y dejó las hojas sobre el escritorio de Spencer, quien estaba en el despacho de Fynn teniendo lo que probablemente sería una conversación muy breve sobre el caso Lee.

Comprobó la hora en el reloj de pared, apagó la lámpara de su mesa y se echó la chaqueta al hombro.

Al salir de la sala de brigada, se fijó en que la mesa de Tony Rosario estaba vacía, lo que probablemente indicaba que volvía a estar de baja médica. Nunca lo había conocido sin otra cara que la de alguien enfermo, delgado y de rostro cetrino; tal vez era el resultado de llevar quince años en Homicidios.

Había aprendido todo lo que había podido de los informes sobre Cruz, Kendrick y McMullen, los tres hombres que el detective Frakes había identificado en el expediente de David Quinn. En distintos momentos, todos habían sido acusados de varios delitos, desde fraude en seguros y corrupción a todo tipo de agresiones, acoso intencionado y coerción, lo cual cuadraba con el posible motivo de «protección» para el secuestro de los niños. Eduardo Cruz había muerto en 1987 después de ser atropellado y estar en coma durante tres días. Nunca dieron con el conductor. El segundo, Leon Kendrick, se había retirado de ese negocio y se había mudado a California en 1998 sin haber pasado un solo día en la cárcel. El último, Jerome McMullen, estaba cumpliendo condena por extorsión en «El Hueso», la Prisión Estatal McCoy, al norte de Seattle.

Los expedientes y los informes resultaban útiles, pero, como siempre, había mucho que no quedaba reflejado por escrito. Si Madison quería saber cómo eran las cosas en la calle en 1985, tendría que acudir a alguien que hubiese estado allí entonces. Antes de Internet, antes del correo electrónico y los mensajes de texto, antes de las muchas maneras en las que la información se puede adquirir, dispersar, encriptada o sin encriptar, antes de todo eso existía Jerry Wallace, quien siempre sabía quién hacía qué, dónde y por cuánto y estaría encantado de compartir esa información a cambio de una comisión. No se ponía de parte de nadie y todo el mundo le consultaba: la Suiza del mundo del crimen de la Costa Oeste.

El detective Frakes había dicho que tras el secuestro de los niños un velo de silencio había caído sobre la comunidad de informantes de la ciudad, pero ahora, tras veinticinco años, no había nada malo en intentar una charla con el jubilado jefe del departamento informativo de Seattle.

Wallace vivía junto a la autopista 165, justo antes del puente que lleva a Burnett, en el condado de Pierce. Madison no quería llamar: esta tenía que ser una conversación cara a cara, y si Wallace no tenía ganas de hablar, su reacción en sí sería también significativa.

Condujo por la 165 sin incidentes. Se veían tramos del cielo abierto y claro de febrero entre las nubes, y, aun así, oscureció rápidamente hacia media tarde. Para cuando Madison llegó, había tenido que encender las luces que barrían la densa niebla que casi le hizo perder la salida. El chalé de Wallace estaba a unos trescientos metros de la autopista, y Madison podía distinguir luces al final del estrecho camino mientras avanzaba a través de las ramas bajas.

Aquella era una zona rural, y Madison no se sorprendió al ver una camioneta estacionada delante de la casa.

Aparcó al final del sendero y cerró la puerta del coche sin meter demasiado ruido, aunque sí el suficiente para dejar claro a cualquiera que estuviera alerta que no venía con intenciones

deshonestas.

Jerry Wallace había vivido ahí durante catorce años más o menos. No obstante, estaba razonablemente segura de que los hábitos forjados durante toda una vida no habrían desaparecido de repente por el mero hecho de haberse jubilado. La luz de la puerta de entrada se activó gracias a un sensor de movimiento cuando Madison se acercó y tocó el timbre.

Era una casa de madera de dos pisos y parecía limpia y bien mantenida. Wallace no se había hecho millonario intercambiando información, pero sí había ganado lo suficiente como para llevar una vida acomodada en una ciudad con dos tiendas y una iglesia.

Había un claro semicírculo de tierra delante de la casa, y Madison sintió que el bosque lo reclamaría de vuelta en cuanto Wallace se despistara. Algo pequeño se escurrió bajo la maleza y ella lo siguió mientras se adentraba en la oscuridad.

Tras un par de minutos, Madison escuchó voces apagadas en el interior de la casa, quizá provenientes de una televisión. Veía la nube de aliento blanco delante de ella mientras volvía a llamar a la casa y miraba alrededor. No había tiestos de flores en la entrada ni huellas de otro coche en el suelo.

Echó un vistazo al interior de la camioneta; era vieja y la cabina estaba limpia y sin señal de que nadie, excepto el conductor, se sentara nunca en ella.

Cuando le quedó claro que nadie iba a acudir a la puerta, Madison decidió dar una vuelta alrededor de la casa por el lado derecho. Wallace tenía sesenta y nueve años, y era perfectamente posible que no hubiese oído el timbre a causa de la televisión.

Las luces de la planta baja estaban encendidas y los sonidos del interior fueron en aumento a medida que Madison avanzaba por el lateral de la casa. Le vino a la mente un breve recuerdo de otra casa y el sonido de una música atronadora; un caso de hacía tantísimo tiempo, pensó, como si hubiese sucedido en otra vida. Se detuvo un momento.

Puede que fuera la oscuridad que se cernía sobre la casa, quizá la memoria de una policía novata que se había encontrado a sí misma en una situación para la que no preparaban en la Academia, pero el caso es que Madison se llevó la mano a la pistolera y quitó el seguro del arma.

Prosiguió su camino y lo primero que vio a través de una ventana fue una sala de estar que se extendía de lado a lado de la casa. Vio también las puertas francesas que daban al jardín trasero y la mesa de comedor en una esquina. También a alguien en la televisión entrevistando a una persona sobre algún asunto que los tenía a los dos entretenidísimos. Y también vio una lámpara de suelo de metro y medio tirada sobre la alfombra, con la pantalla que había rodado hacia un lado y la bombilla rota en mil pedazos.

«Maldita sea». En un solo gesto Madison sacó la Glock, la sujetó con las dos manos y, apuntando hacia el suelo, se adentró en la casa por las puertas francesas. A pesar de la oscuridad, pudo comprobar que el jardín estaba vacío.

Cogió el pomo de la puerta y lo giró. Estaba abierto.

—Señor Wallace, es la Policía de Seattle.

Madison recorrió la habitación con la vista. La mesa estaba puesta: huevos revueltos, beicon y una tostada de pan blanco sobre un plato corriente. Había un vaso tirado a su lado con unas gotas de leche todavía en el fondo. Junto a la silla, una servilleta blanca de papel.

—Me gustaría hacerle unas preguntas si tiene unos minutos.

Los huevos estaban resacos y la leche no era más que una mancha en el mantelillo de algodón.

—Señor Wallace...

«La leche habría tardado unas horas en secarse. El vaso estaba volcado, pero no roto. Podían

haber tirado la lámpara junto a las puertas al entrar o al salir».

Madison vio el mando a distancia y silenció el televisor.

Ahora ya no quedaba más que el silbido quedo de los árboles colándose por la chimenea. Madison, muy quieta, escuchaba todos los ruidos de la casa, cada crujido y cada golpeteo de las tuberías de la calefacción.

—Señor Wallace...

El resto de la sala de estar parecía en su sitio: los cojines del sofá se veían ahuecados y el cuadro de un paisaje colgaba recto sobre la chimenea. Bajo la mesa, sin embargo, abandonada a un lado, había una sola zapatilla de lana azul marino, como si a Jerry Wallace se le hubiese caído cuando lo sacaron de la casa en volandas.

Madison se dirigió a la cocina y se inclinó sobre la puerta, que se abrió despacio y no reveló nada más que una sartén sobre los fuegos donde alguien había cocinado el beicon con huevos.

Madison encendió las luces de las escaleras a las que conducía el pasillo. Ya no tenía sentido seguir llamándolo, solo quedaba prestar atención a lo que la casa quisiera contarle.

A medida que subía cada escalón, Madison miraba todo cuidadosamente. Llegó al rellano con el corazón latiéndole a un ritmo rápido aunque regular. Puede que los coches pasaran zumbando por la autopista 165, pero allí, y en ese momento, solo se oían las suaves pisadas de Madison sobre la alfombra en medio del silencio.

El dormitorio estaba vacío. Había una billetera de cuero negro sobre la mesilla. Miró en el armario y también bajo la cama.

«¿Quién se esconde bajo la cama? Los monstruos. Ellos son los que se esconden bajo la cama», le contestó al instante la niña de seis años que llevaba dentro. Pero no en este dormitorio, esta noche no.

«Puede que no me esperaran», pensó, pero estaba claro que algo o alguien había entrado en esa casa. Madison se fijó en que la cama estaba hecha, aunque no sabría decir desde cuándo.

Un rápido vistazo al cuarto de baño y a un segundo dormitorio le confirmó que se hallaba sola en la casa.

Jerry Wallace tenía sesenta y nueve años claramente; había pastillas para la tensión en la encimera de la cocina y un remedio de hierbas para el insomnio. No parecía el tipo de hombre que sale disparado y deja los muebles tirados y su billetera junto a la cama.

«El teléfono».

Madison miró a su alrededor en la sala de estar y lo encontró sobre una mesita junto al sofá. El auricular estaba colocado sobre una caja gris con una luz roja que avisaba a todos que había siete mensajes esperando a Jerry Wallace.

Algo impidió que Madison escuchara los mensajes, a pesar de tener ya la mano preparada sobre el aparato. ¿Qué hacía en casa de un extraño, en primer lugar?

Dejó el calor reconcentrado de la casa y salió a los escalones de la parte trasera, al frío límpido de aquella tarde clara. La hilera de árboles que rodeaba el pequeño jardín era apenas perceptible. ¿Habría estado allí alguien observando los quehaceres cotidianos de Wallace? ¿Estaría mirando alguien en ese momento?

Madison siguió con la mirada las ramas bajas que casi tocaban el suelo, una raíz doblada que sobresalía de la tierra y, justo en ese momento, vio algo que no era ni árbol ni tierra.

Atravesó el jardín a grandes zancadas y allí la vio: una zapatilla azul marino atrapada en una raíz retorcida. No la tocó. Estaba sobre la tierra húmeda, en el borde de la oscuridad impenetrable. Arma en mano, Madison se quedó inmóvil y escudriñó las sombras en busca de algún ruido o movimiento. Era como un muro de negrura en el que el rumor de las ramas altas,

meciéndose y balanceándose al viento, era todo lo que se escuchaba y, como sospechaba Madison, todo lo que se escucharía. Se quedó un momento allí, con una mano sobre la rugosa corteza, la otra sujetando la Glock.

En ese preciso instante sonó el teléfono de la casa desde el lejano interior y una Madison sorprendida y mascullando en voz baja salió corriendo hasta conseguir descolgar el aparato.

—Hola —dijo.

—¿Quién es? —contestó una voz femenina.

—La detective Madison, del Departamento de Policía de Seattle. ¿Con quién hablo?

—Katy Wallace. Creo que me he equivocado de número.

—No, no se ha equivocado. Este es el domicilio del señor Wallace.

—¿Está ahí mi padre? Llevo dos días intentado localizarlo.

Madison miró a su alrededor, al silenciado televisor y al plato de huevos. Se cambió de mano el auricular.

—Señorita Wallace... —comenzó.

Los agentes de la Oficina del sheriff del condado de Pierce llegaron en sus coches blancos con todas las luces y las sirenas encendidas trece minutos después de que Madison llamara y se pusieron al mando de la situación. La hija de Jerry Wallace, Katy, venía de camino desde Portland acompañada por su novio. Había dicho un montón de síes durante la conversación que había mantenido con Madison, mientras el miedo se transformaba en realidad y el pánico se apoderaba de ella.

Madison y dos agentes revisaron a fondo el bosque que había detrás de la casa con los potentes haces de sus linternas de alta gama, pero, tal y como lo expresó un agente, estaba todo más oscuro que una bandada de cuervos, y lo único que estaban consiguiendo era contaminar el escenario del crimen.

Se volvió hacia Madison.

—Hay un sendero a cinco o diez minutos, en esa dirección. —Señaló más allá de donde estaban ellos—. Alguien que no quiera ser descubierto al acercarse a la casa podría aparcar ahí y caminar hasta aquí durante el día sin problema.

Madison asintió. Jerry Wallace había desaparecido. Jerry Wallace, quien había estado al corriente de todo y de todos, había sido arrancado de cuajo de su propia vida.

Madison condujo de vuelta a Seattle mientras, en su cabeza, sus pensamientos daban vueltas persiguiéndose los unos a los otros. Cuando llegó a su casa estaba agotada. Rebuscando, encontró unos restos de pollo asado en un *tupper* y ni siquiera se molestó en sacar un plato. Se los comió mientras se acordaba de los huevos con beicon de dos días en el plato blanco.

Madison se despertó repentinamente a las cuatro de la mañana. Su corazón latía a mil por hora y estaba empapada de sudor a pesar del frío de la habitación. Se arropó con el edredón y esperó a que su respiración se tranquilizase. Le tocaba tener una pesadilla y ahí estaba. «Tiene pesadillas de vez en cuando, posiblemente un recuerdo exacto de lo sucedido, aunque creo más bien que son pesadillas sobre cómo percibe tanto lo ocurrido como la naturaleza de su actuación en

aquellos acontecimientos».

El doctor Robinson había estado, por supuesto, en lo cierto. Aun así, Madison sabía que estaba equivocado con respecto al punto más importante de la pesadilla. Los episodios de síndrome de estrés postraumático, como su sensibilidad al cloroformo, nacen del miedo, del terror que la víctima siente en el preciso instante de la agresión, que es entonces activado por cualquier tipo de percepción sensorial. La pesadilla de Madison —la larga carrera en el bosque oscuro, el olor a sangre en el claro— no era sobre ser atacada, no era sobre ser la víctima, no se trataba de una sensación de indefensión.

Se colocó unos calcetines de lana que había en el borde de la cama y caminó hasta la cocina para prepararse un poco de leche caliente. La verdad es que no la ayudaba; nunca lo había hecho. Pero era lo que habría hecho su abuela cuando Madison era una niña y esa memoria la reconfortaba.

Se arrastró de vuelta a la cama y se quedó mirando la oscuridad reinante a su alrededor. Empezó a imaginar distintas maneras en las que los reclusos podrían haber camuflado los viales dentro de la prisión, cuántos de ellos habría hecho falta para asegurarse de que rodeaban a Cameron por completo y su último pensamiento antes de quedarse dormida fue que el recluso que se había quedado helado durante el ataque corría mucho más peligro que Cameron en esos momentos.

Ronald Gray estaba sentado en la sala de espera de la estación de autobuses. La larga hilera de luces de neón le producía dolor de cabeza, y el asiento, que consistía en unas filas seguidas de malla metálica, le aguijoneaba la espalda. El reloj marcaba las 8:22 de la tarde. Solo quedaba media hora. Tenía su bolsa, una maleta de cuatro ruedas de la marca American Tourister, apoyada contra la pierna. Había comprado el billete y luego algo para comer, más por matar el tiempo que por verdadera hambre, y ahora se arrepentía de haberlo hecho.

Lo único que deseaba era montarse en el autobús, descansar la cabeza contra la fría ventana y dormirse. No sabía cuánto tiempo quedaba para que lo dejaran subir a bordo del autobús; nunca había viajado en uno. Su coche, un Lincoln Continental granate del 98, estaba aparcado delante de su casa.

Ronald Gray, de cincuenta años, aparentaba los años que tenía, pero hoy se sentía como si tuviese ciento siete. Estaba alerta y se sentía capaz, pero tenía destrozados los nervios y estaba exhausto. Se levantó y miró alrededor: al menos podría ir al servicio antes del viaje. Se llevó consigo la maleta e intentó abrirse paso entre las docenas de pasajeros que esperaban en la atestada estación. Tras él, un individuo enfadado con la máquina de refrescos arremetió a patadas contra ella. Ronald Gray se sobresaltó por el ruido, pero los guardias de seguridad ya se acercaban hacia él.

—Jerry Wallace ha desaparecido —le dijo Madison a Dunne mientras estaban de pie junto a la máquina de café—. Me acerqué a su casa anoche y parecía como si alguien hubiese estado allí, lo hubiera arrancado de la silla donde estaba sentado y lo hubiese arrastrado hacia el bosque.

—¿Un robo que acabó mal?

—No precisamente. No tocaron nada de la casa. No parecía haber objetos de valor, pero su billetera estaba a plena vista. Con las tarjetas y el dinero dentro.

—¿Crees que fue secuestrado?

—Todavía no sabemos qué pasó: la hija no pudo dar con él los dos días anteriores, pero no había ninguna llamada ni nota de rescate. —Madison dio un sorbo—. Simplemente se lo llevaron.

La llamada entró a las 9:27 de la mañana. A Madison le tocaba ser la detective principal del siguiente caso y se preparó para ir al escenario del crimen.

—Madison. —El teniente Fynn la llamó desde la puerta de su despacho.

Madison entró. El detective Chris Kelly estaba sentado, hundido en una de las sillas de visitantes con la expresión de un perrazo en la peluquería. Levantó la vista, y Madison supo lo que estaba a punto de decirle Fynn, y la inevitabilidad de la cuestión la golpeó con todas sus fuerzas.

—Jefe...

—Tiene que ser así, Madison. Vuestros respectivos compañeros están de baja médica y ambos necesitáis un compañero para las próximas semanas o el tiempo que sea. Va a tener que ser así.

Kelly no podía ni hablar de lo mal que se sentía. Se habían detestado desde el momento en que Madison entró en Homicidios. Ella pensaba que él era ruin, testarudo y orgulloso de serlo. Él no necesitaba ninguna razón, simplemente la odiaba. No tenía nada que ver con su sexo, su historial en el cuerpo ni con nada que pudiera asemejarse a un motivo. Su desagrado había sido inmediato, completo y sin reservas.

La única cosa positiva, si se podía encontrar alguna, era que ambos sabían a qué atenerse, lo cual, en el momento presente, significaba que se sabían arrinconados y sin ninguna posibilidad de cambiar el parecer de Fynn.

Le tocaba a Madison liderar el caso. Se colgó el bolso del hombro y asintió a Fynn.

—De acuerdo —le dijo.

Hicieron el trayecto hasta el distrito industrial en completo silencio. Madison condujo bajo la incesante lluvia que presagiaba un día con tan poca luz y un cielo tan poco azul como el anterior. Dedicó los cinco primeros minutos a martirizarse por no haber caído en la posibilidad de que esto pudiera suceder hasta que fue inevitable. La última vez que se habían enzarzado en una discusión, Rosario había intervenido y calmado la situación. Esta vez estaban los dos solos, en el

mismo coche y obligados a compartir un caso sin nadie que interviniese si lo necesitaban. Madison decidió llamar a Brown a la primera ocasión y arrastrarlo al campo de tiro, le gustara o no.

Madison ya había investigado algún caso en el distrito industrial, una zona llena de almacenes y talleres al borde del estuario del Duwamish. Este consistía en filas consecutivas de idénticos edificios de una sola planta de un color gris mugriento, interrumpido solo en ocasiones por manchas de óxido. Urbanizado en cuadrícula, lucía un aspecto irremediablemente miserable en esa fría mañana de febrero.

Madison ignoró a Kelly, que estaba sentado contra su voluntad, con sus brazos de *linebacker* cruzados. Sus pensamientos volaron a los restos en el depósito de cadáveres del forense y al último día en la tierra de David Quinn. Todavía no la había llamado nadie del equipo de Casos Archivados, y, hasta donde sabía, nadie había investigado la muerte de Timothy Gilman en los veinte últimos años. «Uno ha caído, quedan tres». La probabilidad de conseguir que un antropólogo forense analizara los restos era escasa. La cuestión era qué sabía Quinn que no supieran ellos. Se acordó del día en que se habían conocido en las elegantes oficinas de Quinn Locke en la Torre Stern. Brown y ella le habían transmitido la noticia del asesinato de James Sinclair y su familia, como pájaros agoreros de los aciagos trece días siguientes. Quinn había mantenido entonces sus secretos hasta el final, arriesgando su vida en el proceso, y Madison se preguntaba qué no estaría dispuesto a arriesgar ahora, cuando la recompensa era nada menos que encontrar al asesino de su hermano.

Las sirenas de los coches patrulla en lo alto de la carretera los avisaron de que habían llegado.

Durante el trayecto en coche, Madison había decidido callarse y esperar a que Kelly diera el primer paso. Fynn estaba en lo cierto, «tenían» que trabajar juntos. Es decir, que, como detectives de Homicidios, tenían que ser capaces de trabajar con cualquiera y sacar partido de todo. La investigación no se podía resentir porque dos policías prefirieran perder un miembro antes que hablarse el uno al otro. Por tanto, Madison esperaría con la esperanza de que Kelly hubiese llegado a la misma conclusión y quizá así podrían salir bien parados de esta hasta que o Rosario o Brown pudieran reincorporarse y el universo volviera a estar en paz.

Kelly no había dicho una sola palabra. Sacó su enorme cuerpo del asiento del copiloto y se colgó la placa del bolsillo delantero del abrigo. Madison le echó un rápido vistazo, como lo haría con un testigo cuya fiabilidad quisiera evaluar. Cuarentón, casado, sacó la carrera con una beca para jugar al fútbol americano. Posiblemente no habría sido mal parecido, pero ahora sus facciones delicadas estaban perdidas en su ancho rostro, y, como su carácter las había modelado tanto como la genética, había ahora un brillo duro en sus ojos y surcos en sus cejas. Pesaba unos cuantos kilos de más, y no podría alcanzarte si corrías rápido, pero si parabas y te atrapaba, te podría hacer mucho daño y disfrutaría inmensamente con ello. Madison retiró la vista.

El almacén, el último de una larga calle, estaba en evidente desuso: había unos viejos letreros metálicos, descoloridos por el tiempo colgando de las puertas, una ancha para camiones y otra estrecha para la gente, que tenían unas indicaciones en una pintura roja descascarillada sobre fondo blanco. La contraventana metálica de la puerta ancha estaba intacta, pero la de la pequeña había sido forzada. La madera se había astillado y el candado barato había cedido sin más.

Madison entendía que la seguridad resultaba cara y, por tanto, a las empresas en bancarrota les resultaba más barato sustituir un candado y arreglar la puerta que pagar por una alarma que necesitaba instalación y mantenimiento y un guardia que vigilara durante la noche. Los okupas,

los vándalos y cualquiera que necesitase un lugar discreto para una «acción cuestionable» encontraban rápidamente estos sitios. Ahora era su víctima, su caso, su «acción cuestionable». Sintió una pequeña descarga de adrenalina bajo el esternón.

Fuera había tres coches patrulla y dos agentes junto a la puerta. Los otros agentes estaban en el interior. Madison conocía a uno de ellos, y se saludaron.

—¿El agente al mando? —le preguntó ella.

Él señaló hacia la entrada del edificio. Madison entró con Kelly a unos pasos tras ella, y sus ojos se fueron ajustando a la penumbra. Unas débiles luces de neón en el techo repartían un resplandor pálido y enfermizo sobre el lugar. Era un espacio amplio, más grande de lo que se había imaginado, y vacío, excepto por unos cuantos palés agrupados en diversos montones. El suelo de hormigón estaba sucio; hacía tiempo que nadie se ocupaba de la limpieza, y se notaba una capa de polvo sucio en el aire y un vago olor a gasóleo. Tres agentes uniformados se encontraban al otro lado, con sus linternas enfocando las paredes y el suelo.

Madison percibió el hedor del cuerpo antes de verlo, y durante un momento pensó en el hombre de la silla bajo los depósitos de agua. Se trataba del mismo olor rancio del miedo y el comienzo de la descomposición orgánica. Los agentes se dieron la vuelta cuando oyeron el repiqueteo de sus pisadas sobre el hormigón a medida que ella y Kelly se aproximaban.

—Madison, Homicidios. ¿Quién está al mando?

—Yo. —Una mujer alta con pelo rubio corto y rostro corriente dio un paso adelante.

El cuerpo se encontraba a varios metros de ellos. Era un hombre encogido contra una pared en una esquina, con las rodillas junto al pecho y un brazo sobre la cabeza. Le faltaba un zapato. Incluso en aquella tenue luz, Madison pudo ver la huella de la suciedad que emborronaba el suelo. El hombre se había arrastrado hasta ahí o había sido arrastrado hasta aquella esquina. «Al igual que Jerry Wallace, arrastrado hacia el bosque, pataleando y chillando».

Se volvió hacia la agente.

—¿Qué es lo que sabemos?

—Uno de los trabajadores del almacén contiguo vio que habían forzado la puerta y dio el aviso. Es la tercera vez en tres meses, tienen el teléfono de los dueños en marcación rápida. Mandaron a un trabajador a comprobar y llamar a un cerrajero. Resumiendo, el hombre viene, enciende las luces de neón para evaluar los daños y lo ve... —la agente se dio la vuelta y señaló el cuerpo— en esa esquina.

—¿Dónde está el testigo?

—Se está tomando una taza de café bien cargado por aquí cerca, lo ha llevado mi compañero. No hay testigos del allanamiento o del ataque. Preguntamos en los edificios contiguos, pero ya habían cerrado hasta el día siguiente. Los dueños tenían una cámara de circuito cerrado, pero la robaron hace un año y no compraron otra. Se suele tratar de chavales que entran para cumplir un reto: una vez, se encontraron plumas de pollo, no me pregunte por qué. Pero esto es la primera vez que ocurre.

—Para él también, supongo —dijo Kelly mirando a la víctima.

El haz de la linterna de Madison fue recorriendo el cadáver a medida que se acercaba. Con el brazo izquierdo en alto, el cuerpo daba la impresión de estar protegiéndose los ojos de la luz. Se aproximó con cuidado, evitando pisar las huellas del suelo. No lo iba a tocar hasta que llegara el forense, pero no necesitaba adivinar la causa de muerte: había dos heridas de bala en la cabeza. De manera instintiva, barrió el suelo alrededor del cuerpo con la linterna en busca de los casquillos.

—No hemos podido encontrar ningún casquillo —dijo el agente que había recibido el aviso.

Madison asintió. Los agujeros eran pequeños y no veía salpicaduras de sangre en la pared o en el suelo desde donde se hallaba. Una del calibre 22, quizá. La voz de Brown resonó en su mente: «Dime qué ves». Madison congeló el resto: el agujero del bosque, las pesadillas, los viales de ácido lanzados tras las rejas, y se concentró solamente en eso.

—Hombre, raza blanca, de cincuenta y tantos, dos heridas de bala en la cabeza. No puedo ver el rostro, pero hay sangre seca en la barbilla y también un hilillo que baja hasta el cuello de la camisa y la pechera. La víctima llevaba pantalones y una camisa de tela demasiado ligera para el tiempo que hace. Tiene que haber una chaqueta o un abrigo en algún lado, al igual que el otro zapato. Nadie saldría así de casa.

—Puede que encontremos ropa alrededor —dijo.

—Estamos buscando —contestó el policía.

Los calcetines eran oscuros y sencillos, nada especial, y el zapato era de cuero negro con tiras de velcro, cómodos y baratos. La suela del calcetín tenía polvo y un pequeño desgarró. Cuanto más enfocaba Madison con su linterna los pliegues de la tela, más entendía cómo fueron las últimas horas de vida del hombre: gotas de sangre de haber sido golpeado en repetidas ocasiones; suciedad y polvo en la ropa de haber intentado arrastrarse y en la palma de la mano derecha, abierta y flácida, marcas de uñas en forma de media luna.

Madison se incorporó y deseó que llegara pronto el forense. La víctima estaba hecha un ovillo y quería verle la cara. Había sufrido violencia continuada durante un buen rato y luego, cuando ya habían conseguido lo que querían o, tal vez, por no conseguirlo, alguien se había colocado en el lugar exacto donde se encontraba ahora Madison y le había disparado dos veces en la cabeza.

—Hemos encontrado algo —gritó uno de los agentes desde detrás del montón de palés en el extremo opuesto del almacén.

Se reunieron todos allí, con los guantes puestos y sin tocar nada. En un bulto, en el suelo, una chaqueta de traje, un abrigo y al lado, una maleta con ruedas volcada, aunque todavía cerrada con candado.

—He encontrado el zapato —añadió otro agente desde la penumbra.

El bolsillo interior del abrigo se podía ver a través de los pliegues de la chaqueta. Con extrema cautela, para no desordenar nada, y ayudándose con el pulgar y el índice, Madison sacó un billetero marrón.

Al menos lo podrían identificar, pensó. Lo abrió y un carné de conducir del estado de Washington les informó del nombre: Ronald Gray.

Media hora más tarde, el interior del almacén estaba ampliamente iluminado por las lámparas portátiles de la Policía Científica, que sacaban a la luz cada esquina e imperfección del suelo.

Las luces habían calentado considerablemente el ambiente. El doctor Fellman lo había anticipado y por ello había tomado la temperatura del cadáver nada más llegar.

—¿Rígor mortis? —le preguntó Madison.

—Está en proceso —contestó Fellman mientras bajaba con delicadeza el brazo del hombre dejando el rostro al descubierto. Pelo pajizo y piel cetrina bajo los cardenales, nariz rota y motas pegajosas de sangre seca. Madison se fijó detenidamente en todos los detalles. La baja temperatura del almacén había ralentizado el avance del rigor mortis, lo que permitió al doctor mover el brazo.

El rostro de la víctima, como había anticipado Madison, mostraba las huellas de un horrible

final.

Fellman le echó un vistazo general.

—Golpeado en el rostro con un objeto contundente. Veo astillas incrustadas en la piel. —Se giró hacia Madison—. Puede que haya un objeto de madera por aquí, quizá sacado de uno de los palés.

El ayudante del forense, que estaba junto a Madison, asintió y se fue.

—Fue golpeado —continuó el médico—, pero no con la suficiente violencia como para provocarle la muerte, como puede observar. Tendré más información tras las radiografías.

Madison intentó ver más allá de la decoloración de los cardenales.

—¿Se ha fijado en las marcas de las palmas de las manos? —le preguntó Madison.

—Sí. El asalto duró un tiempo. En cuanto lo desnude puede que veamos amplias contusiones en el resto del cuerpo.

—Pero aun así...

—Aun con todo, lo mataron de dos tiros en la cabeza.

—Parece un 22.

—Eso creo.

—¿Cuántos asaltantes?

—No podría decírselo ahora. Quizá más adelante. Si lo mantuvieron en el suelo puede que encontremos huellas de las palmas.

—¿Alguna herida defensiva?

El médico analizó las manos del hombre.

—Apenas. A juzgar por los dedos y las uñas, solo intentó escaparse a rastras. Y tampoco es que consiguiera ni siquiera eso.

—¿Cuánto tiempo cree que duró el ataque?

Fellman lo meditó. Era demasiado pronto para establecer la hora del fallecimiento, pero podía hacer un cálculo aproximado considerando el tiempo que tardan en salir los cardenales.

—Yo diría que lo retuvieron durante al menos una hora. Eso quiere decir que lo golpearon durante una hora, puede que lo tuvieran retenido durante mucho más tiempo.

Madison echó un vistazo alrededor. Si estuvieron allí al menos una hora, tuvieron que dejar algo tras de sí.

Amy Sorensen, jefa de equipo de la Policía Científica, había sacado fotografías y dibujado diagramas de los patrones de las salpicaduras de sangre. Las deslumbrantes luces habían revelado rápidamente la existencia de gotas en las paredes y en el suelo. Cada una había sido señalada y recogida. La gente de Sorensen trabajaba como un ejército silencioso con sus trajes protectores, recogiendo y etiquetando pruebas mientras avanzaban por todo el almacén.

Bajo los trajes, algunos de ellos llevaban camisetas que Sorensen les había regalado a cada uno, de color azul marino con letras en blanco vivo: «Me encanta Locard». Se refería al principio de intercambio de Edmond Locard, según el cual todo contacto deja una huella tras de sí. También le había regalado una camiseta a Madison.

Sorensen había entrenado bien a su gente, y no había nadie con quien Madison quisiera trabajar en la mesa de pruebas más que con ella. Sorensen se colocó un mechón pelirrojo tras la oreja.

—Aquí. —Sorensen señaló al suelo. Madison miró en la dirección hacia donde ella apuntaba y asintió. Sorensen sabía que Madison había realizado al menos tres cursos sobre recogida de pruebas y análisis además de los reglamentarios, y no se lo iba a deletrear. Apuntaba hacia un conjunto de gotas de sangre perfectamente redondas sobre el cemento—. Y ahí también.

—Hizo un gesto de barrido hacia la pared con el brazo derecho.

Madison se aproximó y entrecerró los ojos.

—Sí. Lo puedo ver.

Las gotas de sangre de la pared eran alargadas, y eso les indicaba la dirección de donde provenían y la velocidad a la que viajaron por el aire. Una vez que hubiesen recogido todas las pruebas, Sorensen sería capaz de decirle lo alto que era el agresor y cómo había golpeado a la víctima.

Por lo que Madison podía observar, el almacén había sido el escenario primario del crimen. La víctima había sido arrastrada y agredida allí mismo. No encontraron sangre en ningún lado cerca de la puerta de entrada. Madison miró las gotas redondas como monedas brillantes sobre la suciedad. Ahí había empezado la agresión. El hombre había estado de pie ahí mismo y el agresor lo había golpeado desde arriba. El arma había creado un patrón de gotas sobre la pared, mientras el brazo iba de delante hacia atrás una y otra vez.

—Me gustaría ver el interior de la maleta —le dijo al agente de la Científica que tenía a su lado. La American Tourister estaba ya recogida en una bolsa de pruebas para ser abierta en el laboratorio.

—Si empezamos a sacar aquí las cosas, las vamos a contaminar.

—Comprendo. Solo quiero ver el interior. Ni siquiera necesito tocar los contenidos.

—¿Por qué? —El agente comenzó a deshacer el plástico de la bolsa.

—Porque el billetero de la víctima tiene tarjetas y doscientos cincuenta y siete dólares y doce centavos. —Madison recordó las huellas de las uñas en la palma de la mano—. No ha sido un robo —dijo—. Necesitamos saber si este hombre tenía prisa.

El agente dejó la maleta sobre una sábana bajo una de las luces. Había enganchado lo que parecía un clip doblado en la lengüeta de apertura y lo había manipulado moviéndolo de un lado a otro mientras se abría la cerradura. Madison se acuclilló, consciente del bullicio a su alrededor, pero concentrada solamente en una cosa: «¿Cuánta prisa tenía usted en hacer la maleta, señor Gray? ¿Con qué premura salió anoche de su casa?».

El agente de la Científica abrió la cubierta con las manos enguantadas y se apartó. Madison se quedó quieta observando, antes de darse la vuelta para ver al forense cerrar la cremallera de la bolsa del cadáver.

—No es la maleta de alguien que piensa viajar. La había hecho para salir huyendo.

Una mezcla de objetos y ropa revueltos, hechos una bola y apelotonados en un espacio escaso sin ninguna pretensión más que la de apresurarse. Todo lo que había podido llevarse consigo estaba allí, en esa maleta. Podía imaginarse sus manos apresuradas cogiendo camisas de un cajón y papeles de una mesa y lanzando todo en la maleta hasta que no cupo más. Había algo inexplicablemente sórdido en la forma en que las cosas estaban retorcidas y amontonadas unas sobre otras. El miedo, pensó Madison, el miedo le había hecho apresurarse, pero, al final, no había sido suficiente.

—Hizo la maleta a toda prisa —comentó el agente.

—Sí —contestó Madison mientras se levantaba—. Gracias.

—Aquí tienen. Hemos encontrado esto dentro del bolsillo del abrigo. —Un agente le mostró a Madison dos bolsas de plástico finas: en una, el pasaporte de Ronald Gray; en la otra, un billete de autobús a Vancouver a su nombre. El autobús habría salido la noche anterior justo antes de las nueve de la noche.

Necesitaba respirar. Madison cruzó la puerta mientras dos agentes de la oficina del forense quitaban el candado. Fuera había comenzado a llover con insistencia y estaba oscuro, más

todavía en contraste con la deslumbrante luz del interior del almacén. Las nubes se alzaban desde el océano cargadas de lluvia, su oscura silueta repleta de agua.

Habían enviado un coche patrulla al domicilio que figuraba en el carné de Ronald Gray y se habían encontrado una casa vacía con la puerta de entrada bien cerrada. Madison se acercaría allí en cuanto pudiera. Su vehículo sin distintivo estaba aparcado más allá de los coches patrulla, y se dio cuenta de que Kelly estaba sentado en el asiento del copiloto, posiblemente hablando por el móvil. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había marchado, y no podía distinguir su rostro tras el parabrisas. Quizá «esa» era su primera jugada.

Madison aspiró una profunda bocanada de aire. Podía hacer lo que le diera la gana con tal de que no se entrometiera.

Cargaron la bolsa con el cadáver en la furgoneta blanca del forense y se marcharon. Coches y camiones iban y venían por la carretera, descargando sus mercancías y recogiendo pedidos. «Coches». Ronald Gray tenía el carné de conducir en el billetero, no perdido en un cajón de la cocina ni bajo las facturas del año anterior. Lo llevaba en la cartera porque tenía coche y lo conducía todos los días, y, a pesar de ello, había comprado un billete de autobús a Vancouver. Madison, que conducía deprisa incluso en su día más lento, podía hacer el trayecto en tres horas, dos y media sin tráfico. Se giró y miró la maleta, envuelta en plástico, lista para el laboratorio. Gray se dirigía a la estación de autobuses. Quizá ya había llegado cuando el asesino se lo llevó.

Madison condujo hacia el centro de la ciudad. Su cerebro elaboraba una lista de lo que habían averiguado, mientras su estómago le recordaba que se había pasado la hora de comer. Kelly iba sentado a su lado, con la mirada al frente observando el tráfico que fluía a su alrededor, como si las palabras o el lenguaje no hubiesen sido inventados todavía. Madison se dio cuenta de que no habían hablado desde que salieron de la oficina de Fynn. Kelly había dado vueltas por el almacén, fijado la vista en el cuerpo, escuchado al forense y tomado sus propias notas. Era, más que nada, una persona ausente sentada a su lado, y Madison se arrepentía de desear establecer contacto o hablar con él, iniciar una conversación o conseguir que abriera la boca. Se recordó a sí misma todas las ocasiones en las que él se había mostrado paternalista, agresivo o meramente maleducado, y su deseo de hacer las paces fue vencido por lo bien que le sentaba el silencio; un Kelly callado era alguien con quien sí podía trabajar.

Habían reunido varios datos del caso. No muchos, pero los suficientes como para empezar. Habían identificado a la víctima, conocían el lugar donde se había cometido el crimen y tenían el billete a Vancouver. Tenían el quién, el cómo y el dónde. Lo que desconocían era el porqué de la agresión y el número o identidad de los asaltantes. Madison quería dejarse guiar por las pruebas, y le preocupaba el haber dado ya una explicación a cómo hizo la víctima la maleta. No quería que esa interpretación la condujera por el camino equivocado. Su instinto le decía que Ronald Gray había salido huyendo. Su cabeza le recomendaba esperar a utilizar la maleta para confirmar su teoría, no para inventarse una. Habían encontrado el cuerpo en una esquina, hecho un ovillo e intentando protegerse de dos balas en la cabeza. Quizá no tuviera miedo al hacer la maleta, pero en aquel almacén estaba claro que sí. ¿Por qué lo habían apaleado antes de asesinarlo, cuando no había nada en su persona que interesaba al asesino? ¿Era pura violencia? Mientras Madison daba vueltas a todo esto en su cabeza, echó una ojeada hacia Kelly. Existen razones por las que la policía trabaja en pareja: se necesita un compañero para respaldarte y para razonar los hechos. Pero sobre todo es necesario porque te pasas los días preguntándote muchas cosas: «¿Era solo pura violencia? ¿Por qué lo golpearon diecisiete o dieciocho veces antes de pegarle dos tiros a la

cabeza?». Madison vio un hueco en el tráfico y pisó el acelerador.

La estación de autobuses del centro de la ciudad estaba situada en un anodino edificio de color café. Cruzaron las puertas de cristal y Madison reparó en las cámaras del circuito cerrado de televisión, situadas en diversos ángulos. La estación le pareció tan destartada y deprimente como la última vez que estuvo allí. Una corriente incesante de pasajeros circulaba por la fría y húmeda sala a todas horas. Si había habido testigos, era posible que a estas alturas estuviesen repartidos por todo el país.

Madison se percató al instante de que, en cuanto entraron, cuatro vagabundos se levantaron discretamente de sus asientos metálicos y se marcharon, dos hombres dejaron de hablar y se fueron cada uno por su lado mientras que una mujer se precipitó hacia los servicios. No se podía pasar desapercibido al lado de Kelly, toda su persona anunciaba a gritos «soy policía». La gente prácticamente se había apartado a su paso y, sin necesidad de mirarlo, sabía que él lo había disfrutado tanto como una bebida fría en un día caluroso.

Madison enseñó su placa a uno de los guardas de seguridad, y en menos de cinco minutos supieron que el autobús de las 8:50 de la noche anterior que se dirigía a Vancouver salió sin problemas y llegó a la hora prevista. Madison había sacado una foto del carné de conducir de Ronald Gray con su móvil y la enseñó a todo el personal que había estado trabajando la noche anterior. Ninguno lo recordaba.

—¿Qué hay de las grabaciones de las cámaras? —preguntó Madison al jefe de seguridad, un treintañero larguirucho que llevaba un diamante en la oreja derecha y una despeinada coleta.

—Tenemos todo lo que necesita. ¿Qué hora le interesa revisar?

—Empecemos por los momentos inmediatamente anteriores al embarque y vayamos de ahí hacia atrás. Sabemos que nuestro hombre no llegó a subir al autobús, aunque puede que sí llegara a la estación. ¿Puede comprobar en sus registros cómo y cuándo compró el billete?

—Será solo un minuto. —Les colocó dos sillas delante del monitor. El despacho no era elegante, pero al menos no olía tan mal como en el vestíbulo principal, y Madison no tuvo la sensación de que tendría que desinfectar la silla.

La calidad de la fotografía era mala: blanco y negro granulado. Parecía como si la tecnología de aquel despacho se hubiese anclado en 1972. Era una pantalla dividida en cuatro tomas: dos del vestíbulo principal, una del pasillo de los servicios y una del acceso a los autobuses. Cabía la posibilidad de que Gray no hubiese llegado siquiera a la estación, pensó Madison. Se sentó en el borde la silla mientras el reloj de la pantalla retrocedía y la noche anterior se desplegaba ante ellos. Kelly estaba desplomado sobre su silla, pestañeando ante la rapidez con la que las imágenes se sucedían y sin perder cuenta de nada.

Lo vieron al mismo tiempo, y durante un instante se olvidaron de sí mismos e intercambiaron una mirada.

—Ahí —dijo Madison mientras congelaba la imagen. Ronald Gray, con el abrigo puesto, aparecía sentado en el banco metálico con la maleta a sus pies. Miraba su reloj y Madison recordó de pronto que lo seguía llevando en la muñeca izquierda—. Voy a volver al principio —añadió, como si hubiese habido una conversación entre Kelly y ella.

Rebobinó la cinta hasta el instante en el que Ronald Gray aparecía en pantalla, a las 7:47 de la tarde. Se había sentado a esperar. Cada cierto tiempo miraba hacia la entrada y acto seguido desviaba la vista. Parecía exhausto, nervioso y agotado. A su alrededor la gente iba y venía, estaba sentada o de pie y nadie le prestaba ninguna atención.

Pasaban la cinta a velocidad normal y era desquiciante: algo iba a suceder y Madison no

podía hacer nada para impedirlo. Poco después de las 8:20, Ronald Gray se levantó y llevó su maleta fuera del encuadre de la cámara. En ese mismo instante, comenzaba un pequeño alboroto junto a la máquina expendedora. La cámara lo captó dirigiéndose al pasillo de los servicios. Durante unos segundos no sucedió nada. Luego, dos hombres entraron tras él. Dos minutos más tarde, se veía salir a dos hombres apresuradamente, pegados el uno al otro de tal forma que el de detrás iba casi empujando al primero. Un tercer hombre salió llevando la maleta de Gray, pero no era él. Era más alto y más corpulento y se aseguraba de que la cámara no captara su rostro.

Madison rebobinó la cinta. Los dos hombres que habían entrado tras Gray llevaban ropa de invierno oscura: gorro, bufandas, guantes y abrigos. No tenían ningún rasgo distinguible y habían evitado las cámaras de todas las formas posibles. Los dos hombres que se veía salir también iban bien abrigados.

—Los zapatos —dijo Madison.

Kelly mascullo algo.

Ambos llevaban botas oscuras al entrar, pero, al salir, uno de ellos llevaba zapatos negros con tiras de velcro. El hombre que salía con la maleta era el que llevaba botas.

Madison se sentó en la silla. Habían intercambiado los abrigos y la ropa y lo habían forzado a irse con ellos. La realidad era que no había nada en la pantalla que le confirmase con absoluta seguridad que Gray se había marchado de allí en contra de su voluntad. Según la información obtenida, bien podría haber intercambiado voluntariamente la ropa con uno de los hombres que lo había seguido al baño y haber decidido no ir a Vancouver, que lo mejor era quedarse en Seattle después de todo. Madison resopló. Ese momento congelado en la pantalla delante de ella, ese era el momento en el que la vida de Ronald Gray había dejado de pertenecerle a él mismo.

Madison volvió a pasar la cinta. Al salir, el hombre de las botas había colocado una mano en la mitad de la espalda del hombre de los zapatos de velcro, mientras que con la otra le agarraba el brazo por encima del codo. Cuando apareció el tercer hombre arrastrando la maleta, se le vio atravesar el vestíbulo a través de la multitud, y justo antes de llegar a las puertas de cristal se dio la vuelta. Madison pudo apreciar por primera vez en su vida la sutil e intemporal maravilla que era una pantalla dividida en cuatro secciones: en el mismo instante en que el hombre se dio la vuelta y miró hacia el vestíbulo, el individuo que había causado el alboroto y había dado patadas a la máquina de refrescos se había tranquilizado, había levantado las manos en señal de disculpa y se había marchado. Los guardas se habían quedado ahí, arreglándose las para parecer amenazantes y aliviados al mismo tiempo, totalmente ignorantes de que acababan de presenciar un secuestro.

Habían desplegado muchos medios para llevarse a Ronald Gray: tres hombres en la estación y, Madison podría jurarlo, uno esperando afuera con un coche, con el motor en marcha y la mirada fija en el retrovisor. Cuatro individuos para atrapar a un hombre de cincuenta años normal y corriente, llevarlo a un almacén abandonado, golpearlo con un trozo de madera que habían encontrado allí —Sorensen había llamado para confirmarlo— y luego dispararle dos veces en la cabeza. «Demasiado despliegue», pensó Madison. Pero, de momento, todo lo que tenía era la secuencia de los hechos; la teoría podía esperar.

Volvió a interrogar al personal de la estación, esta vez con preguntas concretas y queriendo saber dónde había estado cada uno en el momento del secuestro. Kelly hizo lo mismo.

Casi toda la gente que estaba en la estación había estado pendiente de las idas y venidas entre los guardas y el tipo que la había tomado con la máquina expendedora. Había calculado su actuación a la perfección: suficiente ruido como para llamar la atención, pero no demasiado como para que los guardas lo retuvieran cuando quisiera marcharse. Y cuando llegó el momento

se marchó de allí sin meter ruido. Una gorra negra de béisbol y el cuello levantado habían bastado para que no se pudiera identificar su rostro.

Frank Lauren y Mary Kay Joyce llegaron con su equipamiento. Eran los mejores del equipo de Sorensen. En cuanto atravesaron las puertas de cristal, Madison salió a su encuentro.

Lauren no se molestó con los saludos.

—Dime, por favor, que no son los servicios —le dijo a Madison.

—Lo siento, Frank —replicó ella.

—¡Vaya! ¿Se trata al menos del lavabo de señoras?

—No.

Ambos suspiraron. Madison les guio por el pasillo, ya equipada con dos pares de guantes. Empujó la puerta con la punta de la bota. Hasta el momento se las había arreglado para no tocar ninguna superficie excepto con el calzado, que podía tener que quemar al terminar su turno. Lauren y Joyce, ya enfundados en sus trajes, se colocaron unas máscaras de protección. Mucha suciedad y moho de hacía tiempo cubrían cada centímetro de todas las superficies, como si las fregonas y las bayetas apenas hubieran rozado las baldosas ni hubieran visto un detergente en su vida. El olor era indescriptible.

—Te darás cuenta de que vamos a recoger todo lo habido y por haber aquí. La última vez que limpiaron este lugar... Vamos a encontrarnos hasta huellas de Jimmy Hoffa en ese lavabo de ahí.

—Lo sé. No sé lo que han tocado, si es que lo han hecho, pero lo que sea que encontréis será de un valor incalculable.

—No será oro precisamente lo que encontremos por aquí, detective —contestó Joyce.

El apartamento de Ronald Gray se encontraba en el centro de la ciudad y era un edificio de los años treinta que guardaba algo, aunque poco, de su antiguo encanto. El portero, un hombre bajo de treinta y pocos años con el pelo rubio bien recortado y pestañas muy claras, los dejó pasar. Solo llevaba diez días en el trabajo y no sabía nada de Ronald Gray, excepto que vivía al fondo del pasillo, en la cuarta planta. Llevaba unas camisetas estridentes superpuestas, estaba contento de colaborar y apenado por el motivo de su visita. Mientras subían las escaleras se dirigió hacia Madison, ignorando el gran bulto que era Kelly. Madison se percató de su alivio al dejarlos en el umbral del domicilio.

No había suficiente luz en el descansillo, así que Madison enfocó con su pequeña linterna la cerradura y sus alrededores, que estaban intactos. No había venido nadie después de que Gray se hubiese marchado. Madison giró la llave y entraron.

El apartamento constaba de un dormitorio, sala de estar, cocina y un pequeño cuarto de baño contiguo. Gray había salido precipitadamente. Kelly deambuló de habitación en habitación, pero Madison se quedó junto a la puerta de entrada mientras observaba todo atentamente. Los platos de cerámica blanca con una fina línea verde estaban limpios. Las mantas de color azul claro, estiradas sobre la almohada. La superficie de la mesa de comedor de madera de haya con cabida para seis personas no tenía brillo, pero estaba limpia y sin polvo. Un armario escobero contenía los productos de limpieza, algo de pintura blanca con un cepillo y un rollo de papel de pared. A pesar de todo eso, o tal vez a causa de ello, parecía como si una ráfaga de viento hubiese esparcido las cosas por toda la estancia, cosas que normalmente habrían estado guardadas en su sitio: facturas, cartas, un par de marcos sin foto, dos cajones sin cerrar del todo y que sobresalían unos centímetros. Y luego estaba ese olor. En lo alto de una esquina de la habitación, la alarma

antiincendios estaba guardando su puesto silenciosamente. No obstante, un tufo acre y penetrante impregnaba el ambiente.

—¿Lo hueles? —preguntó Madison.

Kelly emitió un gruñido.

En los fuegos de la cocina de Ikea, Madison encontró lo que andaba buscando: una cazuela alta de las que se usan para cocer pasta. Levantó la tapa y encontró la fuente de aquel terrible olor: flotando en diez centímetros de agua grisácea había una masa negra formada por unas cenizas con algo soldado a ellas, como restos de plástico que se habían fundido en el papel en llamas.

Ronald Gray no tenía chimenea, pero sí una alarma antiincendios en la sala de estar y una cocina. Si necesitaba quemar algo con tanta urgencia, no tenía demasiadas opciones. Madison observó el patrón de desorden de las habitaciones, acorde con la prisa con la que había hecho la maleta, cogiendo rápidamente lo que tenía a mano, pero en parte también debido a la búsqueda de unos objetos, que, una vez encontrados, habían acabado quemados en la cazuela. En cuanto consiguió quemar lo que quería, Gray había vertido agua y había cambiado la tapa.

Madison sacó una cámara digital barata que llevaba en el bolso y comenzó a tomar instantáneas. Estaba prácticamente segura de que había un patrón en las frenéticas idas y venidas del hombre de habitación en habitación. Quizá ese patrón la ayudaría a averiguar qué era lo que intentaba destruir Gray. Por primera vez tenía algo parecido a un motivo.

No tardaron demasiado en inspeccionar el apartamento, y nada llamó tanto la atención de Madison como la cazuela y su contenido. Justo cuando cerraba con llave la puerta, Lauren y Joyce subían por las escaleras.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Madison.

—Tal y como nos figurábamos —contestó Joyce.

Madison le dio las llaves.

—La cazuela de la cocina. La utilizó para prender fuego a algo hace poco.

—Nos debes un desayuno, Madison —dijo Frank Lauren mientras los detectives se marchaban—. En algún sitio con servilletas de tela.

—Soy muy consciente de ello.

Madison sabía lo buenos que eran, no se dejaban desanimar por las circunstancias. Si había algo útil para el caso en aquellos baños de la estación, Lauren y Joyce habrían dado con ello, sin importar cuántas capas de mugre tuvieran que limpiar antes de encontrarlo.

La tarde había dado paso a una noche temprana, y la carretera estaba resbaladiza por la lluvia. Ya habían cumplido su turno, pero Madison quería acercarse al depósito de cadáveres para averiguar el resultado de la autopsia. Se volvió hacia Kelly, sentado en el asiento del copiloto con el rostro apenas iluminado por el resplandor anaranjado de las farolas.

—Voy a ver a Fellman —dijo ella—. ¿Quieres que te deje en la comisaría?

Kelly se giró hacia ella. Era su primera conversación aquel día.

—¿Por qué?

—Porque es pasada la hora de nuestro turno y no conozco tus costumbres.

Kelly asintió.

—¿Para que puedas decirle al jefe que tú te has quedado y yo me he pirado?

—No, me importa un rábano cuántas horas trabajes. Me harías falta, pero me las apañaré —contestó ella—. Hablemos claro, Kelly. Me da igual. Hemos conseguido no matarnos el uno al

otro durante todo el día, y lo considero todo un logro. Puede que sea porque solo hemos intercambiado tres palabras en total. De momento me vale. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Quieres irte? No es ninguna pregunta trampa.

Kelly se lo pensó durante un segundo.

—Vamos al depósito.

—Estupendo.

Encontraron al doctor Fellman, todavía con la bata de trabajo, escribiendo un informe en su despacho.

—Diecinueve golpes —comentó—, incluyendo tres en la cabeza. El laboratorio tiene el objeto de madera que utilizaron. Era así de ancho. —Separó sus dedos unos ocho centímetros.

—Vimos a los individuos por la cámara de circuito cerrado; lo atraparon en la estación de autobuses. Vimos a tres, quizá cuatro en total.

—Tiene sentido. Había cardenales en los brazos por donde lo sujetaron. Por la forma de la marca de los dedos diría que eran unas manos grandes. Al menos dos personas, más otro que estaría golpeándolo con la madera.

Madison intentó no pensar en cómo se habría sentido Ronald Gray, lo aterrado que habría estado. Intentó limitarse a establecer una secuencia de acontecimientos, pero, aun así, algo en ese «miedo», en ese pánico sobrecogedor que había intuido en el domicilio de Gray, la perseguía.

—¿Qué puede deducir de los golpes? —preguntó Madison.

El médico suspiró.

—No querían que se quedara inconsciente, eso se lo puedo asegurar. Los golpes fueron propinados con la intención de causar dolor, pero no de matar: sus órganos internos estaban intactos y no tenía nada roto, salvo la nariz. Había suciedad y tierra bajo las uñas ya que se había arrastrado hasta esa esquina con los últimos resquicios de energía que le quedaban. Habría sobrevivido de no ser por los dos disparos.

—¿Algo más?

—Tomó sopa vietnamita antes de que se lo llevaran.

—Hay un restaurante justo al lado de la estación. —Madison asintió—. Gracias, doctor.

De vuelta en la comisaría, con Kelly ya en su casa y con las piernas estiradas bajo su escritorio, Madison sacó la cámara y analizó las fotografías que había tomado en el domicilio de Ronald Gray. Detalles de sus últimas horas en la Tierra y de la cotidianeidad mundana de su día a día. Habían encontrado resguardos de la nómina de su trabajo, una empresa de servicios de transporte donde había trabajado como agente varios años. Kelly había llamado a las puertas de los vecinos, pero todos estaban trabajando o no sabían nada de él.

Madison se tomó un café mientras las fotos se sucedían delante de ella. No había rastro de ninguna acompañante femenina en el apartamento; ni ropa en el armario, ni otro cepillo de dientes en el baño, pero de todos modos alguien lo tendría que echar en falta en algún momento. Después de veinticuatro horas, nadie lo había reclamado. Madison se fijó en la foto del montón de agua oscura en el fondo de la cazuela. Mañana iría a ver a su jefe y vería qué tipo de persona había sido Ronald Gray y por qué nadie lo había echado en falta todavía.

Madison condujo hacia su casa. Sin sacar el arma de la funda, se agachó junto a la chimenea, añadió dos troncos, preparó la mecha y prendió fuego con una cerilla a una tira larga de papel. El fuego prendió de inmediato, proporcionando una luz mucho más cálida que la de las lámparas.

Se quitó las botas junto al sofá y se acomodó con un vaso de Sancerre en la mano, mientras unas sobras de macarrones de dudoso aspecto se calentaban en el horno.

Cuando acabó, dejó el plato en el fregadero, se preparó una taza de café y esparció sus notas y todos los recortes de periódico sobre el caso del río Hoh por la mesa del comedor. A finales de agosto y principios de septiembre de 1985, la prensa seguía especulando sobre el asesinato de un senador del estado de Washington por una parte, y sobre los récords de los Mariners, con once partidos ganados y diecisiete perdidos en un mes, por otro, cebándose en especial con los partidos perdidos frente a los Yankees de Nueva York. El senador Newberry tendría que haber declarado en una investigación federal sobre un caso de corrupción y crimen organizado en los muelles de Seattle y había desaparecido a finales de junio, el día anterior al señalado para su declaración. Encontraron su cuerpo seis semanas más tarde en el lago Washington. Sin su testimonio, el caso contra los acusados, unos mafiosos de la costa este, se había venido abajo. Las fotos de los chicos del río Hoh aparecían entre las del senador y Gorman Thomas con su uniforme de los Mariners.

Madison alisó los recortes con la mano. Tenía que haber una conexión entre los chicos y sus padres, al igual que la habría con los hombres que los habían secuestrado. Después de veinticinco años, puede que esos nexos fuesen casi invisibles, pero Madison sabía que no habían desaparecido del todo por el mero paso del tiempo, ya que Edmond Locard tenía razón: todo contacto deja una huella.

Nathan Quinn tenía el televisor de su habitación en silencio. Estaba recostado sobre su almohada y sus ojos negros seguían las siluetas de la pantalla. Había un reportero junto a los depósitos de agua, en la esquina de la avenida 35 suroeste con la calle Myrtle. Señalaba el lugar, todavía precintado por la policía, donde días antes habían encontrado sentado en una silla el cadáver de Warren Lee. Quinn no necesitaba poner el sonido para saber que la policía no había progresado mucho en la investigación.

Con sumo cuidado se incorporó hasta sentarse y deslizó las piernas fuera de la cama. Aspiró una bocanada de aire e intentó alcanzar el bastón que le había dejado el fisioterapeuta. Lo asió con su mano derecha, la sana, y apoyó la mayoría del peso en ese lado. Dio un paso y después otro, un esfuerzo que lo dejó sin energía antes de lo que estaba dispuesto a admitir.

Lo habían sometido a una operación quirúrgica, una extirpación parcial del bazo cuya cicatriz era otra herida más que ralentizaba su recuperación. En aquella lujosa habitación, Quinn sentía su cuerpo como una condena a prisión que tenía que superar. Avanzó otro paso.

Le habían dicho que mantener un veinticinco por ciento del bazo podía ser suficiente para mantener su funcionalidad, y hasta el momento habían mantenido a raya posibles infecciones gracias a la medicación y a su fuerza de voluntad. Dio otro paso más.

En el televisor, la foto del carné de conducir de Warren Lee apareció durante unos segundos para luego dar paso a un accidente de coche en Everett. Nathan Quinn avanzaba centímetro a centímetro por la habitación, yendo de un lado a otro con los ojos fijos en la pantalla.

Su mente, al contrario que su cuerpo, había estado viajando velozmente, yendo y viniendo en el tiempo mientras los recuerdos lo envolvían como la hierba alta. No opuso ninguna resistencia a unos sentimientos que no había experimentado en años, pero que ahora lo habían barrido por completo, le gustase o no. Los médicos le habían dicho que el trauma por el que había pasado podía afectar su sentido del equilibrio, no simplemente desde un punto de vista físico. Le habían advertido que experimentaría una corriente de emociones que podía resultarle extraña mientras su cuerpo y su mente intentaban dar un sentido a lo que había ocurrido. La asesora del Departamento de Psicología había estado con él solo doce minutos varios días después de que despertara, y después se había ido para no volver; había llegado muy rápido y muy acertadamente a la conclusión de que Nathan Quinn no era el tipo de paciente ansioso por sobreponerse a sus dificultades presentes con una conversación sincera y abierta sobre su estado mental. «Educado, pero muy frío», había escrito en su informe.

Sobre la mesa, junto a las copias de la defensa de Cameron, había una pila de cartas y notas personales que le había traído Carl esa mañana. Entre ellas, una carta de la fiscal del distrito oeste del estado de Washington, una vieja amiga de su época en la Oficina del Fiscal del Condado de King, quien le deseaba una pronta recuperación y lo invitaba, como todos los años, a dejar su despacho y unirse a ella en la lucha contra la plaga de bestias que amenazaban ese estado. Era una vieja broma: ella siempre se lo pedía y Quinn siempre lo rechazaba. Había también una amable carta del rabino Stien, quien se acordaba de sus padres y le deseaba lo mejor en su recuperación; cuando llegase el momento, lo apoyaría en lo que hiciese falta con respecto a lo de David.

Quinn no había formulado el pensamiento en palabras, aunque la idea estaba ahí y

probablemente habría estado ahí desde la primera visita de la policía del condado de Jefferson: David no yacería junto a sus padres hasta que sus asesinos tuviesen un nombre. Se preguntó si el rabino Stien habría entendido. En su carta hablaba del valor de Quinn, de su resistencia y de su fuerza. Quinn sabía que tenía resistencia, lo sabía ahora a ciencia cierta si es que antes no lo había tenido claro. De las otras dos virtudes no estaba tan seguro; todavía recordaba el sabor del miedo mientras intentaba liberar al ahijado de Madison de su jaula y el alivio cuando Jack le dio la mano, trayéndolo de vuelta a este mundo, cuando todo a su alrededor se tornó oscuro.

Quizá la capacidad de aguante fuese suficiente para soportar todo esto, pensó. Aguante y rabia. El rabino Stien podía estar más a favor de una de las dos, pero Quinn se dio cuenta de que necesitaba ambas y de que cada cual se debe valer de lo que dispone.

4 de julio de 1985. John Cameron, de doce años, va tumbado en el asiento trasero del coche de su padre, con las piernas estiradas y los pies, con sus queridas Converse rojas, apoyados contra el cristal de la ventanilla. Desde esa postura puede ver el cielo y las nubes claras que presagian otro caluroso día de julio, como si no hubiesen tenido suficientes este año. Así el trayecto se hace más interesante que yendo sentado, aunque su madre le dirá que se incorpore y se siente «de forma correcta» en cuanto se dé cuenta.

Se dirigen a la finca de Locke, en algún lugar hacia el este a las afueras de Seattle, donde pasarán el 4 de julio con unos amigos, correteando por los bosques, refrescándose en la piscina y atiborrándose en la barbacoa: un paraíso. Aunque todo eso no es sino el preludio de lo mejor del día: los fuegos artificiales sobre el lago. Jimmy y David también estarán allí, por supuesto, lo cual está muy bien, al igual que Bobby Locke, lo cual no está tan bien: estudia bachillerato y nadie lo puede aguantar. Con un poco de suerte, habrá suficiente gente como para que los tres puedan perderlo de vista e ir a su aire. El hecho de que sea la casa de Bobby a la que se dirigen y su piscina en la que se tirarán ensombrece un tanto el ánimo de Jack, aunque no demasiado. Aquel día tiene un brillo especial y parece como si cada átomo de la creación hubiese sido pulido hasta brillar, como suele decir su padre. Se siente generoso, incluso hacia aquel pequeño chivato cutre que es Bobby Locke.

—Jack, cariño, siéntate bien.

—Sí, mamá.

Su padre conduce rápido y llegarán pronto. Jack apoya la mejilla contra la ventanilla, echa vistazos a su reloj Casio y juega a retener el aliento como un nadador bajo el agua.

Nathan Quinn, de veinte años, se despierta en su dormitorio y tarda un segundo en darse cuenta de dónde está. Ha pasado los últimos meses trabajando duro como becario en un despacho de abogados en Boston y hasta ayer no había llegado a su casa, a Seattle.

Esa mañana, su viejo dormitorio se le antoja irremediablemente infantil y, todavía no despierto del todo, decide quitar el póster de Springsteen y reemplazarlo con uno de la CND. Cuando se licencie, solicitará plaza en la Facultad de Derecho de Harvard, y estas prácticas, que han consistido en hacer café y llevar expedientes para abogados matrimonialistas con zapatos de ante, le parecerán una lejana pesadilla.

—¿No te pagan lo suficiente para un buen corte de pelo? —le preguntó su padre la noche anterior, con un tono más amable que las palabras en sí.

—Me gustan los rizos —se había limitado a decir su madre.

Casi no le habían pagado nada en la beca, pero quedaba bien en su currículum y, de todos modos, había bastado para el regalo de David. El tontorrón de él casi había chillado de emoción cuando Nathan le dio la Nikon de 35 milímetros. Todavía le hacía sonreír: Nathan se había sentido muy adulto, y su hermano, siete años menor, le había parecido un crío. Se había pasado horas enseñándole a usar la apertura y el *zoom*. Hacía mucho que no pasaban un rato juntos; David estaba creciendo y Nathan se lo estaba perdiendo, porque cuando volvía a casa de la

universidad o de sus trabajos veraniegos, se iba a ver a sus amigos y solo decía hola y adiós a ese chaval que lo había perseguido en cuanto echó a andar.

El decimotercer cumpleaños de David había sido en mayo; Nathan había podido llegar a la celebración del *bar mitzvá* y se había marchado justo después.

—Te echa de menos —le había dicho su madre, y él había encontrado una docena de razones por las que el estudio, el trabajo y los compromisos sociales le habían impedido pasar tiempo con su hermano. Aun con todo, su madre sabía que sus palabras harían más mella en Nathan que ningún reproche.

—Solo Dios sabe cómo va a poder llegar a ser abogado —le diría su padre, abogado él, a su madre—. Se le ve en la cara cada pensamiento que tiene.

La costosa cámara era una disculpa. Puede que David lo entendiera así, o no. Nathan no lo sabía, y no le importaba. Estaban sentados en los escalones de la cocina bajo una puesta de sol púrpura mientras las pequeñas manos de su hermano luchaban con la parte trasera de la Nikon al intentar cambiar el rollo.

—Vuelve a enseñarme. Tengo miedo de rayarlo —le había dicho David.

—Mira. Primero observa las ruedas dentadas...

Como una concesión a su edad, le habían permitido dormir hasta tarde mientras el resto de la familia conducía hacia la propiedad de Conrad Locke para celebrar el 4 de julio: se uniría a ellos más adelante, dependiendo de cómo decidiera comportarse su Ford Pinto del 73.

Madison dedicó la mañana a entrevistar a los compañeros de trabajo de Gray, sin ningún resultado. Lo describieron como un tipo callado, reservado, que nunca hablaba de su vida privada. Escribió sus notas a pesar del escaso valor que tenían, mientras pensaba que lo mejor del día hasta el momento había consistido en el característico silencio hosco en el que se había sumido Kelly.

El apartamento y el cuerpo de Gray estaban libres de restos de drogas, y su cuenta corriente, modesta, les hablaba de una existencia vivida dentro de sus posibilidades.

El teléfono sonó de pronto y Madison contestó.

—Homicidios, Madison.

—Soy Sorensen. ¿Está por ahí Spencer?

—Claro, te han pasado conmigo por error. Te transfiero...

—No, os necesito a ambos. ¿Lo puedes traer y hablamos por el altavoz?

—Un segundo...

Madison se dio la vuelta.

—Spencer —llamó.

Diez segundos después, con Spencer y Dunne también presentes, Amy Sorensen les hablaba por el altavoz.

—Spencer, eres el detective principal en el caso de Warren Lee, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contestó él.

—De acuerdo. Lo que tengo aquí son unos desconchones de pintura hallados en la ropa que llevaba puesta Ronald Gray que coinciden con la pintura de la silla a la que encontramos atado a Warren Lee bajo los depósitos de agua.

—¿Crees que Gray fue uno de los hombres que llevó la silla? ¿Qué así pasó de un sitio a otro? —preguntó Madison.

—No. A juzgar por cómo están repartidos esos restos de pintura sobre la prenda, creo que fue traspasada desde uno de los zapatos de los hombres que mataron a Lee cuando le dio una patada a Ronald Gray.

Madison se reclinó en su asiento.

—Déjame empezar por el principio —continuó Sorensen—. Lee fue atado a una silla de cocina con alambre. Como os podéis imaginar, ahí hubo mucho roce; el alambre atravesó la primera y la segunda capa de pintura. Las lascas se encontraron sobre el pijama de Lee y uno o varios de los asesinos estuvieron lo suficientemente cerca de la silla como para que se mancharan la ropa y los zapatos con la pintura. Lee fue transportado con una bolsa de basura cubriéndole la parte superior del cuerpo, por ello la contaminación se contuvo un poco, aunque no pudieron evitarla por completo. Cuando agredieron a Gray, le pasaron a él algunas de esas lascas de pintura. También estamos analizando restos de sangre. Deberían coincidir con la de Warren Lee.

—Una pregunta tonta, Sorensen, pero... —comenzó a decir Spencer.

—¿Si estamos seguros de que es la misma pintura? —le interrumpió Sorensen.

—Sí.

—Absolutamente. Pintaron la silla dos veces en distintos tonos del mismo color. Utilicé un estereomicroscopio. Es la misma pintura que proviene de la misma silla, arrancada por el mismo

alambre en ambas víctimas. Desde nuestro punto de vista, no podían haber elegido un tipo mejor de ligadura.

—Es lo que encontraron en la casa —dijo Spencer.

—Apañados además de sanguinarios: preciosa combinación.

Madison se inclinó hacia delante.

—¿Qué nos puedes decir del montón de cenizas y plástico que había en el fondo de la cazuela?

—Por ahora solo te puedo decir que es eso, un montón de cenizas y plástico. Te diré más cuando sepa algo.

Sorensen colgó.

—Esto es lo que se dice dos por el precio de uno —dijo Dunne.

—No sé lo que es —dijo Madison, pero luego se acordó—. Tienes que ver la cinta de la estación. No creo que cogieran a Gray al azar; estoy segura de que ese hombre estaba huyendo. Es más que posible que Lee tampoco fuera elegido al azar.

—Supongo que no sabía que tenía que huir —comentó Spencer.

Sentado a su escritorio, cerca como para escuchar cada palabra aunque claramente no lo suficientemente interesado como para participar, el detective Kelly seguía transcribiendo sus entrevistas matinales.

Madison se levantó de la mesa durante unos minutos después del mediodía. Se metió en un bar y compró un panecillo con salmón ahumado y un café solo que se tomó sentada a una mesa junto a la ventana mientras miraba a la calle. Comió al tiempo que pensaba en los casos y sin apenas saborear la comida. Fuera seguía cayendo una lluvia fina y molesta sobre un intenso bullicio de tráfico urbano.

Echaba de menos la aportación y el ingenio de Brown, desde luego, pero, sobre todo, cuando más lo echaba en falta era a la hora de comer, cuando tan a menudo se sentaban en silencio mientras meditaban sobre Salinger y la sombra que había arrojado ese caso sobre la ciudad.

Madison, licenciada en Psicología, no necesitaba indagar demasiado en la mente de alguien que había perdido a su padre para saber por qué había conectado tanto con un colega respetable y bastante mayor que ella. Aun así, no sabía qué hacer con esa certeza: el ser consciente de cómo funciona la mente no cambiaba las consecuencias.

De vuelta en la sala de brigada, los equipos intercambiaron expedientes para que Madison y Kelly repasaran el caso Lee mientras Spencer y Dunne se ponían al día sobre el asesinato de Gray. Al cabo de un rato, Fynn se unió a ellos. Fue una reunión informal; Fynn se apoyó en la mesa de Brown y echó un vistazo al informe de la autopsia de Gray.

La llamada de Sorensen había modificado la percepción los hechos y las ideas previas de Madison, y parecía como si hubieran cambiado de lugar, como si se hubiera superpuesto un mapa a otro y la tierra firme estuviese todavía más lejos de donde creían. Las dos constantes hasta el momento eran un ataque deliberado y prolongado, y, aunque en circunstancias distintas, la muerte de la víctima. En resumen, tortura y asesinato.

—¿Tenemos un hilo cronológico? —preguntó Fynn al grupo en general y a nadie en

particular.

—Empezó en algún momento el jueves por la noche —dijo Spencer—. Tres, posiblemente cuatro intrusos irrumpieron en la casa de Warren Lee. Lo levantaron y lo ataron a la silla de la cocina con alambre para colgar cuadros. El informe del forense indica que utilizaron lo que vieron a mano (productos de limpieza, detergentes) para infligir al hombre un dolor considerable. Está enfermo del corazón y le da un ataque. Lo envuelven en una bolsa de basura negra y lo dejan atado a la silla junto a dos depósitos de agua en la esquina de la avenida 35 con Myrtle.

—¿Algún testigo?

—Ninguno en la casa de Lee. Lo que sí tenemos es un testigo que juraría que el cuerpo no estaba ahí a las 3:10 de la madrugada del viernes y el motociclista que llamó a las 6:52 de la mañana. Y, para ponérselo más fácil, la víctima tenía el carné de conducir pegado al pecho con cinta.

—Qué conveniente —comentó Fynn.

—Lo cual nos lleva al viernes por la mañana. —Madison continuó el relato—. Luego, treinta y seis horas después, el sábado por la tarde, la cámara de seguridad de la estación de autobuses nos muestra cómo Ronald Gray fue seguido a los servicios por dos hombres y que salieron todos juntos después. Un tercero estaba montando jaleo para distraer a los guardas de seguridad. Una patrulla nos llamó el domingo por la mañana justo antes de las 9:30. Habían encontrado a Gray en un almacén vacío. Le habían golpeado diecinueve veces con un objeto contundente —una pieza de madera que está en el laboratorio— y luego le dispararon dos veces en la cabeza con un calibre 22.

—¿Tenemos los proyectiles?

—Sí, están en Balística.

—¿Y los restos de pintura nos confirman que hablamos de los mismos hombres, que agredieron primero a Lee y luego a Gray?

—Eso parece —contestó Spencer.

—¿Qué hay de los familiares?

—Ambos solteros. Lee tiene una hermana en Tennessee con la que no se ha hablado en trece años.

—Gray no tenía parientes cercanos según los registros —dijo Madison.

—¿Tienen las víctimas algo en común que salte a primera vista? —preguntó Fynn—. ¿Conocidos, historial laboral, cualquier cosa?

—Si lo tienen, no es tan evidente, pero nos acabamos de enterar de la conexión hace poco —contestó Spencer.

—Días distintos, distinta causa de muerte, mismos asesinos.

—Sí y no —replicó Madison mientras miraba los informes de las autopsias y pensaba a toda velocidad—. Sí que hay algo en común. Durante los ataques, los asesinos utilizaron lo que fuera que hubiera en el escenario del crimen. Productos químicos para Lee y un palo de madera de un palé para Gray. Ambos ataques duraron entre tres cuartos de hora y una hora. Lee habría sobrevivido al ataque y Gray a la paliza, pero ambos murieron: uno de un infarto, el otro por dos heridas de bala en la cabeza.

Madison nunca había trabajado en un caso donde la tortura hubiese desempeñado un papel importante. Sucedió de vez en cuando, y los que investigaban tales casos los llevaban discretamente en algún lugar de su mente durante mucho tiempo y no hablaban de ellos en su casa.

—No querían asesinarlos —dijo finalmente.

—Creo que el señor Gray no estaría de acuerdo —intervino Kelly.

—Bueno, sí, querían matarlos, y Lee bien podría haber acabado tiroteado si no hubiese tenido problemas de corazón. Pero si el objetivo de la paliza era ser crueles e infligir dolor, ¿por qué disparar a Gray? Teniendo en cuenta las heridas, podrían haber seguido horas y horas. Simplemente decidieron no hacerlo. El motivo de la agresión no era necesariamente matar a la víctima.

—Estoy de acuerdo —añadió Spencer.

—Puede que sacaran de ellos lo que querían y eso fuera suficiente. —Kelly se desató el botón del cuello de la camisa bajo una corbata estampada de color verde.

—Y querían que la policía y todo el mundo supieran enseguida quién era la primera víctima —continuó Madison.

—Cada vez me gusta más este caso —dijo Dunne.

—¿Está Sorensen ahora en el laboratorio? —preguntó Fynn.

—Sí, lo está —contestó Spencer.

—Bien, porque después de tres días lo único que tenemos son «restos de pintura», y el reloj sigue en marcha. Además, no quiero comentar a la prensa que hay una conexión entre los asesinatos. Dejemos que los asesinos piensen que no lo sabemos. No tenemos todavía ningún móvil del crimen ni sospechosos —dijo Fynn irguiéndose—. No tenemos que esforzarnos demasiado para que parezca que andamos perdidos.

Nadie lo dijo, pero todos sabían que los medios se harían eco de la historia y que lanzarían el mismo titular: «No hay dos sin tres».

Madison tomaba notas sobre el historial laboral anterior de Gray, escaso y poco satisfactorio, cuando entró la llamada.

—Homicidios, Madison.

—Hola, quería hablar con el detective a cargo del caso de Ronald Gray.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarlo?

Madison tenía el auricular en el hueco del hombro mientras seguía tecleando.

—Llamo en nombre de su hermano.

Madison se quedó inmóvil un segundo antes de coger el auricular con la mano para hablar. Esperaba que no se tratase de una broma.

—El señor Gray no tenía ningún hermano que se sepa, señor. ¿Con quién hablo?

—Soy el doctor Eli Peterson del Instituto Walters.

La base de datos mental de Madison se abrió en la página correcta: los residentes del Instituto Walters tenían problemas psiquiátricos que iban desde moderados a graves y la mayoría de ellos vivían allí durante mucho tiempo y no contaban con salir. «La mayoría de ellos —pensó Madison—, para empezar, quizá no estaban del todo seguros de dónde se encontraban».

—Por favor, continúe. Nuestra información indica que Ronald Gray no tenía familiares cercanos.

—No eran hermanos de sangre, detective. Eran hermanos adoptados; crecieron juntos. Y su hermano es un residente del Instituto Walters.

—Siento su pérdida —dijo Madison—. ¿Lo sabe?

—Creo que sería mejor hablar de ello en persona. ¿Cree que se podrá acercar aquí hoy en algún momento?

—¿Conocía a Ronald Gray, doctor?

—Desde hace años.

—Allí estaremos.

El Instituto Walters, un edificio de ladrillo rojo de comienzos del siglo XX, estaba situado en el centro de un terreno privado, bordeado por altos abetos y por una verja igual de alta que rodeaba todo el perímetro. La verja de hierro estaba pintada de negro y se encontraba en buen estado, y a pesar de que se encontraban a años luz de la Penitenciaría del condado de King, Madison se fijó en que desde luego no se lo ponían fácil a nadie para marcharse sin autorización.

Dijo su nombre y el de Kelly por el interfono que había junto a la puerta principal y esperó. Dos cámaras tenían en pantalla su vehículo.

Alice Madison, de quince años, está sentada en el despacho de la psicóloga del colegio y mira a su alrededor. Algunos de los pósters de la pared han cambiado desde la última vez que estuvo allí, hace ya tres meses. Se va a perder la clase de Educación Física y preferiría que se dieran prisa, pero la mujer está leyendo su expediente y mira hacia arriba con una sonrisa de vez en cuando para luego volver a los papeles.

Cuando ya no hay más panfletos o pósters que examinar, Alice se centra en la mujer sentada al otro lado del escritorio, y, antes de darse cuenta de lo que está haciendo, la analiza como le había enseñado a hacerlo su padre. La mujer, de treinta y tantos, soltera —no tiene anillo, si es que eso significa algo—, con ropas más caras de lo que una psicóloga de colegio a tiempo parcial se podría permitir. Aunque no son enteramente nuevos; Alice se da cuenta de que el conjunto de cachemira granate está empezando a tener bolas y los zapatos de tacón se mantienen en buen estado, aunque el cuero esté ligeramente desgastado por el uso.

A la señorita Harley le gusta de verdad trabajar con adolescentes; muchos de los compañeros de clase de Alice se han confiado a ella y le han permitido ayudarlos con sus problemas, pero Alice no. Por alguna razón, la señorita Harley siempre se ha sentido un tanto incómoda con ella, y, por ello, ha intentado denodadamente caerle bien a la joven para que se abra a ella.

Alice aprecia el esfuerzo, pero se ha replegado en sí misma, lo que la mujer ha empezado a sentir como un fracaso profesional.

—Sacas muy buenas notas. —Harley esboza una de sus sonrisas.

—Están bien. —Alice se encoge de hombros.

—¿Querrás apuntarte a algún curso universitario alguna vez?

—Creo que sí.

—Bien, bien. —La señorita Harley cierra el expediente—. ¿Y qué tal va todo lo demás?

Alice se remueve en la silla. Corre con el equipo de atletismo y nada con el de natación; suele ir a comer hamburguesas y batidos con Rachel y un grupo de compañeros y de vez en cuando ha tenido alguna cita con un chico. Aun así, integrada como está en la vida en el instituto de secundaria Three Oaks, se siente como un bicho raro, como si no perteneciera a aquel lugar.

—Todo bien —contesta.

La magia de la señorita Harley puede que no funcione con Alice, lo que no significa que la mujer no detecte a una adolescente con problemas cuando está sentada delante de ella. Aunque tener problemas va siempre unido a ser adolescente.

—Mira, Alice, vas muy bien académicamente, y, por lo que sé, tienes muchos amigos y también participas en actividades extraescolares. Estupendo. —La señorita Harley no esboza ninguna sonrisa esta vez; mira fijamente a Alice con sus bonitos ojos castaños y ladea su cabeza—. A veces, ser inteligente no nos pone las cosas más fáciles. Tener quince años ya conlleva estar envuelta en toda clase de problemas que tienen que ver con el crecimiento, y tú eres una quinceañera muy inteligente que ha vivido situaciones bastante duras. Solo quiero que sepas que está bien sentirse... —La señorita Harley hace un gesto con la mano esperando que Alice termine la frase con cualquier palabra que le venga en ese momento a la mente, lo que sería seguramente más preciso que cualquier término que ella pueda sugerir.

Alice asiente, como si una gran verdad acabase de pasar entre ellas.

—Y yo estoy aquí —continúa la señorita Harley—, si quieres hablar de cualquier cosa, en cualquier momento.

Alice es consciente de que el expediente que hay sobre la mesa dice que su madre murió hace tres años y que vive con sus abuelos. Quizá esta bienintencionada mujer cree que es más fácil abrirse a alguien más cercano a su edad que a tus propios abuelos.

Alice se levanta y recoge la pesada mochila del suelo. Necesita llegar a la pista y empezar a calentar o le caerá una bronca del entrenador Lewis.

Durante mucho tiempo pensó que una psicóloga como la señorita Harley podría entenderla y descubrir la razón, cualquiera que fuese, que hacía que Alice se sintiera diferente, como un detector de metal detecta una pistola. Le llevó un tiempo, pero finalmente tuvo que admitir que la señorita Harley estaba tan en la sombra como ella, con una diferencia: no tenía nada que ver con tener quince años.

Llega a la pista de atletismo. Gracias a Dios lleva el chándal puesto. Suelta la mochila junto a las gradas y comienza un suave trote.

—Qué bien que has decidido acompañarnos, Madison —le grita el entrenador Lewis desde el otro lado de la pista—. Diez vueltas y un poquito más de marcha, ¿vale?

Alice levanta brevemente un brazo en señal de asentimiento. Tal vez todavía no esté inventado el aparato que se necesita para descubrir lo que le sucede. Puede que un psicólogo de verdad, mejor aún un psiquiatra que trabaje con lunáticos, podría verla y decir: «Sí, la chica tiene los cables cruzados, no hay necesidad de juntarla con los chiflados, pero mantengámosla vigilada por si acaso».

El dulce aroma primaveral es un bálsamo después de haber pasado todas esas horas encerrada dentro, y Alice aspira unas cuantas bocanadas de aire. Solo el tiempo lo dirá.

Las puertas se abrieron despacio y Madison pisó el acelerador. Mientras estas se cerraban tras ella, sintió a Kelly, incómodo, a su lado. Habían estado dentro de innumerables prisiones, pero una residencia para personas con problemas mentales era algo bien diferente, por muy agradable que pareciera con sus cuidados jardines.

—Estaría bien saber cómo podía Ronald Gray permitirse un sitio así —dijo Madison.

—Es más bonito que mi casa —contestó Kelly.

Ambos se habían olvidado de que no tenían que hablarse el uno al otro.

El cielo plateado resaltaba el verde oscuro de los abetos que salpicaban el suelo; la hiedra de Boston seguramente haría más atractivo el edificio de ladrillo rojo en otoño. Avanzaron por el sendero que serpenteaba por el césped y aparcaron en la zona para visitas que había en la fachada lateral del edificio; era lunes y estaba casi vacía.

Mientras Madison cerraba el coche, se fijó en una figura solitaria que miraba hacia fuera desde una de las ventanas de la última planta, con la vista clavada en la hilera de árboles. Por alguna razón, Madison se giró para mirar en esa dirección, pero allí no había nadie, tan solo una oscuridad creciente arremolinándose entre las ramas.

Kelly parecía preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Madison. Ya habían hablado aquel día, así que pensó que un par de palabras más no harían ningún mal.

Kelly se encogió de hombros bajo el abrigo.

—¿Has sentido alguna vez que si entras en un sitio de estos no te van a dejar salir?

No estaba siendo gracioso, sino sincero.

—Cada vez que entro —respondió ella sin dudarlo.

Él resopló.

—Algún día puede que ocurra.

El vestíbulo estaba bien iluminado y era agradable, más propio de un hotel rústico que de una clínica de donde los residentes no pueden marcharse.

El doctor Eli Peterson los estaba esperando. Era un hombre de casi cuarenta años, con asomo de canas en el pelo cobrizo y cinco centímetros más alto que Kelly. Su abuela habría dicho que era «un joven bien parecido». Las recepcionistas, se fijó Madison, lo miraban como si fuese un nuevo Mesías, aunque él no parecía darse cuenta. Desde la conversación telefónica con él, Madison se había imaginado a un hombre de más edad en una chaqueta de *tweed*; Eli Peterson llevaba vaqueros y una camisa blanca con corbata. Le estrechó la mano al presentarse.

—Vayamos a mi despacho. Allí se lo explicaré.

Tecleó un código y los guio tras una puerta y unos pasillos hasta una zona de despachos. El interior del Instituto Walters, al menos lo que podían ver, era tan agradable como el exterior, y Madison se preguntó si alguna de las personas que los habían saludado al pasar eran residentes de larga duración o médicos y enfermeras.

El despacho del director del Instituto resultó ser de igual tamaño que el resto: decorado de manera sencilla, con muebles antiguos y estanterías repletas de volúmenes. Había diplomas en la pared, pero ahí se acababa el ego de Peterson. Les hizo un gesto para invitarlos a tomar asiento, pero él se quedó de pie, junto a un amplio ventanal tras su escritorio; las vistas desde allí

alcanzaban la hilera de abetos.

Apenas había establecido contacto visual en su conversación mientras llegaban allí, y ahora parecía luchar con lo que fuese que le había motivado a coger el teléfono y llamarlos. Madison esperaba que Kelly le permitiera tomarse su tiempo y escuchó el ruido del cuero que hizo su compañero al cambiar de posición en su asiento.

—Vi por primera vez a Ronald Gray hace diez años—dijo Peterson de repente, como si ya estuvieran en medio de una conversación—. Eso fue cuando yo empecé a trabajar aquí; hace diez años: tres de asociado, cinco de subdirector y dos de director. Claro que, para entonces, Ronald Gray ya llevaba viniendo aquí durante años e inevitablemente nos llegamos a conocer en sus visitas.

—¿Cuando visitaba a su hermano de adopción? —preguntó Madison.

—Sí.

—Doctor Peterson, lo que nos ha comentado antes por teléfono...

—Hablé con Ronald el día que murió, el día que fue asesinado, y estaba aterrado.

—¿Qué le dijo?

Nadie, ni del trabajo ni sus vecinos, había hablado con Gray el día de su muerte.

—Dijo que iba a estar fuera un tiempo y que no vendría a visitar a Vincent. Es más, si alguien venía preguntando por él, debíamos tener mucho cuidado. Casi nos dijo que llamáramos a la policía, pero esa no es nuestra función aquí, no somos una cárcel, aunque es lo que quería decir. Dijo que debería mantener a Vincent dentro y tampoco debía dejarlo salir al jardín. Parecía agotado y paranoico.

—¿Era eso algo inusual?

—Mucho. Ronnie era un tipo callado, reservado. Le pregunté si quería venir y hablarlo. Dijo que no había tiempo y que yo debería cuidar de Vincent mientras él faltase.

—¿Le comentó por qué se tenía que marchar?

—No.

—¿Mencionó algún nombre, problema, alguien que los estuviera persiguiendo a él o a Vincent?

—No. Solo dijo que tenía que marcharse inmediatamente y que la transmisión de su coche se había estropeado.

Madison y Kelly intercambiaron una mirada; por eso había ido Gray a la estación de autobuses.

—Empecemos desde el principio. ¿Dice que Gray ha estado viniendo a este lugar desde antes de que usted empezara a trabajar aquí?

—Vincent Foley entró como paciente en los años 80. De hecho, es nuestro residente más antiguo.

—¿Qué...?

—¿... problema tiene?

—Sí.

—¿Está familiarizada con la Escala de Inteligencia de Adultos Wechsler?

—Sí. —Madison evitó hablar de su Licenciatura en Psicología y del hecho de que había estado semanas escribiendo sobre la Escala de Inteligencia de Wechsler, sobre el Test Breve de Inteligencia de Kaufman e incluso sobre la Prueba Kaufman de Desempeño Educativo. Mientras estudiaba, había realizado suficientes pruebas a adolescentes y adultos como para ver los diseños cuadrados incluso en sueños.

—A Vincent Foley, de cuarenta y ocho años, le hicieron pruebas de adolescente y cuando

era joven. Su cociente intelectual se fijó en 69, lo cual es inferior a la media. De hecho, se considera límite.

—¿Le hicieron aquí la prueba?

—No. —Peterson hizo un gesto de negación con la cabeza—. Para entonces ya no se le podía hacer ninguna prueba. No está aquí porque su cociente intelectual sea de 69, sino porque le ocurrió algo un día y su intelecto no tenía los recursos para afrontarlo y se bloqueó por completo. Nadie sabe lo que le ocurrió, y nunca ha sido capaz de hablar sobre ello. Había vivido siempre lo mejor que pudo, dadas las circunstancias, bajo los cuidados de Ronald, con cierto grado de independencia. Entonces, un día Ronald volvió del trabajo y se lo encontró en un estado catatónico. Consiguió salir de él, pero apenas hablaba, y, cuando lo hacía, no decía nada con sentido. Además, sufría ataques y pesadillas, y protagonizó algunos intentos de suicidio. Ronald no pudo seguir cuidando de él y lo trajo aquí.

A Madison se le cruzó una idea justo entonces.

—Doctor, está dejando de lado la confidencialidad médico-paciente.

Peterson se sentó en su escritorio.

—Vincent Foley no tiene a nadie más. Ahora es mi responsabilidad desde cualquier punto de vista. Y creí que Ronald se había vuelto paranoico. Quería que viniese para poder hablar con él...

Madison asintió. Se podía imaginar muy bien la conversación y al médico pensando para sí mismo que quizá Gray quisiese liberarse un poco y darse algún capricho.

—Trabajaba aquí de voluntario —continuó Peterson—. Visitaba a Vincent una vez por semana, y varios días al mes ayudaba con el archivo. Tenía su propia tarjeta de identificación de voluntario. —Cerró los ojos—. Cuando llamó y dijo que nadie debía ver a Vincent y que no lo dejase salir, pensé que estaba drogado o borracho.

—¿No había sucedido nunca?

—No. Nunca.

—¿Ha tenido Vincent Foley alguna otra visita aparte de Gray?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

—Luego vio usted las noticias...

—Sí.

Era irónico. Solo porque estuvieses paranoico no significaba que no te persiguiera nadie. Gray no estaba colocado, había dado en el clavo.

—¿Cómo podía permitirse un sitio así? —preguntó de pronto Kelly.

—Somos una organización sin ánimo de lucro. Todos estos pacientes están aquí bajo esa premisa.

—¿Por qué estaría Gray preocupado por el bienestar de Vincent Foley? —preguntó Madison.

—No lo sé. No tengo ni idea. Vincent vive dentro de su propio mundo y no tiene contacto con el exterior.

—Necesitamos hablar con él. ¿Le han contado lo de Gray?

—Todavía no. —Peterson arregló los papeles que tenía delante, un pequeño gesto de alivio personal—. Vincent no interacciona con facilidad con ninguna persona. Tiene fijaciones y compulsiones y vive cada segundo de su vida en un estado de profunda ansiedad. Pero sí reconocía a Gray y siempre estaba más tranquilo tras sus visitas.

—¿De qué tiene miedo Vincent?

Madison se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo: los espantos de Vincent Foley vivían dentro de aquellas paredes y no tenían alcance ni, por tanto, nada que ver con el mundo exterior.

—Del anochecer —contestó Peterson—. Le dan miedo la oscuridad y el final del día. Cree que alguien lo persigue y que vendrá de noche.

Era un hecho sencillo y claro: alguien le había hecho algo de noche en el pasado, así que alguien podía volver a hacérselo.

—¿Fue denunciada la agresión originaria? ¿Hubo algún expediente policial?

—No. Ronald me contó hace mucho que no podía hacerle hablar sobre el tema, tampoco hubo heridas. No habría sabido qué denunciar. Para cuando Vincent fue ingresado aquí, habían pasado meses desde el suceso. Probamos con la terapia conductual cognitiva, intentamos todo lo que se nos ocurrió, pero nada sirvió de ayuda. Vincent solía reponer estanterías en un supermercado; iba y volvía solo del trabajo. Habría sido un objetivo fácil.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre? —Madison sacó una copia de la foto del carné de conducir de Warren Lee.

—No.

—Se llama Warren Lee. ¿Lo mencionó Gray alguna vez?

—No. —Algo se removió e hizo clic en la mente de Peterson—. Es el hombre que encontraron hace días. —No dijo «el hombre de la silla», pero esas palabras quedaron implícitas de todas formas.

—Sí.

Las noticias habían divulgado suficientes detalles, suficientes hechos como para que incluso cualquiera que no estuviese especialmente interesado en la información sobre esa muerte violenta supiera lo que había ocurrido y cómo.

—¿Cómo murió Ronald? —preguntó finalmente.

Uno de los pocos aspectos positivos del caso de Gray había sido que el escenario del crimen había sido un almacén abandonado: su cuerpo no había sido fotografiado acurrucado en una esquina por paseantes con cámaras ni expuesto en la Red, y los detalles del caso no estaban todavía, al menos por el momento, al alcance del público.

Madison querría decirle que había muerto «rápidamente y sin dolor», porque Peterson parecía un hombre amable que ya se sentía suficientemente culpable por no haberse tomado los miedos de Gray en serio. Aun con todo, una mentira, era una mentira y en una investigación por un doble asesinato el peso de las palabras se medía en toneladas.

—Todavía estamos recogiendo datos —contestó.

—Entiendo —dijo Peterson con sinceridad.

—¿De qué color era? —preguntó Kelly.

Madison y Peterson se volvieron hacia él.

—¿De qué color era qué? —preguntó Peterson.

Madison cayó en la cuenta de repente y se lamentó de que no se le hubiese ocurrido a ella. O de que no se le hubiese ocurrido antes.

—Su identificación de voluntario. ¿Te refieres al color del identificador de plástico de voluntario que tenía Gray?

Kelly asintió.

Peterson sostuvo entre el pulgar y el índice la funda de plástico negro que colgaba de una cinta en su cuello. Contenía una tarjeta con una foto, su nombre y un código de barras, apenas

más grande que un carné de conducir.

—Era como esta.

Era un trozo de plástico negro, nada más que eso, pero Madison podía imaginarse a Ronald Gray a todo correr por su apartamento, cogiendo ropa y metiéndola en su pequeña maleta con ruedas. Habían registrado todo, cajones y armarios y el pequeño escritorio, y no había un solo objeto que los hubiese guiado hasta Vincent Foley. Ni siquiera habrían sabido de su existencia si Peterson no los llega a llamar, porque, mientras corría temiendo por su vida, Gray había buscado cada carta del Instituto, cada informe médico, cada trozo de papel y cada foto existente de los últimos años y los había convertido en cenizas, incluyendo su tarjeta de voluntario, ahora reducida a un montón fundido en el fondo de la cazuela que estaba en ese momento sobre una mesa en el laboratorio policial.

El cuerpo de Ronald Gray se encontró tal y como la vida lo había dejado: acobardado en un rincón de un edificio desolado. Aun así, su última acción había sido la de cuidar y proteger a otro ser humano.

—Si quieren conocer a Vincent, debo comprobar antes cómo se encuentra hoy. Todavía no lo he visto. Vuelvo enseguida.

Los dejó solos en su despacho. Kelly estiró las piernas, descansó la cabeza en el respaldo de la silla de cuero y se quedó mirando el techo. Madison se acercó a la ventana; más allá de los árboles y del lago Washington, Kirkland se estaría preparando para el anochecer.

Las oscuras nubes habían cedido por fin y caía agua a mares. La mirada de Madison siguió la hilera de árboles. «Este debe de ser el peor momento del día para Foley». Era posible que supiera algo: aquel hombre había vivido dentro de esos muros durante mucho tiempo, y la única cosa de la que con lógica podría tener conocimiento era precisamente lo que le había ocurrido justo antes de ser admitido en el centro. Tal vez se tratase de algo más que un simple ataque a una persona vulnerable. Aun así, los restos de pintura vinculaban a Gray con Lee, y la amenaza que había aterrorizado a Gray tanto como para hacerle salir huyendo también conectaba a Lee con Foley.

Se dio la vuelta; Kelly seguía mirando el techo sin ninguna intención de compartir sus pensamientos.

—Necesitamos un orden cronológico —dijo ella.

—Lo tenemos —contestó él sin siquiera mirarla—. El comienzo sigue siendo la irrupción en el domicilio de Lee.

—Si Foley está relacionado y lleva aquí tanto tiempo, todo comenzó mucho antes.

Cabía la posibilidad de que fuese la muerte de Lee lo que había espantado a Gray.

—Si Foley lleva aquí todo este tiempo —dijo Kelly—, y si no era demasiado listo, para empezar, después de toda la medicación que ha recibido, su cerebro debe de ser poco más que una simple masa, y conseguirás más hablando con una lámpara.

Madison quería no estar de acuerdo con él, pero, aunque planteado de manera tan cruda, Kelly tenía cierta razón.

—Puede que sí —dijo ella—. De todas formas, Gray está muerto, y hay muchas posibilidades de que Foley esté también en peligro.

—Ahora mismo, estará muy mono y calentito en su camisa de fuerza. Yo no me preocuparía por él.

—¿De qué te preocuparías?

Kelly no tuvo ocasión de responder.

—Vincent se encuentra bien; no es su mejor día, pero tampoco es de los peores —dijo

Peterson, de pie en el umbral—. Si quieren conocerlo, tengo que pedirles que no digan nada sobre la muerte de Ronald o nada que lo pueda alterar.

Madison esperaba que el médico no hubiese escuchado los anteriores comentarios de Kelly.

—No estamos seguros de cuánto entiende exactamente o cuánto puede procesar su cerebro. Vincent entiende el miedo y el dolor. Es todo lo que necesitan saber.

Los ojos de Peterson midieron a Kelly y lo encontraron desagradable, y entonces Madison supo con seguridad que lo había escuchado.

Kelly se levantó.

—Y tienen que entregar sus armas —dijo Peterson al darse la vuelta.

Madison ató la presilla de la funda. Estaba muy acostumbrada a su peso. La colocó en un casillero y giró la pequeña llave en la cerradura. La habitación de visitas tenía filas de cubículos; la mayoría de ellos estaba vacía, con las puertas abiertas. Kelly hacía lo mismo que ella.

—Doctor, ¿cuándo fue la última visita de Gray? ¿La última vez que lo vio? —preguntó Madison mientras Peterson los conducía por el pasillo.

—Lo vi hará un par de semanas, pero no sé si esa fue la última vez que estuvo aquí. Tendré que comprobarlo.

—¿Recuerda algo atípico en aquella visita?

—No, lo siento. Puede que intercambiáramos alguna palabra, pero no puedo recordar nada extraño o distinto sobre ese día. Lo estuve pensando cuando oí la noticia.

—¿Cuántos pacientes a tiempo completo tienen aquí?

—Treinta y nueve.

El médico sacó la tarjeta de la funda y la pasó por una ranura situada en el lateral de las puertas del ascensor.

—Sin una de estas no se puede ir a ningún lado —afirmó.

—¿Cómo entran las visitas?

—Las conduce aquí un enfermero o algún ayudante.

—¿A todos? —preguntó Kelly.

—A todos. Las visitas deben llamar antes de venir, porque el paciente puede que no se encuentre lo suficientemente bien ese día.

Las puertas del ascensor se cerraron y un ligero movimiento les confirmó que estaban moviéndose. Madison sintió una pequeña descarga de adrenalina.

—¿Con qué tipo de seguridad cuentan? —preguntó ella.

—Un par de personas controlan los alrededores, otro par cerca de la recepción y la salida. No necesitamos guardias. Nuestros médicos, enfermeros y asistentes son más que capaces de lidiar con cualquier tipo de incidente.

Madison no estaba pensando en que alguien quisiera escaparse; pensaba en alguien que quisiera entrar y en lo fácil que resultaría llegar hasta la planta donde dormía Vincent.

—¿Qué clase de medicación toma? —preguntó ella. «¿Estará también demasiado atontado si alguien viene a por él? Aunque tampoco estar alerta había ayudado a Warren Lee o Ronald Gray».

—Sertraline. Ayuda con los ataques del Síndrome de Estrés Postraumático. El problema es que no hay suficientes estudios sobre el SEPT en discapacitados.

Kelly estaba muy tieso de pie con la espalda recostada contra la pared del ascensor. Madison pensó en ese momento que a él no podían importarle menos los estudios de SEPT en

discapacitados; lo único que deseaba era estar en otro lugar, fuera de ese edificio, lejos del ligero aroma a desinfectante de hospital que parecía envolverlo todo de forma asfixiante a su alrededor. Madison se alegraba de que no fuese cloroformo.

Salieron a un rellano sin ventana con otra puerta de seguridad y su correspondiente lector de tarjetas. Madison tomó nota de cada medida de seguridad. Una pequeña cámara sujeta en lo alto por una horquilla los siguió mientras avanzaban.

—Por aquí —dijo Peterson—. Vincent está en la sala de día.

A ambos lados del pasillo, largo y luminoso, se situaban las habitaciones de los pacientes. La mayoría de las puertas estaban abiertas, aunque Madison ni siquiera intentó mirar dentro. Solo saludaron a unos pocos médicos y enfermeras que se encontraban trabajando.

Llegaron al final del pasillo donde un enfermero con uniforme azul estaba situado junto a la puerta de la sala de día, vigilando a su único ocupante.

—Gracias, Thomas —dijo Peterson—. Ya me encargo yo.

Vincent Foley no se inmutó mientras se acercaban a él. Parecía enmarcado en el amplio ventanal y miraba hacia fuera. Regueros de lluvia surcaban el grueso cristal y lo que hubiera más allá era invisible debido a la luz del interior.

—Vincent —dijo Peterson en tono suave.

Vincent Foley se dio la vuelta.

En un esfuerzo sobrehumano por no reaccionar, Madison consiguió no soltar ningún suspiro ni variar la expresión de su rostro. El hombre que tenía delante, extremadamente pálido y tan ligero como un niño, no aparentaba más de veinte años. Tenía sombras moradas bajo los ojos que delataban sus noches sin dormir y su pelo corto y suave sobresalía en mechones pajizos salpicados de alguna cana, única señal de los cuarenta y ocho años que tenía Vincent Foley. Madison pensó que no se podría defender si un niño de primaria lo atacase.

—Hola, Vincent —dijo ella.

Los ojos de Vincent eran grandes, de un azul impactante. Se posaron en Madison por primera vez y ella se dio cuenta de que, aunque parecía estar quieto, de hecho sufría un constante fluir de pequeños espasmos que le recorrían todo el cuerpo. Pestañeó dos veces.

—Alguien se acerca —dijo.

Un largo escalofrío recorrió la espalda de Madison. La voz de él, aflautada y frágil, iba tan acorde con el resto de su persona que sintió que Kelly retrocedía un poco.

—Alguien se acerca. Se hace de noche —murmuró Vincent—. Deberíamos marcharnos, no debemos quedarnos aquí. —Los temblores empeoraron.

—No pasa nada, Vincent —replicó Peterson con el tono de voz de un padre atento hacia un niño asustado—. No tienes nada que temer. Aquí estás a salvo.

—No, no estoy a salvo. Nadie está a salvo.

Madison se sobrepuso a su primera impresión y lo analizó objetivamente, como la única prueba viva de su investigación que era. ¿Cómo demonios iban a entablar ningún tipo de conversación con él?

—¿Por qué no estamos a salvo? —preguntó Madison, consciente de que el doctor podía terminar esa pequeña reunión en cuanto quisiera.

Vincent se volvió hacia Peterson en busca de apoyo.

—Adelante —le dijo el médico.

Vincent hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No estamos a salvo cuando oscurece. No es nada personal, solo son negocios.

—¿Qué es lo que no es personal? —preguntó Madison con el mismo tono de voz de

Peterson y aliviada de que Kelly se hubiese quedado rezagado, mientras sentía su imponente figura como una roca tras ella.

Despacio, Vincent alargó la mano derecha entre ellos y luego levantó la izquierda, con cuyo dedo índice comenzó a recorrer los tendones visibles en tensión de la derecha, una y otra vez. Sus delicadas manos parecían suaves, y estaban muy limpias, a excepción de unos restos de suciedad que se habían quedado bajo las uñas.

—¿Qué significa eso, Vincent?

Pero Vincent se había vuelto hacia la ventana.

—¿Vincent?

No se movió.

Peterson hizo un gesto con la cabeza y abandonaron la estancia. El enfermero esperaba en el pasillo.

—Todo tuyo —le dijo Peterson.

Madison no daba crédito a que fuesen sus pies los que seguían al doctor por el pasillo. Sentía como si parte de ella se hubiese quedado en la sala de día.

—Aquí es —dijo Peterson—. Esta es su habitación.

—¿Pero qué...?

Cada centímetro de las paredes blancas estaba recubierto de unas serpenteantes líneas que, dibujadas en lápiz gris, rodeaban la cama por completo y recorrían el contorno de la cómoda, hasta donde había podido alcanzar el brazo de Vincent.

—¿Puedo...?

—Sí, puede entrar. Yo acompañaré a Thomas para convencerlo de que es hora de prepararse para dormir.

Madison entró en la habitación e intentó descubrir un patrón en el caos de aquella maraña de líneas que se entrelazaban y se enredaban para luego separarse. Esto era lo que él veía cada noche cuando cerraba los ojos y lo primero que veía al despertarse.

Si Madison había esperado contra toda esperanza que fuese posible sacar algo de información de Vincent Foley, el estar allí de pie rodeada de esa evidente locura puso fin a ese anhelo rápidamente.

—Es una de sus compulsiones —comentó el doctor—. Al principio, intentamos detenerlo, pero eso empeoraba sus ataques. El trazo que realiza con las manos es otro de sus gestos habituales.

—Lo que dijo...

—Lo repite todos los días, detective, cada vez que se pone el sol. Para él, no hay ningún lugar que sea seguro.

Corrieron hasta el coche y llegaron con los hombros mojados. Madison encendió la calefacción y puso los limpiaparabrisas mientras encendía el motor. Ante ellos surgió el Instituto Walters, ahora menos acogedor bajo la lluvia que iluminaba los faros. En la sala de visitas se habían abrochado las fundas de las armas sin cruzar una palabra.

—No me cuentes que no te ha puesto los pelos de punta —dijo finalmente Kelly mientras se ajustaba el cinturón—. Digas lo que digas, no finjas que no te ha asustado.

—No sé cómo me ha afectado —contestó Madison—. Hay algo en él que es inquietante y...

—Parece un niño. Tiene mi edad y aparenta poco menos que un muchacho. Las luces están encendidas, pero no hay nadie dentro de casa. Es un bicho raro, y, francamente, no nos sirve de

ayuda en la investigación.

Kelly estaba enfadado porque Vincent Foley había conseguido desasosegarlo, y eso era inusual, así que Madison dejó que se desahogara. Vincent no era raro, sino más bien inquietante, como algún vestigio de un cuento de los hermanos Grimm que no quería volver al libro del que había salido.

—¿Corre peligro? —había preguntado Peterson.

—No lo sé —había contestado Madison, porque no quería mentirle de ninguna manera.

Una vez en la comisaría, Madison sacó los expedientes relevantes y se enteró de que Ronald Gray y Vincent Foley habían sido adoptados cuando tenían doce y trece años, respectivamente, por la misma familia, Mark y Vivienne Bell, que habían acogido a chavales durante cuatro décadas en el condado de King. Apenas podía imaginarse cómo habría sido Vincent de pequeño y con qué poca amabilidad lo habrían tratado otros niños en el colegio. Quizá Ronald había sido su protector por aquel entonces. Ninguno de los dos tenía ficha policial ni ningún problema con la ley. Habían acabado siendo adoptados por causas diversas, aunque similares, y no se tenían más que el uno al otro.

Madison se preguntó cómo habría sido Vincent antes de aquel día, de aquel momento en el que la realidad había dejado de tener sentido y su mente se había quebrado, y si la bruma de miedo y daño que lo envolvía como un sudario era consecuencia de lo que le pasó o si siempre había sido así.

Tenía la mano cerca del teléfono; Brown debía tomar la iniciativa de ir con ella al campo de tiro, y llamarlo con la excusa de hablar con él del caso solo parecería eso, una excusa. Aunque de verdad le apeteciera hablar de ello con él más que con ninguna otra persona.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Era Sorensen.

—Tengo más regalitos para ti. Estarán en el informe, pero quería darte un adelanto.

—Aquí siempre nos alegramos de las buenas noticias—contestó Madison.

—Bien, estas seguro que te gustan. Hemos conseguido una huella del almacén. Estaba cerca del cadáver. Una bota de trabajo, número 41. También una pequeña cantidad de detergente en polvo que coincide con el encontrado en el suelo de la cocina de Warren Lee. Y también tenemos fibras de lo que parece la tapicería de un coche, suficientes como para identificar un vehículo, si es que encontráis alguno...

—Haré todo lo que pueda.

—En serio, el almacén estaba muy polvoriento, muy sucio y lleno de lo que probablemente serán pistas inútiles; sin embargo, me han dicho que Lauren y Joyce han dado en el clavo en los servicios de la estación de autobuses.

—Espero que encontraran algo que mereciera la pena en ese infierno.

—Otra huella, de la misma bota que antes.

—Genial.

—Y una huella de mano borrosa.

—No me tomes el pelo, Sorensen.

—¿Alguna vez lo hago?

—¿Una huella... de los dedos de una mano?

—Sí. De la palma y de los dedos. Estaba en la parte baja de las baldosas de la pared, a unos treinta centímetros del suelo. Alguien intentó borrarla, pero puede que encontremos suficientes puntos de coincidencia. No tengo ni idea de por qué se encontró ahí, y puede que no tenga

relación con el caso. A juzgar por la cantidad de suciedad que había alrededor, parecía bastante reciente.

—Se intercambiaron los abrigos.

—¿Cómo dices?

—Los dos individuos que entraron en el baño tras Gray y lo atraparon. Uno de ellos se cambió el abrigo con él. Probablemente se quitó los guantes para ponérselo a Gray.

—Era un baño bastante pequeño.

—Y que lo digas. Es fácil perder el equilibrio y tener que apoyar la mano en las baldosas para recuperarlo. El tipo se dio cuenta de lo que había hecho y trató de borrar la huella. ¿La estáis contrastando?

—Sí, con todas las bases de datos habidas y por haber. Pero no te hagas muchas ilusiones, todavía no estamos seguros de que sea relevante.

—Dado lo que llevo conseguido hasta el momento, me sirve hasta el último grano de polvo de detergente que tengas.

Madison puso al corriente a Fynn y a Spencer de los acontecimientos del día y luego apagó la lámpara de mesa de su escritorio. Quería ir a correr a Alki Beach. Después de aquel día que había traído consigo más preguntas que respuestas, anhelaba el simple y directo placer de notar sus pies golpeando la arena mientras se liberaba de todas las tensiones. El bosque podía regresar sin invitación, y con él, el olor a sangre, pero podía lidiar con eso, el correr la ayudaría a liberarse de ellos.

No obstante, una vez dentro de su coche, con la lluvia todavía cayendo con fuerza sobre el parabrisas, Madison decidió irse a casa, cocinar, comer y meditar sobre el caso. Quizá no debiera pensar en ello demasiado o, tal vez, nada en absoluto. La presencia de Vincent Foley era como un aroma amargo en su coche frío y húmedo. «Alguien se acerca».

Vincent Foley, de veintitrés años, se encontraba junto a la puerta del dormitorio de Ronald Gray. Estaba callado, pero era evidente que sufría. Ronald lo ignoró; pensaba en lo que venía después, y no deseaba saber nada de ello.

—No quiero ir —dijo Vincent.

«Dios bendito, su voz puede ser tan molesta...». Ronald siguió vistiéndose, abrochándose la camisa de algodón que se empaparía de sudor en cuanto pusiera un pie fuera.

—No quiero.

Ronald se sentó en la cama para atarse los zapatos.

—No...

—Se trata de trabajo, Vin —dijo Ronald—. Iremos a trabajar, ¿de acuerdo?

—Lo sé, pero no me gusta.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

Vincent se apoyó sobre el marco de la puerta; con veintitrés años, apenas aparentaba catorce. «Podría pasar tranquilamente por un chico de catorce años», pensó Ronald.

—No me gusta él —susurró Vincent finalmente.

Ronald levantó la vista. Deseaba poder decirle algo que le hiciera sentirse mejor. Desde que lo conocía, a Vincent siempre le había asustado todo. Parecía tener una conexión divina con el terror cada dichoso día y, gracias a la experiencia, Ronald sabía que había muy poco que se pudiera hacer para ayudarlo. No obstante, había alguna cosa que funcionaba.

—¿Qué tal si vamos a tomarnos un helado esta noche? ¿Te gustaría?

Vincent se encogió de hombros con apenas una leve sonrisa.

John Cameron había medido su celda en la Penitenciaría del condado de King de todas las formas posibles: cuántos pasos le permitían ir en cada dirección, cuánto ruido a su alrededor le llegaría si quisiera bloquearlo, cuánto de sí mismo quedaría dentro de esas paredes si, de vez en cuando, quisiera marcharse de allí. La respuesta era no mucho: si quisiera salir, podría hacerlo cuando deseara. Su cuerpo, dormido de forma ostensible, yacía completamente quieto sobre el camastro y, no obstante, estaba sentado en un cómodo sillón de cuero, observando los destellos de los faros de los coches que conducían por el Viaducto del Camino de Alaska en la lejanía. Eran las vistas que había desde su casa. y ahí había tenido sus mejores ideas, casi siempre de noche, siempre a solas.

La quemazón del hombro derecho no era más que un pequeño inconveniente. El dolor había sido agudo; los calmantes se habían ocupado de eso rápidamente, y lo que quedaba era la sensación de que la calidad del tiempo que le quedaba ahí no dependería del sistema judicial del estado de Washington ni de él mismo. A pesar de todo lo que estaba haciendo Nathan por sacarlo de allí, había mucho que estaba fuera de su alcance. Cameron había seguido las normas de la prisión hasta el momento; lo que podía ocurrir si algún otro se acercaba a él con otro de esos pequeños viales no lo podía saber. Se defendería, y eso supondría un cambio y el punto final a cualquier posibilidad de libertad bajo fianza y a cualquier negociación de cargos.

Mientras permanecía en su celda estaba a salvo, al igual que los demás.

Bajo sus pálidos párpados siguió el rastro de los destellos de luz y los transbordadores se iluminaron a su paso por la bahía de Elliot. Desde que Madison le comunicó lo del cuerpo de David, había pasado más tiempo en 1985 que en la actualidad. Era muy joven cuando se había topado con Timothy Gilman. Se preguntaba qué le habría contado si se lo hubiese encontrada hoy en día. Todo, pensó Cameron. Se lo habría contado todo sobre el secuestro, quién le había pagado y por qué. Era quizá su único arrepentimiento; el haber sido demasiado joven y demasiado inexperto y haber hecho lo que había hecho: dejar que Gilman muriese sin haberle sacado toda la verdad.

Aquel día, el 4 de julio de 1985, fue la última vez que habían estado todos juntos en el mismo sitio. Era reconfortante volver a ese día, y lo tenía grabado a fuego en su piel.

Un John Cameron de doce años corrió a lo largo del trampolín y saltó con las rodillas pegadas al pecho y gritando bien alto de puro placer. Sentía la presión en sus oídos mientras nadaba hasta el fondo y luego miraba hacia arriba: los bordes de piedra de la piscina aparecían desdibujados, al igual que la gente que había cerca. Intentó quedarse tumbado sobre el fondo. Aunque difícil, lo consiguió, y, durante un breve instante, parecía que solo había cielo por encima de él.

Tras unos momentos, cuando sus pulmones comenzaron a arderle, siguió el rastro de las burbujas de aire hacia arriba. La superficie del agua estaba llena de luz y Cameron se apartó el pelo de los ojos. Le encantaba la finca de los Locke. Simplemente le *encantaba*: hectáreas y hectáreas de bosque para explorar por donde sus padres les permitían vagar libremente a su antojo. Su padre le había contado que Conrad Locke había comenzado desde cero y se había

casado por el dinero de la familia —algo que John no entendió entonces— y conocía a todo el mundo, desde el sheriff local al gobernador. Pero lo importante para John era que se iban a secar y a dar un paseo y que deseaba que Bobby Locke se quedara en la piscina, porque sería de mala educación por parte de los tres mandarlo a paseo en su propia casa.

John se tumbó en la mecedora y cerró los ojos. Cerca de allí, escuchó la voz de Nathan llamando a David.

Se escaparon de la zona de la piscina tan pronto como pudieron. El pelo de John se secaba formando mechones en punta y las bermudas de Jimmy estaban húmedas todavía sobre su bañador. Le soltaron un par de bromas sobre sus pantalones mojados, más por ser lo que se esperaba de ellos que por reírse de él, y se dirigieron hacia el denso bosque que había tras la casa.

—No es una casa —había dicho Bobby Locke en ese tono que explicaba por qué nadie lo soportaba—, es una finca.

A lo cual, John, David y Jimmy contestaron poniendo los ojos en blanco. Ahora, Bobby estaba dentro de la casa con sus primos, ocupado en un videojuego.

—Está en la *finca* —había dicho David, y se habían reído como locos sin saber muy bien por qué.

—Vosotros tres, pequeños diablos, ¿de qué os estáis riendo? —les había preguntado Nathan. David se lo contó.

John pensaba que Nathan no estaba mal para tratarse de un chico mayor; raro, pero majo. Se acordaba de él en su época del instituto y de pronto se había convertido en un adulto con barba y un trabajo de verano en la otra punta del país. Además, David era el único que tenía un hermano, y eso convertía a Nathan en un chico aceptable, más que aceptable, de hecho. En opinión de John, siete años era una buena diferencia de edad; lo suficientemente lejana como para no competir por los mismos juguetes, pero no tanto como para no poder unirse a él si hacía algo interesante. Habían ido juntos a ver a los Sonics y a pescar. En el último año, sin embargo, apenas lo habían visto, y, de todas formas, ya eran lo suficientemente mayores para ir a pescar al lago Jackson ellos solos.

La tierra que pisaban estaba dura y polvorienta bajo el calor del mes de julio. Deambularon un rato sin pensar demasiado bajo la escasa sombra de los abetos. Jimmy tenía una navaja con la que afilaba un palo, David apuntaba con su cámara nueva a todo lo que se movía y John recogía guijarros del camino y los lanzaba a los helechos. No necesitaban hablar, y cuando Jimmy rompió el silencio, los demás se detuvieron y se dieron la vuelta.

—Escuché algo el otro día —dijo—. No creo que mi padre quisiera que yo lo oyera.

Aquel comienzo, mejor que cualquier otro, captó de inmediato la atención de todos.

—Estaba al teléfono, no sé con quién hablaba, puede que con tu padre —señaló a John—, o con el tuyo —dijo, mirando a David.

—¿Qué decía? —preguntó David.

Jimmy miró alrededor y bajó la voz.

—Dijo: «Cogeré mi bate y destrozaré personalmente su futuro si vuelven alguna vez a The Rock».

David y John se miraron; aquellas eran palabras serias para el padre de Jimmy, el hombre más amable y tranquilo que hubiesen conocido nunca.

—¿A quién se refería? —preguntó John.

—No lo sé. Creo que oyó que yo estaba detrás de la puerta y cambió de tema.

—¿Su «bate»? —dijo David.

Jimmy asintió.

—¿Y no estaba de broma? ¿No estaría, ya sabes...?

—De ninguna forma. Hablaba completamente en serio.

The Rock, el restaurante propiedad de sus padres, había formado parte de su vida desde que los chicos tenían memoria.

—¿Ha ocurrido algo en el restaurante? —David miró a John, quien se encogió de hombros.

—No creo —dijo—. No he oído nada.

—¿Y estás seguro de que hablaba en serio? —preguntó David a Jimmy.

—Totalmente. Parecía realmente enfadado. —Lo que Jimmy no quería contarles es que su padre también sonaba un poco asustado y que, sobre todo, *eso* lo había asustado a él, aunque tampoco podía contárselo.

Se quedaron pensativos durante un instante. Tres chicos con sus camisetas pegadas a la espalda intentando dilucidar si verían algún tipo de violencia real, adulta y verdadera. Jimmy hacía dibujos con el palo en la tierra. Lo que sabían sin lugar a dudas era que todo lo relativo a The Rock les concernía a todos ellos.

Siguieron caminando, porque moverse era mejor que quedarse quietos mientras sentían el calor, más agobiante que antes. El terreno se elevaba y descendía y normalmente habría sido uno de los placeres del día el perderse en los socavones y zanjales y fingir que estaban solos en una tierra salvaje y desconocida. El humor de aquel día, en cambio, había pasado a ser de callada preocupación: conocían lo suficiente las disputas de los chavales de instituto, la mayoría resueltas con insultos, y la pelea ocasional a la hora de la comida. Pero esto, oír a uno de sus padres hablar de hacer daño a alguien con un bate de béisbol, era tierra desconocida para ellos.

—Propongo que mantengamos los ojos y los oídos bien abiertos para ver qué ocurre. —Solo David podía conseguir que lo único que podían hacer sonara como un plan convincente. Con todo, el tener un plan en marcha consiguió que todos se sintiesen mejor.

Los reclusos del pabellón D de la Penitenciaría del condado de King entonaban por todo lo alto su particular cántico de llamada y respuesta mientras el guardia les gritaba que se calmasen y se callasen. En su celda, John Cameron respiraba el aire cálido de julio y sentía el calor del sol en sus mejillas.

El doctor Eli Peterson había dormido mal, y el trayecto al Instituto contribuyó poco a mejorar su ánimo. La lluvia del día anterior se había convertido en una fina llovizna tan persistente como una bruma que apagaba los colores, los verdes en especial. A través de la ventanilla del conductor, la hierba parecía de un gris descolorido y mortecino, y por un momento se preguntó si no era ese exactamente el resultado de la mayoría de las medicinas que sus pacientes tomaban. ¿Estaría viendo él lo que veían ellos todos los días?

Aparcó y caminó hacia la entrada principal sin molestarse en sacar el paraguas. La recepcionista le dio el correo, sus mensajes, y le dedicó una sonrisa que habría dejado en coma a un diabético. Él ni se dio cuenta —nunca lo hacía—, pero a ella eso no la frenaba.

Estaba a punto de pasar su tarjeta electrónica cuando recogió del suelo y desdobló un papelito cuadrado y amarillo que contenía la caligrafía picuda del subdirector. Lo leyó una vez, luego lo volvió a leer. Se las ingenió como pudo para deslizar la tarjeta, empujó la puerta y se apresuró hacia su despacho sin dejar caer nada. Vació apresuradamente todo lo que llevaba encima sobre el sillón que había frente a su escritorio y rebuscó en los bolsillos hasta encontrar lo que buscaba: un llavero con tres pequeñas llaves de plata.

Una de ellas encajaba en la cerradura del último cajón, y lo abrió. Cogió una llave suelta que descansaba en una carpeta de plástico y volvió a cerrar el cajón.

Al fondo del pasillo había una habitación sin ventanas con una cómoda alta que había sido equipada con treinta y nueve cajones, uno por cada paciente. El trozo de papel amarillo le informaba a Eli Peterson de que la última vez que Ronald Gray estuvo de visita, el jueves anterior, este había dejado algo en la caja de Vincent, una caja que había permanecido vacía durante veinte años. Peterson maniobró torpemente con su llave hasta que consiguió abrirla.

El día libre de Madison había comenzado con una llamada de Carl Doyle, según venía siendo costumbre. Se sentó a la mesa de la sala de estar mientras contemplaba el agua. La vista era borrosa, y ella misma se sentía un poco de esa manera, quizá otro mal sueño, no estaba segura.

—¿Cómo está? —le preguntó a Doyle mientras daba un sorbo a un café muy cargado. Se refería, naturalmente a Quinn.

—Callado —contestó Doyle—. Ha estado muy callado desde el miércoles pasado.

«Desde la noche del llamamiento», pensó Madison.

—No es que sea especialmente hablador en sus mejores momentos —continuó él.

«Y estos no son precisamente los mejores momentos», pensó Madison.

—Todo sigue su curso: los análisis son buenos, lo que le queda de bazo funciona para compensar lo perdido. Se empieza a inquietar. ¿Va a visitar a Cameron hoy?

Madison se había hecho esa pregunta desde que se despertó. No lo había visto desde el ataque en su paseo. Por un lado quería comprobar cómo estaba, por otro deseaba ignorarlo después de su desplante en la última visita. Tenía que elegir entre su ansiedad y su orgullo.

—No lo sé, Carl.

—Está bien. ¿Hay noticias sobre David Quinn?

—Todavía no hemos conseguido que lo analice un antropólogo forense. ¿Sabes cuántos hay en Estados Unidos? Quiero decir, ¿cuántos acreditados por la Junta Americana de Antropólogos Forenses?

—Unos pocos cientos, supongo.

—Noventa y dos. Lo he comprobado.

—¿Noventa y dos?

—Sí, y el caso de David Quinn es de baja prioridad ahora mismo. —Madison pensó en el pequeño agujero y en los hombres que habían dejado allí el cuerpo de un niño.

Habían transcurrido seis días desde la oferta televisiva de Quinn, y todavía no había hablado con él.

—Hágame saber si decide ir —dijo Doyle.

—Lo haré. Nada más apropiado para mi día libre como el café de una prisión y una charla con el subalcaide Thomas.

—Me alegro de que le vaya de cine, detective.

Cuando colgaron, Madison, todavía en pijama y zapatillas, avanzó hasta las puertas francesas, apoyó la frente contra el frío cristal y cerró los ojos. Bien podía admitirlo: se sentía ansiosa y también malhumorada. «Pues que así sea. ¿A quién le importa, al fin y al cabo?». El hombre había sido atacado con lejía. Tenía que verlo. Se disponía a llamar al centro para reservar su visita cuando empezó a sonar su móvil.

—Madison.

—Detective, soy Eli Peterson, del Instituto Walters.

Desde que finalizó la conversación, le llevó a Madison diecinueve minutos salir de casa, incluyendo la ducha, otro sorbo de café y sacar el arma de repuesto de la caja fuerte. No quería llamar a Fynn hasta que supiera qué se traían entre manos exactamente.

El trayecto le pareció tortuosamente lento, y no fue hasta que entró por la verja cuando se dio cuenta de que ni siquiera se le había ocurrido llamar a Kelly.

Le dejó al médico un mensaje escueto y claro: «Sea lo que sea, no lo toque hasta que yo llegue allí».

Una vez más, Peterson la esperaba junto al mostrador de recepción.

—Está en mi despacho —le comentó.

No se molestó en charlas irrelevantes de camino allí, y ella se lo agradeció.

—¿Me puede decir algo sobre esas cajas? —le preguntó Madison.

Él habló mientras avanzaban por el pasillo:

—Cada paciente tiene una. Si alguien posee objetos valiosos, no los puede guardar en su habitación por razones de seguridad...

—Un collar, una cadena, un broche..., ¿ese tipo de cosas?

—Exactamente. Se guardan en la caja, y los pacientes pueden disponer de sus cosas cuando lo deseen. Les supone un alivio saber que sus cosas están aquí.

—Y a usted le facilita la vida saber que no las van a utilizar para hacerse daño.

—Es un equilibrio entre el bienestar emocional de una persona y el cuidado de su integridad física.

—¿Y qué hay de la caja de Vincent?

—Siempre ha estado vacía. Eso es, hasta el jueves pasado. Ronald pidió a mi ayudante que dejara algo en la caja porque era algo que había pertenecido a su madre adoptiva y tenía un

significado especial para Vincent.

—¿Esas fueron sus palabras exactas?

Peterson le dio la nota. La puerta de su despacho estaba abierta y Madison vio el bulto envuelto en un trozo de seda azul que había sobre el escritorio de Peterson.

—Mire —dijo él—. Puede que la haya hecho venir por nada. Tal vez no sea más que...

Pero Madison ya había cruzado el despacho, casi olvidándose de que él estaba allí, y ya se encontraba tras el escritorio del médico. Movi6 la lámpara de mesa y dirigió el cono de luz directamente sobre el bulto oblongo que descansaba sobre lo que parecía una bufanda corriente. Sacó un par de guantes de látex del bolsillo de sus vaqueros y se los puso.

Parecía una cajita pequeña. Madison la cogió intentando apreciar su peso y sus contornos con las manos.

Resultó ser un volumen de ocho centímetros de grosor con páginas amarillentas. Madison se quedó mirándolo.

—Es una Biblia.

—Lo siento —contestó Peterson—. Pensé que podía tratarse de algo relacionado con el caso.

Madison cogió el recorte amarillo de papel que había dejado antes sobre el escritorio.

—Su ayudante escribió que Ronald le dio esto para que lo guardase para Vincent —dijo ella—, porque había pertenecido a su madre adoptiva.

—Sí.

Madison abrió el volumen por la primera página.

—Es una Biblia del Rey Jaime.

Pasó las páginas con cuidado observando una cara primero, después la otra. Iba por la mitad del libro del *Génesis* cuando Peterson empezó a hablar:

—Detective...

Madison levantó la vista.

—Mark y Vivienne Bell eran judíos. Los padres adoptivos de Ronald Gray y Vincent Foley eran judíos. Esto —dijo Madison, levantando el libro— es una Biblia. Cualquiera que fuese el motivo por el que la tenía Ronald Gray, dudo mucho que fuera una herencia familiar. Me gustaría hablar con su ayudante, por favor.

Volvió al *Génesis*.

Las páginas estaban impresas en un fino papel, casi traslúcido, y, hasta el momento, bien entrado el *Éxodo*, Gray no había subrayado ningún pasaje ni realizado ninguna nota en los márgenes.

—Acaba de terminar su turno. Lo siento —dijo Peterson, de vuelta a su despacho—. Le daré su número. Ha estado de guardia toda la noche, y ha sido bastante movida, así que puede que esté un poco enfadado. ¿Ha encontrado algo?

—Todavía no.

Una parte de ella, una diminuta voz oscura que le hablaba de errores e incertidumbre y, en ocasiones, de maldad, le decía ahora que el libro que tenía frente a ella no era más que un libro; puede que uno bueno, incluso el mejor, pero no era más que un libro y, por tanto, inútil para su investigación. «No lo creo —pensó—. Ronald Gray sabía lo que hacía». Lo revisaría palabra por palabra si fuese necesario. Madison hojeó las mil y pico páginas y las yemas de los dedos sintieron la irregularidad antes de que la pudiese distinguir. No tuvo siquiera tiempo de pensar. El libro cayó abierto y vio claro que unas cuantas páginas estaban pegadas juntas. Algo había

sido escondido a propósito dentro de ellas como si fuese un sobre. Era invisible si se miraba de canto, pero, una vez que se llegaba a ese punto..., ahí estaba. Madison esbozó una leve sonrisa.

—¿De qué se trata? —preguntó Peterson.

Ella se lo mostró. Ronald Gray había hecho una buena elección: lo que fuese que escondía estaba dentro del *Libro de las Revelaciones*.

Eli Peterson observó cómo Madison salía conduciendo a toda prisa. Ella le había dado las gracias y él se sintió un poco mejor por haber dudado de Ronald, pero solamente un poco. El jardín seguía pálido, gris y anodino y todos vivían en un mundo en el que Vincent Foley tenía razón.

La lámpara de Sorensen era la luz más brillante que Madison había visto aquel día, y enfocaba directamente la seda azul. Habían limpiado la superficie de trabajo; primero desinfectándola y luego cubriéndola con una lámina de papel limpia.

—¿Quién lo manipuló? —le preguntó Sorensen a Madison. Vestía una bata de laboratorio inmaculada y tenía el cabello pelirrojo recogido en una cola de caballo.

—Ronald Gray, el ayudante de Peterson, Peterson y una servidora, por lo que yo sé. Todavía no sabemos cuándo compró Gray el libro, o si ya le pertenecía. No sabemos nada en absoluto.

—Nos ocuparemos de eso más tarde; antes me gustaría *liberar* lo que está oculto entre esas páginas. —Sorensen se colocó una lupa en la cabeza. Examinó la Biblia por ambos lados y finalmente dedicó un largo y silencioso minuto a observar el grupito de páginas pegadas.

Madison movía los dedos nerviosa y en silencio, apoyada contra la pared. Conocía a Sorensen; apremiarla no serviría más que para ganarse un sermón sobre los beneficios enriquecedores de la paciencia. En el camino hasta el laboratorio, Madison había tenido tiempo de pensar en Gray y en lo que les había dejado para que descubriesen. Una explicación no habría estado de más. Con todo, ella no creía que era así como funcionarían las cosas. Fuese lo que fuese, Gray pensaba que tenía un significado, algo tan valioso que debía guardarse bajo llave en el único sitio que se le ocurría adonde no podían llegar los hombres que los perseguían a él y a Vincent.

Sorensen recogió una muestra del lateral del libro, olisqueó la espátula y luego se la pasó a Madison. Esta se inclinó y olfateó. Nada. Madison había llegado a pensar que la investigadora había desarrollado el sentido olfativo de un perro de presa.

Sorensen sonrió.

—¿Qué tipo de niña fuiste, Madison?

—Interesante pregunta.

—¿Alguna vez hiciste algo que no debías hacer? —Sorensen se había dado la vuelta y rebuscaba algo dentro de un archivador de pared.

Madison no tenía ni idea de adónde quería llegar con esa pregunta.

—Amy...

—¿Alguna vez abriste al vapor una carta que no iba dirigida a ti?

—Ya veo...

Madison no había abierto nunca una carta no dirigida a ella. Sin embargo, comprendió la idea perfectamente. El vapor altera las propiedades adhesivas de la cola y el sobre o, en este caso, las páginas, se pueden abrir fácilmente.

Sorensen tardó un segundo en poner el humidificador a la temperatura adecuada y dirigió la estrecha boquilla a los bordes del libro. Tardó menos de dos minutos. Sujetó con las pinzas la esquina de la primera página y le dio la vuelta. Gray había hecho un trabajo bastante decente; Sorensen tuvo que pasar seis páginas antes de dar con el tesoro.

—Allá vamos... —dijo mientras Madison se inclinaba hacia delante preparada para cualquier cosa.

En el medio, había un sobre de papel blanco de unos diez por quince centímetros. Sorensen

lo levantó con las pinzas y la luz iluminó algo oculto detrás. En un primer momento pareció como si un diminuto charco de oro se hubiese refugiado en la pequeña letra del *Libro de las Revelaciones*.

Depositó el sobre junto al libro, y con mucha delicadeza sacó su hallazgo del escondite que Gray había tallado dentro del papel.

—Es una medalla —dijo Sorensen.

Un delicado óvalo apareció ante Madison cuando Sorensen lo levantó a la altura de sus ojos.

—Hay una imagen de un santo y unas palabras: «San Nicolás, reza por nosotros».

Madison dio un paso adelante.

—Hay unas iniciales en el reverso: «D. Q.», y una fecha...

—14 de abril de 1972 —dijo Madison.

Sorensen levantó la mirada.

—14-4-72. ¿Cómo...?

Madison se quedó mirando fijamente la medalla de oro que acaparaba toda la luz del laboratorio.

—Es la fecha del cumpleaños de David Quinn y es la medalla que le regalaron los parientes de su padre. La llevaba puesta el día que lo asesinaron.

Madison escuchó la voz del detective Frakes: «¿Han encontrado una cadena de oro entre los restos?».

Sorensen no se quedaba nunca sin habla, pero esa fue su primera vez. Durante un instante observaron la medalla, que se balanceaba ligeramente con cada latido.

—El sobre, Amy... —dijo de pronto Madison.

—Sí —dijo Sorensen mientras apartaba la medalla.

La mujer rebuscó en el interior con las pinzas y sacó los contenidos: un pedazo viejo y amarillento de papel, doblado por la mitad. Sorensen lo desplegó.

El recorte era la esquina superior arrancada de una página; alguien la había desgarrado precisamente para conseguir lo que querían.

—Es una fotocopia —dijo Madison con los ojos fijos en las sombras grises y oscuras de la imagen.

—Sí —contestó Sorensen.

—¿Tal vez el anuario del colegio?

—Eso parece.

Sobre el papel, sonriente como si acabase de escuchar el más gracioso de los chistes, aparecía David Quinn en la foto oficial de su clase y a su alrededor, tenue pero perfectamente distinguible, la marca de un lápiz.

Madison se marchó del laboratorio y salió bajo la lluvia. Le molestaba tener que meterse en el coche, necesitaba estar al aire libre, donde al menos fingía que podía respirar más fácilmente. Todos estaban conectados, comenzando por Gray en el almacén y Lee atado a un silla con alambre, hasta los chicos con los ojos vendados del bosque. Y Jerry Wallace, que había conocido tantas cosas de tanta gente, había desaparecido justo cuando ella más necesitaba su consejo.

Madison llamó a comisaría para asegurarse de que Fynn estaba en su despacho y también dejó recado para Spencer y Dunne. Tenía que hacer una llamada más, y cuando salió el contestador, Madison podría haber pegado un brinco de alegría.

—Kelly, soy yo, Madison. Ronald Gray dejó una Biblia en la caja fuerte de Foley en el sanatorio. Dentro de ella están escondidos una medalla que pertenecía a David Quinn y un recorte de papel con su foto. Estoy de camino a la comisaría para informar al jefe.

No hubo saludo, ni adiós ni hasta luego. Si quería participar, lo haría, si no, ella ya le había informado de lo que ocurría, y eso bastaba de momento. Era más que suficiente.

Una de las cosas que más echaba de menos de trabajar con Brown era que podían desarrollar ideas y discutir las y al final llegar a una conclusión, a menudo compartida. Se acordó de Brown. Lo llamaría luego, le gustaría estar informado. Y al detective Frakes también; se lo merecía.

Al final, hubiese escuchado el mensaje o no, Kelly parecía haber decidido no formar parte del día de Madison. Ella despachó con Fynn y los otros en el despacho del teniente, con la puerta cerrada y las persianas echadas.

—Parece que cada día que pasa entendemos menos sobre los asesinatos de Gray y de Lee —dijo Dunne cuando Madison terminó su exposición—. ¿No debería ocurrir al contrario?

Madison rememoró la conversación con el ayudante de Peterson; lo había llamado mientras se dirigía a la comisaría y, a pesar de estar medio dormido, fue muy claro con respecto a la secuencia de acontecimientos.

—Gray llevó la Biblia a la clínica el pasado jueves. Parecía agotado y tremendamente nervioso —continuó Madison—. Llevó la medalla para su custodia el día después de la aparición de Quinn por televisión y antes de que a Warren Lee lo atacaran y se descubriese su cadáver.

Madison recordó el apartamento de Gray: el desorden que dejó, la prisa y el miedo.

—El tiempo empieza a contar desde la aparición televisiva —dijo—. Al ver a Quinn en la televisión, supo que guardaba algo que le podía ocasionar graves problemas. No iba a salir a la luz, testificar lo que supiera y reclamar la recompensa. Se marchaba de la ciudad tan rápido como podía.

—¿Qué harías si tuvieses información que te pudiera garantizar un millón de dólares? —preguntó Dunne a nadie en particular.

—Yo entraría, testificaría y cobraría el cheque —contestó Spencer.

—¿Y si la información que buscaba Quinn fuese sobre lo que tú hiciste hace veinticinco años?

—«Uno ha caído, quedan tres». Quedan tres.

—Me marcharía a toda prisa.

—No solo Gray —interrumpió Madison—. Se las arregló para destruir cualquier nexo de unión con Foley antes de irse. Si ellos no sabían de la existencia de Foley, puede que todavía la desconozcan.

—¿Qué tal la entrevista con Foley? ¿Le queda algo de cordura? —preguntó Dunne.

Madison negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no. No significa que no pueda contribuir de alguna manera. Puede que quede algo por descifrar.

—Genial. Dos tipos muertos y un paciente psiquiátrico. Tres testigos perfectos.

—Está bien. Punto de partida para el resto del día —dijo Fynn—. ¿Qué hizo Ronald Gray el 28 de agosto de 1985? Me da igual lo que hacía hace dos semanas, quiero saber cómo llegó a su poder la cadena y por qué la dejó para que la encontrásemos. Madison, ¿estáis procesando la fotocopia?

—Sí. Sorensen está intentando ampliarla al máximo, para ver si hay algo que pueda cotejarse con un original.

—Spencer, ¿corre peligro Foley? —preguntó Fynn.

—Una vez sepan que Gray lo protegía, sí, desde luego que sí.

—¿Dunne?

—Tal vez, aunque todavía no sabemos qué es lo que buscan.

—¿Madison?

—Estará en peligro desde el momento en que descubran que Gray lo estaba protegiendo. Spencer y Dunne se marcharon.

—¿No era hoy tu día libre? —le preguntó Fynn.

Madison se encogió de hombros.

—No es así como han salido las cosas. Me quedo por aquí.

—¿Y Kelly?

—Le he dejado un mensaje.

—¿Qué tal os va trabajando juntos?

—Maravillosamente, señor.

—Eso suponía.

Madison había renunciado oficialmente a su día libre. La verdad es que, aunque no hubiese ido a la comisaría, estaría en su casa pensando sobre el caso o experimentando el placer de visitar una prisión. Incluso si hubiese deseado sacar su kayak, la lluvia no habría impedido el paseo, aunque sí lo habría convertido en algo tremendamente desagradable y, en último término, en una pérdida de tiempo. Era una descripción bastante precisa de su relación con Kelly, pensó Madison mientras tomaba un sorbo de café.

Tenía el informe de la autopsia de Gray delante. Las fotografías, crudas y desoladoras, estaban esparcidas por encima de la mesa.

No lo habían dicho porque no necesitaba decirse: la razón obvia por la que Gray tenía esa medalla bien podía ser que él fuese uno de los hombres que se habían llevado a los chicos al bosque, uno de los que había cavado un agujero en la tierra y habían dejado allí a David Quinn.

Madison observó las fotos de la autopsia: los cardenales eran espantosos. No sabía cómo sentirse al respecto. ¿Era este el destino que Gray había creído que les acechaba a él y a Foley?

Era preciso un cambio de perspectiva, y Madison lo había apreciado ya en Fynn y en el

resto. Para ellos, Gray había comenzado como víctima, pero ahora se podía tratar de un secuestrador y un asesino, aunque era también una víctima. Madison volvió a guardar las fotografías y el informe y cerró el expediente.

Cuando llegó la hora de comer, los pensamientos de Madison rebotaban contra las paredes de la comisaría, y sintió la necesidad de salir y estirar las piernas. El cielo estaba cubierto, aunque la lluvia había decidido parar durante unos pocos minutos, así que decidió caminar por la Quinta Avenida hacia la calle Pine. Pasó por delante de la biblioteca pública en la esquina con la calle Spring y resistió el súbito impulso de entrar y pasar la tarde leyendo en lugar de volver a la comisaría para ver fotografías de hombres muertos que tal vez hubieran sido además unos asesinos.

Siempre había disfrutado de pasear con tranquilidad por la Quinta Avenida: los árboles se mantenían como podían bajo aquel frío invernal, y resultaba mucho más agradable que el ir de un sitio a otro en su Honda, aunque solo fuera media hora. La gente se apresuraba por la calle Madison, enfrascada en la burbuja temporal de su hora de comer.

Llegó a Nordstrom con Pine y giró a la izquierda. La zona de restaurantes de la tercera planta del Centro Westlake estaba tan bulliciosa como siempre, y eso era exactamente lo que necesitaba Madison: observar la vida de otras personas que iban de compras, comían y se ocupaban de sus asuntos. El olor a cocina o, más concretamente, a comida simplemente recalentada, era tan penetrante como solo podía serlo en un mundo de aire acondicionado y ventilación. En el aire caliente se percibía el aroma de especias.

En silencio, pidió perdón a su abuela e hizo cola para tomarse una hamburguesa con patatas. Encontró un hueco en una mesa grande y picoteó su comida. Estaba tan horrorosa como era de esperar, aunque, a veces, ese tipo de horror podía ser perfecto. La mitad de la hamburguesa se desintegró en sus manos, y se limpió la mostaza y el *ketchup* de los dedos con una pequeña servilleta de papel que servía para bien poco.

Había algo en aquel día lleno de acontecimientos inquietantes que la había desasosegado especialmente, pero no era capaz de identificarlo. Por fin lo entendió mientras se lavaba las manos en el cuarto de baño de la planta de restaurantes: era la marca de lápiz alrededor de la fotografía de David Quinn. Alguien la había trazado para asegurarse de que los secuestradores se llevaban a los niños correctos, porque aquellos no conocían su aspecto, no los conocían personalmente.

«No es nada personal, solo son negocios». Le vino a la cabeza la voz aflautada de Vincent Foley. Mientras el agua fría corría por sus manos, lo recordó, de pie en la blanca sala de día con su uniforme, las manos extendidas hacia delante y el dedo índice izquierdo recorriendo el reverso de la mano derecha. Entonces Madison entendió lo que había visto. «No es nada personal, solo son negocios». Y también comprendió por qué estaba aterrorizado Vincent Foley cuando caía el sol cada día. «Alguien se acerca». «Y que lo digas, Vincent», pensó Madison mientras se apresuraba escaleras abajo y salía del edificio. Paró un taxi que la llevó hasta la comisaría: ya no quedaba tiempo para paseos agradables bajo los árboles invernales. Encontró a Fynn sentado a su escritorio, con una ensalada en un envase de plástico delante, y el tenedor a medio camino de su boca.

—Gray dejó la medalla en la Biblia —dijo ella finalmente—. La dejó junto con la fotografía en caso de que alguien viniese buscándolo, por si los asesinos lo atrapaban. Sabía que Peterson llamaría a la policía en nombre de Vincent y que nosotros seguiríamos las pistas. Y, tarde o

temprano, daríamos con la Biblia. Si salía con vida, nadie la encontraría. La Biblia era su seguro en caso de no salir con vida.

—¿Cómo legó a su poder la medalla? —Fynn se reclinó en su asiento, el tenedor ahora abandonado entre los restos de comida.

—Es lo que creíamos: tres hombres más Timothy Gilman. Uno ha caído, quedan tres: Lee, Gray y Foley.

—Contamos con las mismas pruebas ahora que hace una hora.

—Foley me mostró las manos.

—¿Que hizo qué?

—Déjeme que llame a Peterson.

—Adelante.

Madison llamó desde el teléfono de Fynn y puso el manos libres cuando respondió Peterson. Spencer y Dunne también se acercaron.

—Doctor —Madison fue directa al grano—, ¿me podría decir exactamente la fecha en que Vincent Foley ingresó en el sanatorio?

—Espere un segundo —contestó. Se escucharon los golpeteos de las teclas del ordenador. Madison se quedó mirando un punto fijo en la moqueta color avena: si había sido antes del 28 de agosto de 1985, su teoría se vendría abajo—. Fue el 17 de septiembre de 1985 —escucharon decir a Peterson.

Madison sintió la clásica descarga de adrenalina y un sabor a cobre en su boca.

—Gracias, doctor. Una pregunta más: usted mencionó que Vincent tenía un patrón repetitivo de gestos y acciones, como los movimientos de la mano que realizó cuando estuvimos allí. ¿Hay algún otro? ¿Hay alguna otra..., como las llamó, compulsión similar que pueda mencionar?

—Esto no tiene nada que ver con Ronald.

—¿Existe alguna otra compulsión similar?

La conversación cesó durante un largo momento en el que Madison rogó a Dios para que Peterson no invocase la obligación de confidencialidad médico-paciente.

—Sí, hay algo más —añadió Peterson finalmente—. Cuando va al jardín con el resto de pacientes, ya sabe, es un ambiente positivo para ellos el estar...

Madison esperó. Casi podía escuchar los pensamientos de Peterson, e intentó medir el peso de sus palabras.

—Doctor...

—Se pone a cavar, detective. Vincent tiene que estar vigilado en todo momento durante sus salidas al exterior de la clínica porque siempre echa a correr hacia el mismo lugar y se pone a cavar un agujero en la tierra, con todas sus fuerzas y todo lo hondo que puede.

Madison cerró los ojos; ella había visto el agujero cavado en el bosque del río Hoh.

—¿Siempre en el mismo lugar? —preguntó. «Las manos de Vincent impolutas con tierra bajo las uñas».

—Sí.

—¿Me lo puede describir?

—No entiendo...

—Por favor, doctor, ¿podría describirme el lugar adonde va siempre Vincent?

—Está justo debajo de un abeto muy alto. Hay unos arbustos cerca. La primera vez que Vincent lo vio florecido, se alarmó tanto que lo tuvimos que sedar.

—Se llama Corazón Sangrante —dijo Madison en voz baja.

—Detective...

—Le llamaré en cuanto pueda, doctor. ¿Se encuentra bien hoy Vincent? Quiero decir...

—Está como siempre.

—Gracias, doctor Peterson.

Cuando colgó el auricular, Madison respiró profundamente.

—Vincent Foley tiene un coeficiente intelectual de 69, medido cuando era un joven. Cuando ingresó en el Instituto Walters, Ronald Gray dijo que unos meses antes Vincent había sido víctima de una agresión. Los detalles eran confusos, porque Vincent no lo podía explicar bien. En resumen, algo espantoso le había ocurrido, y su mente se había bloqueado. Sufría ataques de Estrés Postraumático, que le siguen dando a día de hoy. No creo que fuera eso lo que ocurrió.

—Se pone a cavar —dijo Dunne.

—El hoyo del bosque fue cavado bajo una cicuta y un arbusto de *Dicentra formosa*.

Spencer suspiró.

—Corazón Sangrante —dijo.

—Tenemos que demostrar las conexiones —dijo Fynn—. ¿Quién se beneficia de sus muertes? ¿Quién sale ganando con el silencio eterno de Lee y Gray? Necesitamos trabajar ambos extremos del caso. Hay que encontrar quién les dio la orden hace veinticinco años y daremos con quien ordenó los asesinatos de Lee y Gray la semana pasada.

El alambre y el *Libro de las Revelaciones*.

—¿Qué tiene que ver lo de las manos? —le preguntó Fynn a Madison, que estaba a punto de salir por la puerta.

Ella se volvió hacia él.

—Los cortes de la mano de John Cameron —dijo—. Foley vio cómo ocurrió. Lo presencié todo.

Madison se sentó a su escritorio. El bullicio de la oficina flotaba a su alrededor; llamadas telefónicas, conversaciones y tecleo de ordenadores, pero ella apenas se percataba de nada. La idea de que había estado a pocos metros de uno de los hombres que habían cometido aquel horrible acto, aquel delito espantoso que había cambiado tantas vidas en el espacio de un mero latido, era casi imposible de superar, porque, donde quiera que estuviese Vincent Foley, no se podía acceder a él. El peso de la ley tampoco podía caer sobre él, era intocable. ¿Qué se puede hacer en un caso así? ¿Cómo se puede empezar a vivir después de algo así?

Madison estiró la mano hacia el teléfono. Tenía mucho que necesitaba contar, había gente que merecía saberlo. «Pero no ahora, todavía no».

Se puso a ordenar el expediente de Gray, primero alineando los bordes de los diversos informes con la punta de los dedos, luego formando un pequeño montón de notas y papeles que parecían haberse quedado a vivir en su mesa. Colocó los bolígrafos, los lápices y el fluorescente naranja. También puso en orden la goma de borrar y el sacapuntas. Y finalmente, cuando todo estaba colocado en un ángulo de noventa grados —incluidos los *post-it*—, los sonidos del mundo circundante encontraron el camino de vuelta a su mente. Madison abrió su cuaderno de notas y comenzó a escribir.

Los detalles de la gente involucrada podían cambiar —sus motivaciones, su particular retorcimiento—; sin embargo, la pregunta clave seguía siendo la misma: ¿quién había hecho esto y por qué? En el depósito del doctor Fellman había dos cadáveres y preguntas que necesitaban una rápida contestación.

Todavía no habían encontrado todas las conexiones, aunque seguían trabajando en ello. Nathan Quinn tenía razón: cuatro hombres habían secuestrado a los chicos y otro hombre, o un grupo, había dado la orden. ¿Dónde estaban esos hombres ahora?

«Hace veinte años, un hombre llamado Timothy Gilman cayó en una trampa para animales y murió. Hay razones para creer que él era uno de los secuestradores». Madison cogió su abrigo.

Lo llamó mientras salía de la comisaría.

—Voy hacia allí, y no es una visita de cortesía —dijo.

Se acordó de que, según el expediente de Gilman, este tenía alrededor de cuarenta años cuando tuvo lugar el secuestro. Ni Lee ni Gray estaban fichados. En 1985 no habrían supuesto ninguna amenaza para Gilman, que ya había pasado tiempo en la cárcel por agresión en segundo grado. Él habría sido el jefecillo y no habría admitido órdenes de ningún niño de veinte años ni de alguien con el aspecto de Vincent. «Hay razones para creer que era uno de los secuestradores». Madison condujo como un autómatas y se encontró a sí misma aparcando antes de darse cuenta. Apagó el motor y se recompuso. Los regueros de lluvia sobre el parabrisas la resguardaban de miradas ajenas.

Lo que había sucedido aquella noche de diciembre en el bosque del río Hoh había dejado una huella en su interior semejante a la marca de un dedo sobre un pedazo de arcilla blanda. Sabía que estaba ahí, incluso si apenas había comenzado a comprenderla o a medir el alcance del daño en su interior. No podía ni imaginar la impresión que habría podido dejar en Nathan Quinn. La gente religiosa cree que el dolor, bien físico o psíquico, purifica el alma. Madison creía que el dolor era solo dolor y que solo se saca de él lo mismo que hubieras aportado, y Quinn había

aportado un montón de cosas.

Cuando por fin se dio cuenta de que nunca iba a estar suficientemente preparada para ese encuentro, salió del coche.

Madison sabía adónde iba, conocía la planta y en qué punto del pasillo se encontraba la habitación. Lo sabía porque allí había acudido cada día, mientras las heridas y arañazos de su cara y manos se curaban, cuando Tommy se recuperaba en brazos de su madre y Nathan Quinn dormía plácidamente en la completa y vacía oscuridad de un coma inducido.

Habían sido muchas cosas: el abogado que había protegido a un supuesto asesino; el hombre que poseía una pequeña cinta de plástico con el potencial de arruinar la carrera de Madison; el hermano que había enterrado la memoria de un niño de trece años en una tumba vacía... Habían sido muchas cosas, pensó Madison mientras se abrían las puertas del ascensor, pero no estaba segura de qué era ahora mismo.

«Es un pariente de la víctima», se dijo a sí misma mientras agradecía los repentinos olores del hospital y la distracción que ofrecían.

Llamó a la puerta que estaba cerrada.

—Entre.

Madison empujó la puerta y Nathan Quinn se levantó a saludarla.

—Detective... —dijo.

Las cicatrices eran marcas de color rojo oscuro que atravesaban sus agradables facciones. Pálido, alto y delgado y con una barba incipiente.

—Letrado... —contestó ella, intentando mirar y no mirar al mismo tiempo.

—Me ha contado Carl que pensaba venir.

«¿Qué le piensas contar?».

«La verdad, teniente, pero lo mínimo posible. Lo que no le cuente lo averiguará por su cuenta».

—No supe que iba a venir hasta ese momento.

—Estoy siempre en casa —dijo mientras recorría la habitación con un gesto de la mano.

Madison se fijó en la habitación: su apartamento de la universidad no había sido ni tan grande ni tan ordenado. Quinn vestía de lino, una camisa gris oscura con pantalones azul marino. Estaba descalzo y se apoyaba en una muleta que cogía con la mano derecha. La habitación olía a flores frescas que había dispuestas en un jarrón sobre la mesa, probablemente obra de Carl.

—No siempre —dijo ella. Carl había protegido las puertas de su habitación con enorme firmeza durante los peores días del principio.

—No —accedió él.

—Están ocurriendo cosas, letrado —dijo ella—. Están sucediendo deprisa y necesito su ayuda y su consejo. ¿Nos sentamos?

Él asintió, aunque para él apenas supuso más comodidad sentarse en una de las sillas. Madison fingió no darse cuenta. Se le pasó por la mente si estaría tomando calmantes, si afectaban a su concentración y a su determinación. «No lo subestimes. Descalzo y con camisa de lino no es menos peligroso».

Desde que se habían conocido, Madison nunca le había mentido, y su sinceridad había sido bien apreciada. Tampoco le mentiría hoy, aunque las verdades que traía consigo eran un arma de doble filo.

—Ha ocurrido algo —comenzó—. Tenemos información nueva sobre los secuestradores. —

Madison dejó que lo asimilara. No necesitaba explicarle a qué se refería.

Él permaneció impertérrito.

—Necesito que me diga qué sabe de Timothy Gilman.

Quinn se reclinó.

—¿Este «algo» que ha ocurrido ha sido por mi aparición en televisión?

—Posiblemente. Puede llamarlo como quiera, pero ambos sabemos que puso un precio a sus cabezas.

Los oscuros ojos de Quinn se mantuvieron fijos en Madison.

—¿Funcionó?

Madison vaciló.

—Todavía no lo sabemos —contestó—. En este punto todavía estamos trabajando en una teoría, estableciendo conexiones.

—¿Qué me puede contar?

Un pequeño charco de oro rodeado de letras pequeñas.

—Le puedo contar que hemos encontrado la medalla de David —dijo.

Hubo una pausa. Era el primer objeto recuperado que había pertenecido a su hermano, y sería el último.

—¿Dónde?

—Nos lo dejaron para que lo encontráramos. Ha surgido en el curso de otra investigación.

—¿Otro caso cerrado?

—No.

Quinn asintió.

—Entonces, ¿ha surgido a raíz de mi llamamiento?

—Sí.

—Entiendo.

—Por eso necesitamos saber todo lo que tenga sobre Gilman. Necesitamos situarlo en el bosque. No hay nada en su expediente que sugiera que estuvo implicado.

Quinn permaneció callado.

«Menudos recuerdos que trae esto».

—Señor Quinn, así es como lo veo: el llamamiento fue como una granada; tenía que lanzarla fuerte y lejos para que empezaran a pasar cosas. Pero Gilman era el seguro de la granada. Prometió un botín de un millón de dólares por las cabezas de los hombres que mataron a David, y entiendo que solo es un hermano intentando hacer lo que puede para traer a los asesinos a manos de la justicia. Si habla de Gilman y de la gente que lo hizo y de los que les pagaron por hacerlo, es que está sobre una buena pista. Entonces empiezan a huir. —Madison tomó una bocanada de aire—. Usted no desperdiciaría la oportunidad mencionando un nombre que no fuera la clave, lo que significa que se fía plenamente de su información. Gilman murió hace veinte años. Si usted se hubiera enterado cuando estaba vivo, lo habría crucificado, por decirlo de alguna forma, o sea, que esto significa que se enteró después de muerto Gilman.

Quinn no parecía ansioso por seguir la conversación y se acordó de otro día, de otra conversación: Cameron le hablaba a ella en la mesa de la cocina de su abuela mientras Quinn escuchaba. Conocía sus silencios.

—¿Cómo lo descubrió?

—Simplemente lo hice. El cómo es irrelevante.

—¿Cómo puedo verificar la información?

—No puede.

—Pero está usted totalmente seguro, ¿verdad?

—Su teoría es exacta. ¿Usaría ese nombre si no estuviese absolutamente seguro?

—Completamente seguro está bien, pero a la Oficina del Fiscal del Condado de King no le sirve, a menos que podamos probarlo.

—Entonces va a tener que seguir otra ruta.

—No hay ninguna otra ruta y usted lo sabe. Seguramente, Gilman fue el cabecilla, el que dio la orden. Si no puedo probar que estaba involucrado, nunca llegaré a la gente que le pagó para que lo hiciera.

Quinn se inclinó hacia delante y Madison supo que, con calmantes o sin ellos, su agudeza era la misma de siempre.

—Sea usted creativa —dijo.

—Solo puedo trabajar con la información que poseo.

—Contra todo indicio, usted creyó que John Cameron era inocente, a pesar de todas las pruebas en su contra.

—De acuerdo, me ha pillado. ¿Qué me puede contar?

—Pregúnteme y veremos cómo va.

—¿Fue un chivato el que le puso sobre aviso con respecto a Gilman?

—No.

—¿Lo averiguó usted mismo?

—Sí.

—¿Cómo?

Quinn meneó la cabeza.

—¿Qué le hace estar absolutamente seguro de que fue él?

—Fue él.

—¿Hubo algún chivatazo en algún momento? ¿Está protegiendo a alguien?

—No está haciendo las preguntas adecuadas, detective.

—Entonces, dígame usted, ¿cuáles son las preguntas correctas?

—¿Alguien deseaba que usted encontrara la medalla?

—Sí.

—¿Fue uno de los hombres asesinados la semana pasada?

Lo que ella no le contara Quinn lo adivinaría. Eligió con sumo cuidado sus palabras y le contó la verdad de los hechos:

—Señor Quinn, no he venido aquí para contarle que hay muchas probabilidades de que dos de los hombres que se llevaron a los chicos estén muertos. Aunque sí es lo que creo y es la pista que estoy siguiendo. Pero no tengo ninguna prueba sólida, y usted es la última persona en la Tierra a quien le diría nada así si no pudiera respaldarlo.

—¿Estuvo en el sitio donde lo enterraron?

Madison no comprendía cómo podía Quinn soportar siquiera mencionarlo. Le vinieron a la cabeza las palabras de Brown: «Ese hombre está hecho de un tipo de metal para el que ni siquiera hay nombre».

—Sí, fui allí. Estaba a kilómetro y medio del claro.

—Warren Lee y Ronald Gray —dijo Nathan Quinn con voz queda.

—Era eso lo que usted quería —dijo Madison—. Sabía que no teníamos absolutamente nada para trabajar el caso de David: ninguna prueba nueva, ningún testigo nuevo. Aun así, si los hombres que dieron la orden se sentían suficientemente amenazados por su llamamiento, bien podían decidir ir cerrando cabos sueltos y, en el camino, nos darían algo que perseguir. Pruebas

nuevas, pistas nuevas y nuevos cadáveres. Y, de alguna manera, así podríamos seguir la pista que nos llevaría hasta David.

—Pero no cualquiera. Solo usted. Sabía que seguiría la pista hasta David.

Madison no supo qué contestar.

—Yo solo soy un hermano haciendo todo lo que puedo —dijo Quinn.

—No se subestime.

—¿Tiene alguna pista nueva?

—Sí.

—Entonces —dijo Nathan Quinn con una voz que parecía provenir de ultratumba— ha funcionado.

—Han muerto dos hombres. Otro más podría haber sido herido.

—Lo lamento. Les habría deseado una larga vida en prisión, un desgraciado día tras otro.

—¿No una sentencia de muerte?

—¿Sabe lo que es estar encerrado en una prisión de máxima seguridad con un cartel de «asesino de niños» colgado del cuello?

—Todavía no estamos totalmente seguros de que estuviesen involucrados, y sigo necesitando saber más sobre Gilman.

—Gilman lleva mucho tiempo muerto.

—Sí, y estoy segura de que todos lamentamos su pronta desaparición. Sigo necesitando saber más sobre él.

—En eso no la puedo ayudar, detective.

—¿No puede o no quiere?

—¿Importa algo?

—¿Está dispuesto a sacrificar el éxito de esta investigación, encontrar a esos hombres y juzgarlos por ese pequeño retazo de información que no quiere compartir?

Tenía los ojos brillantes, puede que por la fiebre, o tal vez no.

—Sí —contestó.

Lo que decidimos decir, lo que nos callamos, cómo juega uno con las cartas que le tocan: Madison había presenciado innumerables partidas de póquer antes de llegar a la edad en la que se dio cuenta de que había algo extraño en todo ello. No sabía con exactitud qué información tenía ahora que no tuviese antes. No obstante, su instinto le decía que Nathan Quinn le había revelado una pequeña verdad sin saberlo. Quizá, detrás viniera la verdad más grande.

—¿Dónde está? —le preguntó él.

A su alrededor, el hospital seguía su vida normal, y Madison temió lo que le iba a preguntar a continuación.

—¿Quién? —contestó Madison. «Uno ha caído, quedan tres».

—El cuarto hombre. El que no está buscando. El que ha mencionado. ¿Dónde está?

Ahora era Madison quien debía callar.

—Dijo que necesita saber algo sobre Gilman para ir tras los hombres que dieron la orden, pero había un cuarto hombre aquel día en el bosque.

—Sí, lo había.

—Si no lo está buscando, significa que ya sabe dónde se encuentra. ¿Está muerto?

«No sé exactamente cómo está», pensó Madison. ¿De verdad le iba a contar a Quinn que había un ser humano de carne y hueso vagando por esta tierra, que había cavado el agujero en el suelo en el que habían enterrado a su hermano? El mundo no era esa habitación de hospital, algún día Quinn saldría de allí. Algún día, quizá estuviera en la misma sala de visitas blanca que

Vincent Foley, quien tenía suciedad de tierra bajo las uñas.

—¿Cree que puedo acceder a él desde aquí? ¿Cree que Jack lo puede alcanzar desde donde está?

—No quiero mentirle —dijo simplemente Madison.

—Lo cual le honra.

—Está vivo y no va a ir a ningún sitio.

—¿Sabe dónde está?

En aquel momento, Madison se alegró de que Quinn fuera un funcionario judicial y de que Cameron estuviera encerrado tras unas cuantas puertas de acero.

—Sabemos dónde está, y en ese lugar ya está en su propia prisión.

—¿Dónde está?

—En un lugar inaccesible.

—¿Ha hablado con él?

—No está en condiciones de ayudar en el caso.

Quinn tomó nota.

—¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé. Según mi opinión, fue un testigo. No le puedo contar más de momento, espero que lo entienda. Todavía estamos intentando averiguarlo.

Quinn asintió.

—¿En un sitio inaccesible?

—Está bajo custodia.

—¿Presentarán cargos?

—Sería muy difícil, prácticamente imposible.

—¿Dónde está?

—En una institución psiquiátrica. Lleva allí desde septiembre de 1985 —dijo Madison—.

Un desgraciado día tras otro.

Se levantó dispuesta a marcharse y se encaminó hacia la puerta. Quinn se levantó a su vez.

En su relación no había sitio para ciertas palabras, pero, de alguna forma, tenían que decirse:

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Madison.

—Vivo, detective. —Inconscientemente se tocó el lugar que tendría que ocupar su bazo—.

Más o menos vivo.

—Ya —dijo ella—. Está usted vivo, al igual que Tommy. —A veces un simple agradecimiento es ridículo e insuficiente.

—Carl me dijo que está bien —dijo Quinn.

—Sí —contestó Madison—. Me ha preguntado si creía que podría llegar hasta el cuarto hombre desde aquí. La verdad es que creo que usted puede conseguir cualquier cosa que se proponga. Lo sé con seguridad porque Tommy cumplirá siete años dentro de pocas semanas.

La mano de Madison estaba ya en la puerta cuando Quinn habló:

—Su chaleco antibalas me salvó la vida.

Madison asintió y se marchó.

28 de agosto de 1985. Otro caluroso día más de finales de un caluroso mes. Desde el aparcamiento de hormigón en la esquina de la calle South Lander con la avenida Utah sur, Ronald Gray era muy consciente del sudor que se escurría entre sus omóplatos y que pegaba la tela de su camisa parcialmente a su piel. Le había prometido a Vincent un helado al final del día de trabajo, pero a él le vendría bien uno ahora mismo, junto con una cerveza bien helada o, ya puestos, que fueran dos. Entrecerró los ojos por el resplandor de la mañana y miró a su alrededor: clientes, viandantes y Vincent, encogido y triste.

El trabajo sería sencillo: había hecho algo parecido tres veces antes, aunque nunca se había tratado de niños. Sería más sencillo que con adultos, pensó. Los niños se podían manejar sin peligro, se asustan fácilmente y los padres se lo piensan dos veces antes de llamar a la policía. El dinero que ganarían hoy también era bastante apetitoso, y ahí es donde entraba Vincent. Era un par de manos baratas y además no hablaría.

Había llevado consigo a Vincent de vigilante a dos trabajos. Era lo que tenía Vincent, que siempre hacía lo que se le ordenaba. Si le decía que se quedara de pie en esa esquina y que le esperase hasta que el infierno se congelara..., ahí se quedaría, con estalactitas colgándole del pelo.

Cuando apareció la furgoneta azul por la esquina, Ronald le dijo a Vincent:

—Sabes qué hacer, ¿verdad?

Vincent asintió.

—Buen chico. Ponte derecho —le dijo Ronald mientras la furgoneta se acercaba a ellos y se detenía.

Conducía Timothy Gilman. Debería tener un aspecto más relajado teniendo en cuenta el trabajo que los esperaba, y, sin embargo, parecía como si algo desagradable se escondiera en sus entrañas. Ronald conocía a Gilman lo suficiente como para saber que era un matón agresivo a quien nada le agradaría más que tener la oportunidad de amenazar a alguien y recibir una paga por ello. El hecho de que fuera un grupo de chavales daba igual. Ronald no sabía nada sobre el caso, excepto que sus padres deberían recibir un susto de muerte. Si eran tan estúpidos como para permitir estar expuestos a gente como Gilman, no era culpa suya. Él estaba allí para hacer un trabajo y Gilman quería que Vincent participara porque le salía barato. En resumen, debería ser un día fácil.

Warren Lee saltó del asiento delantero del copiloto y Ronald suspiró: había coincidido con Warren unas cuantas veces y le disgustaba y lo despreciaba a partes iguales. Warren estaba hecho de la misma pasta que Gilman, pero mientras Timothy tenía un mal genio genuino y directo que podía arrancar el papel de una pared, Warren era una mera comadreja a la que le gustaba un poco de violencia de vez en cuando.

—Qué hay, chicos —sonrió entre dientes Warren.

La furgoneta azul fue serpenteando a través del tráfico. Ronald iba delante entre Gilman y Lee, y Vincent iba traqueteando en el asiento trasero. Warren había bajado su ventanilla y llevaba parte

del brazo desnudo fuera, captando el sol y la brisa. Ronald presentía su regocijo por el trabajo de esa tarde, y sentía hacia él una vaga repulsión. Él, en cambio, lo hacía por dinero, ni más ni menos. Gilman había dicho apenas tres palabras, lo cual era extraño. Tenía un aspecto de seria determinación, lo que invitaba a mantener un respetuoso silencio.

En una emisora de música de antaño, las Ronettes cantaban *Be My Baby* como si aquello fuera todo lo que se necesitaba para un mundo perfecto. El cielo estaba azul mientras se encaminaban a Jackson Pond.

Dos horas más tarde, Gilman conducía la furgoneta al límite de la velocidad permitida con Warren en el asiento contiguo, la ventanilla subida hasta arriba a pesar del calor y la radio apagada. No hablaba nadie.

En el asiento trasero, Ronald Gray y Vincent Foley estaban sentados agazapados alrededor de los pequeños cuerpos de tres chavales. Los chicos tenían los ojos vendados y estaban inconscientes, con las manos atadas por delante. En la penumbra, el olor a cloroformo y a sudor le ardía a Ronald en la garganta.

Vincent tenía los ojos abiertos como platos mientras miraba a los niños inconscientes. Ronald le golpeó el pie levemente.

—No los mires. No van a ir a ningún sitio —le susurró.

Vincent asintió y desvió la mirada.

Había sido muy sencillo: Gilman controlaba dónde estarían y cuándo. Jackson Pond era un lago pequeño, escondido tras una espesura de árboles y una carretera que los llevaría muy cerca de allí. El tráfico en ambas direcciones era escaso en esa parte del bosque, y nadie reparó en la furgoneta, que aparcaron a cincuenta metros del sendero que llevaba al lago.

Gilman sacó un recorte de papel del bolsillo trasero de sus vaqueros: era la foto de un chaval. Se quedó mirándola un minuto, luego la dobló y la volvió a guardar en el bolsillo. Los dejó en la furgoneta y desapareció en la arboleda que bordeaba la carretera.

Warren parloteaba sobre algunos trabajos que había hecho para él y Ronald deseó que la cosa acabara pronto; si tenía que pasar un minuto más estrujado en el asiento junto a Warren, podría acabar por pegarle para que se callara. Detrás de ellos, Vincent no había pronunciado una sola palabra desde que los habían recogido.

Gilman reapareció de repente de entre los árboles.

—Están ahí —dijo.

Avanzó con la furgoneta por un estrecho sendero, y, cuando apagó el motor, todo lo que se oía era el sonido de sus respiraciones y algún vehículo que pasaba a lo lejos de vez en cuando.

Les dio unas máscaras para que se las pusieran. También trozos sucios de tela para vendarles los ojos y cuerda para atarles las manos. Les dijo exactamente qué hacer y lo hicieron. Los chicos no tuvieron la más mínima posibilidad.

El humo del cigarrillo se elevaba y curvaba en el calor vespertino que caía sobre el claro; sobre ellos un pedazo de cielo; a su alrededor, la antigua arboleda del bosque del río Hoh. Había sido un trayecto largo, pero el trabajo estaba casi terminado. Los hombres fumaban, apoyados contra

la furgoneta observando a los chicos, todos ellos con los ojos vendados y atados a un árbol distinto.

Habían llegado al claro a través de un sendero casi oculto que antaño conducía a una estación meteorológica. Estaba escondido y los hombres sabían que su trabajo no se vería interrumpido. Fumaban porque tenían todo el tiempo del mundo y porque en ese mundo tenían todo el poder que podían necesitar. Los ojos de Warren chisporroteaban brillantes cuando los chicos se empezaron a revolver.

El primero de ellos, con cabello oscuro y ligeramente más pequeño que los otros, comenzó a quejarse al despertar y notar la cuerda que lo ataba al árbol. El segundo, también de cabello oscuro aunque ligeramente más alto, estaba despierto e inmóvil por el miedo. El tercero, rubio de pelo rizado y más alto que los demás, intentaba sobrevivir, respirando con dificultad bajo el vendaje y girando la cabeza en dirección a los demás. Gilman lo observaba.

En la quietud del claro no había nada más que humo de cigarrillo entre los chicos y los hombres que los habían secuestrado. Uno a uno, los chicos comenzaron a oler el aroma de tabaco barato y se quedaron quietos. Un pájaro graznó, batiendo las alas.

Era hora de enviar el mensaje. Ronald se volvió hacia Gilman, quien, a estas alturas, debería estar ya en marcha, hablando, empujando y molestando y haciendo lo que mejor se le daba. En cambio, Gilman encendió otro cigarrillo, mientras no quitaba la vista del chico rubio. El silencio se alargó y Ronald esperó. Sabía, sin necesidad de comprobar nada, que Vincent estaba a su izquierda, con la mirada vacía, esperando instrucciones.

Cuando Gilman habló, Ronald se sintió aliviado; pronto saldrían de allí.

—Chicos, quiero que me escuchéis y que escuchéis bien. Decid que sí.

Nadie habló.

—Decid que sí.

Tres débiles voces dijeron lo que se les había pedido.

—Este es un mensaje para vuestros padres, quiero que os lo aprendáis. Este es el mensaje: no es nada personal, solo son negocios. ¿Entendido? Repetidlo.

Los chicos apenas podían emitir sonido alguno. Gilman deambulaba de un lado a otro entre ellos, aunque Ronald se percató de que no le quitaba ojo al rubio.

—Repetidlo.

—No es nada personal, solo son negocios.

—Otra vez.

—No es nada personal, solo son negocios.

—Oye, pequeño. ¿Me has oído? ¿Quieres volver a casa? —Gilman dio una zancada hacia el chico atado al primer árbol, el más bajo y más joven, según parecía, y se lo gritó en la cara. La voz del chico estaba atrapada en el pecho y apenas podía respirar, menos aún hablar.

Ronald Gray pensaba en el dinero que les pagarían y en el depósito del coche que se quería comprar. Mañana, como muy tarde, encontrarían a los chicos. «Sin daños, sin problemas, mensaje enviado». Fingió ignorar el hecho de que Vincent se había quedado helado, como si Gilman le estuviese gritando a él.

Gilman seguía vociferando y el chico se encogía contra el árbol, y Ronald no perdía detalle, como el hecho de que, mientras estaba matando de miedo al pequeño, era al otro chico al que Gilman echaba un ojo cada pocos segundos.

Por fin, el pequeño gritó las palabras y Warren soltó una risilla.

—Vaya, este parece tener buenos pulmones.

—Buen trabajo. Ahora os vamos a dejar ir a casa dentro de un rato, pero quiero que quede

muy clara una cosa: si alguna vez le contáis a la policía lo que ha pasado, volveré y os cogeré. Si alguna vez le contáis a alguien algo, volveré y os atraparé y también les haré daño a vuestra madre y a vuestro padre. ¿Entendido? No habéis visto nada ni habéis oído nada. Limitaos a transmitir el mensaje a vuestros padres y todo el mundo seguirá vivo. ¿Está claro?

—Sí.

—A ver si lo puedes decir más alto, niñita. —De pronto, Gilman sacó un cuchillo y le hizo una herida en el brazo al chico.

—¿Qué demonios haces, tío? —Las palabras salieron de los labios de Ronald antes de que pudiera detenerlas.

—Cállate. No me obligues a hacerte esto, chico. Venga.

El chico gimió cuando la hoja le volvió a cortar el brazo.

—Oye —dijo Warren a nadie en particular. Era un cobarde y un idiota, pero incluso él podía presentir que por aquel camino se encaminaban en una dirección nueva, y aquello significaba malas noticias para él.

—Sube a la furgoneta y cierra la puta boca —le contestó Gilman con calma.

—Vamos, hombre, marchémonos —dijo Ronald.

—¿Qué haces? —Era la voz del rubio, y Ronald podría haber jurado, casi podría haberse apostado todo lo que tenía en el banco a que distinguió un oscuro regocijo en los ojos de Gilman mientras se volvía hacia el chico.

—Deja en paz al chico. Vamos —repitió Ronald.

—No me obligues a hacerlo, pequeño mierda. Venga, quiero oírlo. —Volvió a pegar un navajazo en el brazo del chico.

—¡Basta ya! —El chico alto se retorció contra las ligaduras.

—¿Qué has dicho? —Gilman se dirigió hacia él.

—Es muy pequeño. Haremos lo que nos pida, pero déjelo en paz. —El chico parecía estar sin resuello.

—Si quieres volver a casa entero, chico, te vas a tener que callar ahora mismo.

Y ocurrió justo entonces: en un segundo, el chico rubio pasó de estar bien a no poder respirar. Bajo el mugriento trapo que habían utilizado para vendarle los ojos, el chico luchaba por meter aire en sus pulmones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Warren.

—No puede respirar. Suéltalo. —Ronald dio un paso hacia adelante.

—No lo toquéis. Se pondrá bien. —Gilman extendió un brazo. La punta de la hoja apuntaba directamente al pecho de Ronald—. Si lo tocas, te corto la mano.

—Le ocurre algo malo —susurró Vincent.

—Ya lo vemos, estúpido. Suéltalo —dijo Warren.

—No.

Ahora la respiración era más rápida y superficial y se debilitaba cada segundo.

—¿Dave?

—¿Dave?

Fue todo lo que Ronald pudo retener, el nombre del chico cuando sus amigos le empezaron a llamar y a Timothy Gilman con el brazo extendido y de pie, observando a todos ellos fijamente y con expresión de acabar con ellos si se acercaban.

Entonces vino un largo silencio. El chico se había desplomado contra las ataduras y tenía la cabeza colgando hacia delante.

—Ya hemos acabado —dijo Gilman.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó el más pequeño.
Warren comenzó a desatar las cuerdas.
—No hemos firmado para esta mierda.
—Hazlo sin más —dijo Gilman.
—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Ronald.
—Se viene con nosotros.
—¿Qué vamos a hacer?
—Cállate y arranca la furgoneta.
—Esto no es...
—Cállate de una puta vez y arranca la furgoneta.
Gilman se acercó al más pequeño.
—Acuérdate de lo que hemos hablado.
—¿Cómo está David? ¿Qué le ha ocurrido?
—Tú y tu amigo no digáis nada a nadie. Ni a la policía, ni a tu padre, ni a nadie.
—¿Qué le han hecho?
—Ni a la policía, ni a tu padre, ni a nadie.
—¿Qué le han hecho? —La vocecita se quebró.
—Igual tengo que asegurarme de que te acuerdes.
Lo último que Ronald vio mientras subía a la furgoneta fue el brillo de la navaja de Gilman.

Según cruzó las puertas de cristal del hospital dispuesta a salir, Madison dejó escapar un profundo suspiro. Hasta el momento, cada conversación que había mantenido con Nathan Quinn no había sido del todo franca, y la de hoy no había sido diferente. De alguna forma, en el breve tiempo desde que se habían conocido, habían intentado con determinación ser tan sinceros como cautos, y sus palabras siempre habían estado sesgadas por las circunstancias. Se habían ofrecido respeto y tolerado desaires el uno al otro con igual malestar. Y, oculta en las palabras, había una pesada carga de secretos: Madison lo había entendido por primera vez cuando Quinn sacrificó su posición como pariente más cercano de los Sinclair para defender a Cameron, cuando la fe en su amigo luchaba contra toda evidencia y todo sentido común.

Tras el calor seco del hospital, Madison tembló de frío en el exterior. Quinn le había abierto otra vía y confiaba en que ella la siguiera hasta el final, dondequiera que terminase. Tras las capas de nubes, el sol estaba a punto de ponerse, y Vincent Foley, que estaría observando y esperando, era, para todos los involucrados en el caso, el final del camino.

—Tenemos que protegerlo —le dijo Madison al teniente Fynn. Tenía el motor en marcha y las ventanas estaban ya empañadas.

—Lo tendré en cuenta —contestó él.

—Señor, ¿cuánto tiempo tenemos antes de que alguien sume dos y dos y averigüe en qué casos estábamos trabajando cuando fuimos al Instituto Walters?

—Estoy de acuerdo. Solo digo que no tenemos suficientes agentes como para cubrir todo el terreno. Has visto el lugar: es enorme.

—Lo sé.

—Y tienen un sistema de seguridad medio decente que, esperemos, sea suficiente.

—Claro. Pero el objetivo principal es mantener a los pacientes dentro del recinto, no impedir que entren unos matones profesionales.

—Vamos a tener que ir viendo día a día lo que se puede hacer, Madison. ¿Alguna noticia de Quinn?

—Nada concreto sobre Gilman, para variar.

—¿Le has dicho al doctor que su *Rain Man* particular puede ser un asesino?

—Todavía no. Y Foley no es autista. Tiene un coeficiente intelectual límite y sufre estrés postraumático y sabe Dios qué más.

—¿Piensas hablar con él? Me refiero a si vas a intentar sacar algo de él de alguna manera.

Madison reclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Lo intentaré.

Se oyó un ruido de movimiento de papeles al otro lado de la línea.

—Algo más —dijo Fynn—. ¿Te acuerdas de que Warren Lee tenía una hermana?

Madison rebuscó en su memoria.

—¿La de Tennessee con la que no ha hablado en años?

—La misma. Trece años, para ser exactos. Spencer la volvió a llamar porque, con un poco

de suerte, hace veinticinco años sí podían haber estado en contacto.

—¿En 1985?

—Exactamente.

Madison se incorporó.

—¿Y qué dijo?

—Según lo que ha podido comprobar Spencer, no se llevaban muy bien. Ella opinaba que no traía más que problemas y no lo quería cerca de su marido ni de sus hijos. No obstante, se acuerda de que Lee tenía una novia por aquel entonces. Spencer la está intentando localizar.

—Esas son buenas noticias.

—Te aseguro que eso espero.

Mientras Spencer y Dunne se quedaron analizando los expedientes laborales de Lee y Gray a fin de encontrar posibles conexiones, Madison anotó en su cuaderno la dirección y número de teléfono actuales de la novia. Paula Wilson vivía en Bellevue, al otro lado del lago Washington, y su número de Seguridad Social les decía que era enfermera en una consulta médica.

Cuando Madison la llamó, no se mostró particularmente contenta de desenterrar el lejano pasado, y, sin embargo, no se había sorprendido por la llamada: había visto las noticias y había reconocido el nombre.

—Mi marido volverá pronto del trabajo. ¿Cree que podrá llegar antes de que él regrese?

Madison no se lo pensó; condujo a toda prisa por la I-90 y cogió la salida norte para Bellevue Way.

La vivienda de piedra, de dos plantas, era bonita y quedaba un poco alejada de la carretera en una calle residencial. Madison caminaba por el pequeño sendero de entrada cuando Paula Wilson, de casada Kruger, abrió la puerta y miró por detrás de Madison, como si algo indeseable persiguiera a la detective.

—Creo que no le he causado buena impresión —dijo la mujer mientras Madison tomaba un sorbo de café de una taza de cerámica pintada a mano—. Mi marido sabe todo lo de Warren. Es solo que fue un periodo difícil en nuestras vidas y se enfadaría si yo...

Paula Wilson Kruger era una morena atractiva que aparentaba su edad y que se cuidaba. Madison sabía que tenía cuarenta y siete años, dos menos que Warren Lee. La vivienda y todo su contenido hablaban de una vida familiar estable en un vecindario tranquilo. Estaban sentadas en la sala de estar, en un sofá estampado de tres plazas que hacía juego con las sillas. Madison podía oler el asado de carne en el horno.

—¿Qué me puede contar de Warren Lee? —preguntó Madison con cautela, sin saber adónde iría a parar.

La mujer sonrió brevemente.

—Era muy guapo cuando lo conocí. Era guapo y malo como una serpiente.

Madison tuvo el buen sentido de no interrumpir.

—Tenía veinte años, es todo lo que puedo decir en mi defensa. Conocí a Warren en un centro comercial, me cameló, empezamos a salir y nos fuimos a vivir juntos después de unas semanas. A mis padres no les hizo ninguna gracia, pero yo creía que lo sabía todo.

La mujer dio un sorbo a su café.

—Fueron los peores dos años de mi vida —dijo por fin—. Soy enfermera desde hace tiempo. ¿Lo sabía?

Madison asintió.

—Siempre identifico a las chicas o las mujeres que tienen problemas. No es una cuestión de edad, la verdad. A veces me dejan ayudarlas, otras no. Pero siempre lo puedo distinguir: las que tienen miedo, vergüenza o están tan en el hoyo que no pueden ver más allá. Esa era yo con Warren. Pasamos dos meses geniales y luego las cosas cambiaron. Un día estaba encantador, al siguiente enfadado. Pasado un tiempo, ya ni se molestaba en ser encantador. A veces se volvía violento, pero la mayor parte del tiempo me provocaba miedo, un miedo constante.

—¿Usted trabajaba? ¿Y él?

Madison ya sabía las respuestas, pero quería oír la versión de la mujer.

—Dejé la facultad y me coloqué de camarera en un restaurante en Kirkland. Warren trabajaba a tiempo parcial en un club, pero siempre tenía más dinero del que debía tener. Nunca le pregunté de dónde venía, él tampoco me lo contó.

La mujer vaciló.

—No he visto a Warren en más de veinte años. ¿Por qué le interesa algo que ocurrió hace tanto tiempo?

Madison pensó bien lo que iba a decir.

—Intentamos entender qué tipo de persona era, para comprender lo que le ha ocurrido y por qué. ¿Conoció a alguno de sus compañeros de trabajo?

—Algunos. Gente del club en su mayoría.

—¿Recuerda algún nombre? Conocidos o gente que veía de manera habitual, incluso gente de la que hablase solo de vez en cuando...

La mujer suspiró.

—Me acuerdo de Henry Dee y de su novia Lisa; eran simpáticos conmigo —dijo—. Bill Morris, el otro camarero.

Madison anotó los nombres.

—Richard Lucas y su hermano Paul. —Dudó un momento. Los recuerdos se colaban en su mente como polizones.

—¿Le dice algo el nombre de Ronald Gray? ¿O Vincent Foley?

—No.

—¿En alguna ocasión mencionó Warren el nombre de Gilman? ¿Timothy Gilman?

La mujer acarició con la palma de la mano un cojín del sofá, un cuadrante suave y acolchado bordado con motivos de petirrojos y flores de cerezo.

—Lisa era una chica dulce, era bailarina en el club. No tengo ni idea de qué fue de ella —dijo y se levantó—. Tengo que comprobar el horno.

Madison esperó durante unos minutos mientras Paula Wilson Kruger estaba ocupada en la cocina. Sabía que iba a decirle algo, y si la mujer tenía que encontrar valor y rodearse un momento del confort de la vida que había construido, Madison se lo iba a permitir.

—¿Está muerto? —preguntó la mujer desde la puerta de la cocina—. ¿Está muerto Gilman?

—¿Lo conocía?

—Lo conocí en una ocasión. ¿Está muerto?

—Sí, lleva muerto veinte años.

—Bien. Eso está bien —dijo la mujer.

Ahí estaba: Quinn tenía razón. Se conocían.

—Por favor, hábleme de él.

—Vino a nuestra casa. Había sido él quien le encontró el trabajo del club a Warren, y este hablaba de él todo el tiempo. De las cosas que había hecho. Era como su cachorrito.

—¿Y se lo presentó?

—Sí, con una vez fue suficiente. Vino a recoger a Warren una tarde de junio o julio aquel último verano. Yo ya había oído hablar mucho de él. No entró en la casa, se quedó junto al coche.

—¿Habló con él?

—No. Lo observé a través de la puerta mosquitera. Warren estaba dando vueltas recogiendo sus cosas.

—¿Qué ocurrió?

—Nada. Se quedó ahí sin más, de pie junto a su coche. Había unos chicos jugando al fútbol en la calle. Niños pequeños, de diez o doce años. Se quedó mirándolos.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —respondió la mujer—. Se quedó mirándolos y yo no veía el momento de que se marchara. Él estaba esperando que alguno de ellos tirara el balón un poco demasiado cerca o demasiado fuerte...

—¿Y?

—Nada. Warren salió corriendo de casa y se marcharon.

—¿Vendría a comisaría a firmar una declaración de testigo? ¿Quizá mañana?

La mujer asintió.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Warren?

—El 14 de febrero de 1986.

—¿Todavía vivían juntos en 1985?

—Sí, durante la mayor parte del año. Me fui en verano, volví a casa de mis padres.

—En verano...

—Sí.

—¿Seguía con él en junio de 1985?

—Sí.

—¿Y en julio?

—Sí.

—¿Qué me dice de agosto de 1985?

Paula Wilson Kruger posó la taza de café en la mesita que había entre las dos.

—Lo dejé a finales de agosto —dijo.

—¿Qué ocurrió?

—Cogí las llaves del coche y conduje hasta casa de mis padres en mitad de la noche y nunca volví. Mi padre fue a recoger mi ropa y mis cosas al cabo de unos días.

—¿Qué ocurrió?

—Llegó tarde una noche y dijo que había atropellado a un ciervo.

—¿Un ciervo?

—Llegó muy tarde, después de medianoche. Olía a humo, no de tabaco sino de hoguera, y su ropa estaba muy sucia. Me dijo que la metiera en la lavadora inmediatamente. Sus vaqueros y su camiseta estaban completamente manchados de tierra, barro y sangre. Cuando lo vi me contó que había atropellado a un ciervo y que tuvo que arrastrarlo fuera de la carretera.

—¿Dijo dónde había ocurrido?

—Tenía demasiado miedo como para preguntarle. Nunca le había visto tan asustado y enfadado y pensé que, si lo hacía, saltaría.

—¿Qué hizo usted?

—Le lavé la ropa, volví a la cama y, cuando me aseguré de que estaba dormido, me marché.

—Sé que es imposible recordar los detalles de algo que ocurrió hace tanto tiempo, pero...

—Fue el 28 de agosto de 1985 —dijo la mujer—. Si era eso lo que me quería preguntar.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Hay días que son difíciles de olvidar. Nunca volví. Vino a buscarme, pero no quise verlo. La última vez que vino fue el día de San Valentín, el 14 de febrero de 1986. Para entonces yo ya había vuelto con Martin, mi novio del instituto. Nos casamos año y medio después.

—¿Por qué se marchó esa noche?

El silencio se alargó unos instantes y Madison se encontró a sí misma escuchando por si oía el coche del marido y deseando que no fuesen interrumpidas.

—¿Por qué se fue?

—Porque no era sangre de ciervo —dijo la mujer—. Sabía que no lo era. Y por eso está usted aquí, ¿no?

Nathan Quinn estaba agotado. Su encuentro con la detective Madison lo había dejado exhausto, y, aun así, cuando ella se fue, se puso a caminar de un lado a otro en su pequeña habitación. No soportaba estar tumbado y la habitación era demasiado reducida para contener su nerviosa energía. Tres semanas antes no tenía nada, hoy tenía nombres. Sus nudillos estaban blancos de agarrar el bastón; sabía que tendría que parar pronto, aunque su mente siguiera intranquila y despierta.

Conocían, pues, los nombres. Se sentó en el borde de la cama y apretó el cuarto número de la lista de marcación rápida de su teléfono. Tod Hollis, el investigador jefe de Quinn Locke y asociados, respondió al segundo timbre.

—Warren Lee y Ronald Gray —dijo Quinn—. El tercero está en un psiquiátrico. Nos enteraremos pronto de quién se trata, estoy seguro.

—¿Qué tienes en mente?

—Ir a por todas, buscar cada migaja de información tras la que la policía no tenga tiempo de ir. Gilman escogió a estos hombres, pero alguien lo escogió a él. Alguien de entre los contactos de Gilman es el hombre que ordenó el secuestro.

—Sí, estoy de acuerdo. No creo que se tratara de nadie que le pidiera el encargo sin conocerlo; tienes que haber hecho tratos con anterioridad con un tipo antes de pedirle que secuestre a tres niños.

—Ni Lee ni Gray tienen antecedentes.

—Solo porque alguien no esté fichado no quiere decir que no haya hecho cosas de dudosa ética.

—Si las han hecho, confío en que las encuentres.

—Te mantendré informado.

Colgaron y Quinn volvió al montón de correo que Carl Doyle le había enviado esa mañana. Cogió un sobre de papel grueso con su nombre escrito en tinta negra con una pluma. No tenía escrita ninguna dirección, puesto que el sobre había sido entregado personalmente a Carl por otro socio del bufete, Conrad.

Quinn leyó la tarjeta que estaba dentro, escrita en una caligrafía familiar:

Querido Nathan, me he enterado de que estás superando las expectativas de los médicos y curándote más rápido de lo que anticipaban. Puede que a ellos les sorprenda, pero a mí no: sé de lo que eres capaz, hijo mío. En cuanto te recuperes lo suficiente como para ir a casa, tal vez quieras venir a pasar algún tiempo con nosotros a la finca. Disfrutarás de mucha calma. Grace quiere mimarte y cocinar esa tarta que sabe que tanto te gusta.

Hazme saber si hay algo que pueda hacer con respecto al caso de John.

Cuídate,

Conrad.

«El caso de John». Ningún otro abogado que no fuese Conrad Locke se referiría al asunto de esa manera. Había sido amigo del padre de Quinn, había dirigido un exitoso bufete, y sobre todo, conocía a Cameron desde que estaba en la escuela primaria. Todavía había alguien en el mundo

que lo recordaba como era entonces, y resultó ser una inesperada fuente de alivio. Y nadie más osaría dirigirse a él como «hijo mío».

Quinn no tenía ningún deseo de compañía, e incluso la tarta de arándanos de Grace Locke no le tentaba en absoluto. No obstante, cogió un papel en blanco y comenzó a redactar una respuesta, porque la amabilidad de su amigo y su preocupación exigían una contestación por escrito.

Septiembre de 1985. Nathan estaba apoyado en la barandilla de madera mientras aspiraba el aire salado. Había tenido lugar el funeral de David y, de alguna forma, Nathan todavía andaba y respiraba, aunque había creído que no sería capaz de volver a hacerlo.

Había sido una ceremonia breve, con un rabino que también estaba estupefacto. Se habían reunido todos en el restaurante, que pensaban tener cerrado el resto de la semana.

Los padres estaban en la cocina, mientras el resto permanecía en la sala principal. Nathan se había escapado a la estrecha terraza que corría a lo largo del edificio. «Así que esto es el infierno». Se sentía vacío. Un fotógrafo se había colado en el funeral mientras se marchaban del cementerio, y solo Jack, con un brazo escayolado, había reaccionado y había atacado al tipo con todas sus fuerzas. Todos, incluido Nathan, habían estado demasiado atontados y torpes.

El cielo era de un tono grisáceo, al igual que el agua y a pesar de las nubes, brillante incluso sin sol. Quizá demasiado luminoso. Nathan retiró la mirada de la bahía de Elliot y se quitó la *kipá* de terciopelo que llevaba puesta todavía. No era capaz de volver dentro, todavía no.

—Nathan.

Se volvió y vio a Conrad Locke de pie, con traje y corbata oscuros.

—¿Cómo te encuentras, hijo? —dijo—. Olvidalo. Qué estupidez. ¿Puedo hacerte compañía un momento?

Nathan asintió, y se sentaron en un silencio amigable durante un rato, observando las vistas y a unas gaviotas que hacían lo que podían detrás de un barco de pesca.

Habían transcurrido veinticinco años y Quinn todavía apreciaba que el viejo no intentara hacerle olvidar su dolor. Años después, cuando el bufete de Quinn había acumulado tanto éxito como para necesitar expandirlo, unirse a Conrad Locke pareció el camino lógico que seguir. Locke había pasado la mayor parte de los últimos diez años en San Francisco, medio jubilado y ocupado con su fundación sin ánimo de lucro, y Quinn había dirigido el bufete más prestigioso del noroeste del Pacífico.

Tod Hollis encontraría algo, Quinn estaba seguro de ello. También había muchas cosas que él mismo podía hacer, empezando por la fianza de Cameron y el asunto de la petición de clemencia.

Echó un vistazo a la habitación: los monitores seguían allí, como recordatorios de un tiempo en el que su vida se había medido con un gotero, gota a gota. Esta habitación, tan cómoda como insulsa, fue donde encontró el camino de vuelta a la vida después de aquella jaula metálica afilada del bosque. No tenía ni idea de cómo se mediría el resto de su vida. *Hora de irse a casa.*

Amy Sorensen estaba sentada en la penumbra del laboratorio, estudiando la imagen proyectada sobre la pantalla portátil. Ocupaba casi toda la pared y era un alivio ver algo tan arcaico en un mundo tan dominado por la tecnología digital. No podía ser más sencillo: el trozo de papel recuperado en la Biblia de Ronald Gray había sido cuidadosamente desdoblado, alisado y colocado bajo la aguda lente de un retroproyector.

Amy Sorensen era una firme creyente en la simplicidad, y pensó que lo más importante que podía hacer en aquel momento era simplemente *mirar* el dichoso trozo de papel y ver qué le decía.

Ya sabían que era un tipo de papel común de impresora, del tipo que se compra en cualquier tienda en cajas de cinco mil hojas, nueve kilos de peso, brillo tipo 92US. Bueno para imprimir grandes cantidades a toda velocidad. Para mejores calidades habría que pagar mucho más.

Hasta ahí, todo bien. Alguien, posiblemente Gray, había cuidado con sumo esmero ese trozo de papel durante muchos años; había mantenido la información en papel no plástico y no lo había manoseado demasiado. Quizá sabía que el papel aguantaría, quizá no. A Sorensen le daba igual. Como un arqueólogo de pie al borde de una antigua tumba, simplemente estaba agradecida por aquel hallazgo.

En la pared, iluminado entre la penumbra a su alrededor, aparecía David Quinn en su foto del instituto. Los agudos ojos azules de Sorensen barrieron aquel océano de diminutos puntitos e imperfecciones que formaban los contornos del trozo de papel: era la esquina superior derecha de una página y había sido arrancada formando un triángulo que incluía la foto de Quinn. «*Arrancada* —anotó—, *no cortada*». El borde estaba liso porque alguien había doblado la esquina, había presionado y después había cortado el trozo cuidadosamente. Si hubiesen usado unas tijeras o cualquier tipo de cuchilla, el borde habría estado más que liso, formaría un corte perfecto.

Sorensen cogió una pequeña botella amarilla de batido de chocolate que había sisado de las existencias de su hija y le dio un sorbo largo. La *perfección* era algo que a ella no le gustaba; toda su vida giraba en torno a lo individual, lo único, la anomalía en el patrón. Eso era lo que buscaba ahora.

Un colaborador asomó la cabeza por la puerta.

—Lo barreré en busca de huellas cuando hayas terminado —dijo.

—Vale, gracias —contestó sin desviar la mirada de la imagen proyectada.

—¿Cuándo crees...?

—No estoy segura.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—No, la verdad es que no.

—¿Preferirías si yo...?

—¿Te marchases? Sí, gracias, Nick. Soy mejor en esto cuando estoy sola.

—De acuerdo.

Sorensen volvió a fijar su atención en la luminosa imagen. Había maneras y medios de identificar la impresora y la copiadora, y usaban esos métodos a menudo para rastrear a supuestos terroristas, falsificadores y todo tipo de delitos. No obstante, las técnicas modernas no

servían de nada cuando la imagen tenía veinticinco años y la máquina que la había creado estaba probablemente bajo un montón de chatarra en algún sitio. La idea de que un aparato de plástico y tinta de los ochenta estuviese todavía imprimiendo copias era ridícula, pues cualquiera podía comprarse una nueva por sesenta dólares.

Aunque tenía cierto sentido intentar sacar huellas perdidas en el papel en cuanto fuera posible, Sorensen quería indagar sobre el origen de la página. ¿Quién había sujetado aquel anuario en la fotocopidora y había presionado el botón de comienzo? Si la foto se había utilizado para identificar a uno de los chicos, desde luego merecía la pena indagar en esa línea.

La foto de Quinn no estaba entera. Por la forma del ángulo por donde se había arrancado la esquina, se sabía que se había perdido un pequeño fragmento, un trozo del hombro derecho. También significaba que incluía un pequeño trozo de la esquina superior de la fotografía que había debajo de la de Quinn. Sorensen se inclinó hacia delante, sentada en su silla.

Era evidente que la línea de lápiz alrededor de Quinn había sido dibujada sobre la página fotocopiada, se podía ver todavía la pequeña depresión en la otra cara después de todos esos años. Y aun así...

—¡Dios mío! —se dijo a sí misma mientras cogía una lupa de cabeza y se la colocaba.

Eran pequeñas, pero estaban ahí, y Sorensen pensó en sus propios anuarios y en lo que solía hacer con ellos: pedía que se los firmaran. Se suele escribir en las brillantes fotografías y en los márgenes, se altera para siempre e irreversiblemente la belleza inmaculada del libro con garabatos adolescentes. Ese era el objetivo de ese libro de fotos.

Sorensen cogió su móvil.

Madison conducía de vuelta a la comisaría desde Bellevue. Paula Wilson Kruger le había preguntado por la muerte de Warren Lee y ella había intentado ser sincera sin dar demasiadas pistas; la prensa sensacionalista y la Red ya se habían encargado de entrar en detalles. El tráfico en el puente fluía a la velocidad típica de la hora punta, y estaba a punto de entrar en el túnel cuando sonó su móvil. Apretó el botón del altavoz y dejó el teléfono en el asiento contiguo.

—Madison.

—Soy Sorensen. He estado analizando el trozo de papel. Creo que tenemos algo.

—Continúa.

—¿Sabías que hay una marca de lápiz alrededor del chico y que fue hecha sobre el trozo de papel que tenemos?

—Sí. Lo hicieron antes de arrancar el trozo del resto de la hoja.

—Eso es. Bien, hay otras dos marcas identificables que no son polvo de la fotocopidora o una imperfección del papel.

—¿Marcas de lápiz?

—No. De bolígrafo. Creo que de punta redonda, el clásico bolígrafo..., pero no están en nuestra muestra —dijo Sorensen, y su voz tronó a pesar de la mala conexión—. Son de la hoja *original*.

La mente de Madison, que hasta el momento había permanecido en Bellevue hablando de recuerdos sangrientos, dio un salto hacia delante y la alcanzó.

—¿En el *original*? ¿Quieres decir que si tuviésemos el libro correcto en nuestras manos podrías llegar a encontrar una coincidencia fiable?

Había ruido de estática en la línea mientras Madison conducía veloz entre el tráfico. Se oyó un chisporroteo y tras él un segundo de silencio.

—Sí —dijo Sorensen finalmente—. Ahora voy a hacer copias de seguridad y a sacar huellas.

—Gracias, Amy.

Madison cogió el móvil sin quitar la vista de la carretera y apretó el botón de apagado. Sorensen tenía razón en lo de ir a la caza de huellas latentes, pero no deberían esperar ninguna huella más que la de Ronald Gray, y eso no les sería de mucha ayuda.

Por otro lado, el libro era el camino de miguitas que los conduciría hasta el hombre que había querido señalar a David Quinn para raptarlo y finalmente asesinarlo.

Madison condujo automáticamente mientras sus pensamientos perseguían un mar de números: cuántos anuarios se habían hecho aquel año, cuántos cuadrarían con la marca de Sorensen y cuánto les llevaría buscarlos todos. También estaba otro asunto, no menos importante: quienquiera que hubiese hecho esa fotocopia estaba muy pendiente de la investigación sobre los asesinatos de Warren Lee y Ronald Gray, y simplemente no podían ponerse manos a la obra, llamar a puertas y exigir ver esos libros de hace varias décadas. Masculló un lamento. Tendrían que buscar una muy buena excusa para ir a rastrear en los sótanos de la gente, y no serían docenas, sino cientos de libros los que tendrían que conseguir y comprobar.

Madison miró la hora en el reloj del salpicadero; Fynn estaría todavía en su despacho. Tenían que inventarse una buenísima historia a toda prisa y mentir a toda la opinión pública de Seattle.

Vio un hueco en el tráfico y apretó el acelerador. Dos hombres asesinados a manos de la misma gente; diecinueve golpes incluyendo tres en la cabeza; dos heridas de bala; tres hombres en el circuito cerrado de cámara y veinticinco años en un psiquiátrico. «Uno ha caído, quedan tres». Todo un mar de números.

Una vez sentada a su mesa, Madison marcó el número del Instituto Walters. Incluso antes de que la recepcionista le pidiera que esperara, supo que el doctor Peterson no se había marchado todavía.

—Intentamos encajar todas las piezas de la historia para ver qué nos dicen sobre lo que ocurrió —le dijo—. Pero, por lo que parece, Vincent Foley fue testigo de algo espantoso, algo que su mente no pudo asimilar. Fue testigo porque fue uno de los hombres que formó parte del crimen. No fue una víctima en el sentido de que fuese herido. Y todavía desconocemos hasta qué punto participó en el crimen que se cometió. No obstante, el hecho de que Ronald Gray intentara protegerlo destruyendo todas las pruebas de su casa que pudieran conducir a Vincent y las cosas que le dijo cuando habló con él la última vez indican que Vincent estuvo tan involucrado como él.

—¿De qué delito estamos hablando, detective?

—Secuestro y asesinato de menores.

Madison se imaginó a Peterson en su despacho, la blanca sala de estar de día donde sus pacientes se reunían, los bonitos alrededores por donde paseaban si hacía bueno. Aquella no era una institución para asesinos dementes.

—Los hombres que mataron a Ronald —preguntó Peterson— ¿vendrán también a por Vincent?

—Eso creo —contestó ella—, en cuanto sepan dónde está.

Fynn estaba ya al teléfono con el jefe de división para decidir el tipo de protección que

podían ofrecer a Foley. Madison podía verlo a través del estor de su oficina hablando de pie. Fynn siempre se levantaba cuando estaba enfadado.

—Necesito habla con Vincent, doctor. Cuanto antes, mejor. Mañana, si puede ser.

—Entiendo —contestó él.

Tras colgar, Madison se preguntó si de verdad el doctor entendía y sabía que tendría que preguntar a Vincent por los recuerdos que guardaba sobre haber enterrado a un niño asesinado y sobre la sangre de su ropa. Su licenciatura en Psicología y Criminología resultaba un arma bastante inútil cuando se trataba de «buscar el oro» que hubiera en la cabeza de Foley.

Dunne se acercó, cogió una silla de una mesa vacía y la deslizó hasta acercarse a la mesa de Madison.

—Sabemos cuál fue la dirección de Gilman desde 1978 a 1983 —dijo mientras se dejaba caer en la silla—. La calle East Howell.

—Eso me suena...

—La misma manzana de la pareja que adoptó a Ronald Gray y Foley. Vivían a dos puertas el uno del otro.

—Los conocía —dijo Madison—. Los conocía desde niños.

—Sí.

El pelo rojo de Dunne estaba en un estado constante de rebeldía, aunque lo llevase muy corto; salía disparado por detrás, como si se acabase de levantar de la cama. Se inclinó sobre el respaldo tapizado de la silla y cerró los ojos.

—Vamos a pedir que nos traigan comida —dijo. Por «nos» se refería a Spencer y a él—. ¿Te apuntas?

Madison se dio cuenta de que no podía acordarse de cuándo había comido ese día.

—Desde luego —contestó.

—¿Pizza?

—Con extra de anchoas.

—De acuerdo.

Para cuando Madison se marchó de la comisaría, la tarde se había vuelto desapacible y fría, sin lluvia, pero con un cielo encapotado. Las nubes bajas reflejaban el brillo anaranjado de la ciudad, y el único tramo oscuro era la superficie de agua que había frente a ella en Alki Beach.

Madison ya se había puesto el chándal que guardaba en una bolsa de deportes en el maletero. Se apoyó sobre el coche con una mano y estiró una pierna con la otra, mientras se sacudía la tirantez del cuello. Después repitió la operación con la otra pierna.

Le costó dar los primeros pasos porque sus músculos parecían hechos de cuerda: fríos y rígidos. Siguió corriendo por el borde del agua a la espera de que le viniera el recuerdo del bosque. Por fin llegó y ella lo sintió como un cambio en el suelo que pisaba; la arena dio paso a un sendero resbaladizo, rocoso, bajo una capa fina de tierra. Después llegó el olor a resina y a capas de hojas húmedas. «Ya estamos otra vez».

Durante un instante, Madison sintió el calor de la antorcha de Salinger sobre la mejilla y luego se lanzó hacia delante, corriendo a través del oscuro vacío, su cuerpo en la playa y en el bosque a la vez.

Sus pies se acomodaron al desnivel del suelo y aceleró la marcha. De nuevo sintió al hombre que corría delante de ella y apretó el paso. Ahora la playa había desaparecido por completo y Madison podía oler el bosque a su alrededor y sentir las ramas bajas arañándole el

rostro. El corazón le latía desbocado y una espiral de miedo se enredó con fuerza en sus entrañas. Casi había terminado la persecución y sabía lo que pasaría porque siempre ocurría, y ni el doctor Stanley Robinson ni nadie podían detenerlo.

Alcanzó a Harry Salinger, quien le acababa de contar que había matado a Tommy, se abalanzó sobre él y ambos rodaron sobre la orilla pedregosa del río Hoh. John Cameron estaba desaparecido y Nathan Quinn estaba lejos, en el claro, muriendo lentamente dentro de una jaula de metal.

Se encontró el cuchillo en la mano sin saber cómo había llegado hasta ahí. Le encajaba tan bien como si le perteneciera. No se podía hacer nada más y no había nadie más que pudiera hacerlo. Sin alegría ni rabia, Alice Madison deslizó la cuchilla por la garganta de Salinger y vio el oscuro tajo agrandarse y al hombre convertirse en nada más que un charco borroso de rojo que cubría sus manos.

Madison se despertó bruscamente y se sentó en la cama mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se atragantó al tiempo que se lanzaba al baño y vomitaba lo poco que quedaba dentro de su estómago de la pizza que había comido horas antes con Spencer y Dunne. Insegura, esperó unos segundos para ver si le venía otra oleada. Luego corrió al fregadero, lo llenó de agua helada y hundió la cara en ella.

El corazón le latía a mil por hora, aunque notaba que poco a poco se iba calmando. ¿Qué era lo normal para ella? ¿Era eso lo que esperaba que ocurriera cada vez?

Pensó en sus conversaciones con el doctor Robinson. Era un buen hombre, pero había entendido las cosas al revés: sus episodios de síndrome postraumático no revivían su condición de víctima; en ellos, Madison era una asesina. Y estaba muy segura de que no era posible mantener la placa de detective una vez que le cuentas a tu psiquiatra que sueñas con matar a un sospechoso.

Levantó la cabeza. El agua le caía por la cara y, aunque su corazón se había tranquilizado, sus ojos permanecían alerta y aterrados.

Madison se puso un par de gruesos calcetines que encontró en el suelo junto a las deportivas y se dirigió a la cocina mientras encendía las luces por el camino. La leche helada del frigorífico fue tan calmante como áspera tenía la garganta. Bebió del propio envase. Posó la mirada sobre las sillas de la cocina junto a la mesita, y, con la lucidez propia de las cuatro de la mañana, cuando esa vocecilla habla tan claro que es imposible ignorarla, supo por qué habían dejado a Warren Lee atado como estaba a una silla de cocina bajo los depósitos de agua entre la avenida 35 y la calle Myrtle y con el carné de conducir pegado al pecho.

Se dirigió a la sala de estar y hacia el armario donde su abuelo había guardado un montón de mapas. Madison sabía lo que buscaba, y lo encontró enseguida. La mesa de comedor era suficientemente grande para desplegarlo. Desdoblado el mapa, las yemas de sus dedos encontraron el cruce de dos carreteras. Warren Lee había sido colocado cuidadosamente mirando en dirección noroeste. Todavía podía verlo claramente, ella había estado allí mismo, donde lo habían dejado y donde, de estar vivo, lo habría visto. Ahora sabía el qué: de haber estado vivo, Warren Lee habría estado mirando a siete kilómetros de distancia, al lugar exacto donde, veinticinco años antes, los chicos del río Hoh se habían encontrado con su destino.

El mensaje había estado claro para cualquiera que conociera lo que pasó. «Tu silencio y tu vida; ni se te ocurra pensar en el rescate de Quinn. Como quiera que te hayas enterado, ahí se acaba todo. Aquí se acaba todo. Y Ronald Gray había comprendido el mensaje».

Dejó el mapa sobre la mesa y volvió a la cama. Envuelta en el edredón, con las luces apagadas, se preguntó con qué soñaría Cameron.

De lo que estaba segura era de que había una persona que tendría pesadillas. Pronto iba ella a pasar más tiempo con él. «Alguien se acerca».

Durante todo el día se escuchó el caos de ruidos producido por los golpes sobre las paredes de hormigón de la Penitenciaría del condado de King. A las cuatro de la mañana, más o menos en silencio, el ambiente resultaba tenebroso. En un pabellón donde la población se hacinaba, el silencio nunca era absoluto, ya que los cuerpos de las docenas de reclusos se movían, se retorcían en sus camastros, tosían y de vez en cuando gritaban. No obstante, había unas cuantas horas, siempre demasiado escasas y que siempre pasaban demasiado rápido, en que uno podía casi fingir que estaba en otro lugar y a veces creérselo.

Un guardia caminaba por el pasillo, sus pasos eran anormalmente cuidadosos. John Cameron reconoció al hombre antes de que llegase a su celda. Era Miller, B., intentando ser cuidadoso como mejor podía mientras avanzaba a una hora en la que nadie se movía en el Pabellón D.

Miller llegó a la puerta de Cameron y miró dentro. Cuando cruzaron las miradas y se aseguró de que Cameron estaba despierto, abrió el cerrojo.

La relación de Cameron con los guardias había sido un prodigio de comunicación no verbal, distancia educada por un lado y cautela atenta por otro. En cualquier caso, una visita en mitad de la noche no era ni esperada ni bienvenida, sobre todo teniendo en cuenta que Miller había tratado por todos los medios de ir con cuidado para que todo el pabellón no empezase con el golpeteo ritual de barrotes.

Cameron se levantó y se calzó las zapatillas reglamentarias de cuero negro con cierre de velcro. Se quedó de pie cerca del final de la celda rectangular, de cara a la puerta y observando a Miller sin hostilidad ni preocupación.

Miller esperaba que él tomase una decisión. «Iban a algún sitio. Tenía que decidir si ir o no. Así de sencillo».

Miller dio un paso atrás y Cameron lo siguió por el pasillo. Había poca luz, y quienquiera que los viera pensaría, con mucha razón, que lo mejor que podían hacer era quedarse callados y dejarlos pasar sin aspavientos ni señal de reconocimiento alguno. Si parecía que un grupo de guardias se había llevado a Cameron a un rincón para decirle un par de cosas, qué se le iba a hacer, a veces las cosas funcionaban así.

Llegaron al primer grupo de puertas que los conduciría fuera del pabellón D. Al instante, se abrieron los cerrojos. Fue una sorpresa agradable que el edificio permitiera entradas y salidas reguladas mediante clics y golpecitos por la noche, mientras que durante el día todo era ruidos metálicos.

Era noche cerrada en la penitenciaría y los pasillos pertenecían a las cámaras instaladas en las paredes y los espejos convexos. En algún lugar de la estructura de hormigón, unos ojos cuidadosos vigilaban sus avances por el pasillo de tono verde descolorido, que resultaba muy luminoso comparado con la penumbra de las celdas.

Tras un giro a la izquierda y un tercer conjunto de puertas, mientras dos oficiales de prisiones los miraban al pasar, dejaron atrás todo lo que John Cameron conocía de la prisión y

avanzaron por territorio desconocido.

Cameron y Miller caminaban en compañía el uno al lado del otro, como si el paseo a las cuatro de la mañana fuera parte de una rutina, aunque Cameron era bien consciente de que el guardia medía cada paso que él daba y cada respiración, y si hacía algo tan simple como estornudar, una brigada antidisturbios en traje de faena se materializaría en un nanosegundo. Si dejaba a un lado la irritación que le producía el hecho de estar confinado entre esas paredes, aquello tenía su gracia.

Cameron no tenía ninguna intención de darles la oportunidad de ponerse los cascos antidisturbios y salir en estampida de su sala de guardia. Sentía curiosidad y no tenía miedo, pero si le fueran a causar algún daño, se lo devolvería por triplicado y en bandeja de oro. Semanas antes, mientras se familiarizaba con la disposición del terreno y con la gente que, al menos temporalmente, iba a formar parte de su vida, Cameron había observado a Miller y lo había analizado como un médico analiza una radiografía de rayos X. Era más experimentado y mayor que el resto de sus compañeros, aunque lo que le faltaba en forma física y fuerza lo compensaba con sentido común. Pisaba un poco más fuerte con el pie izquierdo, comía demasiada carne roja los fines de semana y esa noche le dolía la espalda.

Cameron no iba a empezar ninguna pelea, pero podía acabar una y sabía, al igual que alguien sabe cómo envolver un regalo, que, en caso de necesidad, desde donde estaba podía partirlle el cuello a Miller en un par de segundos.

Muchos años atrás, las reflexiones sobre la muerte y sobre matar a alguien habrían sido anotadas con tinta de distinto color a la de sus otros pensamientos. De un tiempo a esta parte, sin embargo, eran todos del mismo tamaño y color, y John Cameron no les daba más importancia que la que le daría a pensar en el clima.

El pasillo daba paso a un vestíbulo hexagonal con una puerta distinta del resto. Otro guardia los esperaba, y entregó a Miller un bulto oscuro. Este asintió y extendió el brazo hacia Cameron: sujetaba un abrigo de invierno de tela vaquera con forro, del Departamento de Correccionales. El otro abrigo de Cameron lo habían dejado en el suelo el día que lo atacaron en su paseo en solitario y no le habían proporcionado otro: tampoco lo había necesitado, ya que no había estado fuera desde el día en que llovió leña.

Cameron dio un paso hacia adelante y cogió el abrigo. Miller se puso el suyo y asintió a la cámara cuyo único ojo estaba fijo en ellos. Un clic le hizo saber a Cameron que se había abierto el cerrojo. Miller puso la mano en la manilla y así, como si nada, salieron al exterior.

El espacio que separaba la pared de la verja metálica era estrecho —un metro ochenta, como mucho—, y ambos lo siguieron hasta la entrada del patio principal. Miller lo abrió con una de las llaves del manojó que tenía en el cinturón, y con un gesto anticuado invitó a Cameron a avanzar.

Cameron se quedó donde estaba.

—Una hora o un poco menos, o te quedarás congelado —dijo Miller, y señaló a cada una de las cuatro torres, una en cada esquina—. Tienen rifles con la mira puesta en ti y seguirán cada salto y cada paso que des. Aparte de eso, disfrútalo bien, es todo tuyo.

Cameron se adentró en el patio y la puerta de verja metálica se cerró tras él. Se dio la vuelta encarando al guardia.

—¿Por qué? —preguntó.

—Es más sencillo hacerlo así que fastidiarles el horario de paseos en solitario a cientos de personas. Por lo que parece, no tienes demasiados amigos aquí, y la mayoría de los reclusos quieren o matarte o hacerte mucho daño. Disfruta del aire fresco.

Miller se alejó y volvió a entrar en el edificio. Sin duda, los guardias de las torres se

mantendrían en contacto por radio.

Cameron se dirigió al centro del patio, tan grande como dos campos de fútbol, dejándose acariciar por el resplandor de las luces de cuatrocientos vatios colocadas en postes de acero de treinta metros de alto. Desde que, el 26 de diciembre, lo habían llevado a esa prisión, no había disfrutado de tanto espacio, de tanto vacío a su alrededor, y el silencio, sin ningún otro ser humano que interrumpiera sus sensaciones, era una auténtica delicia.

El aire gélido le mordía las mejillas y llenaba sus pulmones a intervalos irregulares. Pronto sintió la fría humedad que se colaba bajo todas las capas de ropa. Podía ver los aros blancos de vaho que exhalaba y notó que le temblaba el pecho. Nada de eso importaba mientras miraba hacia arriba. Una persona que nunca ha pasado tiempo dentro de una prisión no puede entender lo que un inesperado y repentino encuentro con el amplio cielo nocturno puede provocar en un hombre que está encerrado.

—TD:4 a TD:3. ¿Estás ahí, D3? ¿Qué está haciendo, Billy? —Oía la voz fuerte y clara a través de los cascos y en la torre en penumbra. William G. White pestañeó mientras colocaba la culata del rifle contra el hombro y observaba por la mira.

—Estoy viendo lo mismo que tú, D4. Está ahí en medio de pie y mirando hacia arriba.

—Lleva ya un rato, D3.

—¿Qué quieres que haga?

—Se tiene que mover pronto o se va a quedar congelado.

—¿Qué te parece una apuesta, D4?

La potente mira y las líneas que la cruzaban viajaban por la espalda de Cameron, hasta el cuello levantado y la cabeza desnuda.

—¿Y si...?

—Aquí TD1. Caballeros, ¿les importaría mantener los ojos abiertos, la boca cerrada y los rifles preparados?

—Recibido, TD1 —contestaron ambos hombres. A solas, cada uno en su torre, pensaban que ese turno al que se habían ofrecido voluntarios por pura curiosidad estaba resultando ser un tremendo aburrimiento.

—Se mueve —dijo en la penumbra una voz, quizá TD3, y los demás se reacomodaron y ajustaron sus posiciones.

John Cameron comenzó un ligero trote a lo largo de la valla de alambre. Esperó a que su cuerpo reaccionara al ritmo de la carrera y que el calor volviera poco a poco a sus miembros, antes de permitirse comenzar a pensar sobre esta extraña e imprevista oportunidad.

Si hubiese pertenecido a la población común de presos, si hubiese sido otro recluso más entre los cientos que utilizaban el patio cada día, no habría tenido la oportunidad de observar los alrededores a conciencia y de medir el lugar. Su atención habría estado fija en los peligros potenciales más que en los puntos clave de la arquitectura del edificio.

El resplandor de los poderosos focos lo mantenía sin dificultad a la vista de aquellos encargados de cuidar de él, pero también iluminaba la estructura alrededor del patio: los seis metros de alto del perímetro de muro que rodeaba por detrás la valla metálica, los tejados de los diferentes pabellones que se extendían ondulantes más allá de la estructura central circular.

John Cameron lo observaba todo y, mientras aumentaba el ritmo, su conocimiento del lugar se grabó en su mente. Lo único que el Departamento de Correccionales había demostrado, sin lugar a dudas, era que no eran capaces de protegerlo, y Cameron no pensaba dejar que se durmieran en su guardia una vez más. Había cedido más o menos a este confinamiento ridículo porque le convenía. Sin embargo, las cosas habían cambiado rápidamente, y una vez Nathan estuviera suficientemente bien como para irse a casa, Cameron también estaba preparado para marcharse de allí.

No habían hablado desde la noche anterior a lo del bosque, pero sabía lo que le diría Nathan; le hablaría sobre llegar a un acuerdo con la fiscalía y sobre conseguir la libertad bajo fianza.

Los pies de Cameron chocaban con fuerza contra el suelo mientras aceleraba y disminuía el ritmo, aceleraba y disminuía, mientras su cuerpo disfrutaba con aquel derroche de energía.

El razonamiento de Nathan siempre seguiría dentro de la ley, pensó, mientras que el suyo propio prácticamente lo forzaría a atravesar aquel perímetro y llegar al otro lado. Al dar la vuelta al circuito pasó delante de la puerta cerrada del patio, y en un suave movimiento se quitó el abrigo, lo dejó caer al suelo y siguió corriendo.

Si se cobraba alguna vida para salir de aquel lugar, lo cual era bastante probable, no podría volver a estar junto a Nathan en la misma habitación nunca más. Sería un fugitivo cuyos ADN y huellas estarían fichados, y aunque nada de eso le preocupaba en exceso, ya que la mayoría de propiedades y activos estaban a nombre de distintas identidades, tendría que deshacerse de su nombre y de su vida pasada en Seattle, porque constituiría un delito que Nathan hablase siquiera con él por teléfono y no lo denunciara a las autoridades.

Cameron sentía las miras de los rifles atentas a sus movimientos como si pudiera verlas. Se imaginó a los hombres que había tras ellas en los oscuros puestos de vigilancia, en mitad de la noche, y se preguntó qué tendría que hacer para que apuntasen y dispararan, cuán alto debería escalar la valla antes de que lo detuvieran.

No tenía ninguna intención de comportarse de una forma tan radical, pero en un futuro próximo se enfrentaría a elecciones inevitables que afectarían a cómo viviría el resto de su vida.

Vio que la puerta lateral se abría y que Miller salía para llevarlo de vuelta a la celda. Eso era lo único que funcionaba en última instancia: en un lugar como la Penitenciaría del condado de King, la forma más rápida de salir era permitir que te abriesen las puertas y salir por ellas.

—Se acabó el espectáculo por esta noche, chicos. —La voz de TD1 sonó a través de los auriculares y los otros hombres dejaron descansar el arma durante un instante, estiraron los entumecidos miembros y luego continuaron la guardia. Debajo de ellos, se extendían los edificios donde más de mil hombres dormían y soñaban, acostados en sus estrechos camastros.

Una vez en su celda, mientras la piel volvía a enfriarse y se adormecía, John Cameron pensó que había escuchado temblar y murmurar a los árboles que rodeaban la prisión en la penumbra. Puede que no los viera, tras el perímetro de pared que lo encerraba, pero sabía que estaban ahí de todas formas.

Vincent Foley envolvía firmemente sus huesudos hombros con una manta. Estaba acurrucado en la cama y de vez en cuando miraba hacia fuera para comprobar si algún rayo de sol bañaba la pared.

La sala de estar blanca del Instituto Walters era el único lugar que le ofrecía algún momento de paz. Deseaba esa luz que inundaba el lugar a través de los amplios ventanales y odiaba las nubes que lo privaban de su única protección.

Intentó con todas sus fuerzas no dormirse de nuevo, porque unas criaturas infernales invadían sus sueños: hombres que se pasaban la noche susurrando y gritando en un hondo hoyo cavado en la tierra. Conocía sus rostros, pero sus nombres se habían perdido a lo largo de los años. No obstante, sus palabras siempre eran las mismas, y, aunque Vincent no podía distinguir ya lo que significaban, en sus sueños se le clavaban como garras en la piel, y durante el día eran el susurro de los árboles que rodeaban el edificio de ladrillo.

Vincent vio caer la primera luz del día sobre sus pinturas en la pared, que se movieron para luego quedarse quietas, mirándolo y esperando a que volviera a hacerse de noche.

Madison abrió los ojos. Había suficiente luz a través de las cortinas como para saber que era de día, pero no la suficiente como para saber si el sol la acompañaría durante el resto de la jornada. Tenía la garganta dolorida de la noche anterior y sabía perfectamente que se había bebido toda la leche que quedaba en el frigorífico. Tendría que conformarse con el zumo de arándanos.

En la cocina, encendió la máquina de café y se bebió el zumo. Su frigorífico estaba cada vez más ruinoso. Volvió a la sala de estar con la taza de café, vio el mapa desdoblado sobre la mesa y se acordó de lo que le había venido a la cabeza la noche anterior, la importancia de la posición de la silla, el mensaje que enviaba a quienquiera que conociera la verdad.

Se hundió en el sofá y puso los pies sobre la mesita, esperando a que la cafeína hiciera su efecto y que su cerebro comenzase a funcionar. Cualquiera que fuese la dirección a la que apuntaban sus pensamientos, parecían dar vueltas y girar para volver siempre a Vincent Foley. Estaba segura de que él había estado allí el 28 de agosto; había visto todo y todo estaba agitando en su empobrecida mente, más allá del alcance de nadie.

Madison había conocido a un buen número de delincuentes dentro y fuera de la cárcel y sabía que los hombres como Vincent, vulnerables en cualquier tipo de interacción humana y línea de trabajo, estaban completamente expuestos en un mundo donde los depredadores imponían sus normas.

Era muy improbable que Vincent hubiera tenido de antemano alguna información aquel día. Probablemente habría aparecido sin más y habría hecho el trabajo que le habían encomendado, siguiendo a Ronald y haciendo lo que se le mandaba. Aun así, podría saber cosas, algo que les pudiera dar un empujón en la dirección correcta.

Madison se acabó el café y se levantó, mientras la plateada y lisa superficie de la bahía se empezaba a divisar a través de las puertas correderas. Era posible que hubiese sido Vincent Foley el que asesinara a David Quinn. Si ese era el caso, ¿qué tipo de justicia se debería aplicar a aquella ruina humana?

Los hombres que habían acabado con Warren Lee y Ronald Gray no estaban interesados en hacer justicia ni en cómo esta se pudiera medir. Madison estaba segura de que habían torturado a sus víctimas para sacarles lo que supieran del secuestro y si se lo habían contado a alguien. Ella luchaba por todos los muertos, por todos cuyas voces habían sido silenciadas, el chico y los que lo habían matado, y esa certeza pesaba mucho en su corazón porque se había arrodillado frente al agujero del bosque y había visto con sus propios ojos el hoyo que había cavado Vincent Foley.

Llegaron al Instituto Walters con sus coches de paisano y sus placas, y el doctor Peterson los acompañó a una confortable sala de visitas. Spencer y Dunne, Madison y Kelly, junto con la psiquiatra consultora del departamento, la doctora Jennifer Takemoto, se reunieron en el espacioso ambiente con vistas al jardín. Peterson tenía aspecto de no haber dormido apenas, y Madison se pudo imaginar el hilo de deprimentes pensamientos que lo podían haber mantenido despierto.

La doctora Takemoto tenía cuarenta y tantos años y vestía como una cuidadosa ejecutiva.

Madison la había visto un par de veces, y estaba contenta de que pudieran contar con su pericia. La había visto ayudar a un aterrado secuestrado a recordar el horror vivido durante cuatro días y mandar al secuestrador a la cárcel de por vida. Si quedaba algún recuerdo de aquella época anterior al Instituto Walters en la memoria de Vincent, ella sería la que lo sacaría a la luz.

—Aquí es donde tendremos la conversación con Vincent —dijo Peterson—. Me han dicho que ha pasado buena noche, todo lo buenas que pueden ser sus noches. También estaré presente durante la entrevista. A él le reconfortará tener a alguien conocido junto a él, y detendré la conversación en cualquier momento que considere necesario si empieza a angustiarse.

La doctora Takemoto asintió.

—Siempre está «angustiado», ¿no es así? —interrumpió Kelly—. Quiero decir, ¿cómo puede saber que lo está más de lo habitual?

Era una buena pregunta.

—Tendrá que confiar en mi juicio. He sido su médico durante muchos años y seré capaz de distinguir cuándo es demasiado.

—Doctor —dijo Madison—, la probabilidad de que le cree mucho estrés y de que ese «demasiado» sea muy pronto es alta, pero necesitamos averiguar lo que sabe, porque, aparte de otras consideraciones, es así como podemos protegerlo.

—Comprendo.

Madison se preguntó si de verdad comprendía y si, llegados a ese punto, él se interpondría entre ellos y Foley. En las doce últimas horas, el doctor había tenido que ajustar un diagnóstico que le había llevado años desarrollar, y, con todo, en la marea de cambios, el único factor inmutable seguía siendo Vincent. La opinión sobre este podría cambiar con cada pedazo de información que consiguieran: no obstante, Vincent no había variado su comportamiento, y el modo en que se relacionaba con el mundo desde que había llegado por primera vez al Instituto. Les gustase o no, él era su constante, el comienzo y el fin de la pesadilla anclada irremediabilmente en aquel funesto día mientras el tiempo había seguido corriendo a su alrededor.

Los detectives salieron a una sala contigua con una ventana de espejo mientras Peterson ponía al corriente a la doctora sobre el paciente. Habían colocado una cámara de vídeo para grabar la sesión tras el cristal. Había mucho de qué hablar, y Madison había instruido a Takemoto sobre lo que necesitaban conseguir de Vincent y sobre los detalles del caso.

Entonces, escoltado por el enfermero que habían conocido antes, Vincent Foley entró en la habitación arrastrando los pies y acaparando toda la atención.

El cielo estaba cubierto, y aunque la luz que entraba por las ventanas era muy tenue, la atención de Vincent Foley se dirigió inmediatamente a ella. Levantó la mano y tocó la ventana, como si el resto de la gente de la habitación no existiera para él.

Llevaba puesto un mono que le caía sobre su delgado cuerpo como un chico que vistiese una camisa de hombre.

—Hola, Vincent —dijo Peterson.

Foley se dio la vuelta, y su penetrante mirada azul fue del doctor a Takemoto sin aparente interés ni reconocimiento, tras lo cual volvió a la vista de la ventana. Cada célula de su cuerpo parecía temblar a medida que sus dedos recorrían el cristal. Tenía las uñas muy cortas.

—¿Cuántos años tiene? —susurró Dunne. Aunque la sala donde se encontraban estaba insonorizada, Dunne no era capaz de hablar más alto. Spencer estaba completamente mudo.

—Cuarenta y ocho —respondió Madison con voz queda.

Todos habían leído el expediente y sabían exactamente la edad que tenía. No obstante, verlo en persona era algo completamente distinto. Kelly había estado completamente callado, pero Madison vio, por la postura que mantenía, que estaba aliviado de ver a Spencer y a Dunne tan espantados de ver a Foley como lo estaba él.

Nunca le había preguntado nadie a Foley las preguntas correctas, porque nadie había sabido cuáles eran.

—Hola, Vincent —dijo Jennifer Takemoto.

Los detectives observaban cómo la psiquiatra empezaba a dirigirse a Foley, hablándole con frases cortas, comentarios amistosos sobre las vistas que no requerían respuesta del paciente, pero que le permitían irse acostumbrando a su presencia. Ahora estaba junto a él, en la ventana; a contraluz contra el cielo oscuro, sus siluetas estaban separadas poco más de diez centímetros. Peterson los vigilaba de cerca y medía cada palabra.

El móvil de Madison vibró dentro del bolsillo de la chaqueta. Fue a cogerlo y, cuando vio quién llamaba, apretó el botón y salió de la sala.

—Madison —contestó.

—Detective, soy Fred —dijo el hombre—. Del FBI.

Madison se permitió una pequeña sonrisa; como si pudiera conocer a algún otro Fred Kamen. Semanas antes, cuando se encontraba en plena guerra contra Harry Salinger, Kamen, uno de los mejores y más inteligentes agentes de la unidad de Ciencias del Comportamiento y Programa de Conocimiento Criminal del FBI, le había brindado un inestimable apoyo. También era un viejo amigo del sargento detective Brown, el compañero de Madison, y eso, más que ninguna otra cosa, lo convertía en un buen hombre. ¿Llamaría por Brown? ¿Se había enterado de que Brown había suspendido la prueba de tiro?

—Señor Kamen, cuánto tiempo. ¿Cómo está?

—Fuera estamos a diez grados centígrados bajo cero, así estoy, detective. —Su tono de voz era más el de un académico de la costa este que el de un agente de la ley.

—Ya veo.

Kamen no perdía el tiempo en charlas intrascendentes.

—Tengo algo sobre la mesa que ha hecho saltar las alarmas por nuestro posible interés y que me lleva a usted.

—¿De qué se trata?

—¿Intentaba cotejar una huella en uno de los casos de homicidio? La víctima era Ronald Gray.

La huella borrosa sobre las baldosas del cuarto de baño de la estación.

—Sí, desde luego que sí. ¿Cómo...?

—Porque coincide con alguien que conocemos desde hace unos años. Peter Conway. Hablamos de crimen organizado.

—¿La mafia? —La mente de Madison repasaba a toda velocidad los distintos escenarios y posibilidades.

—Sí —continuó Kamen—. Su huella ha salido a la luz en dos ocasiones a raíz de unos homicidios conectados con el crimen organizado, la estafa y la extorsión. Nunca bastantes puntos de similitud como para poder probar nada, pero, desde luego, los suficientes como para levantar sospechas.

—¿Cuántos puntos tenemos para mi caso?

—Siete.

Madison suspiró: los tribunales aceptaban que hubiera entre ocho y dieciséis puntos de coincidencia, pero un abogado defensor aplastaría una acusación basada en una coincidencia de solo siete puntos.

—¿Cómo ha conseguido la huella original? —le preguntó a Kamen—. ¿Ha sido Conway acusado alguna vez de algo?

Kamen dudó un instante.

—No, las tenemos gracias a un agente encubierto que nos dio un vaso del cual había bebido Conway. También tenemos su ADN. Esa investigación todavía está en curso: el agente murió en circunstancias sospechosas tres semanas después.

—¿Cosa de Conway?

—Muy posiblemente. Sus huellas no están en el sistema, pero, si aparecen en algún lado, nos interesa.

—Entiendo —replicó Madison—. Señor Kamen, lo que estamos contemplando aquí es un homicidio conectado con un secuestro y un asesinato de hace veinticinco años. El secuestro en cuestión, de tres niños, muy probablemente estaba conectado a amenazas de extorsión en relación con un restaurante. Cuadra con el modus operandi del crimen organizado, y explica por qué Conway apareció en Seattle y comenzó la «operación limpieza».

—Sí. La mayor parte de su trabajo ha sido en la costa este. Es un grupo muy especializado. Me uní a las investigaciones preliminares porque necesitaban un análisis de personalidad; los asesinatos son siempre distintos; no hay patrón que les haga resaltar en la base de datos del Programa de Análisis de Crímenes Violentos. Excepto por un dato, gracias al cual les podemos seguir la pista: utilizan contra la víctima lo que sea que encuentren en el escenario del crimen.

Madison cerró los ojos y se acordó del cuerpo de Warren Lee sobre la mesa de autopsias.

—Sé a qué se refiere. He visto cómo trabajan aquí en Seattle la semana pasada. Y no creo que hayan terminado.

—Madison, a veces las víctimas desaparecen, simplemente. Nada de cadáveres, ni rastro ni pistas.

Jerry Wallace.

—A los testigos y a los chivatos no les suele ir bien. Le voy a mandar todo lo que tengo sobre Conway y su banda —dijo Kamen.

—¿Hay algún otro nombre? ¿Información biométrica de alguno de ellos?

—No están fichados. Lo que tenemos es lo que nuestro agente consiguió antes de que lo mataran.

—¿Cómo ocurrió?

—Fue atropellado en Las Vegas. El coche había sido robado dos días antes y lo encontraron en el fondo de un lago.

—Lo siento.

—Estos hombres llevan tanto tiempo haciendo lo que hacen sin que los pillen porque son extremadamente buenos. Si están en Seattle para poner orden en los asuntos de alguien, es exactamente lo que van a hacer, a menos que se les detenga irrevocable y definitivamente. Les mueve el dinero, y solo eso. Cobran una tarifa muy elevada, pero cumplen sus encargos, lo que sea que les pidan.

—Gracias por todo, señor Kamen. Esperaré el expediente.

Kamen hizo una pausa.

—¿Habla mucho con Brown? —preguntó.

—Algo. También lo he visto.

No sabía si Kamen sabía lo del suspenso, y Madison no quería ser quien se lo dijera.
—Cuídelo —le dijo Kamen.
—Lo haré —respondió ella.

Madison volvió a la salita. Los detectives estaban callados. A través del espejo, veían a Jennifer Takemoto sentada en el suelo de moqueta gris enfrente de Vincent, quien miraba directamente hacia los detectives como si pudiera verlos.

—¿Algo nuevo? —susurró Madison a Spencer.

Él meneó la cabeza.

—Tengo noticias —dijo ella, y les hizo un gesto para que la acompañaran al pasillo.

Nathan Quinn esperaba sentado en el borde de la cama de su habitación del hospital. Los resultados saldrían pronto: los análisis de sangre, los exudados y todo lo demás. En las últimas horas lo habían analizado de mil maneras. El cirujano había examinado la cicatriz de la extirpación parcial de bazo y la había juzgado aceptable, dentro de los parámetros normales, lo que quiera que significara aquello en el mundo real. Y ahora, si todo estaba bien, le darían por fin el alta y le permitirían volver a casa. El doctor Toyne habría preferido que se quedase algún día más, pero no había verdadera necesidad. Mientras continuase con un aumento paulatino en su actividad física, no había razón para que no pudiese continuar su convalecencia en casa.

Miró a su alrededor. No lo iba a echar de menos. No echaría de menos las semanas que había pasado pegado a monitores y vías con goteros. Lo único que echaría en falta, de entre las profundidades de su dolor, era que la morfina le había devuelto a David, y esas breves alucinaciones habían sido tan reales para él como el tacto de la suave sábana de satén entre sus dedos.

Tenía la maleta preparada, y Carl Doyle llegaría en cualquier momento. En breve, el doctor Toyne le daría el alta y por primera vez desde diciembre podría respirar aire fresco. Estaba ya casi fuera de aquel lugar. Lo siguiente sería sacar a Jack.

Nathan Quinn se marchó del hospital con mucho menos dramatismo que cuando llegó. Dio las gracias a los médicos y enfermeras que habían conseguido salvarle la vida todos los días durante las dos primeras semanas, y lo llevaron a la salida en una silla de ruedas. Una vez fuera, se levantó y sintió un cosquilleo de frío en la piel. Se sentía débil y empequeñecido en aquel frío de febrero, pero también peligrosamente expectante. Teniendo en cuenta lo que había sobrevivido, cualquier cosa parecía posible, y, a medida que la verdad se fue presentando poco a poco, Nathan Quinn sintió que casi podía alcanzar el pasado y rodear con su mano la garganta del hombre que había ordenado el secuestro de los chicos.

«Todo a su tiempo», pensó, y se recordó a sí mismo que el doctor le había dicho que su energía y su estado de ánimo estarían llenos de altibajos durante las siguientes semanas. Le había sugerido que hablase con algún terapeuta sobre el trauma sufrido. Ambos sabían que no lo iba a hacer, pero el pobre hombre se sintió obligado a decírselo.

El Lexus, conducido por un chófer, recogió a Quinn y Doyle y así, de pronto, se encontraron camino de la casa de Quinn en Seward Park. Se reclinó, apoyando la cabeza sobre el asiento, y vio pasar la ciudad. Una parte de él esperaba que la peligrosa lucidez que estaba experimentando fuese simplemente una consecuencia de todo lo que su cuerpo y su mente habían tenido que soportar. Otra parte de él, sin embargo, sabía que podía no deberse a eso.

Fue un paseo agradable, porque después de salir de una habitación de hospital cualquier paseo lo es, incluso un tenebroso paseo en coche bajo cielos grisáceos.

La vivienda era una construcción de madera y piedra perfectamente cuidada, con una terraza del estilo típico del noroeste del Pacífico. La pintura exterior, originalmente de un tono gris silíceo, se había transformado en un desleído gris topo por efecto de la lluvia y el salitre.

El conductor llevó las bolsas hasta la puerta. Quinn metió la llave en la cerradura y, cuando saltó la alarma, se sintió de nuevo en casa.

Doyle había estado yendo una vez por semana para echar un ojo a la casa y comprobar el correo. Incluso había llenado el frigorífico la última vez que había ido. No obstante, cuando Quinn alcanzó en medio de la penumbra el cuadro de control de la alarma y fue a pulsar el código, el familiar gesto le resultó extraño, y una ráfaga de viento helado cruzó la oscuridad de la casa.

El conductor se marchó y Doyle cerró la puerta tras él.

Quinn se apoyó en el bastón con la mano derecha mientras contemplaba la estancia que conocía tan bien. Había esperado sentir alivio y, sin embargo, había algo que no le acababa de cuadrar. Una estancia prolongada en un espacio impregnado de olores químicos lo había vuelto muy sensible al inestable equilibrio de olores de su propia casa. Había algo rancio y amargo en aquel ambiente cerrado, algo fuera de lugar.

—¿Estás bien? —preguntó Doyle.

—No lo sé todavía —respondió Quinn.

Se dirigió a la sala de estar, con pasos cautelosos, conseguidos a base de terquedad y determinación, y entonces lo vio: el telescopio Meade semiprofesional que estaba sobre un trípode junto a las puertas correderas que daban al jardín. Quinn se quedó mirando al suelo donde las patas del trípode tocaban el parquet. Años antes había encontrado el lugar idóneo para el aparato y desde entonces no se había movido de ahí. Tres pequeñas marcas en la madera marcaban su posición habitual. Estaba bastante claro que alguien había movido de sitio el trípode, unos veinte centímetros a la izquierda.

—¿Carl? —preguntó Quinn sin darse la vuelta—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has estado aquí?

—Hace cuatro días —contestó Doyle.

—Desde que entré en el hospital, ¿te has acercado alguna vez a este telescopio? ¿Has mirado por él? ¿Lo has movido, quizá?

—No. Generalmente me limito a recoger el correo, tirar la publicidad a la basura y nada más. Ni siquiera me acerco a esa parte de la sala.

—¿Has entrado al estudio?

—No, no tenía ninguna necesidad.

—Tengo que comprobar algo.

Había estanterías cubriendo todas las paredes. En una esquina descansaba un escritorio de caoba sobre el cual, cubierta de una fina capa de polvo, había una lámpara verde de mesa que le recordaba a la biblioteca de su facultad. Nathan Quinn se quedó en el umbral y examinó la habitación. Sus ojos se fijaron en los pequeños y significativos objetos de su vida: bolígrafos, papeles, un marco de fotos de la boda de sus padres, un antiguo reloj de mesa.

Un reloj de arena y tres brújulas del siglo XIX que habían pertenecido a su padre seguían sobre el escritorio, donde él los había dejado. La mirada de Quinn observó los objetos en su conjunto: estaban *casi* donde él los había dejado. Nuestra vida y sus diminutas naderías son un paisaje indistinto para los demás, pero, para cada uno, incluso el detalle más insignificante tiene sus coordenadas exactas y cualquier cambio, por minúsculo que sea, nos resulta evidente.

—Alguien ha entrado en la casa —le dijo a Doyle mientras se dirigía al cuadro de la alarma que estaba colocado en la pared interior junto a la puerta principal. La había instalado hacía siete años y en su momento era de lo más sofisticado.

—No entiendo —dijo Carl—. La alarma estaba puesta, no hay ningún signo de...

Quinn tecleó la clave numérica y una lista de fechas y horas apareció en la pantalla de la alarma. Todas las veces había sido de día o pronto por la tarde.

—¿Son estos los días y horas en que has estado aquí? —preguntó Doyle.

Doyle miró y asintió.

Quinn sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de teléfono que figuraba en la caja de la alarma. Dio su nombre, su clave y un código numérico de ocho cifras.

—Necesito que me envíe por correo electrónico las veinte últimas entradas registradas. Gracias —dijo.

Doyle intentó recordar las últimas veces que había estado en la casa, todas se mezclaban en un borrón de acciones repetitivas y no pudo recordar nada que pareciera faltar, porque nada faltaba.

—Nathan...

—No hay nada que hubieses podido hacer, y no es posible que nadie, excepto yo, lo hubiese notado.

—¿Se han llevado algo?

Quinn miró a su alrededor. Había sido un trabajo casi perfecto porque no habían ido allí a robar, sino a examinar y analizar al enemigo.

—Acompáñame —le dijo a Doyle.

La caja fuerte de acero medía cuarenta por treinta centímetros y estaba oculta tras un panel en el armario de la ropa de casa. Quinn se apresuró a introducir la combinación en el cierre electrónico y abrió la pesada puerta de metal. El contenido de la caja (diversos documentos y algunos joyeros antiguos) parecía intacto. Quinn los sacó, metió la mano y presionó un interruptor oculto que abría un compartimento secreto dentro de la caja fuerte cuyo interior ojeó.

—No han tocado nada —le dijo a Doyle.

—¿Entiendes de qué va esto?

—Eso creo —contestó Quinn.

Sonó una alarma en su móvil. Quinn abrió el correo de la compañía de seguridad: la última entrada del registro era su llegada a la casa, la penúltima indicaba que la noche anterior alguien había inhabilitado el sistema a las 3:10 de la madrugada y había vuelto a conectarlo a las 3:57. Quinn se lo mostró a Doyle.

—Nathan...

—Han borrado la entrada del registro de la alarma en la casa, pero ya había quedado reflejado en la base de datos central. Estuvieron cuarenta y siete minutos dentro y luego se fueron.

De pronto, la casa resultaba diferente.

—No hay nada que hubieses podido hacer —repitió Quinn. Conocía a Doyle lo suficiente como para comprender que estaba tan enojado como mortificado por el hecho de que esta intrusión hubiese sucedido bajo su guardia.

Quinn pensaba rápido.

—Tenemos que considerar la casa como la escena de un crimen —dijo mientras marcaba el número de Tod Hollis.

Tenía que asegurarse de que no se habían llevado nada, pero también de que no hubiesen dejado nada.

Dejaron a la doctora Takemoto y a Vincent Foley y volvieron a comisaría. Alertaron a Sorensen, que seguía en el laboratorio, sobre la posibilidad de que hubiese una coincidencia del ADN de Conway con las muestras recogidas en las escenas del crimen de Lee y de Gray y también informaron al teniente Fynn.

Madison leyó el expediente de Conway en su escritorio. Era un catálogo de brutalidades que había comenzado once años atrás y se había extendido de costa a costa a lo largo del país. Kamen estaba en lo cierto: Conway y su banda habían estado supuestamente involucrados en todo tipo de delitos violentos, y eran muy buenos en lo que hacían.

Madison imprimió las notas de Kamen y recorrió con la punta del dedo la larga lista: asesinato de un testigo en un caso de fraude laboral; asesinato de un capo local; secuestro y asesinato de un camello; sospecha de asesinato de un periodista (víctima no hallada, probablemente muerta); sospecha de asesinato de un hombre importante de Jersey (víctima no hallada, probablemente muerta)... Y así seguía la lista.

No era difícil imaginarse a esos individuos entrando violentamente en la casa de Warren, torturándolo con lo primero que encontraron a mano en la cocina para después dejarlo bajo los depósitos de agua. Madison comprobó la lista de supuestos delitos: los cuerpos se habían encontrado en algunos de los casos, no en otros. Habían querido que la policía encontrase a Lee y a Gray tal y como los dejaron, y en cuanto a Jerry Wallace... Madison esperaba que hubiera otra explicación para su desaparición, aunque albergaba pocas esperanzas. Wallace había sido una especie de Wikipedia andante del crimen de la Costa Oeste. Con razón ellos querían que desapareciese. La recompensa de Nathan Quinn había lanzado al aire una pregunta; estos hombres eran la respuesta.

«Ruego a Dios que sepas lo que haces, Quinn».

Su móvil comenzó a vibrar. Era la doctora Takemoto.

—Detective, solo quería hacerle saber que ya hemos acabado por hoy. Ha sido muy suave para Vincent, pero Peterson detuvo la sesión cuando pensó que se estaba cansando.

—¿Qué opina? ¿Cree que puede recuperar algo de su memoria?

—¿Me está hablando de la mente de Vincent como si fuese un disco duro?

—En cierto modo, así es. Un disco duro deplorablemente dañado y fabulosamente complejo.

—Ya veo. La única persona que interactuaba con él de una manera mínimamente significativa era su hermano. El resto de personas del centro, aunque muy amables, ni siquiera han hecho un poco de mella. Creo que los recuerdos de Vincent se han *dañado* por el trauma, aunque están ahí, pero puede que él no comprenda el significado de lo que ocurrió. Y puede que el único que hubiese podido acceder a esos recuerdos fuese su hermano.

—¿Qué hay de su relación con Ronald?

—El señor Gray era muy leal; lo visitaba a menudo y hablaba con él todo el tiempo. Al parecer podía mantenerlo en calma sin necesidad de recurrir a medicamentos. Me va a llevar un tiempo el conseguir acceder a Vincent, si es que alguna vez lo logro...

Tiempo era algo que no tenían. Madison cerró los ojos. A través de sus párpados, todavía podía sentir el resplandor de la lámpara de mesa.

—Doctora, asumiendo que Vincent sepa algo, cualquier cosa que salga de su boca es oro para nosotros. Peterson dijo que su mente está anclada en ese día, congelada en esas horas. Vamos a necesitar un recuento completo de cada palabra que mencione, porque debemos suponer que todo está relacionado con ese día.

—Le mandaré una transcripción de cada sesión.

—Muchas gracias.

El Instituto Walters estaba rodeado por una bonita verja negra. Dos guardias de seguridad patrullaban los alrededores y otra pareja vigilaba desde dentro, y había enfermeros de carácter agradable y bien entrenados para asegurar que los pacientes no se dañaran a sí mismos o a algún otro. También había puertas con cierres magnéticos y tarjetas de entrada. Sin embargo, todas estas medidas de seguridad no servirían de nada si Peter Conway deseaba entrar.

Madison cerró el expediente y colocó la palma de la mano sobre la cubierta de cartón que contenía aquellos horrores. Había cosas que sí podían y debían hacer: repasar información, ver grabaciones de cámaras de seguridad, rastrear pruebas que habían recogido y que quizá también se pudieran adjudicar a esa banda infernal. Aun así, Madison solo podía pensar en una casa vacía al final de una calle estrecha y en la oscuridad que se colaba, apremiante, por las ventanas.

El móvil de Madison comenzó a vibrar justo cuando repasaba las grabaciones del tráfico durante el secuestro en la estación de autobuses. Reconoció el número.

—Detective. —El tono de voz de Quinn era suave.

—Señor Quinn.

—Pensé que le gustaría saber que han entrado en mi casa anoche y que los intrusos no se han llevado nada. Solo echaron un buen vistazo.

—¿Cómo...? ¿Qué ha ocurrido?

—Volví a casa esta mañana y noté algo raro. Los registros de la compañía de seguridad confirmaron mi sospecha.

Lo primero que pensó Madison era que Quinn había sido dado de alta. Lo segundo fue que nadie en esa casa debería tocar nada. Mejor incluso, debería esperar en su coche mientras ella llamaba a los técnicos de la Científica para que acudieran a realizar un barrido completo de la casa.

—Voy para allá —dijo ella—, y...

—Ya sé. Intentaré no estropear el escenario del crimen.

Kelly se abrochó el cinturón de seguridad al tiempo que suspiraba. Se podría haber quedado en comisaría, pero había decidido ir, y Madison estaba segura, más que nada por curiosidad. Había levantado una ceja cuando ella llamó a Sorensen al laboratorio y él le expresó sus dudas de que ese caso fuera asunto suyo: un mero intento de robo, donde los intrusos habían sido interrumpidos y habían salido antes de llevarse nada. En cambio, era difícil dejar pasar la oportunidad de conocer de cerca a Nathan Quinn, así que ahí estaba él: una silenciosa y hosca presencia que Madison intentaba por todos los medios ignorar.

No era ninguna coincidencia, no era un amago de robo, no era Papá Noel llegando tarde a Seward Park. Eran Conway y su grupo haciendo una visita a Quinn en busca de la única información que no poseían: ¿cómo podía saber Quinn de la existencia de Timothy Gilman?

Madison condujo deprisa bajo un torrente de lluvia. No podía soportar pensar en lo que habría ocurrido si Quinn hubiese sido dado de alta un día antes.

Seattle está rodeada de agua: la larga tira que es Puget Sound hacia el oeste y la amplia extensión del lago Washington al este; agua salada y agua dulce sujetando una franja de tierra en medio.

Al llegar a Seward Park, el sol asomaba entre las nubes, y la repentina luz iluminó todas las gotas de agua que había en el amplio césped que rodeaba la casa de Quinn. Madison aparcó junto a su Jeep. Nunca había estado en su casa: sus encuentros habían tenido lugar en juzgados, comisarías y densos bosques en mitad de la noche. Ir a su casa resultaba casi demasiado ordinario.

Más allá de la cuesta del jardín, el lago Washington golpeaba suavemente la hierba, y un largo embarcadero sobresalía en dirección a la isla Mercer.

Piedra y madera, esculpidas por el Pacífico noroeste. Aunque había casas mucho más grandes en la misma calle, ninguna de ellas era tan impactante.

La puerta se abrió, y ya se mantuvo abierta.

—¿Lo has vuelto a ver desde aquel día? —preguntó Kelly mientras salían del coche.

—Sí. En una ocasión —contestó Madison.

Kelly masculló algo que Madison no pudo entender.

A pesar de la breve luz del sol, el suelo estaba todavía empapado tras días de lluvia. Se limpiaron la suela de los zapatos en la alfombrilla y entraron.

Quinn fue a recibirlos al vestíbulo. Hablaba por teléfono con alguien y en ese momento se estaba despidiendo.

—Gracias por venir, detective —dijo.

Acabaron con las presentaciones tan rápido como lo permitió la cortesía —ya que Quinn no conocía a Kelly— y pasaron a hablar de lo que implicaba irrumpir por la fuerza en una casa con un sistema de alarma de los mejores del mercado.

—¿Cuándo se dio cuenta de que algo iba mal? —preguntó Madison a Quinn.

—El telescopio. Lo habían cambiado de sitio —apuntó—. Y dos pequeños objetos en una estantería de mi estudio.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente.

—Mientras estuvo en el hospital, ¿solo Carl vino a su casa? —Madison se volvió hacia Kelly—. Carl Doyle es el secretario del señor Quinn —explicó.

—Solamente Carl —contestó Quinn—. Y ni siquiera se acercó al telescopio o al estudio.

—¿Y qué hay de los registros de la empresa de seguridad? —Madison era consciente de que Kelly contemplaba a Quinn y las oscuras líneas rojas que marcaban sus facciones como si se tratase de alguna criatura exótica.

—Eran correctos —contestó Quinn—. Borraron el registro de la alarma de la entrada, pero ya había quedado grabado en la base de datos en la central de la empresa.

—¿A qué hora estuvieron aquí?

—Entre las tres y las cuatro de la madrugada de anoche.

—¿Está totalmente seguro de que no se han llevado nada?

—Nada. Estoy totalmente seguro.

—¿Y dejaron algo?

—Hollis ha barrido toda la casa y no ha encontrado nada.

Madison asintió. Recordaba a Hollis del caso Salinger. Si había barrido la casa y no había encontrado nada, significaba que no había nada que encontrar. También quería decir que otra persona había estado en la casa y sus huellas también quedarían grabadas para ser procesadas por la Policía Científica. Ahora estaban de pie en el umbral de la sala de estar, intentando limitar la contaminación del escenario.

—¿Por eso ha esperado a llamarnos? —preguntó Kelly—. ¿Ha barrido la casa primero y ha llamado después?

—Sí.

—Esas no son maneras, abogado.

—En ese momento no sabía siquiera si iba a llamarlos o no —contestó Quinn.

Madison entendió lo que quería decir: si Hollis hubiese encontrado alguna escucha, quizá la habrían dejado y la habrían utilizado para beneficiarse de ella. Habría sido un modo de proceder más peligroso y también el más típico de Quinn.

—Perfecto —dijo Madison.

—¿Entonces, se limitaron a echar un vistazo y se fueron?

—Sí —contestó Quinn.

—A ver si lo entiendo: nuestra pequeña teoría es que todo esto —Kelly señaló la casa a su alrededor con un gesto de la mano— está relacionado con todo el lío que originó su aparición televisiva, ¿no es cierto? Así que si no vinieron por su aparición y por el oro prometido, ¿qué buscaban?

—Información —intervino Madison, y su mirada se cruzó con la de Quinn—. Lo único que a ojos de los asesinos convertía en peligrosa su aparición televisiva: cómo se enteró Quinn de la conexión de Timothy Gilman con el secuestro y quién más lo sabe.

—Eso supongo yo también —respondió Quinn.

Ya habían hablado de ese asunto en el hospital y Quinn tampoco parecía ahora más inclinado que entonces a revelar su fuente.

—¿Está absolutamente seguro de que no se las ingeniaron para encontrar apuntes suyos, documentos o lo que sea más sagrado para usted y que tenga por ahí escondido, lo copiaron y lo dejaron para que usted pensara que no lo habían encontrado?

—Esa información no se puede encontrar por escrito, ya que nunca lo ha estado.

La furgoneta de la Policía Científica aparcó con gran estrépito en el camino de acceso y Quinn fue a recibirlos.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Kelly, y volvió al coche.

Frank Lauren y Mary Kay Joyce entraron llevando consigo sus equipos. Saludaron y comenzaron su barrido y su rastreo exhaustivo.

—Para variar, un allanamiento con robo, qué novedad —comentó Joyce, mirando alrededor—. Por una vez no vamos a necesitar la tabla de registro de salpicaduras de sangre, Madison.

—No te acostumbres —contestó ella.

Madison y Quinn salieron a la terraza y les dejaron trabajando. El tímido sol ofrecía poco calor, y ambos llevaban puestos los abrigos con el cuello hasta arriba.

—No voy a entrar en el hecho de que no nos avisara inmediatamente; sería una pérdida de tiempo —dijo Madison—. Pero esto sí lo debe saber: ¿ha oído hablar alguna vez de un hombre llamado Jerry Wallace?

Madison le contó la llamada telefónica de Kamen sobre Peter Conway y su banda, sobre el informe que tenía en su escritorio y su contenido.

—Tenemos buenas razones para creer que esos hombres son los que fueron a por Lee, Gray

y muy posiblemente Wallace. Estamos a la espera de pruebas que confiamos que relacionen todas las escenas de los crímenes —concluyó.

—¿Y está protegiendo al cuarto hombre?

—Sí, protegiéndolo e *interrogándolo*, tanto como su condición lo permite.

Fue un detalle por parte de Quinn no pedirle que le dejara ver a Vincent Foley. Técnicamente hablando, Foley seguía siendo solo un paciente de una institución psiquiátrica.

—Debo preguntarle por sus padres —dijo ella, adentrándose ligeramente en un territorio desconocido y quizá difícil de navegar.

—¿Qué quiere saber de mis padres? —contestó Quinn sin alterarse.

—En la época del secuestro de su hermano y también antes y después, ¿les escuchó alguna vez mencionar el nombre de Eduardo Cruz, Leon Kendrick o Jerome McMullen?

—No, nunca mencionaron esos nombres, ni una sola vez. Ni entonces ni nunca —dijo Quinn—. Años más tarde, cuando yo trabajaba en la oficina del Fiscal, hice mis propias averiguaciones, leí el expediente y llegué hasta los mismos nombres, aunque no me sirvió de nada.

—Si los hombres que entraron en su casa ayer no encontraron lo que buscaban, es muy probable que vuelvan a por ello —dijo Madison—, y puede que tengan interés en preguntárselo a usted directamente.

—El trabajo que hicieron ayer fue muy profesional, detective. No querían atraer la atención. He estado en un hospital, sin seguridad ni protección, durante el tiempo suficiente como para venir a hacerme una visita, si es que hubiesen querido hacerlo.

—No se tome esto a la ligera, letrado.

La vista era espectacular. A pesar de que hablaban de las cosas más horribles que una persona puede hacer a otra, el agua reflejaba el luminoso cielo durante los breves momentos en que el sol se dejaba ver. Un pequeño barco velero con tres marineros con chalecos salvavidas rojos pasó por delante balanceándose. Sus voces llegaban hasta la terraza.

—Las cosas funcionan así, detective —dijo Quinn mientras seguía al barco con la mirada—. Hay que agitar el árbol para ver qué cae.

—Eso ya lo ha hecho, letrado —dijo Madison.

Durante un instante se estaba ahí fuera, sencillamente en silencio.

—¿Cómo está su compañero? —preguntó Quinn al cabo de un rato.

—Está... mejorando. Despacio.

Sonó el pitido de un mensaje en el móvil de Madison. Lo leyó dos veces: era de Spencer: «*Jerome McMullen podría salir en libertad condicional en siete días*».

—McMullen —le dijo a Quinn—. Está listo para la condicional.

Aquello significaba que la última cosa que querría McMullen era que un secuestro de hace veinticinco años saliera a la luz e hiciera pedazos su ansiada libertad. Significaba que existía un móvil.

Se escuchó un estallido de risa proveniente del barco, que se perdió lentamente.

El resto de la tarde transcurrió rápidamente, mientras los detectives intentaban conectar a McMullen con los asesinatos y continuaban la búsqueda de la banda de Conway. Madison, concentrada en encontrar una conexión entre Gilman y el preso a punto de ser puesto en libertad, examinó registros de condenas antiguas, direcciones, conocidos —todas y cada una de las cosas que constituyen la vida de una persona, lo que nos conecta a la gente que conocemos—. El que Jerome McMullen tuviera un presunto móvil para querer hacer desaparecer para siempre el rastro del secuestro y muerte de Quinn no les servía en absoluto si no podían probar que él lo había ordenado, que había pagado a Gilman para llevarlo a cabo y que, veinticinco años después, se había asegurado de que Peter Conway y sus hombres eliminaran a cualquiera que siguiera con vida y pudiera testificar en su contra.

Madison se levantó y cogió su abrigo. Saldría un momento para comprarse un café en algún lugar cercano y traérselo de vuelta a comisaría. La sala de brigada estaba en calma, dado que todos sus compañeros se habían marchado y el turno actual estaba trabajando en las calles, cumpliendo con su deber de proteger y servir.

El móvil empezó a vibrar.

—Madison —contestó mientras se ponía el abrigo.

—¿Sigues en comisaría?

Brown. Madison sonrió.

—Sí, es uno de esos días. ¿Qué tal le va, sargento?

—Genial —contestó Brown—. Si sigues por ahí, ¿te gustaría que nos encontrásemos en el campo de tiro?

—No se me ocurre otro plan mejor.

—Hasta ahora.

Madison se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y miró por la ventana. Era noche cerrada. El sargento detective Brown la había llamado lo suficientemente tarde como para que ella ya se hubiese marchado, quizá esperando que así fuese. Aun así lo había hecho.

Madison no se hacía ilusiones sobre la situación: si Brown no mejoraba su nivel de tiro hasta el mínimo exigido por el comité examinador, tendría que entregar la placa y ahí acabaría todo. No querría ser un civil dentro del departamento ni pasarse los diez o cuantos quiera que fuesen los años que le quedaran moviendo papeles de un lado a otro de la mesa. Se marcharía. Madison respiró profundamente y se frotó la cara con las manos. Ella no podía permitir que eso sucediera.

El campo de tiro estaba en calma y agradablemente vacío a esa hora de la noche. J. B. Norton, el instructor jefe, ya se había marchado, de lo cual Madison estaba agradecida. Norton era, de todos aquellos que habían enseñado a un ser humano a disparar a otro, el hombre más amable que se pudiera encontrar, pero Brown necesitaba intimidad.

Un aire frío silbaba por las tuberías mientras Madison levantaba la Glock en la posición isósceles modificada de tiro. Alineó la mira con la pistola asida cómodamente con las dos manos

y escuchó su respiración. Cuando exhaló apretó el gatillo y el tiro rasgó el silencio. Se permitió dos respiraciones con el arma bajada y luego repitió la misma secuencia. Sus seis tiros dieron en el centro del blanco y lo desintegraron.

No estaba ahí para presumir, y estuvo tentada de disparar fuera del objetivo a propósito. Se volvió hacia Brown, que estaba recostado contra la pared detrás de ella. El sargento detective Brown, su compañero, quien semanas antes había sido su mejor aliado en la guerra contra Harry Salinger y en las pequeñas batallas diarias de una detective novata en la unidad de Homicidios.

Tenía el mismo aspecto de siempre: camisa inmaculada y corbata elegante, incluso su omnipresente gabardina estaba cuidadosamente doblada sobre una silla cercana. Su cabello rojizo tenía alguna cana más, pero ese era todo el cambio que las últimas semanas parecían haber traído consigo. Madison no se dejaba engañar: el miedo de no ser aceptado para hacer lo único en lo que de verdad eres bueno tenía que ser abrumador, como una mancha de aceite que llegara a cada esquina de la mente de una persona. Lo entendía y no se dejó abatir por ello, así que ambos ignoraron la verdadera razón por la que se encontraban en el campo de tiro. En cambio, hablaron del caso, de las delicias de ser compañera del detective Chris Kelly y de las últimas noticias sobre Cameron en la cárcel.

Iban por la segunda tanda; había empezado Madison y luego Brown había ocupado su lugar. Ahora que ella había terminado, le tocaba otra vez a Brown. Madison observó mientras lo analizaba detenidamente.

Siempre queda más de una herida que el daño puramente físico. ¿Cómo nos cambia el dolor? ¿Cómo afecta al modo en que vivimos dentro de nuestro cuerpo y dentro del mundo en general?

Los disparos de Brown rompieron el silencio del campo. Los ojos de Madison habían seguido la línea de sus hombros, su forma de agarrar el arma —él tendía a una posición de isósceles modificada, al igual que ella— y vio su pecho elevarse y bajar con cada respiración.

Se turnaron durante un rato. Brown había recibido las clases obligatorias de recuperación después de fallar dos veces la prueba el mismo día.

Madison observó el blanco, todavía al fondo. El resultado de Brown estaba en la estrecha línea que separa el fracaso del éxito. Hoy habría aprobado por los pelos: una mínima diferencia el día del examen y suspendería sin ninguna duda.

—¿Qué piensas? —le preguntó él de una forma tan directa que la dejó sorprendida.

No era momento de endulzar la verdad. Madison apretó el botón que recuperaba el blanco y, en la media penumbra, la silueta de papel voló hacia ellos como un torpe espectro.

—Tienes la técnica —comenzó— y también la fuerza y la respiración. En cambio, antes de disparar pones los hombros rígidos.

Brown asintió.

—Continúa.

—Te sobresaltas un poco cuando te quedas rígido. A veces es más que un poco, lo cual afecta a tu puntería.

—He ido mejorando, pero no lo suficiente.

—Sí. Lo veo. Además, lo hiciste mejor hace dos rondas, ahora estás cansado y estás empeorando.

Ambos se apoyaron contra la pared con las orejeras alrededor del cuello y los protectores de ojos sobre la balda. El olor a cordita les quemaba la nariz.

—¿Qué sugieres que haga?

Madison no quería abaratar el momento de sinceridad con una respuesta a medias llena de

psicología barata, ella misma huiría de ese tipo de cosas, y aun así, la solución iba más allá del plano físico.

—No se trata de cómo sujetas el arma o la posición de los pies —comenzó—. Controlas la respiración sin retenerla y lo estás haciendo todo bien.

—Excepto por...

—Lo piensas demasiado. No utilizas la memoria muscular. Cada disparo es como el primero y estás gastando toda tu energía en asegurarte de que todo es correcto. Y lo es. Pero la tensión te está destrozando el cuerpo y apenas das en el blanco.

Madison aspiró una bocanada de aire. Su relación siempre se había basado en la honestidad y Brown, quien mantenía la mirada fija en el blanco bamboleante bajo el aire acondicionado, no le habría hecho la pregunta si no quisiera oír una respuesta sincera.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó al cabo de un momento.

—¿Eres bueno en cálculo mental?

Brown resopló.

—Digamos que no he ido a ningún campamento de matemáticas.

—Perfecto. Lo que necesitas hacer, sargento, es mantener ocupado tu considerable y complejo cerebro con sumas de seis dígitos mientras dejas que la memoria muscular haga su trabajo para dar en el blanco.

—¿Sumas?

—Multiplicaciones si prefieres. Servirá cualquier cosa que evite que la mente esté demasiado pendiente de disparar.

—¿Tú usas ese truco?

—Siempre.

—¿En serio?

—No. Cuando competía me solía poner muy nerviosa y J. B. me lo sugirió.

Ninguno de los dos necesitaba mencionar que la realidad de la calle era completamente diferente. Harry Salinger no les había dado tiempo a contar nada cuando los atacó en la oscuridad.

Madison quitó el seguro y el cargador salió de la Glock en un gesto muy familiar para ella. Trabajaban con un blanco B27 —una silueta humana en negro con las dianas elípticas en blanco—. En el pasado, Madison también había entrenado con un G64, que es una silueta humana con todos los órganos marcados con puntos asignados por orden de importancia vital. Lo había hecho un par de veces, luego lo había dejado y no lo había vuelto a utilizar.

—Volveré mañana fresco y lleno de números —dijo Brown—. ¿Tienes tiempo para tomarte una cerveza?

—Por supuesto —dijo Madison.

Jimmy's era un bar de policías que hacía un pastel de carne que había alimentado y elevado los niveles de colesterol de varias generaciones de ellos. Esa noche no había pastel de carne, pero el chef les había preparado dos ensaladas de pollo con muchos extras, solo para hacerles saber lo mucho que se alegraba de volver a verlos después de tanto tiempo.

Brown y Madison estaban sentados en una mesa apartada de la zona principal, comiendo y bebiendo cerveza de una marca local en sus característicos vasos altos. Habría sido el final de una jornada de trabajo normal.

Madison disfrutaba del silencio entre ellos tanto como de sus conversaciones. Brown no era

muy hablador, y a ella no le importaba. En el caso Salinger se había guardado sus pensamientos para sí y le había permitido a ella llegar a sus propias conclusiones. Al final, ambos habían llegado a la misma teoría, unos quince minutos antes de que a él le dispararan a la cabeza.

—Conocí a Jerry Wallace en 1987 —dijo Brown al cabo de un rato—. Tenía buenos motivos para hacer lo que hacía sin involucrarse en nada peor que el manejo de información. Era un tipo menudo al que se le daba bien hablar con cualquiera de un lado y de otro. Cualquiera de la banda de Conway podría tranquilamente cargar con él bajo el brazo.

Madison dio un sorbo a su cerveza.

—Todo este asunto se remonta al 28 de agosto de 1985, y cada vez que me acerco a entender lo que ocurrió, sucede algo que cambia por completo la teoría que tenía.

Su frustración era evidente. Brown se quedó callado un momento.

—¿Sabes cómo midieron la Gran Pirámide? —dijo por fin.

—¿Cómo dices?

—¿Sabes cómo midieron la Gran Pirámide los antiguos griegos? Es decir, ¿cómo midieron la altura de un objeto inaccesible?

Madison intentaba, sin éxito, establecer alguna relación con el asunto.

—Hay objetos que no se podían medir mediante los métodos convencionales —continuó Brown—. Porque su forma lo hacía imposible.

—No sé cómo lo hicieron.

—Adivinando por la sombra —dijo Brown—. Midieron la sombra que arrojaba el objeto, lo que la sombra medía de largo y ancho.

Madison asintió. «Buscar la sombra». Era la única forma en que podría medir aquel día de agosto y el impacto que había tenido en todas esas vidas. El mal enredado en esa sombra se había extendido durante décadas y había matado o al menos herido a todos los que había tocado.

Nathan Quinn escuchaba cómo el viento agitaba los árboles que rodeaban su casa. Llevaba semanas sin escucharlo. Desde la habitación del hospital no había podido ver cómo se oscurecían y se calmaban las aguas del lago Washington. Era un tipo de privación sensorial en la que los únicos sonidos permitidos eran los golpeteos y pitidos de las máquinas y en la que incluso el silencio poseía una cualidad aséptica. Aspiró el aire frío en la terraza y sus ojos siguieron la forma difusa de la isla Mercer. Este era su hogar.

El allanamiento —del que apenas hacía veinticuatro horas— no era más que otra señal de que la gente adecuada se sentía bajo presión y estaba cometiendo errores. Agradecía esos errores, y, si pensaban visitar la casa de nuevo, se alegraría de conocerlos en persona.

Después de que la detective Madison y los técnicos de la Policía Científica se marcharan, Tod Hollis había vuelto con un conocido que sabía de sistemas de alarma basados en tecnología biométrica, y habían cableado toda la casa. La alarma funcionaba con una combinación de sistemas de reconocimiento del iris y de la huella dactilar, y para cuando los técnicos se marcharon, habría sido más fácil irrumpir en la mansión de Bill Gates al otro lado del lago.

Nathan Quinn nunca había tenido licencia de armas y tampoco había ninguna en la casa. No tenía miedo, y, al mirarse las cicatrices recientes de las manos, no creía que volviera a tenerlo en su vida.

Una vez en el interior, Quinn se sirvió un par de dedos de *bourbon* —el primer alcohol que tomaba en semanas—. Se llevó el vaso consigo mientras subía a la planta superior y luego al ático. Paso a paso. No era tan sencillo como habría deseado, y, cuando llegó a lo más alto, estaba exhausto. Se apoyó en el marco de la puerta, respiró profundamente para serenarse y encendió la luz.

No subía casi nunca. Era una habitación blanqueada, bajo las vigas, llena con montones de cajas y un par de sillones —que eran de sus padres— resguardados del polvo bajo sábanas.

Tomó un primer sorbo de *bourbon* y dejó el vaso sobre la mesa. El calor que sintió en el pecho fue tan imprevisto como bienvenido.

La caja que buscaba estaba en lo alto de un montón. La rodeó con los brazos para levantarla, y al hacerlo cada músculo del cuerpo fue consciente del movimiento mientras la dejaba con cuidado sobre la mesa. Era la única caja del ático que no estaba marcada con un garabato en rotulador negro para identificar sus contenidos, porque no necesitaba hacerlo en absoluto. Quinn tomó otro sorbo. La última vez que la abrió, John Cameron y James Sinclair estaban a su lado. *Las cosas de David.*

Tiró de la cadena que encendía la bombilla desnuda sobre la mesa. Ni siquiera sabía por qué estaba allí, excepto que, sin morfina, no podía ver a David, y le resultaba insoportable pensar que lo único que quedaba de su hermano eran unos restos guardados en un cajón de un depósito de cadáveres.

Retiró la tapa de la caja. Seguía todo allí: el guante de béisbol todavía acunando la bola, el jersey de los Sonics con el número 43 de Jack Sikma, el anuario, la cámara, cuatro conchas, un

trozo de madera de forma extraña que había recogido de Ruby Beach cuando tenía diez años y más objetos y recuerdos que los que podía soportar en ese momento. Volvió a colocar la tapa y comenzó a descender todo el tramo de escaleras. La casa crujía a su alrededor. Eran pequeños ruidos tan familiares como su propio latido. La alarma estaba encendida para el resto de la noche, y una diminuta luz roja brillaba en el cuadro de mandos junto a la puerta de entrada.

4 de julio de 1985. El sol brillaba en lo alto y las voces de los invitados chapoteando en la piscina competían con la música procedente de los altavoces del jardín. David Quinn había salido de entre los árboles y le había hecho un ademán a Nathan, que estaba de pie a un lado hablando con una de las primas Locke, una chica rubia de su edad más o menos. Ahora estaban dentro de la casa, la chica guapa había desaparecido y Nathan, que todavía se sentía culpable por los meses de descuido en el trato, intentaba cambiar el carrete de la cámara de David.

—Está atascado —dijo David—. Lo he intentado, pero temí romperlo...

—No te preocupes, déjame ver. ¿Tienes otro carrete?

—Toma...

El carrete estaba en verdad atascado y Nathan ponía todo su esfuerzo en aparentar que sabía lo que hacía.

—Cuéntame —le preguntó, intentando mantenerlo distraído de la torpeza de sus manos—, ¿cuántas fotos has sacado? ¿Has cambiado la velocidad del obturador como hablamos?

—Sí, he sacado unas cuantas de Jack tirándose de cabeza y de mucha otra gente también: de mamá hablando con una señora, de papá hablando con el señor Locke y otro hombre. De Bobby haciendo el idiota y de un montón de ardillas en el bosque. También de dos ciervos al otro lado de la cerca del lado este.

David la tomó en sus manos y la sostuvo.

—Si hubiera algo... —comenzó a decir—. Si pasara algo serio, algo grave, y te lo contara, ¿me prometerías no contárselo ni a papá ni a mamá?

—Sí —dijo su hermano—. Pero si fuese lo suficientemente serio, entonces tú deberías contárselo. ¿Es algo del colegio? ¿Estás metido en algún lío?

—No, no se trata de mí. Es solo... No sé... —Se encogió de hombros—. Puede que no sea nada.

—Me lo puedes contar.

David miró alrededor: había demasiada gente y podría aparecer cualquiera en cualquier momento.

—Luego te lo cuento.

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

David se marchó y Nathan volvió a buscar a la rubia guapa. Se marchó poco después para juntarse con unos amigos en Seattle. Se perdió los fuegos artificiales junto al lago y nunca tuvo ocasión de hablar con David sobre la llamada telefónica que había escuchado James por casualidad. Al día siguiente por la mañana, se marchó a pasar una semana de vacaciones en las islas San Juan.

Nathan Quinn estaba tumbado en su cama con los ojos cerrados. Había dejado el bastón a un lado. En los libros que había leído de niño, un bastón podía esconder una daga o una espada. El que estaba a un lado de su silla había sido fabricado en China y no contenía nada más que fabricación barata y producción en masa. Si tenía que seguir usando el maldito cacharro, se tendría que comprar algo más apropiado. Uno con una espada camuflada, quizá. Quinn suspiró y esperó que le entrase pronto el sueño, un sueño profundo y vacío. Sintió que la noche lo envolvía, y se dejó arrastrar. Como siempre, le venían recuerdos de una música, el recuerdo de una mano sujetando la suya en medio del dolor. Y durante un instante solo escuchó la canción. Después, todo se sumió en la oscuridad.

Madison se sentó en la cama, con la cabeza abotargada por el sueño y ligeramente desorientada. Su móvil sonaba desde el bolsillo trasero de sus vaqueros, que estaban en el suelo. Se las arregló para encender la lámpara de la mesilla y se lanzó a por él.

Era el sargento Jenner, de la comisaría.

—Aquí tengo un papel que dice que se le avise en caso de cualquier llamada de emergencia desde el Instituto Walters... —dijo.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha llegado una llamada urgente hace once minutos. No sé más que eso.

—Gracias. Voy de camino.

Madison había dormido tres horas desde que dejó a Brown. Tuvo que conformarse con una ducha fría de dos minutos antes de salir de casa, tan solo diez minutos después de la llamada telefónica.

A las tres de la madrugada el tráfico era muy escaso y apenas tuvo que pisar el freno. Una maraña de pensamientos bullía en su cabeza, ninguno de ellos bueno. Una llamada de emergencia podía significar cualquier cosa, desde un infarto a una irrupción en la clínica de la banda de Conway para llevarse a Foley. Intentó localizar al doctor Peterson, pero saltó el contestador.

Madison condujo bajo la llovizna y esperó que no fuera más que una torcedura de tobillo.

El trayecto fue breve, aunque lo suficientemente largo como para poder imaginar todos y cada uno de los peores escenarios posibles.

Madison legó al Instituto Walters, y a través del parabrisas pudo ver que las puertas de la verja de hierro forjado estaban completamente abiertas y que dentro había luces parpadeando a través de los árboles. Intentó subir por el sendero de entrada hasta el edificio principal, pero no consiguió llegar al final: una serie de furgonetas de emergencia aparcadas bloqueaban el camino casi por completo.

Una de las furgonetas de los bomberos pasó a toda velocidad con las luces intermitentes y la sirena a todo volumen. «De acuerdo, no es un tobillo torcido». Madison se acercó, aparcó el coche en el césped y echó a correr. Olió el humo antes de verlo: un olor acre y penetrante que le llenaba la garganta y se quedaba ahí atascado. Llegó al final del sendero y una vez fuera de la arboleda contempló el precioso edificio de ladrillo rojo. «Fuego, el edificio está en llamas». Docenas de personas habían acudido al jardín: médicos y enfermeras de uniforme, pacientes en pijama y camisón, algunos tumbados y atados a camillas con goteros conectados a los brazos...

Los bomberos intentaban apagar las llamaradas que habían tomado el ala este y ascendían por las plantas como un ser vivo enfurecido. El fuego se concentraba en ese lado de la clínica, pero algunos ladrillos de la planta baja se habían chamuscado ya antes, y el agua todavía goteaba donde las mangueras habían librado su batalla.

Madison intentó recordar lo que le había dicho Peterson la primera vez que se vieron. Treinta y nueve pacientes que estarían dormidos, más el personal médico que los cuidaba, el

equipo de limpieza del turno de noche y los guardias de seguridad. Era mucha gente para sacar a toda prisa del edificio.

Un par de personas salieron disparadas por la puerta principal: era un bombero que llevaba a una persona con uniforme de enfermera. Todavía quedaba gente por salir. Madison lanzó un juramento y se encaminó hacia el grupo de médicos y pacientes, esperando encontrar a Peterson entre ellos.

Los bomberos se gritaban instrucciones entre sí mientras dirigían sus mangueras hacia el fuego: un agente y el jefe de bomberos intentaban conseguir un recuento de gente de uno de los doctores para asegurarse exactamente de cuánta gente había en el edificio cuando estalló el fuego. Algunos pacientes gemían y otros estaban sentados en silencio sobre el frío suelo, abrazándose las rodillas con los brazos.

—¿Dónde está el doctor Peterson? —gritó Madison por encima del estruendo.

—Está allí —respondió el médico, señalando en una dirección.

Peterson estaba arrodillado junto a un paciente al que inyectaba algo. Levantó la vista y habló con su ayudante, que estaba con el jefe de bomberos.

—Treinta y dos aquí, tres que hemos mandado a Harborview, dos al Swedish, uno en paradero desconocido.

—¿Y qué hay de los doctores, enfermeras y resto del personal? —preguntó el jefe de los bomberos.

—¿Falta uno? —le preguntó Madison, cayendo de rodillas y ayudándolo a envolver a una anciana en una manta.

—Faltan dos miembros del personal: un médico y una enfermera. El resto han salido ya. — Peterson estaba pálido bajo los manchones de tierra en la cara. Iba de paciente en paciente midiendo el ritmo cardíaco y la temperatura de cada uno.

—¿Falta un paciente? —repitió Madison.

—El personal está todo en el jardín —dijo el jefe de bomberos y señaló a la entrada principal. Dos de sus hombres sacaban a otras dos mujeres con uniforme de enfermera.

—¿Dónde está Vincent Foley? —preguntó Madison a Peterson mientras observaba a la gente que estaba reunida en el césped.

—Nos falta un paciente —dijo el bombero jefe a uno de su equipo, que empezó a apresurarse hacia uno de los coches de bomberos que ocupaba gran parte del aparcamiento.

—No encontramos a Vincent —le dijo Peterson a Madison—. Tendría que haber sido evacuado con el resto de internos de la cuarta planta, pero no está entre ellos. Están todos aquí. El recuento decía que teníamos a todos cuando salimos de esa planta...

—Peterson —dijo ella—. Mire el incendio.

Él se dio la vuelta.

—Está en el lado opuesto a las habitaciones de los pacientes, ¿verdad? Es en sus oficinas, ¿no?

El doctor asintió. Madison señaló las ventanas que estaban al otro lado en la cuarta planta.

—¿Es esa la sala de día?

Él asintió.

—¿Qué suele hacer Vincent cuando está asustado? —Madison se levantó.

—Se esconde —contestó Peterson al cabo de un instante.

Madison le cogió la tarjeta identificativa del cuello sin que él se opusiera.

—Agente. —Madison se acercó a un policía de uniforme que había estado hablando con el jefe de los bomberos—. Soy Madison, de Homicidios. Es muy probable que se trate de un

incendio provocado y que los hombres que lo han iniciado estén todavía en estas instalaciones. Están buscando a un paciente en concreto, que en estos momentos está perdido.

—¿Qué ocurre aquí, detective?

—Podría haber gente aquí que esté buscando hacer daño a alguien. —Se dio la vuelta mirando alrededor a los médicos que corrían de un lado a otro, a otros agentes y a los bomberos —. Estén atentos a cualquiera que no pegue aquí, que no forme parte de ningún equipo de emergencias.

Comenzó a caminar hacia la entrada.

—Llame a mi jefe, el teniente Fynn, de Homicidios. Cuénteles lo que sucede.

—Esto..., qué diablos...

—Departamento de Policía de Seattle. —Madison enseñó su placa a los bomberos, que estaban demasiado lejos para detenerla, y en un segundo se plantó dentro del edificio. Estaba tenebrosamente intacto, oscuro y vacío. Sentía la moqueta empapada bajo sus pisadas, y alguna gota ocasional todavía caía de los aspersores. El aire parecía despejado, bastante limpio, con un ligero toque a humo. Tendría que valer.

Las llamaradas estaban contenidas en el ala este: alguien se había ocupado de eso. ¿Cuánto sabrían de Vincent? ¿Sabrían en qué habitación estaba?

Madison atravesó el vestíbulo, esta vez sin la joven de sonrisa amable, y llegó a la puerta que daba a las escaleras. La luz parpadeante del cuadro magnético de mando estaba verde; tras detectar el fuego, se habían liberado todos los cierres, lo cual está muy bien si quieres salir a toda prisa e incluso mejor si intentas entrar a la fuerza. Empujó la puerta abatible y se encontró en la escalera. Las luces de emergencia estaban encendidas y lo bañaban todo de un pálido tono anaranjado. Madison levantó la vista, echó una rápida ojeada y después se volvió rápidamente contra la pared. No había nadie.

Quitó el seguro y sacó el arma. Los sonidos del exterior quedaban amortiguados por una serie de muros y puertas. No oía nada desde el interior del edificio excepto el sordo pitido de las pilas de las luces de emergencia de las escaleras.

Tendría que empezar por la cuarta planta. Subió las escaleras a la carrera, parándose en seco en cada esquina para asegurarse de que el camino estaba libre antes de seguir. Cuanto más subía, más caliente se volvía el aire. Pasó por delante de la entrada del pasillo de la segunda planta y echó un vistazo a través de la puerta de cristal al pasar. Nadie.

El corazón le latía violentamente cuando llegó a la tercera planta y miró. Nadie tampoco. Madison se detuvo un instante. Si Vincent estaba en algún lado, sería en la cuarta planta. Subió las escaleras con el arma a la altura de los ojos e hizo un recuento rápido de los contenidos de los bolsillos de su chaqueta: una pequeña linterna y una navaja. La radio la había dejado en el coche, olvidada en el asiento. En el tobillo tenía su otra pistola.

Una ventana estalló al otro lado del edificio y Madison se quedó helada. Estaba a tan solo cuatro pasos de la puerta de entrada de la cuarta planta. El sonido provenía del ala este. Se secó la mano derecha en los vaqueros y agarró bien el arma. Intentó no pensar en los endebles blancos de papel de tan solo horas antes, cuando en breve podía tener que disparar contra un ser humano.

Madison miró a través de la ventana de cristal reforzado. Recorrió con la vista el pasillo sin percibir ningún movimiento, tan solo una media luz y el parpadeo de las barras de neón que intentaban encenderse.

Madison estaba ahora muy agradecida de haber estado allí y haber conocido el lugar de día. Se apoyó en un lado de la puerta batiente, con la pistola por encima de su cabeza, y entró. Las puertas de las habitaciones de los pacientes estaban abiertas y el suelo lleno de basura, fruto de

una rápida evacuación.

Habría estado bien poder llamar en alto a Vincent, pero probablemente esa no era la mejor manera de actuar. Madison se agazapó tras un carrito de medicinas, bien pegada a la pared. Repasó su situación, que no parecía demasiado halagüeña. Vincent estaba perdido, todavía podía estar en la cuarta planta o en cualquier otro sitio. Creían que la banda de Conway estaba formada por cuatro hombres: eso eran dos hombres fuera comprobando las caras y otros dos dentro yendo de una habitación a otra. Al menos, eso es lo que ella hubiera hecho.

Madison se levantó. Había cuatro dormitorios entre ella y la habitación de Vincent. El primero estaba vacío, las colchas tiradas en el suelo. El segundo también estaba vacío. La puerta del tercero estaba medio abierta. Madison la empujó con suavidad con la mano izquierda: lo habían abandonado a toda prisa, se veía un cajón todavía medio abierto.

Madison se detuvo al llegar a la puerta de Vincent, que estaba casi cerrada. El haz de luz de las linternas de los bomberos barría el techo del pasillo y el edificio crujía bajo la presión del fuego y las mangueras, pero en aquella zona solo había silencio.

Madison empujó la puerta de la habitación de Vincent con la punta de un dedo y al instante vio un cuerpo encogido en el suelo, junto a la cama. Cayó de rodillas junto a la figura inmóvil.

—Vincent.

El cuerpo estaba mirando en dirección opuesta, y en la penumbra solo pudo ver que el hombre llevaba uniforme.

—Vincent.

Madison buscó signos de vida, pero no encontró ninguno. Giró el cuerpo suavemente y vio el rostro de Thomas Creed, el enfermero de Vincent. Tenía los ojos abiertos y su pecho era un gran manchón rojo.

Madison resistió el impulso de cerrarle los ojos. Llevó los dedos al lugar donde debería sentirse el pulso de la carótida para estar segura. Un disparo en el pecho lo había tirado casi debajo de la cama. *Bajo la cama*. Madison se inclinó y miró. Había una manta hecha un revoltijo bajo el colchón. Vincent podía haber dormido allí, pero ya no estaba. Lo oyó demasiado tarde, una pisada leve que se acercaba y el clic de la puerta cerrándose tras ella.

«Mierda».

Madison se puso de pie y se lanzó con el hombro contra la puerta una fracción de segundo demasiado tarde.

«Mierda».

Miró a través de la pequeña ventanilla de la puerta mientras las sombras se movían en el pasillo y el haz de luz hacía otro pequeño barrido. Notó la oleada de adrenalina en el pecho, como un dolor punzante. Agarró la manilla e intentó abrir la puerta, consciente de que no ocurriría nada, aunque incapaz de contenerse.

«Cálmate, cálmate y piensa. Respira, simplemente respira».

Madison se apartó de la puerta sin darle la espalda en ningún momento hasta que llegó a la pared opuesta y se reclinó contra ella.

«Cálmate y piensa».

El sistema de cerraduras estaba pensado para la seguridad de la gente, esto no era una cárcel. Madison miró el cargador lleno de la Glock. Tendría que salir a tiros. Tenía que acertar en el lugar exacto de la cerradura. Intentó recordar si había cerrojo de seguridad por fuera.

El tiempo se había detenido en su mente como si un minuto fuese un mero segundo. «Voy a salir de aquí». Madison se recompuso: los disparos sonarían mucho en aquella pequeña habitación y su oído podría verse afectado unos minutos. «No hay otra manera», pensó, si quería

salir de allí. Levantó la Glock y apuntó, pero un movimiento en la ventana la dejó helada en el sitio. Un par de ojos la miraban a través del cristal: unos ojos muertos, vacíos como canicas de una muñeca de trapo. Unos ojos que la observaban de arriba abajo mientras alzaba el arma y apuntaba por encima de la cerradura, directamente a la ventana. Los ojos no dejaron de mirar, pero se quedaron fijos en Madison, mientras ella devolvía la mirada y apuntaba el arma directamente hacia ellos. No había ni rastro de vida ni de reconocimiento, ni siquiera un momento de duda. Era un vacío profundo, y el cañón del arma de Madison tembló mientras apuntaba a aquel rostro que apenas distinguía. Una respiración, dos, el corazón desbocado. Los ojos, muertos, vacíos. Y entonces desaparecieron.

Madison disparó tres tiros a la cerradura. Sonaron mucho, tan alto que se sintió aturdida. Al menos ahora, los policías que estaban abajo ya estaban avisados. Ahora sabrían que había problemas. Un incendio provocado y una agente disparando en el edificio. Madison pegó una patada a la puerta con el tacón de la bota y la abrió de par en par. Esos tres disparos fueron como una alarma y, gracias a Dios, se alegró de que todos los agentes que había abajo llevaran chalecos antibalas.

El pasillo estaba vacío a ambos lados y el pitido que oía Madison se imponía al resto de sonidos. El hombre había desaparecido, pero no podría estar demasiado lejos. A mano derecha estaba la puerta que conducía a las escaleras y bajaba hasta el vestíbulo y la entrada principal, donde los policías estarían entrando en tropel con las armas y los ánimos preparados. A la izquierda, posiblemente había más habitaciones de pacientes, la sala de estar y la puerta a la escalera trasera. Madison corrió en esa dirección. Sabían que ella había salido de la habitación. Qué diablos. Probablemente, en la quietud de la noche, los disparos se habrían escuchado al otro lado del lago. El tiempo de ser comedida había terminado por completo. Echó una mirada a la sala de día al pasar, pero el Vincent que se quedaba de pie mirando afuera hacia los árboles no estaba ahí.

Quienquiera que la hubiera encerrado no querría tener que encontrarse con nadie y saludar; de sobra sabrían que había policías en el exterior que a estas alturas estarían entrando en el edificio. Tendrían que conseguir salir a toda prisa.

Madison llegó a la puerta de la escalera trasera, que estaba completamente abierta. No había ningún hueco para ascensor. Tan solo unas simples escaleras para subir y bajar. «Arriba», pensó. No se había fijado que había una quinta planta.

Algo le hizo subir las escaleras en lugar de bajarlas. Quizá fuera la imagen de aquel hombre, Ojos Muertos, que seguramente no querría caer directamente en los brazos de la policía que hubiera entrado en el edificio. No estaba del todo segura, simplemente se vio a sí misma, pegada a la pared siguiendo los pasos que la guiaban al piso superior. Y habría dado lo que fuera por oír algo distinto a los martillazos que retumbaban dentro de su cabeza.

El aire helado le impactó en el rostro. Era una brisa gélida que traía el punzante aroma del fuego cercano. No, pensó, no era una quinta planta, sino el acceso al tejado, y la puerta estaba totalmente abierta.

Escuchó las sirenas de algún vehículo que se acercaba a lo lejos. Los registros altos del sonido buscaban un hueco entre todo el barullo. «Bien. Esa ha sido buena». Necesitaban todas las luces y toda la gente que pudieran encontrar para echar de la clínica a la banda de Conway. Incluso si más gente significaba más personas en el lugar, mejor tapadera para quien quisiera pasar desapercibido.

Un estrecho corredor rodeaba el borde del tejado. El camino estaba despejado. Donde quiera que estuviese, tenía que haber doblado ya la esquina hacia el otro lado. Madison salió: más allá

de la verja, el tejado caía bruscamente hacia el vacío, y el suelo estaba muy lejos.

El tejado formaba un ángulo tal que le impedía ver el pasillo del otro lado, aunque, de igual manera, él tampoco podía verla a ella. Madison recorrió la distancia tan rápido como pudo y dobló la esquina hacia la parte posterior del edificio. Vio dos sombras oscuras corriendo delante de ella a lo lejos, casi en el otro extremo del edificio. Eran dos hombres. Ojos Muertos y un amigo. Madison se pegó contra la pared y siguió, esperando que la penumbra le ofreciese algo de protección. Los hombres se detuvieron y el inconfundible sonido de metal contra metal chirrió en la noche. Demasiado lejos para que cualquiera lo hubiese escuchado desde el jardín, pero suficiente como para despejar la niebla de Madison. Se apoyó sobre la barandilla, entrecerró los ojos y distinguió la silueta de un accesorio metálico, la escalera de incendios, que sobresalía del lateral. Los hombres habían llegado hasta allí y bajaban por la escalera. Madison corrió y llegó a la plataforma justo a tiempo de verlos entre el cuarto y tercer piso.

No le gustaba la idea de bajar tras ellos y ser un blanco perfecto; no obstante, tenía pocas opciones. Masculló una maldición, saltó a la plataforma y luego a las escaleras metálicas sujetando la barandilla con la mano izquierda y la Glock con la derecha, mientras apuntaba a las sombras que se movían con rapidez más abajo. No se trataba de avisarles y que se enteraran, se trataba de alcanzarlos y no ser vista.

Las pisadas de los hombres retumbaban contra el metal y Madison estaba segura de que la habían oído. En pocos segundos, llegarían al suelo. ¿Y entonces qué? Bajó a toda prisa, perdiendo el equilibrio en un par de ocasiones y agarrándose a la barandilla con todas sus fuerzas para evitar una caída.

Madison no quería disparar a ciegas a los hombres que estaban abajo y claramente ellos habían decidido que dispararle a ella era una victoria pequeña comparada con el gran inconveniente de atraer la atención de otros policías.

Los pies de Madison tocaron el suelo. Se giró a toda prisa. Los hombres ya se apresuraban hacia la arboleda.

—¡Alto! —gritó—. ¡Policía de Seattle! —El cañón de la pistola siguió a las siluetas, pero Madison no apretó el gatillo. Estaba demasiado oscuro para distinguir a quién disparaba. Apuntó con el arma al suelo a unos pocos metros y disparó una vez. Solo una pequeña advertencia para avisar a todos de dónde estaba la acción.

Estaba a punto de seguirlos en la oscuridad cuando se detuvo. Su prioridad era Vincent, quien no se encontraba en su dormitorio, quien faltaba del recuento. Madison necesitaba pensar con claridad, y la persecución había conseguido ofuscar su lógica. Su transpiración se estaba enfriando en su piel ahora que se había detenido. Tenía la ropa pegada al cuerpo y el pecho subía y bajaba con cada jadeo. «Vincent». Madison había estado dentro y había visto los dormitorios. Los médicos habían sacado a todo el mundo con cuidado, con recuentos cada poco. ¿Y si...? ¿Y si Vincent se hubiera perdido una vez que todos hubieron salido del edificio, una vez que los médicos se habían relajado un instante porque ya estaban a salvo y venía ayuda en camino? Y el pobre Thomas Creed había vuelto a buscarlo. «Vincent», pensó Madison, con la suciedad bajo las uñas incluso después de habérselas lavado escrupulosamente.

Madison miró a su alrededor tratando de orientarse, recordando la estructura de la clínica y los jardines que había visto desde el despacho de Peterson, y echó a correr.

No tenía ni idea de dónde estaban ahora los hombres ni el resto de gente, pero tenía una idea aproximada de dónde podría encontrarse Vincent. Al torcer la esquina y recuperar el oído, vio que el incendio seguía en pleno apogeo en la primera planta del ala este.

El resplandor del fuego jugueteaba entre las sombras de los abetos, mientras la fría humedad

de la tierra se mezclaba con el humo. En un primer momento, la luz le mostró el sendero que serpenteaba hacia el exterior y se alejaba de la estructura de ladrillo. Tras unos segundos, Madison sacó del bolsillo la linterna y la encendió; no era lo ideal, pero lo primero era saber hacia dónde iba. Mantuvo el haz de luz justo delante de sí. Sus pisadas resonaban altas y claras ahora que había recuperado el oído.

Lo oyó antes de verlo: un revuelo bajo y movimiento a pocos metros de ella. El foco de la linterna dio con Vincent agachado en la tierra, cavando con las manos desnudas junto al arbusto de *Dicentra formosa*. El agujero medía ya más de medio metro de ancho y un cuarto de profundidad. Durante un instante Madison fue incapaz de hablar. El gemido agudo de Vincent se elevaba y palpitaba con cada bocanada de aire que tomaba.

Madison se recompuso.

—Vincent —susurró.

Él levantó la vista y Madison no supo si realmente la veía a ella o cualquier otra cosa a su alrededor. Tenía la cara manchada de tierra, y los grandes ojos azules brillaban con intensidad. Volvió a pasar los dedos por el suelo.

—Vincent —repitió Madison.

No paraba de mover las manos, y el suave sollozo continuó como un cántico.

Madison se volvió hacia el edificio. Unas luces naranjas chisporroteaban a través de las sombras, más apagadas ahora que antes. Los bomberos estaban ganando la batalla. De vez en cuando, algún vehículo, invisible entre los arbustos, pasaba a toda velocidad por el sendero de entrada cercano.

Tenía que tomar una decisión sobre lo que hacer con él ahora que lo había encontrado, y tenía que hacerlo rápidamente.

—No es seguro —dijo ella.

Vincent levantó los ojos y por primera vez su mirada se posó más o menos en ella, la encontró y se centró en ella.

—No, no lo es —respondió—. No lo es.

—¿De quién tienes miedo?

—Del hombre.

—¿Qué hombre?

—El hombre.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé.

El mismo hecho de cavar parecía aliviar su ansiedad, como si esa compulsión fuese liberada. Sin embargo, solo duraba un instante, y aunque seguía comprobando su efecto, no sería suficiente para alejar durante mucho tiempo la oscura maldad que los rodeaba.

—¿Qué estás haciendo, Vincent? —le preguntó Madison.

Ella examinó las sombras circundantes. ¿Era más seguro mantener a Vincent alejado cuando había cuatro hombres buscándolo? ¿Debería cogerlo y meterlo en su coche para conducirlo directamente a comisaría?

—¿Qué haces? —le susurró de nuevo, intentando mantener la conversación y consciente de cada ruido que había a su alrededor.

—Una y otra vez —contestó Vincent con un susurro similar. Su voz aflautada apenas dejaba salir las palabras.

—¿Qué haces una y otra vez?

—Ronald dijo que le pegara.

—¿Eso te dijo?

El débil haz de luz de la linterna de Madison bailó mientras iluminaba el fondo del hoyo cavado.

—¿Qué más te dijo Ronald?

Ronald yacía en un cajón del depósito de cadáveres y no diría nada a nadie nunca más. Madison se sintió como un ladrón sacando pepitas de oro de un hombre que no podía siquiera entender que la única persona del mundo que se había preocupado por él había sido asesinada por protegerlo.

—¿Qué más te dijo? —repitió.

—El camino es la pared —dijo Vincent, cavando y aplastando el perímetro del hoyo.

—¿Cómo dices? ¿El camino? ¿Qué camino, Vincent?

Vincent se detuvo y levantó una embarrada mano derecha que tapó el haz de luz. El dedo índice trazó una línea en el aire entre ellos.

—El camino —dijo.

Y Madison recordó su habitación desnuda y los complicados trazos que recorrían cada centímetro de pared hasta donde él podía llegar.

—¿Los dibujos de tu pared? ¿Es ese el camino?

Madison no podía entender bien lo que significaba o si significaba algo en absoluto.

—¿Qué camino? ¿A dónde lleva?

Vincent cavó y aplastó tierra. Siguió haciéndolo en un patrón de gestos repetitivo. Habló sin levantar la mirada.

—No es seguro. Una y otra vez.

El frío helador de la tierra húmeda se le calaba a Madison en los huesos. Cambió de postura, incómoda, en el suelo, pero se mantuvo cerca de aquel hombre menudo.

¿Le habría dicho Ronald que pegara a David Quinn una y otra vez? ¿Sería así como murió el chico?

A pocos metros de donde se encontraban se oyó el crujido de una rama seca. Madison agarró torpemente la linterna, la apagó y se encontraron de pronto en total oscuridad. Incluso el resplandor del incendio había desaparecido.

Estiró la mano y le tocó a Vincent en el hombro. Ahí seguía. Se puso rígido, pero no se desasíó de su contacto. Madison se colocó más cerca de él y susurró:

—No es seguro, Vincent, como te dijo Ronald. Ahora no es seguro. No hagas ruido. Yo te protejo.

Eran palabras ridículas, inadecuadas, y sonaban extrañas saliendo de su boca.

Madison se agachó junto a Vincent. Le rodeó los huesudos hombros con el brazo izquierdo mientras mantenía el arma con la mano derecha y apuntaba el cañón hacia los ruidos amortiguados que se aproximaban. Alguien paseaba con sigilo entre los arbustos, alguien pisaba con cuidado y no quería hacer demasiado ruido.

Madison pensó en los ojos muertos tras la ventanilla de la habitación y en cómo el hombre ni siquiera pestañeó cuando ella le apuntó con el arma.

Vincent era un manojo de nervios acurrucado junto a ella, temblando de miedo. Los haces de dos linternas parpadearon a través de los arbustos y luego aparecieron, cruzándose y separándose mientras reconocían el terreno irregular, suspendidos en la penumbra.

«Eran dos hombres. No eran policías. No llamaban a Vincent ni a nadie más. No estaban ahí para rescatarlos ni protegerlos».

Si llegaba la ocasión, apuntaría hacia la luz, aunque era probable que las otras manos

llevasen un arma, y el resplandor del estallido les alertaría sobre su posición.

Los hombres se aproximaban despacio y a ritmo constante, a una distancia de dos metros y medio entre ellos. Los alargados haces de luz barrían el suelo y las raíces de los arbustos de hoja perenne, a veces haciendo una pasada rápida a la altura de la cintura.

Apenas hacían ruido, como si hubiesen sido absorbidos por el aire helado que apestaba a humo y los focos inquisitivos de las linternas fuesen lo único que quedaba de ellos.

Vincent gemía. Era un pequeño ruido que resonaba como un disparo en el oído de Madison.

Los haces de luz se detuvieron en un punto, a unos cuatro metros de Madison, quien apuntó al que tenía más cerca. Había esperado que la distancia fuera lo suficientemente grande como para permanecer ocultos, pero esa esperanza iba desvaneciéndose por momentos. Si al final ocurría, si ocurría de verdad, lo único con lo que contaba era con su puntería y su velocidad. «Dispara a la luz. Si te ven, dispara a uno, luego al otro. Esos dos segundos es todo lo que tienes».

E incluso entonces los hombres probablemente tendrían tiempo de disparar también.

Un estallido de ruido y luces proveniente del borde del jardín pilló a Madison por sorpresa. Voces que llamaban en voz alta, gritaban y se acercaban. Médicos, policías, todos buscando al paciente que faltaba. ¿Habrían encontrado al enfermero muerto?

Los dos hombres también los habían oído, y se aproximaron cerrando la distancia entre ellos y andando más rápido directamente hacia Madison y Vincent. Ahora que el jaleo del equipo de búsqueda camuflaba parcialmente el ruido de sus pisadas, ya no necesitaban ir con cautela.

Madison cogió a Vincent y retrocedió unos centímetros, interponiéndose con su cuerpo entre Vincent y los hombres, ajena al ruido que hacían y a los quejidos.

Se oyó el ruido de un coche, un motor acelerando mientras encendía la sirena. Madison siguió retrocediendo. Estaban encajonados entre los hombres y el muro que rodeaba la propiedad, y en pocos metros se encontrarían con la espalda contra la verja de hierro. El equipo de búsqueda estaba empujando a los hombres directamente hacia ellos.

Apareció un coche y se detuvo en el sendero de entrada con el motor encendido. Madison pudo entrever los faros a través de la arboleda. De pronto, las linternas cambiaron de dirección y se alejaron de ellos, y, tras un segundo, las dos puertas del coche se abrieron y se cerraron. El coche, al que no pudo distinguir bien, se alejó deprisa.

Madison soltó a Vincent, que se hizo un ovillo en el suelo tras ella, y buscó rápidamente el móvil en sus bolsillos. La pequeña pantalla cuadrada le iluminó la cara y le dijo exactamente la hora que era. «Las cámaras de tráfico, hay cámaras de tráfico en toda la maldita carretera».

Vincent estaba desplomado contra la verja, abriendo y cerrando las manos entre montones de tierra. Madison se sentó junto a él.

—Ya está —dijo—. Se han ido, los hombres ya se han marchado. Ahora estamos a salvo.

Vincent meneó la cabeza como si Madison no entendiese nada.

—No es nada personal, solo son negocios —dijo él.

Varios policías uniformados del Departamento de Policía de Seattle hicieron un cuidadoso barrido del suelo y no encontraron ninguna huella de los intrusos. Sacaron el cuerpo de Thomas Creed en una camilla antes de que el Departamento de Sanidad y Seguridad pudiera tomar cartas en el asunto y prohibir la entrada hasta que confirmaran los daños que el incendio había provocado en la estructura.

Madison declaró ante un agente de la comisaría Norte, que le confiscó la Glock, un

protocolo estándar cuando se ha disparado un arma, y vigiló a Vincent Foley mientras el doctor Peterson le hacía un reconocimiento y le daba un calmante suave.

La mayoría de los pacientes habían sido repartidos temporalmente entre distintas instituciones y nadie sabía si podrían volver al sitio que todos consideraban su hogar o cuándo podrían hacerlo. Peterson parecía exhausto, prácticamente al borde del colapso. El resto del personal iba de paciente en paciente, intentando sentirse útiles y no pensar en Thomas Creed.

Tal y como se había imaginado Madison, Vincent había sido evacuado con el resto de pacientes y se había perdido después entre la confusión reinante. Creed había vuelto a entrar al edificio en llamas para buscarlo.

—Avisaste de que vendrían —dijo el teniente Fynn. Estaba sin afeitarse y no llevaba corbata.

—No de esta manera —respondió Madison—. Nunca creí... —Hizo un gesto al ala este, completamente ennegrecida y arruinada.

—¿Ha sido Conway?

—Sí. Estoy segura. Vi sus ojos, y no los voy a poder olvidar. Pero cualquier abogado recién licenciado podría conseguir una duda razonable en un juicio: estaba oscuro, había una ventana de cristal reforzado entre nosotros y duró unos pocos segundos.

—Aun así...

—Sí, aun así... ¿A dónde se llevan a Vincent?

—El subdirector va a acompañarlo, y dos oficiales uniformados los vigilarán de cerca. Todavía están buscando un ambiente seguro y apropiado para él. No es que lo podamos dejar sin más en un motel.

Madison asintió.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que te examinen?

Madison se miró. Tenía las ropas embarradas y unos pocos cortes y arañazos de cuando bajó por la salida de emergencia, pero nada que necesitase una cura.

—No, estoy bien, señor. Necesito una taza de café, una ducha y mi arma tan pronto como sea humanamente posible, pero, aparte de eso, estoy bien.

—¿Te ha dicho algo útil Foley?

—Sinceramente, no lo sé. Necesito escribirlo y pensar en ello. Es difícil separar lo que es relevante del resto. Lo que sí sé es que Ronald le hablaba y Vincent retenía parte de lo que le decía.

Madison divisó a Kelly entre los bomberos y policías. No habían hablado, pero él le lanzó una larga mirada sombría desde la distancia, como si, llegados a este punto, de alguna forma pensara que este lío iba a acabar siendo culpa de Madison.

—Es casi de día —dijo Fynn—. Y pareces una muerta vuelta a la vida. Vete a casa, duerme un rato y vuelve a comisaría cuando seas capaz de deletrear tu nombre.

Madison esperó hasta que vio a Vincent subir a la furgoneta de los sanitarios junto con un médico y dos agentes.

—¿Cuántas personas saben a dónde lo llevan? —preguntó a Fynn.

—No tantas como las que sabían que estaba aquí. Vete a casa, Madison.

28 de agosto de 1985. Ronald Gray daba un paso detrás de otro mientras intentaba aferrarse al pequeño reducto de calma y sentido común que le quedaba. El aire era denso, lleno de humedad y del aroma que desprendían la tierra y los arbustos adonde el sol no llegaba nunca. Llevaban un rato caminando, y una sensación creciente de pánico les invadía las entrañas.

Siguieron andando porque no había más alternativa que seguir a Timothy Gilman. Él los había llevado allí, y los guiaría a través de aquella pesadilla.

Había sido ridículamente sencillo apresar a los chicos, que eran como cachorrillos. Pero, incluso entonces, incluso en el momento en que todo tendría que haber resultado sencillo para unos hombres que estaban acostumbrados a aquel tipo de trabajo, había apreciado un destello oscuro en los ojos de Gilman que, Ronald tenía que reconocerlo, le había asustado un poco.

Había observado de cerca a Gilman mientras cogían a los chicos, luego en la furgoneta y en el claro, mientras iba de un chaval a otro, lanzando su particular mezcla de amenazas y maldades. Y durante todo el rato, Ronald estaba seguro, incluso si asustaba y gritaba al pequeño, Gilman había mantenido siempre un ojo en el rubio de pelo rizado. Y cuando eso tan horrible sucedió y el chico se ahogó y dejó de respirar, Gilman lo observó sin pestañear. Casi, pensó Ronald, como si fuese exactamente lo que había querido que ocurriera.

No tenía sentido. Sin embargo, ahí estaban: cuatro hombres caminando en fila en el frondoso bosque del río Hoh. Gilman iba primero, luego Warren Lee, el idiota que sonreía y que había dejado de hacer chistes hacía una hora, luego Ronald y por último Vincent, desconcertado y mudo de miedo. Y Vincent cargaba en sus brazos con el chico muerto. Warren se había negado a hacerlo, pero Gilman se había dirigido a Foley y le había dicho: «Hazlo», y había cogido al chico del suelo enmohecido porque Vincent siempre hacía lo que le decían.

Gilman sabía dónde enterrar el cuerpo. Todo lo que tenían que hacer era llegar allí, cavar un hoyo en la tierra y luego se podrían marchar a casa.

El estómago de Ronald le dolía como si le hubieran llenado el interior con ácido. «Las palas». Todos, excepto Vincent, cargaban con una pala. Ronald anduvo mientras observaba el suelo, todas las hojas medio podridas y las raíces muertas, porque no se atrevía a levantar la vista mientras su cerebro intentaba comprender la realidad de la situación. «Gilman había cargado la furgoneta con tres palas. Había guardado palas en una furgoneta con matrícula robada para ir a atrapar a tres chicos para un simple trabajo de intimidación».

En aquel instante supo qué había visto en aquella mirada de Gilman. Reconoció lo que era: un asesino preparando el escenario, asegurándose de que la víctima elegida caía en el hoyo que él había cavado.

Ronald sintió que el viejo y familiar miedo regresaba como un fantasma mientras el sol se ponía sobre ellos y el bosque se sumía en la oscuridad. Era el temor a ser empujado, zarandeado y forzado por alguien más duro, más frío y más fuerte a hacer algo que no quería. Forzado a pegar a alguien o ser pegado, a herir o ser herido.

El sonido que se escuchó detrás, una repentina bocanada seguida de un chillido de Vincent, los dejó helados a todos. Se dieron la vuelta y vieron que el chico abría los ojos de par en par mientras intentaba respirar, ¡respirar, Dios santo!, tumbado en la tierra húmeda. Y todo lo que Ronald pudo pensar fue: «No, por Dios, no».

Años más tarde, durante todos los que vivió Ronald, pensó cuán diferentes podrían haber salido las cosas si hubiera dicho o hecho algo en aquel momento, cuando Timothy Gilman, sin duda ni vacilación algunas, dio un paso hacia adelante y lanzó la pala a las manos de Vincent.

—Mátalo —dijo.

Más tarde, con las ropas impregnadas de sudor, suciedad y sangre mientras viajaban en silencio hacia Seattle, Gilman salió de la autopista 101, a la altura de Port Angeles, y se adentró en un camino de tierra.

—Nos cambiamos de vehículo —dijo.

Salieron dando tumbos de la furgoneta. Gilman vació una lata de gasolina dentro del vehículo, asegurándose de que cada tela, cuerda y pala estaban bien impregnadas antes de encender una cerilla. Ardió como la yesca. Conducían ya lejos de allí, por zonas recónditas, cuando estalló el tanque.

Ronald no estaba seguro de cómo habían conseguido llegar a casa. Había ayudado a Vincent a desvestirse y lo había metido en la ducha.

—Lávate bien, Vin. Buen chico.

Ronald se había quitado sus propias ropas y lo había metido todo dentro de la lavadora, esperando que se quitaran las peores manchas. Mañana pondría toda la colada en una bolsa de basura y la llevaría al vertedero del centro, uno de esos en un callejón detrás de los restaurantes de moda.

Vincent fue todo el trayecto de vuelta con la cabeza apoyada en la ventanilla del coche, observando la profunda oscuridad y las borrosas luces. No había dicho ni palabra durante horas.

Una vez limpios, Ronald sacó un tarro de helado de fresa del fondo del congelador y se sentaron en la mesa cuadrada de la cocina bajo la barra de luz de neón.

—Toma. —Sacó una bola de la helado, la puso en un bol y se la ofreció a Vincent. Los ojos del hombre más joven no podían fijarse en nada. Su mirada revoloteaba por la habitación y sus manos descansaban temblorosas sobre su regazo. Tenían la marca de tierra y suciedad de cavar la tumba que no se había ido con el baño.

—Toma —repitió Ronald, con una voz más suave de lo que se creía capaz.

Vincent miró el bol como si nunca hubiese visto nada semejante. Tras un minuto lo cogió y se comió el helado.

El reloj de la pared marcaba la una de la madrugada. Los chicos estaban todavía en el bosque, pensó Ronald. El plan había sido que Gilman hiciese una llamada anónima después de enviar el mensaje sobre el pago a cambio de «protección», y así encontrarían a los chicos antes del anochecer. Tres chicos. Ningún daño. Excepto que aquel no había sido el plan en realidad, ¿verdad?

Ronald esperó hasta que Vincent se acostó y pudo escuchar su respiración acompasada, y entonces dejó sobre la mesa el objeto que había salvado de la furgoneta a la que habían prendido fuego.

«Espera, Tim. Me he dejado la chaqueta ahí dentro».

«No tardes».

Se había fijado en que Gilman había escondido un papel bajo la tela y se había dejado la

chaqueta a propósito. Dejó el trozo de papel sobre la mesa de formica. Sabía lo que era y no le sorprendió: una fotografía del chico rubio de pelo rizado rodeada con lápiz.

Abrió la mano y una cadena de oro con una medalla apareció ante su vista, cerca del trozo de papel. Había visto que se le había caído al chico cuando lo habían enterrado y se la había guardado, adelantando ya la culpa, el arrepentimiento y las consecuencias.

Quería beber tan desesperadamente que no dejaba de mirar la nevera donde había tres cervezas frías esperándolo. Todavía no podía, no lo haría, no tomaría ni un sorbo hasta que hubiese conseguido entender lo que había ocurrido y hubiese trazado un plan, porque así estaban las cosas, pensó Ronald, mirando alrededor de la sencilla cocina; completa y totalmente jodidas.

«No soy un asesino de niños». Sin embargo, habían atrapado a tres chicos y asesinado a uno de ellos. El estado de Washington tenía la pena de muerte y no había ninguna duda de dónde caería el peso de la justicia. Ya podía repetir todo lo que quisiera «solo queríamos asustarlos», como un mantra durante todo el camino hasta la silla eléctrica o lo que fuese que utilizaran. Daría igual. La gente haría colas desde Seattle hasta Walla-Walla para celebrar sus estúpidas y miserables muertes.

Gilman se había asegurado de que creyeran que no era más que un trabajo sencillo en un día de verano, nada más que meter el miedo en el cuerpo a unos críos ricos que les dirían a sus papás que pagaran y no contarían nada.

Gilman sabía que no eran unos asesinos de niños, ninguno de ellos, y que la única forma de que eso funcionara era que todos pensasen que había sido un accidente. Mantendrían silencio y él habría cumplido su trabajo.

Ronald se levantó, fue al frigorífico y lo abrió. La cerveza lo miraba con sorna, pero él cogió un refresco y se lo ventiló ahí mismo de pie. Estaba horrorizado por lo que había ocurrido y por su participación. Sentía pena por el chaval, claro está, nadie debería morir así, pero él tenía sus propios y urgentes problemas y ahora su prioridad era proteger a Vincent y a sí mismo. *Vincent*. Ronald aspiró una profunda bocanada en el agobiante calor.

Había cosas que podía y debía hacer, cosas que los protegerían en el peor de los casos, cosas que le permitirían hacer un trato con la Oficina del Fiscal del Condado de King y que evitarían que los enviasen a la silla, si es que llegaban a eso.

Ronald no se hacía ilusiones sobre por qué Gilman les había elegido a ellos tres para el trabajo: habían hecho trabajos similares con anterioridad, no rechistaban si había que usar un poco los músculos cuando era necesario, y eran baratos. Sin embargo, a Gilman lo habría elegido alguien también, alguien le había dado esa fotografía del chico y le había dicho: «Este, los otros no, solo este».

Ronald sabía dónde vivía Gilman y dónde solía tomarse sus cervezas. Lo seguiría como la sombra infernal que era y averiguaría quién había encargado el trabajo. Fuera lo que fuese que había hecho el padre de ese chico, tenía que haber cabreado de veras a alguien que ni perdonaba ni olvidaba.

Sería un comienzo fácil, y Ronald miró el reloj. Eran las 2:17 de la madrugada. El helado del bol se había convertido en una masa rosácea. Cogió una botella de cerveza helada del frigorífico y quitó el tapón.

—Cameron, está aquí su abogado —dijo el guardia Miller. John Cameron lo miró a través de las rejas.

No había recibido ninguna visita desde que había rechazado la conversación con la detective Madison días antes, y ella no había vuelto. Sabía, por sus visitas, que la petulancia no formaba parte de la naturaleza de Madison. Si no lo había visitado, significaba que había estado ocupada y que la investigación avanzaba. Un abogado, de manera indirecta, era un emisario de Nathan.

Cameron se levantó y se acercó a la puerta de su celda.

El guardia Miller dio un paso atrás. Sus paseos de las cuatro de la madrugada a través de la silenciosa prisión y el rato de ejercicio de Cameron en mitad de la noche se habían convertido en una rutina, y, sin embargo, todavía no se había permitido sentirse demasiado cómodo, como un domador que es vapuleado por su fiera porque se ha olvidado de con qué trataba.

El golpeteo empezó inmediatamente, metal contra metal. Si la prisión tuviera alma, aquel sería su sonido. El guardia Miller se aisló como pudo del ruido y condujo a Cameron fuera del pabellón D.

Nathan Quinn recorrió la madera de la mesa con la yema del dedo. La sala de visitas de la penitenciaría era espartana y, al igual que todo el resto de los reclusos, el mobiliario parecía estar allí cumpliendo su cadena perpetua.

Se había vestido con traje y corbata para la ocasión, la primera vez desde la noche en el bosque. A su cliente, Quinn era consciente de ello, no le podía dar más igual cómo iba vestido; no obstante, el trabajo tenía sus obligaciones y su uniforme. *Su cliente*. Quinn no estaba seguro de lo que esas dos semanas de encarcelamiento habían provocado en John Cameron, de cuánto había tenido que replegarse en sí mismo para sobrevivir. Aunque Quinn llevaba esperando este momento durante la mayor parte de su vida, no sabía cómo iban a llevar las cosas a partir de ese momento. Estaban en territorio desconocido. Era su primer encuentro desde que había mencionado el nombre de Timothy Gilman, desde que Cameron había averiguado que Quinn lo sabía y había sabido siempre lo de su primer asesinato y sus razones. Y era la primera vez que Quinn había visto con sus propios ojos lo que Cameron era capaz de hacer: las fotografías de las heridas de Salinger no deberían, no debían ser vistas por ningún jurado. Era obligación de Quinn asegurarse de que el caso no llegara a los tribunales. Por suerte, creía haber recibido las mejores noticias que había tenido en meses.

Oyó abrir el cerrojo y se levantó. Era un gesto pequeño, pero quería que su amigo lo viese de pie, incluso si su bastón descansaba contra la silla.

John Cameron entró en la sala flanqueado por dos guardias y vio a su amigo en la mesa. Cameron pestañeó. Fue el único gesto de emoción que se iba a permitir en aquella prisión, y los guardias se lo perdieron. Quinn no. Conocía de sobra lo que era una prisión y los límites que imponía aquella gris estancia a sus comunicaciones.

Extendió la mano.

—Señor Cameron —dijo.

—Abogado —contestó su amigo mientras le estrechaba la mano—. Me alegro de verte de vuelta al trabajo.

—Soy un milagro médico.

Fue una sonrisa casi imperceptible.

—Desde luego que lo eres —dijo Cameron, y Quinn fue consciente de que su amigo lo observaba, evaluando el precio que había pagado en el bosque.

Sus miradas se encontraron por un instante y ambos supieron que si Cameron hubiese sabido lo que Salinger tenía planeado en aquel momento para Quinn, ahora Cameron se enfrentaría a una acusación de asesinato en primer grado en lugar de a un intento de asesinato, y el trabajo de Quinn sería mucho más difícil. No imposible, pero sí más complicado.

—Soy todavía parte de la acusación en el caso de Salinger como víctima y como testigo, pero actúo de *consultor* en tu caso, y nuestra defensa ha recibido hoy buenas noticias: tres expertos independientes han declarado legalmente demente a Harry Salinger.

—¿En eso se basa su defensa?

—No —contestó Quinn—. Se ha declarado culpable de los cuatro cargos de asesinato, del secuestro de un menor en primer grado y de dos cargos de intento de asesinato.

—¿Cuánto tiempo tardará la apelación?

—La vista para la fianza es dentro de unos días, y estoy negociando con Scott Newton. La declaración de locura de Salinger es un mal golpe para ellos, y no hay nada que puedan hacer. No tiene ninguna gana de ir a juicio: su demandante no causaría buena impresión en los tribunales.

—Un juicio podría tardar mucho —dijo Cameron, y ahí quedó como la declaración de intenciones que era.

Si llegaba a celebrarse el juicio, Cameron tendría que quedarse en prisión esperando que otros viales de lejía le cayeran encima, o quizá el conocido asalto en la ducha. Quinn asintió. Mensaje recibido.

—La vista se celebra dentro de pocos días —repitió, con un tono firme que no admitía réplica. «Te las tienes que arreglar unos días más en la cárcel y te prometo que te saco de aquí. No busques problemas ni tampoco los crees».

Cameron acusó recibo de la promesa de Quinn. Lo haría lo mejor que pudiera.

Había demasiadas cosas que no se podían discutir en una sala de visitas; el engranaje del Departamento de Correccionales rodaba a su alrededor todo el tiempo. Aun así, había un asunto del que no podían evitar hablar.

—Tu llamamiento —dijo Cameron—. Timothy Gilman.

—Sí —contestó Quinn sin quitar la vista de su amigo—. Un hombre violento que tuvo una muerte adecuada en una trampa de cazadores.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—Mucho tiempo.

—Nunca compartiste esa información.

—No.

—Hasta ahora.

—Ahora el caso avanza.

Cameron no perdía nota. Quinn no hablaba en general. Había detalles; nombres, hechos y números de expediente.

—¿Qué me puedes contar?

—Puede que tengamos tres nombres.

Gilman y sus colegas.

—Dos han muerto hace poco. Uno sigue vivo.

Era una triste ironía que, en el preciso instante en el que finalmente podían haber hablado sobre lo que ocurrió el 28 de agosto de 1985, las restricciones impuestas por las circunstancias lo hacían totalmente desaconsejable.

—Es un comienzo —dijo Cameron—. Es un comienzo.

Estar allí sentados y hablar con acertijos parecía un absurdo, aunque no más que muchos otros aspectos de su amistad.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Quinn, consciente de lo ridícula que sonaba la pregunta.

Cameron forzó una medio sonrisa y por primera vez pareció él mismo.

Quinn asintió.

—Solo unos días —le dijo.

Mientras salía de la cárcel por la zona para visitas, Quinn hizo una rápida llamada a su chófer, quien aguardaba cerca, ya que la normativa prohibía que esperara en el aparcamiento durante la visita. Decidió que tendría que volver a conducir él mismo pronto. Tendría que volver a una vida que fuese normal para él lo antes posible. Y por primera vez en su vida, se preguntó qué era normal para él y si todavía ese vocablo significaba algo.

Noviembre de 1985. Nathan no había vuelto a la costa este después el funeral de David. Se había quedado en Seattle cuidando de sus padres mientras la realidad se había ido amortiguando hasta convertirse en un duelo gris e interminable sin alivio alguno. La policía hacía lo poco que podía y sentía una presión constante en el pecho que no le dejaba respirar.

Los Cameron estaban intentando vender la casa para mudarse al barrio de Laurelhurst. Querían crear nuevas experiencias y recuerdos para Jack en un sitio que no tuviese relación alguna con su vida anterior al 28 de agosto y a Jackson Pond.

Nathan se había ofrecido voluntario para cuidar a Jack aquella tarde de sábado, para que sus padres pudieran preparar la mudanza. Era un día soberbio de otoño y le apetecía ver una película, tomarse un helado y una pizza, si es que al chico le apetecía.

Jack parecía haberse recuperado bastante bien físicamente, los cortes en los brazos y la mano parecían cicatrizar según lo esperado. Sin embargo, ni él ni Jimmy habían hablado en serio sobre lo que ocurrió. Y, al ver al pequeño y frágil muchacho, Nathan percibió pequeños cambios, arraigados como raíces que se hundían en la tierra blanda, y algún que otro ramalazo de furia esporádico que Jack, siempre consciente de la preocupación de sus padres, se apresuraba a ocultar.

Después de *Los Goonies* se fueron al mercado de Pike Place y bajaron dos pisos hasta la conocida tienda de los Golden Age Collectibles. Jack parecía estar de buen humor y Nathan se sintió como un padre muy joven y muy poco preparado. Más que nada, sentía los agudos ojos de Jack observándolo, consciente de que medía cada sonrisa y cada chiste que hacía. Su agradable silencio era un alivio para ambos, y Nathan se preguntó por un instante si estaba él cuidando de Jack o al revés.

Los cómics de la tienda eran siempre una buena diversión, y Jack usó parte del dinero que le habían dado en su cumpleaños para comprar un par de ejemplares. Ambos se maravillaron por el precio de las ediciones de coleccionistas que había tras una vitrina de cristal, y se dispusieron a pagar. La foto del colegio de Jack había estado a la vista en todos los periódicos de las diez últimas semanas, pero, bien por cortesía, bien por verdadero desconocimiento, el dependiente lo

ignoró y envolvió su compra sin echarle un segundo vistazo.

Era la primera vez desde el 28 de agosto que Nathan se encontraba a solas con Jack. Estaban sentados en el restaurante Athenian, en una mesa al fondo con vistas a la bahía. Nathan sintió que tenía que decir algo, hacer algo, o no podría soportarlo otro día más. Y fue ese convencimiento, mientras observaba a Jack acabarse lentamente su pastel de queso, lo que lo empujó a hablar. ¿Era por eso por lo que se había ofrecido a pasear hoy a Jack? ¿Para poder estar a solas con él?

—Jack —dijo, intentando mantener un tono de voz suave—. Sabes que me puedes contar cualquier cosa, ¿verdad?

Fue tan incómodo que le provocó una mueca. Jack levantó la vista.

—Quiero decir —continuó Nathan—, si hubiera algo que no pudieses contar a nadie más, ya sabes, sobre lo que ocurrió, me lo podrías contar a mí... —Las palabras le habían salido apresuradamente, rudas y crudas comparadas con el sutil discurso que Nathan había repasado una y otra vez en su mente.

Jack se quedó inmóvil.

Nathan quería estar ahí para reconfortarlo y protegerlo de una forma que no había podido hacer con David, pero su voz temblaba al hablar, y un repentino nudo de emoción lo pilló por sorpresa.

—Si hubiera algo que alguna vez quisieras contar sobre lo sucedido, cualquier cosa que nos ayudase a encontrar a los hombres que lo hicieron..., ¿me lo contarías?

Jack asintió.

—¿Hay algo que me quieras decir?

Jack negó con la cabeza.

—¿Nada en absoluto?

Jack meneó la cabeza.

Nathan se limpió la cara con la mano y miró hacia los embarcaderos y los transbordadores durante unos minutos. Jack lo dejó tranquilo, y, cuando se volvieron a mirar, a Nathan le pareció que se había hecho inmensamente viejo.

—Lo siento —susurró Nathan—. Lo siento mucho.

Alice Madison abrió la ducha y se metió debajo, limpiándose el barro y el olor a humo de la piel. Había conducido de vuelta a su casa y se había desnudado. Su pistolera de hombro estaba vacía y echaba en falta el familiar peso. Fynn tenía buenas intenciones, pero no había forma de que pudiera dormir unas pocas horas, a no ser que se tomara algún somnífero. Después de una noche así, pensó, era sin duda lo que los médicos estarían haciendo con cada uno de los antiguos pacientes del Instituto Walters.

Madison se envolvió en una toalla y se tumbó en la cama. La incierta luz perseguía las sombras de un magnolio en el techo de su dormitorio. Tanta muerte, tanta destrucción. Parecía que había poco para lo que Conway y su banda no estuviesen preparados a hacer. El expediente de Kamen pintaba un retrato aterrador: trabajaban para cualquiera que les pagara por sus servicios y se movían por avaricia y crueldad. Habían disparado a Thomas Creed en el pecho: sabían que no era su objetivo, no fue una confusión de identidad. Lo mataron porque estaba ahí. Él lo mató porque estaba ahí. Ojos Muertos. Lo mismo que podía haberle disparado a ella. Algún día le tendría que preguntar por qué no lo hizo. Un día tendría que tener una conversación sobre lo que ocurrió aquella noche, y Madison se aseguraría de que supiese cuán cerca había estado de atrapar a Foley.

No se sentía afortunada de seguir con vida. Se sentía fastidiada, nerviosa e invadida por una energía desbordante que no cuadraba nada bien con el descanso y una buena noche de sueño.

Se vistió y se metió de nuevo en el coche. Su vecindario, Three Oaks, daba la bienvenida paulatinamente a una mañana descolorida, y rogó para que cayera una tormenta o hubiera un cielo azul. Cualquier cosa menos ese apagado, desleído vacío que parecía drenar de energía a todo el mundo.

La cafetería C. J.'s de la Primera Avenida abría sus puertas a las 7 de la mañana para el desayuno del grupo de madrugadores y Madison encontró una mesa para ella. Pidió un revuelto de salmón, huevo y cebolla con tostada y un café solo grande. Sacó su cuaderno de notas. La gente que había alrededor comenzaba el día, algunos irían a alguna oficina cercana, otros a pasar más tiempo en el mercado de Pike Street y disfrutar de sus vacaciones. Madison miraba su ir y venir mientras ordenaba sus pensamientos y los recuerdos de la noche anterior buscaban su sitio.

La comida fue el combustible que necesitaba y el café la ayudó un poco a despejar las telarañas de su noche sin dormir. Anotó todo lo que Vincent Foley le había dicho y llenó cinco páginas de anotaciones. Cuando las releyó, le pareció que la mayoría eran preguntas.

El turno estaba completo y todo el mundo tenía aspecto de haber dormido no más de tres horas y haber tomado demasiada cafeína. Madison estaba muy esperanzada con las cámaras de tráfico: tenían que haber captado el vehículo de Conway saliendo del Instituto Walters a toda prisa y, con un poco de suerte, él no se daría cuenta de que le habían detectado y no quemaría el coche.

El Departamento de Sanidad y Seguridad había hablado bien claro con respecto al edificio,

y no había manera de que permitieran a la Policía Científica entrar a buscar pruebas para relacionar el asesinato de Creed con el de Lee y el de Gray. Había estado todo demasiado oscuro en el tejado, sin embargo Madison estaba razonablemente segura de que los hombres que había visto llevaban ropa negra y posiblemente guantes; no habría huellas en las puertas ni en la salida de incendios. Si los dioses les sonreían, los de Balística podrían relacionar las balas que habían matado a Ronald Gray y a Thomas Creed. Aunque la verdad era que no habían tenido demasiada suerte últimamente.

Madison llamó a la Oficina del sheriff del condado de Pierce para mantener una línea de comunicación abierta y averiguar si habían recogido alguna prueba en la casa de Jerry Wallace. Los de Conway habían tenido una semana atareada.

—Poca cosa —dijo la ayudante Walbeck, que sonaba concisa y capaz. Madison la oyó pasar las hojas de una pila de informes—. La casa estaba limpia, sin huellas ni pruebas, los cerrojos intactos en todas las salidas. Posiblemente lo vieron a través de la ventana de atrás y se lo llevaron antes siquiera de que pudiera emitir ningún sonido. Probablemente tenía la puerta trasera abierta.

—Sí —dijo Madison—. Yo también creo que eso es lo que pasó. ¿Algún rastro de la víctima?

—No, pero South Prairie Creek está muy cerca. Si quisieran deshacerse de un cuerpo, tenían medios y maneras. Hemos estado buscando en las orillas de ambas direcciones.

Madison dio las gracias a la ayudante del sheriff y le dio su número de móvil. ¿Habría visto Jerry Wallace a Ojos Muertos a través del cristal, al igual que ella, momentos antes de su muerte?

Madison vio que Kelly se aproximaba. Todo el mundo parecía cansado hoy, pero él además aportaba un toque de mal humor que funcionaba mejor que un letrero de «manténgase alejado».

—Hablaste con Quinn, ¿verdad?

—Tú también estabas ahí —contestó Madison.

—Ayer sí. Pero antes de eso también fuiste a hablar con él al hospital.

Era una afirmación.

—Sí, lo hice.

—¿Le hablaste de Lee y de Gray? ¿Que posiblemente son ellos los desgraciados que se llevaron a su hermano?

—Sí, lo hice. Están muertos y nada va a cambiar porque Quinn lo sepa.

—Esta es una investigación en curso, una investigación abierta, y tú has compartido información con la familia de la víctima sobre nuestros sospechosos. No solo eso, me apuesto lo que sea a que también le hablaste de Foley y de dónde se le podía encontrar. No me sorprendería que le hubieses dado número de habitación y piso.

—Por todo lo que más quieras, Kelly, comparte lo que piensas, no lo retengas. ¿Qué te preocupa?

Kelly acercó una silla y se sentó.

—Estás demasiado cerca de Quinn y de su *cliente*. ¿Qué te hace pensar que compartir esa información era seguro? ¿Por qué habrías de contarle a la familia de una víctima nada sobre un sospechoso antes de que tengamos la oportunidad de poner los puntos sobre las íes?

—Se lo dije porque se merece saber que encontramos la cadena de oro de su hermano. Él forma parte integral de lo que está sucediendo y necesitaba saber lo de Lee y Gray. La aparición televisiva de Quinn empezó el juego...

—Y nosotros estamos ahí para recoger los desperfectos de lo que ha comenzado él. ¿Sabías

que a Salinger lo han declarado legalmente loco?

Madison retrocedió unos centímetros. «Un borrón de tierra y una gota de sangre en la camisa de Salinger aquella noche en el bosque».

—No lo sabía.

—Pues sí. Tres expertos independientes, aunque no hiciera falta que nos lo dijeran, estaba claro.

Kelly dejó que Madison asimilara la noticia y luego prosiguió:

—¿Tienes idea de lo rápido que todo el equipo de Quinn Locke está trabajando para sacar a John Cameron de la cárcel? ¿Y qué crees que va a ocurrir cuando ese cachorro de asesino en serie esté en la calle, recién salido de su encarcelamiento, deseoso de ir tras el último miembro con vida de una banda que se lo llevó a él y mató de una paliza a su mejor amigo? Lo que no entiendo es si eres tan desesperadamente ilusa o simplemente demasiado arrogante para seguir las normas.

—Quinn tenía que saberlo, y el allanamiento de su casa así lo prueba. No sabía el nombre de Foley ni dónde estaba. Le dije que estaba en una institución psiquiátrica desde 1985, eso es todo. Y John Cameron es muchas cosas, la mayoría de ellas incomprensibles para mí, y lo trato con sensatez y cautela porque es mejor hacerlo así que no hacerlo en absoluto. Foley no es el último superviviente que estuvo en el bosque. Cameron también estuvo allí y tengo que poder hablar con él del caso.

—Irás a por Foley en el mismo instante en que esté en la calle de nuevo, y volveremos a lo de antes, cuando lo teníamos que proteger de la banda de Conway. —Kelly se puso de pie—. Lo vas a estropear todo, antes o después. Y lo mediremos con el número de cadáveres.

Madison le dejó decir la última palabra y él se volvió a su escritorio. Nadie más había escuchado aquel intercambio, y Madison sentía ganas de pegar un puñetazo y abrir un agujero en la pared. Tendría que mantenerse ocupada y hacer algo para calmar los ánimos: repasar las cámaras de tráfico, informes, declaraciones de testigos. Tenía que haber algo que le interesara lo suficiente como para evitar que las palabras de Kelly le calaran hasta los huesos. Se puso a comprobar las etiquetas de lugar y hora de las cintas de Tráfico. A pesar de todo, la pequeña e insidiosa vocecilla le hablaba y le susurraba que Kelly tenía razón: a la hora de la verdad, el número de cadáveres era lo único que de verdad importaba.

Un Subaru Outback negro había sido captado por tres cámaras distintas en una rápida secuencia. En esa hora concreta, las otras opciones eran una furgoneta blanca, una moto, un camión de reparto y uno de una cadena de supermercados. Tenía que ser el Subaru. La luz y el reflejo sobre el cristal hacían imposible distinguir quién estaba sentado dentro, pero tenía que ser ese.

El vehículo tenía matrícula de Oregón y estaba reluciente, y, dado que ese tipo de coche era uno de los más comunes en el estado de Washington, era como si fuera invisible.

Madison intentó recordar. ¿Se había fijado en el Subaru negro dentro del recinto del Instituto aquella noche? No. Y los oficiales de policía no se habían apostado en las puertas de entrada hasta más tarde.

Dunne era el responsable de rastrear el coche con la máxima celeridad usando la tecnología de Reconocimiento Automático de Matrículas. Era una herramienta estándar y Madison esperaba un resultado rápido para que pudiesen avisar enseguida a los SWAT, la unidad de Armas y Tácticas Especiales.

Entre tanto, todavía quedaban Jerome McMullen, que contaba los días para su libertad

condicional, y Leon Kendrick, tostándose al sol en California. Madison comenzó a leer sus informes, que tenían un grosor de varios centímetros y estaban llenos de turbios asuntos. Sintió que la invadía una oleada de cansancio y salió de la sala de brigada. Se lavó la cara en el cuarto de baño y sus pisadas la encaminaron al exterior del edificio, para disfrutar de unos momentos de aire fresco. La conexión entre todo estaba ahí, solo hacía falta que la entendieran. El camino estaba ahí, listo para ser descubierto. Esa palabra le hizo pensar en Vincent Foley y sus dibujos. «El camino es la pared contra la que nos damos, es verdad, Vincent —pensó—. Danos alguna pista, ¿vale?».

La pista llegó media hora más tarde. Jerome McMullen podía estar en la cárcel esperando su libertad, lo que le daría un móvil, pero Leon Kendrick había conocido personalmente a Gilman: eran colegas desde hacía mucho y los habían arrestado a la vez por una acusación de delito grave. Era un delito tipificado como «9A.36.140», y Madison no necesitaba buscar qué era: asalto a un niño en tercer grado. Un chico. La víctima había cambiado su declaración, un testigo había cambiado su declaración y los cargos habían sido retirados. A los diecinueve, Gilman había atacado a un chico de doce años y había quedado impune: Kendrick igual lo sabía y quizá, cuando llegara el momento, sabía que podría contar con él para hacer lo que hiciera falta, porque Gilman no tendría ningún problema en maltratar a niños pequeños.

Madison se reclinó en la silla. Entendía perfectamente que Jerry Wallace habría supuesto una amenaza para Kendrick y McMullen. Se volvió hacia Dunne.

—¿Conoces a alguien en California a quien pedir un favor?

Dunne se encogió de hombros.

—¿En qué departamento? —contestó.

Andy Dunne era más efectivo a la hora de conectar con alguien que cualquier red social que utiliza la gente normal. Llamó a un tipo que llamó a otro tipo y en cuarenta y tres minutos el detective Nolan de La Jolla les devolvió la llamada. Pusieron el altavoz y Spencer arrimó la silla.

—Desde luego que conocemos a Leon —dijo—. Por desgracia, no lo suficiente como para encerrarlo con algún cargo, pero llamó la atención de uno de nuestros contactos en la unidad de Antivicio cuando se mudó a California. Una llamada amistosa para hacernos saber lo que nos llegaba al vecindario. Nos mantuvimos alerta, pero nunca saltó ninguna alarma. Es un pilar de la comunidad y todas esas cosas.

—¿En qué anda metido ahora? —preguntó Madison.

El detective Nolan se rio.

—Es dueño de un club de golf. Bastante elegante, por lo que tengo entendido.

—¿Has estado alguna vez? —preguntó Dunne.

—Tengo cuatro críos de menos de doce años. Todo el tiempo libre que me queda me encierro en mi coche a dormir. ¿Por qué este repentino interés por Kendrick?

—Puede que haya estado involucrado en un asesinato, hace veinticinco años, mientras vivía en Seattle. La investigación acaba de ser reabierta gracias a nuevas pruebas —contestó Madison.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

—¿Se trata del caso del río Hoh?

—Sí.

—Pues si se oyese cerca de su elegante club el más mínimo rumor de que pudo estar involucrado, seguro que no le haría ninguna gracia.

Se despidieron y Nolan se ofreció a guiarlos si alguna vez necesitaban viajar al sur y tener una charla con Kendrick en persona.

Spencer hizo una búsqueda rápida en la Red y reunió unos pocos detalles del Club de Golf de Golden Oaks. Imprimió los artículos y se los pasó a Madison.

—Con clase —dijo.

—Y todavía hay más —continuó Dunne—. Aquí dice que están en negociaciones con una firma japonesa que quiere comprarlo para invertir. ¿Qué te parece el móvil de Leon ahora?

Nathan Quinn estaba sentado en el despacho de su casa de Seward Park. Tenía el escritorio repleto de informes que le había traído Tod Hollis. Algunos eran una muestra típica de una buena y correcta investigación a la antigua usanza sobre el asunto que tenían entre manos. Otros los había conseguido de una forma menos ortodoxa.

La detective Madison había mencionado dos nombres: Leon Kendrick y Jerome McMullen. Quinn pasó la página. Hollis había imprimido una bonita foto del Club de Golf de Golden Oaks y una descripción de las instalaciones para los miembros. Quinn no podía soportar el golf. Leyó el informe sobre Kendrick y calculó lo grande que sería su participación si la empresa japonesa compraba el club y cuánto perdería si no lo conseguía.

Quinn se levantó y se pudo a deambular. Poco a poco se iba sintiendo con más fuerza. Tendría que comprar algún equipo ridículo, como una esas bicicletas estáticas, y utilizarlo para aumentar su resistencia. Salió a la terraza para respirar, calmarse y centrarse en el trabajo más importante que tenía que hacer ese día.

El agua aparecía salpicada de puntos de luz y de lluvia, ya que el tiempo estaba tan inestable que no se decidía por lo que tocaba cada minuto. El aire traía consigo una cierta calidez y Quinn se quedó allí todo lo que pudo, con las mangas remangadas y la corbata aflojada.

Al cabo de un rato, volvió a su despacho, retiró los informes de Hollis sobre Kendrick y McMullen, cambió de lugar la pila de correspondencia que había comenzado a amontonarse y comenzó a redactar el alegato que sacaría a John Cameron de la Penitenciaría del condado de King.

Vincent Foley estaba sentado en el colchón de su nueva cama y acariciaba la manta de lana azul pálido. Esta habitación era casi del mismo tamaño que las anteriores. Suspiró y se tumbó de lado. Sus zapatillas estaban en el suelo, bien ordenadas, y la habitación carecía de objetos personales.

No tenía miedo, en realidad no. Durante las diez últimas horas había estado sedado, y la familiar subida de miedo que habitualmente recorría todo su cuerpo era hoy tan solo un dolor sordo en el pecho. Había dos agentes de policía apostados fuera junto a la puerta. Los podía ver si se ponía de puntillas. No sabía dónde estaba su habitación y no sabía por qué habían dejado la antigua. La noche anterior era un recuerdo borroso.

A pesar de los esfuerzos del enfermero, seguía teniendo pequeños restos de tierra del suelo del Instituto Walters bajo las uñas. Desde la postura en que se encontraba vio algo bajo la pequeña cómoda, algo que se podía escapar con facilidad de aspiradoras y fregonas. Se agachó y estiró el brazo hasta que pudo rodear el objeto con los dedos. Lo sacó y abrió la mano. Un auténtico tesoro: una pintura verde de apenas cinco centímetros de longitud, polvorienta por estar en el suelo, pero perfectamente intacta.

El recuerdo se abrió paso a través de la niebla de la sedación: traía una sensación de urgencia y la ilusión de que Ronald estaba cerca y le estaba hablando. Una y otra vez, Vincent levantaba el brazo lo más alto que podía para trazar una línea verde. Serpenteaba alrededor de la habitación y formaba un rizo alrededor de la puerta. Viajaba a través de pintura, ladrillo y madera. Viajaba desde los recovecos de la mente de Vincent hacia el mundo exterior.

Para cuando se metió en la cama y hubo susurrado la parte de «toma mi alma» de su oración, cinco líneas se acurrucaron y enredaron entre sí mismas.

Madison cerró los ojos. A última hora de la tarde, la calle que había bajo las ventanas de la sala de brigada era un laberinto de luces y señales luminosas. En muchas ocasiones, cuando hacía una pausa tras sus carreras y mientras respiraba con fuerza, con las manos sobre las rodillas, en Alki Beach, había mirado hacia Seattle al otro lado de la bahía de Elliot: el agua parecía captar todas y cada una de las luces y devolverlas a la atmósfera para disfrute de aquellos que se molestaban en mirar. ¿Dónde estaría el coche de Conway? Madison se lo imaginó como un punto de luz que se movía entre otros puntos idénticos por las autopistas, el paso a nivel y las ajetreadas calles de la ciudad. Solo un punto entre otros miles, llevando su propia carga de muerte y destrucción.

Las palabras de Kelly se habían filtrado y echado raíces. Incluso su respuesta totalmente razonable le parecía ahora pobre e inadecuada. No le importaba demasiado la opinión de Kelly. No obstante, su acusación la había expuesto a una dolorosa realidad: no se consideraba ni arrogante ni ingenua, pero sí que existía una relación con los dos hombres en cuestión que no podía atribuir a una estrategia razonable y una buena planificación. Quizá fuera esa la verdadera herencia de Harry Salinger, y no podía ser archivada y limitada en un informe policial.

Madison dio un sorbo al café, hecho hacía unas horas y recalentado al máximo. Tal vez, si tenían suerte, el agua podría captar ese pequeño punto de luz que era el coche de Conway y distinguirlo de entre los otros para que lo pudieran atrapar.

Madison marcó el número del móvil del doctor Peterson. Respondió al segundo timbre. Ya sabía dónde estaba Vincent Foley: una celda en un pabellón de seguridad de una institución para delincuentes con problemas mentales, inscrito bajo un nombre falso. Era una habitación de observación todo lo cómoda que ese tipo de celdas podían ser. La serie de paredes y puertas cerradas que lo rodeaban eran para su propia protección. Con suerte, no tendría que estar allí demasiado tiempo.

—He repartido a mis pacientes por una docena de instituciones, mi personal está conmocionado y no tengo ni idea de cuándo podremos volver, o si vamos a volver...

No dijo «a casa», aunque esa fue la impresión que dio.

—Lo siento de veras —dijo Madison, y lo sentía.

—Lo sé. Y, a pesar de todo, aquí está llamándome para hablar de un paciente en concreto.

—Sí, doctor. A pesar de todo lo que ha ocurrido, tengo que preguntárselo. ¿Cuándo podrá la doctora Takemoto hablar con Vincent de nuevo?

—¿Le habló usted antes de que llegásemos, cuando estuvo a solas con él? —Puso énfasis en «a solas».

—Sí, lo hice. Estaba cavando y le pregunté por qué lo hacía.

—¿Algo útil para su investigación? —El tono de Peterson era amargo, nada típico de él.

—No lo sé todavía, doctor. Probablemente.

Un segundo de silencio en la línea.

—Thomas Creed tenía dos hijas en el colegio. Volvió a por Vincent.

—Ya lo sé.

—Su doctora Takemoto podría volver en un par de días si Vincent sigue mejorando y si no necesita ser sedado.

—Gracias, doctor. Se lo haré saber.

—Vincent no se puede quedar mucho tiempo en ese lugar, lo entiende, ¿verdad? Necesita poder caminar, rodearse de otra gente, mirar por las ventanas y ver la luz del día.

—Lo entiendo.

Sin embargo, si había algún sitio especial para Vincent Foley en este mundo, Madison no estaba segura de cuál podría ser.

La llamada llegó a las ocho y diecisiete minutos de la tarde. El Subaru negro había sido detectado conduciendo por la I-90 hacia Bellevue en dirección este cuando tomaba la salida 10. No hacía horas, sino en ese mismo instante. Madison y Dunne estaban ya poniéndose los abrigos cuando el teniente Fynn los detuvo en el sitio.

—No hay tiempo para perseguirlo. Es cosa de la Policía de Bellevue. Están desplazando a un equipo SWAT para ayudar a sus agentes. Nadie va uniformado.

—¿Les han explicado a qué se enfrentan?

—Acabo de informar al jefe de operaciones. Han visto el coche aparcando en un motel, el Silver Pines. Doscientas treinta y siete habitaciones, muchos hombres de negocios y el paraíso de las conferencias.

Madison pensó con rapidez.

—Yo soy la única que los he visto. Tenemos una foto de Conway, pero no es muy buena.

Fynn asintió.

—Llamaré al jefe y le diré que vas de camino para identificar a Conway.

Spencer se colgó el abrigo.

—Final perfecto para un día perfecto —dijo.

Llevaban en pie desde las cuatro de mañana, quizá incluso antes.

Hubo poca conversación durante el trayecto hasta Bellevue. Conducía Spencer y Dunne iba junto a Madison en el asiento de atrás. Kelly ya se había ido para cuando llegó la llamada.

Ninguno de sus compañeros había visto a Conway o a ninguno de sus hombres, pero no había duda ninguna de que la acompañarían.

Madison se relajó en el asiento, porque era bien consciente de que pronto iba a necesitar toda la atención y la inteligencia que pudiera reunir.

Sabía, sin necesidad de verlo, que el motel estaba rodeado en todo momento por unidades de policía, que solo los policías de paisano se paseaban en zonas visibles y que el comandante del equipo SWAT le estaba hablando a su gente sobre el agente del FBI que Conway había asesinado y sobre Lee y Gray y el incendio de la noche anterior. Podía ver a los hombres y mujeres con sus pesados equipos asintiendo y asimilando el catálogo de asesinatos y maldad y cómo sus expresiones iban haciéndose más sombrías a medida que comprendían con quién estaban tratando.

Madison no estaba segura de si se había quedado dormida durante algunos minutos. Recordaba los puntos de luz moviéndose tras sus párpados. El coche se detuvo ante un detective de paisano que los interceptó haciéndoles un gesto en dirección al aparcamiento de un pequeño centro comercial cerca del motel.

El jefe de operaciones, el capitán Hegarty, los estaba esperando. De cuarenta y tantos, parecía dispuesto a pegar un mordisco a una manta de acero si hacía falta. De su radio salían, a ráfagas, el crepitar de la estática y las voces de los informes de sus unidades.

—Estamos echando un vistazo al Subaru, pero, para cuando el primer agente llegó aquí, quien quiera que estuviese conduciéndolo ya había entrado.

Madison miró a su alrededor. El centro comercial, con sus dentistas, su clínica veterinaria y su estudio de yoga, había cerrado ya. El conductor tenía que haber entrado en el motel.

—Estamos comprobando la lista de clientes de un grupo de tres o cuatro hombres de negocios que han llegado en los últimos días.

Madison asintió.

Una mujer en chándal con una voluminosa sudadera de forro polar salió del motel y echó a correr por la calle. Hizo un giro rápido y volvió trotando hacia ellos. Saludó a Madison y a los otros y habló al capitán.

—Cuatro hombres, cuatro habitaciones en la segunda planta. Al fondo del pasillo, cerca de la salida de incendios. Uno ha vuelto hace cuarenta minutos, los otros están todavía por ahí fuera.

—¿A cuántos puede identificar? —le preguntó el capitán a Madison.

—Solo a Conway. Y al igual que yo lo vi, me vio él a mí; me echó una buena y larga mirada. Ni por asomo creo que no me reconociera si me viese.

—De acuerdo.

—Vamos a atrapar tranquilamente al que está en la habitación y a esperar a sus amigos —dijo el capitán Hegarty—. Usted necesita estar en posición para identificar a Conway si pone el pie en el hotel. Tenga. —Le dio a Madison unos auriculares y un micro del tamaño de la uña de su meñique. Los probó y se encaminó hacia la entrada. «Vuelve a casa, pajarito, vuelve a casa».

Madison se acomodó en una lujosa silla con vistas a la entrada y a los tres ascensores que subían a las cinco plantas. El hotel estaba decorado en tonos avena y granate, colores que el diseñador había utilizado con profusión en la sala de invitados y en el estampado de la tapicería.

Madison se había recogido el pelo apresuradamente en una coleta y había pedido prestada a un oficial de paisano una gorra de béisbol de los Huskies color azul marino con la frase: «¡Vamos, Huskies!». Estaba parcialmente oculta tras una maceta con una planta artificial de gran tamaño que le daría quizá cinco segundos de ventaja si Conway venía directamente hacia ella. Había elegido una revista del mostrador de recepción e intentaba parecer fascinada por la temporada de conferencias y los seminarios de liderazgo del noroeste del Pacífico. Su cuerpo, en cambio, era una maraña tensa de alambres y cables enredados juntos por la adrenalina.

Escuchaba el claro y constante tono monocorde de los oficiales informando desde su posición.

—Acaba de entrar un Ford rojo en el aparcamiento. Familia de tres: salen un hombre, una mujer y un niño.

Cinco segundos después la familia entró en el hotel.

—Un Honda Civic plateado a la vista. Solo una mujer al volante.

Una mujer de unos cincuenta con traje de chaqueta y pantalón entró y se detuvo en recepción.

—Unidad 3 en posición —susurró una voz en su auricular.

Madison respiró. La unidad 3 estaba en la segunda planta, preparándose para irrumpir en la habitación número 237. Se removió en su asiento e intentó mantener su atención en la puerta de

entrada.

—Unidad 3 preparada —respondieron.

Un montón de voces resonaron a través del auricular: alguien dando órdenes, alguien contando hasta tres, pisadas sonoras y rápidas y el revuelo de la rígida tela azul marino contra el micrófono.

Madison se quedó completamente inmóvil.

Silencio. Cinco segundos. Diez.

—Lo tenemos —dijo la voz sin rostro—. El objetivo ha caído. Pistola inmovilizadora, respirando y con signos vitales claros.

Madison soltó una exhalación.

—¿Capitán? Tuvimos que inmovilizarlo, pero le dio tiempo a apretar un botón de pánico. Es un sistema inalámbrico conectado a la *wi-fi* del hotel, y la activó antes de que lo cogiéramos.

Una furgoneta negra con las ventanas tintadas, que acababa de tomar la salida 10, puso el intermitente derecho, hizo un giro brusco y volvió a incorporarse a la interestatal hacia el oeste en dirección a Seattle. Dentro de ella, Peter Conway era un hombre enfadado.

El prisionero yacía boca abajo en mitad de la habitación. Un hombre nervudo, de casi cuarenta años, con vaqueros y una camiseta gris. Estaba descalzo y esposado, y desde el momento en que le retiraron los cables de la Taser, no había abierto la boca.

Técnicamente, era un prisionero de la Policía de Bellevue, pero el papeleo ya se había solucionado, y una furgoneta estaba de camino. Pasaría la noche, y posiblemente más tiempo, como invitado de la cárcel de Seattle en la Quinta Avenida, donde los colores elegidos no eran avena y granate.

El motel Silver Pines no era proclive a dejar que interrumpieran el flujo normal de vida por algo tan mundano como una detención por parte de un equipo SWAT de un supuesto delincuente peligroso: la parte de la segunda planta que incluía las cuatro habitaciones que la banda de Conway había alquilado durante los tres últimos días había sido acordonada y se había alertado a la Policía Científica del Departamento de Policía de Seattle de que, aunque el motel se hallaba en Bellevue, cualquier hallazgo tendría que ser enviado a Amy Sorensen y su equipo. Así que sería conveniente para todos si —con la bendición de la más pequeña aunque igualmente eficiente Policía Científica de Bellevue— Sorensen cruzara el Memorial Bridge y viniera a recoger las pruebas ella misma.

Estaban subiendo a sus furgonetas cuando Sorensen avisó a su gente: cuatro habitaciones, cuatro hombres que no son amigos de ser identificados o rastreados. A menos que se tratase de una cita médica de emergencia para ser operado de urgencia, tendrían que cancelar su vida privada durante los próximos días.

Madison estaba de pie en el umbral de una de las habitaciones mirando hacia dentro. Por desgracia, el servicio de limpieza del hotel ya había acabado su trabajo del día, lo que en este caso significaba que se habrían borrado todas las huellas y eliminado todos los pelos, células de la piel y otras pruebas biológicas.

Madison sospechaba que la habitación habría estado bien ordenada incluso sin ayuda de las profesionales: apenas había pertenencias personales que pudiera ver, tan solo unos folletos de atracciones locales en un escritorio y una muda en el armario. Los hombres de Conway viajaban ligeros. «Incendio y asesinato por la noche y desayuno en el mercado de Pike Street por la mañana».

No sabía qué habitación era la de Conway. Con suerte, las empleadas de limpieza no habían erradicado las señales de su presencia por completo. Habían dejado entrar a un detective del Departamento de Policía de Bellevue en cada habitación vacía en busca de armas que hubiesen sido guardadas u otros objetos que pudieran requerir una atención inmediata, aunque ella no había encontrado nada semejante.

—¿No nos han marcado ninguna ruta, entonces? —preguntó Dunne.

El detective había sonreído educadamente y había proseguido.

Por otro lado, en la habitación del actualmente detenido Henry Sullivan —nadie creía por un segundo que ese fuese su nombre, aunque así se había registrado en la habitación 137 y había que llamarlo de alguna manera—, los detectives habían aprehendido una serie de objetos: una Beretta 92FS de 9 milímetros con tres cargadores extra, un cuchillo de caza con una hoja de acero inoxidable de casi veinte centímetros, un cuchillo de bota de estilo militar con un mango de aluminio recauchutado y una navaja de 3.5 420HC con funda de fibra de cristal y, por último, dentro de un maletín de cuero personalizado, un rifle de francotirador M24 con munición en un compartimento separado.

Madison contempló el botín, mientras un agente lo fotografiaba donde había sido

encontrado. Ya era bastante malo experimentar de primera mano lo que Conway y su gente eran capaces de hacer de cerca a una persona como para encima comprobar que habían venido preparados para apuntar a un objetivo a larga distancia. Eso empeoraba sobremedida las cosas.

Spencer llegó a la comisaría al filo de la medianoche y Henry Sullivan estaba en algún lado cerca de la Quinta Avenida dejándose fotografiar y tomar huellas con distintos sensores. El teniente Fynn había sido informado y el consenso general era que Sullivan debería ser entrevistado tan pronto como fuera posible. Spencer haría los honores con Dunne en la sala de interrogatorios y Madison lo seguiría tras la ventana de espejo. A ella no le importaba: Spencer tenía mucha más experiencia que ella y estaba agradecida de poder observar al detenido y sacar sus propias conclusiones.

—No ha salido nada en AFIS todavía —les dijo un policía uniformado cuando llegaron. Eso significaba que, hasta el momento, las huellas obtenidas y metidas en el sistema no habían encontrado coincidencia en la base de datos, y, por el momento, Henry Sullivan tendría que seguir llamándose así.

—A propósito, no ha dicho una sola palabra —añadió el policía en la puerta de la sala de interrogación.

Madison se alegraba de ser la única persona en esa sala. A otra hora del día podría haber habido alguien más, incluso, Dios no lo quisiera, Kelly, y para lo que tenía que hacer, prefería intimidad y ninguna distracción.

Henry Sullivan estaba sentado a la mesa de metal atornillada al suelo. Estaba esposado y tenía un mono naranja que había sustituido a sus vaqueros y su camiseta. Madison lo observó. Sus ojos, invisibles desde el otro lado, encontraron los de él, oscuros, como de pájaro, y se quedaron mirando fijamente. Estaba tranquilo, nada comunicativo y casi aburrido. Posiblemente, no era más que una pose, aunque quizá no. Tenía que saber que todavía no lo habían identificado y todo lo que tenían contra él era lo que habían encontrado en la habitación 137. Si la bala que había matado a Thomas Creed en el Instituto Walters resultaba haber sido disparada con la Beretta, sería como un regalo inesperado para la investigación, aunque Madison, aún sin forma de confirmarlo, pensaba que había sido obra de Conway.

¿Qué estaría pensando Sullivan? Madison estudió los pequeños y vivos ojos. Probablemente se había percatado de que una detención, y todo lo que conllevaba, implicaba un considerable cambio en su estilo de vida. Sucudiese lo que sucediera allí esa noche y los cargos que se le impusieran, sus días con Conway habían terminado. Este último era completamente fanático de mantenerse fuera del alcance de la ley y lo había conseguido en gran medida trabajando con hombres que no aparecían en las bases de datos de AFIS o CODIS. Una vez que las huellas dactilares y el ADN estaban dentro del sistema, el hombre le resultaba inservible. Madison pestañeó. Eso era algo que debían recordar.

Spencer hablaba y ella intentaba seguirle, aunque tenía puesta toda su atención en las manos de Sullivan, en la manera en que mantenía los hombros, en los movimientos involuntarios de los ojos que seguían las palabras de Spencer. Sullivan se quedó mirando el espejo, ajeno a los dos

detectives que tenía delante.

No contestó una sola pregunta, y parecía completamente despreocupado acerca del proceso.

A Madison le recordaba a un tipo que tiene una buena mano en una partida difícil; lo sabe y todo el mundo lo sabe, pero todos siguen jugando porque quieren ver qué demonios tiene en la mano.

Sullivan tamborileó los dedos una vez sobre la mesa. Fue todo el movimiento que se permitió a sí mismo.

Después de una hora, Spencer y Dunne se levantaron.

—Quiero un abogado —dijo Henry Sullivan—. Tenía acento de Brooklyn con un toque de Nueva Jersey.

El agente de guardia les había dicho que Sullivan había rechazado la oferta estándar de una llamada: estaba desconectado de su gente y a la deriva en aguas peligrosas. Cuando los detectives salieron de la sala, su comportamiento no cambió y sus ojos permanecieron fijos en el espejo.

Madison llegó a casa a las tres de la mañana. Llevaba despierta veinticuatro horas seguidas y la oscuridad que había dejado tras las ventanas parecía exactamente la misma. Tras una relajante ducha caliente se envolvió en el edredón, mientras su cabeza divagaba recordando las últimas horas de ese largo día. Sin lugar a dudas, le habían estropeado los planes a Conway al haberle dividido el grupo. No obstante, este había seguido un plan establecido hasta el momento, y nada les aseguraba que la sistemática destrucción de todo lo relacionado con el caso del río Hoh pudiera detenerse simplemente porque Conway tuviera un par de manos menos para llevar a cabo sus asesinatos.

Madison se despertó a las siete de la mañana. Demasiado pronto, desde luego, como para considerarlo un descanso reparador. «En fin, la intención es lo que cuenta». Preparó café y se prometió a sí misma hacer un viaje al supermercado, a uno de verdad, con pasillos llenos de verduras frescas. Podía sobrevivir sin comida en la casa, pero la falta de café molido para su cafetera era un contratiempo que no podía afrontar.

El sol había decidido jugar con la bahía de Elliot y el amanecer iba haciendo promesas que podría no cumplir. Madison se apresuró a vestirse y echó terriblemente en falta su Glock en la pistolera. Ató la correa alrededor de la funda y se la llevó consigo. El arma de repuesto estaba en su sitio, pero su cuerpo se encontraba extrañamente descompensado.

Se acabó el café mientras leía sus apuntes sobre Timothy Gilman, todavía esparcidos sobre la mesa de comedor. Conway habría podido acabar con Gilman con la misma facilidad con que había acabado con los otros. El uno era un sádico y un matón que disfrutaba haciendo daño a niños pequeños y el otro, un asesino desalmado que mataba por dinero. Madison comprobó la fecha en que Gilman había sido visto por última vez con vida por curiosidad: por aquel entonces, Conway no habría sido más que un chaval de la costa este, si es que alguna vez había sido niño.

A Henry Sullivan se le había asignado un abogado defensor de la Oficina de Defensa Pública del Condado de King. Spencer decidió concederle un par de horas de gracia y después continuó el interrogatorio. La Policía Científica había trabajado sin parar en el motel de Silver Pines y habían enviado por correo una lista oficiosa de hallazgos preliminares. Era una lista breve y, aparte de las armas ilegales, carecía de interés. El billetero de Sullivan contenía un carné de conducir falso y trescientos cincuenta y siete dólares con veintitrés centavos en efectivo. No había tarjetas de crédito ni de ningún otro tipo, ni ninguno de los insignificantes recibos que resumen la existencia de una persona desde que se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche. Henry Sullivan se había materializado en la entrada del motel Silver Pines y el resto de su vida era un misterio.

Madison estaba a cargo del caso de McMullen: aunque este había estado encarcelado durante años, era de esperar que tuviese compinches que pudieran organizar una operación de limpieza en su nombre. No era el tipo de caso que pudiera dejarse en manos de un desconocido: si McMullen pidió a alguien que le hiciera este trabajo, tendría que tratarse de una persona a la que ya conociese antes de ser detenido, alguien a quien confiaría su vida, porque eso era exactamente lo que estaba en juego ahí.

Había un asunto que le había preocupado a Madison desde el principio y no había manera de obviarlo: Conway era caro, muy caro. Quienquiera que le hubiese contratado había pagado mucho dinero por sus servicios. Madison repasó el expediente de McMullen en busca de signos de riqueza. La mayoría de su capital, cuando no todo, había estado retenido y luego en cuanto fue condenado.

—Quiero hablar con McMullen —le dijo a Kelly, rogando al cielo que este tuviera algún otro compromiso que no pudiese cancelar.

—¿Por qué?
—Porque quiero verle la cara cuando le pregunte por el caso del río Hoh.
—¿Por qué?
—Porque sobre el papel tiene todas las papeletas para haber estado involucrado en aquel momento, pero no sé cómo podía tener el dinero para pagar a la banda de Conway.
—Si te juegas el cuello, encuentras el dinero donde haga falta para librarte de la soga. Aunque no lo sepamos, puede que le debiera favores gente que pudiera encargarse perfectamente de pagar la cuenta.
—Está divorciado dos veces, tiene tres hijos, ninguno de los cuales lo ha visitado nunca, a no ser que lo hayan hecho bajo un nombre ficticio. En su momento, llegó a un acuerdo con el fiscal y les proporcionó al menos cuatro delincuentes buscados. Nada de eso le tuvo que granjear amistades en la cárcel, y estuvo en custodia solitaria preventiva por su propia seguridad. Lo que quiero decir es que he visto su informe, y no me parece que sea un tipo con poder para hacer algo así. Por eso necesito verlo.
—De acuerdo. —Kelly se encogió de hombros, se levantó y cogió su abrigo.
—De acuerdo —contestó Madison.

La Prisión Estatal McCoy, también conocida como «El Hueso», estaba asentada en el valle que había al norte de Seattle. Habían avisado de su llegada, y los esperaba el oficial Starecki, quien recibió a Madison y a Kelly y los condujo a través de aquel laberinto que acogía a más de un millar de convictos.

—Saben que su condicional es dentro de unos días, ¿verdad? —dijo por encima del hombro mientras avanzaban por el pasillo.

—Sí, lo sabemos —contestó Madison—. ¿Qué opina de él? Lo ha tratado desde que entró.

El oficial Starecki se detuvo, claramente sorprendido de que alguien le preguntara por su opinión sobre Jerome McMullen.

—Es un prisionero modelo —contestó—. Nunca ha ocasionado problemas, nunca se mete en líos incluso si otros buscan pelea, si sabe a lo que me refiero.

—Sí, lo sé.

—Es mayor que la mayoría de los hombres de aquí y algunos de ellos lo admiran, pero nunca me he enterado de que se haya aprovechado de ello. Debería irle de perlas en la vista. ¿De qué necesita hablar con él?

—Quizá nos pueda echar un cable en un caso cerrado.

—Estoy seguro de que lo hará si puede. Además, ha descubierto el camino espiritual, tras su ataque al corazón de hace dos años.

—Bien. Bueno es saberlo —contestó Madison.

Jerome McMullen se levantó cuando entraron en la sala. Vestía un immaculado uniforme de prisión y su cabello, salpicado de canas, estaba bien peinado hacia atrás. La primera impresión de Madison fue que parecía esculpido en hueso: era alto y delgado, tenía unos ojos marrones que contrastaban sorprendentemente con su pálida piel. Tenía sesenta años y parecía diez años más joven, lo cual, teniendo en cuenta que era un recluso, era muy poco frecuente. Se sentaron alrededor de la mesa. Él, tieso como una estaca mientras los observaba atentamente.

—¿Cómo puedo ayudarla, detective? —dijo Jerome McMullen.

Al instante, Madison supo que, una vez McMullen superara la vista para la provisional y estuviese lejos de los muros de esa prisión, se desharía de su religión y sus buenos modales como

si se tratara de un traje viejo. «Te tengo calado», pensó, y se reclinó en su asiento.

—Señor McMullen —comenzó a decir—, nos gustaría hablar sobre sus negocios en el año 1985.

McMullen sonrió, y el efecto que produjo no fue agradable.

—Esa es una forma de preguntarlo, detective, pero Jesucristo dice que la verdad me hará libre, qué adecuado, y ambos sabemos que en 1985 yo era un hombre cruel, violento y sin escrúpulos que hacía daño a cualquiera que se cruzara en mi camino y que me ganaba la vida robando dinero de otros.

—¿Jesucristo?

—Sí. Sufrí un infarto hace dos años, y cuando desperté, el mundo que me rodeaba había cambiado, porque yo había cambiado. Había aceptado Su Palabra, la única que importa.

Madison notó que Kelly se revolvía en la silla de al lado.

—No le preguntaré si se ha salvado usted, detective —continuó McMullen—. Después de todo, no es asunto mío, y usted no está aquí para hablar de mi viaje espiritual.

—No, pero gracias por compartirlo —comentó Kelly.

—Estamos aquí porque el tipo de delitos en los que usted estaba involucrado en 1985 incluía la extorsión a pequeños negocios y el asegurarse de que supieran qué ocurriría si no pagaban —dijo Madison.

Desde el primer momento, le había estado midiendo en busca de algún signo de aprensión o preocupación, algo que le pudiera confirmar que él había estado esperando su visita y que sabía lo que querían preguntarle. No vio ninguno. Estaba tranquilo y tenía las manos apoyadas plácidamente sobre la mesa que había entre ellos.

McMullen frunció el ceño con suavidad, como si el esfuerzo de recordar aquella época y la persona que él era entonces fuese físicamente doloroso.

—Continúe —dijo él.

—¿Conoce un restaurante en Alki Beach llamado The Rock?

—Sí. ¿Sigue ahí?

—Sí. ¿Contactó con ellos en aquella época? ¿Habló usted o alguno de sus hombres en alguna ocasión con los dueños para hacerles saber que les harían mucho daño si no pagaban un impuesto revolucionario cuando usted lo pidiera?

McMullen asintió.

—Entiendo. Me está preguntando si tuve algo que ver con el secuestro y la muerte de ese pobre niño.

—No. Lo que le pregunto es si el tipo cruel, violento y sin remordimientos que usted era entonces pagó a cuatro hombres para atrapar a tres niños. Y no fue una muerte accidental, fue un asesinato.

McMullen meneó la cabeza.

—Fue algo terrible —dijo.

—Bueno, eso es lo que puede decir ahora tras ese infarto y su búsqueda espiritual. ¿Qué hubiese dicho usted entonces?

—Le puedo decir que cuadra perfectamente con el tipo de trabajo que hacía, y la razón por la que no lo hice fue porque el secuestro ocurrió antes de que tuviera ocasión de acercarme yo. Y después de aquello, nadie quiso volver a aproximarse a ellos. Por lo que sé, nadie lo hizo, y, por supuesto, en la actualidad nadie lo haría, considerando quiénes son los dueños.

—John Cameron y Nathan Quinn.

—Sí —respondió él, y los brillantes ojos marrones viajaron hacia la cicatriz disimulada de

la ceja de Madison—. Pero no necesito contarle a *usted* nada de ellos, ¿verdad?

—¿Tiene usted amigos en el exterior, señor McMullen? ¿Familiares, gente que lo ayude cuando salga, si es que lo hace, para que rehaga su vida?

—Mi camino no fue nunca uno que propiciase las amistades o el cariño acogedor de una familia. Haré todo lo que pueda para compensar las cosas con mis hijos, y con suerte me uniré a un grupo de voluntarios que construya jardines y ambientes agradables en zonas donde se necesiten.

Madison sintió que Kelly, a su lado, estaba a punto de entrar en combustión.

—La jardinería suena bien. ¿Ha conocido alguna vez a un hombre llamado Timothy Gilman?

McMullen entrecerró los ojos como concentrándose, como si su mente repasara de un tarjetero una lista de nombres que le gustaría olvidar.

—Me temo que no.

—¿Ordenó usted el secuestro?

—No, detective, no lo hice. Y no creo que pudiera vivir conmigo mismo si lo hubiese hecho.

—¿Qué piensas ahora? —dijo Kelly cuando llegaron al coche en el aparcamiento.

—Esa comadreja podría encontrar los fondos que necesitaba para pagar a Conway —dijo Madison—. Si no llegamos al fondo de este asunto a tiempo, saldrá en libertad a respirar aire fresco y a plantar azaleas en centros comunitarios durante el tiempo que dure la condicional. Después de eso, estará por ahí suelto.

—¿Azaleas? —respondió con sorna Kelly.

—Lo que sea —contestó Madison.

29 de agosto de 1985. Ronald Gray esperó en el sombrío callejón que había delante de la casa de Gilman. Llevaba allí desde las ocho de la mañana y era casi mediodía. En esa estrecha manzana de casas, le iba a resultar casi imposible colarse dentro de su apartamento para hurgar, mientras Gilman estaba fuera. Ronald no quería jugársela. Con la clase de suerte que estaba teniendo últimamente, seguro que Gilman volvería a la casa por cualquier motivo, lo encontraría allí y acabaría con su patética vida ahí mismo y en ese preciso instante.

En las cuatro últimas horas, Ronald había maldecido repetidamente la primera vez que se encontraron en su viejo barrio y la primera vez que Gilman le ofreció cincuenta dólares para quedarse de pie vigilando en la calle, mientras él tenía una charla en un garaje con un moroso.

Ronald no se había metido en asuntos que implicaran violencia explícita, pero sabía lo suficiente como para estar seguro de que Gilman habría recibido un sustancioso adelanto antes del secuestro y de que el resto del pago tendría que hacerse pronto. Los hombres como Gilman no aceptaban cheques: alguien con una bolsa de dinero tendría que encontrarse con él en algún momento, y Ronald estaría allí para averiguar quién era.

La puerta de entrada se abrió y Ronald se ocultó más en la oscuridad. Timothy Gilman salió al exterior de la soleada tarde de agosto y comenzó a caminar.

El primer día no trajo consigo nada más que un dolor de cabeza constante y una sensación de frustración. Gilman había acudido a un bar cercano, se había quedado allí tres horas y luego había vuelto a casa. El lugar era cochambroso y sórdido. Sin embargo, al entrar le había saludado demasiada gente, lo que claramente lo descartaba como punto de encuentro donde despachar un asunto privado de forma discreta.

Los medios de comunicación no habían parado de hablar sobre el caso en ningún momento: habían encontrado vivos a los otros chicos. «Gracias a Dios por los pequeños favores», murmuró para sí Ronald. Las fotos del anuario habían formado parte de los informativos en televisión, los cuales repetían la escasa información que tenían y que no se acercaba en absoluto a lo que había ocurrido en realidad.

Ahora Ronald sabía los nombres de los chicos, los nombres de sus padres y el nombre del restaurante que regentaban. Supo que el trozo de papel arrancado que había salvado del fuego era la foto de anuario de David Quinn y que el chico sufría de arritmia cardíaca congénita. Y Gilman también lo había sabido.

El segundo y el tercer día no hubo nada más que más reportajes sobre los guardas del parque y las autoridades locales repartidos por el bosque en busca del chico, de su cadáver. Gilman se levantó tarde, fue al bar y volvió a casa. El cuarto día, condujo a un supermercado local y compró platos de comida preparada. Ronald le había seguido durante todo el rato y había guardado una bolsa en el coche con cinco gorras de béisbol de diferentes colores y tres cazadoras que se cambiaría tan a menudo como pudiera. Gilman había ido en su Toyota de 1979 unas cuantas veces, así que Ronald había pedido prestado un coche a un amigo mecánico, con la excusa de que necesitaba echarle el ojo a una chica que le podía estar engañando. El amigo le había dado las llaves sin preguntar nada.

El funeral del chico tuvo lugar al quinto día. Gilman ni siquiera salió de su casa, y Ronald comenzó a pensar que quizá no tuviese sentido, que esta locura no lo conduciría a ningún lado.

Ronald salía de casa cada mañana y, cuando volvía tarde, de noche, encontraba a Vincent hecho un ovillo en su cama, exactamente como lo había dejado. Intentaba alimentarlo con la comida que le gustaba, pero Vincent pinchaba tres veces el tenedor y después volvía a la cama. Habría dicho en total unas cinco palabras desde el día del bosque. Ronald había llamado al supermercado donde trabajaba Vincent a tiempo parcial y les dijo que estaba enfermo y que volvería tan pronto como pudiese. «O nunca», pensó, mientras observaba la silueta que había bajo las mantas.

Al cabo de seis días, todos los periódicos mostraron artículos sobre el funeral del chico. Ronald no pudo evitarlo, los compró y los leyó todos. Leyó las palabras, observó las fotografías, y cada detalle fue como otro apretón más de la soga que le ahogaba el pecho.

Gilman se quedó en casa durmiendo, fumando, emborrachándose o viendo telenovelas. Ronald no lo sabía, y tampoco le importaba. Lo único que quería era que saliera a por su dinero. Se quedó dormido en la mesa de la cocina con *The Seattle Times*, *Seattle Post-Intelligencer*, *The Washington Star* y *The Elliot Bay News* desplegados cual fina e inútil almohada para un sueño que no traería consigo ni paz ni alivio algunos.

El séptimo día amaneció con un cielo tan azul como el de la semana anterior. Los seres humanos estamos entrenados para medir la vida en porciones delimitadas y bien definidas, y cuando Ronald abrió los ojos, su primer pensamiento fue que, tan solo una semana antes, su vida había sido una mezcla ordinaria de aburrimiento, normalidad y patetismo y que haría lo que fuera por recuperarla. «Una semana antes».

Se sentó a un lado, en la cama de Vincent.

—Qué hay, Vin.

El joven abrió los ojos.

—Me marchó. Tengo cosas que hacer —le dijo Ronald.

—No es seguro.

—Está bien, venga, hombre. Hasta ahora todo va bien. Te he dejado algo de comida en la cocina. ¿Cómo te encuentras hoy?

Vincent cerró los ojos.

—Bien. De acuerdo —dijo Ronald—. Quédate descansando aquí. Vuelvo luego. Come algo, ¿vale?

Ronald se levantó y se marchó. Cerró la puerta con cuidado y se sintió culpable y resentido al mismo tiempo. No oyó el susurro de Vincent en la casa cerrada.

—No es nada personal, solo son negocios.

Lo supo en el mismo instante en que Gilman puso un pie fuera de la casa. Ronald había tenido más de una oportunidad de familiarizarse con los cambios de humor de aquel individuo y su manera de comportarse. Timothy Gilman echó un vistazo a izquierda y derecha antes de montarse en su Camaro negro, y Ronald supo con total seguridad que no iba al supermercado ni tampoco al bar. Tuvo miedo. Seguirlo y ser cazado era suicida, volverse y regresar a casa... «En fin —pensó—, tan solo sería un tipo de muerte diferente. Más lenta, quizá, pero solo un poco menos dolorosa».

Gilman tomó la I-90 y condujo hacia el este, cruzó la isla Mercer y la I-405 antes de

continuar a través de Eastgate primero y Issaquah después. Ronald lo seguía, cinco coches detrás de él, cubierto de una capa de sudor y con una gorra de béisbol verde claro.

Gilman conducía a una velocidad constante, justo por debajo del límite. Pronto dejaron atrás Preston y North Bend. Ronald no podía siquiera soportar la radio encendida; tenía los ojos fijos en el Camaro y sus manos se aferraban con fuerza al volante. Cuando no había más que tres coches entre ellos, aminoraba la marcha y se quedaba atrás; cuando no podía ver a Gilman durante un minuto o más, aceleraba hasta volver a divisar el coche negro. A pesar de que había suficiente tráfico como para poder camuflarse, Ronald no se permitía relajarse ni un segundo. Entretanto, las salidas se sucedían: Gilman podía salir de la interestatal en cualquier momento.

Finalmente, Gilman se desvió justo antes del Olallie State Park y tomó la carretera SE Homestead Valley en dirección este. Había bosques frondosos a ambos lados y Ronald disminuyó la velocidad todo lo que pudo sin perder de vista a Gilman.

El Camaro giró hacia la izquierda en una estrecha carretera y Ronald no tuvo más remedio que seguir conduciendo, agacharse en el asiento y echar un rápido vistazo mientras pasaba por delante.

«Mierda». Se había detenido. Gilman había parado a tan solo cincuenta metros tras adentrarse en el camino de tierra, al lado de otro coche aparcado ahí. La espesura de las copas de los árboles le impedían a Ronald ver con claridad, pero estaba casi seguro de una cosa: el Camaro negro se había detenido y había otro coche con él.

Ronald miró a su alrededor: la Homestead Valley estaba vacía en ambas direcciones. Se detuvo tan cautelosamente como pudo y dio marcha atrás hasta situarse a setenta metros de la entrada del desvío. Rezó para que no hubiese nadie mirando y dio media vuelta, porque estaba seguro de que quienquiera que fuese al que iba a seguir, se incorporaría de vuelta a la I-90 tras el intercambio.

Ronald dejó el coche en el arcén del camino y se adentró en el bosque. Hacía más frío ahora que estaba cubierto bajo la espesura que formaban los abetos: recorrió tres metros y luego avanzó en paralelo a la carretera hasta que estuvo al mismo nivel del camino que había tomado Gilman. Se agachó un poco, se agazapó y luego se arrastró tras un arbusto que lo mantenía a cubierto y que al mismo tiempo le permitía divisar los dos coches y a los dos hombres hablando.

Ronald se tumbó sobre el polvoriento suelo y sacó un par de prismáticos que había comprado en una tienda de deportes tres días antes por 19,95 dólares. Seguramente con ellos no podría avistar águilas planeando en torno al monte Rainier, pero le servían para ver a los dos hombres, y eso era suficiente.

Levantó los prismáticos a la altura de los ojos y contuvo la respiración. Ahí estaban. El otro coche era un BMW de color azul oscuro y tenía levantado el capó. «Buena idea», pensó Ronald: cualquiera que pasara con el coche pensaría simplemente que se trataba de una avería. Ambos estaban de espaldas y miraban el motor. Podía ver a Gilman gesticulando mientras el otro escuchaba.

Ronald lanzó un suspiro y levantó una polvareda del suelo que al poco se volvió a posar. Una pequeña nube de insectos había descubierto su piel desnuda y se estaba aprovechando de ello. No le importaba. Tenía los ojos fijos en los dos hombres cuyos rostros no podía ver, y entonces fue cuando entendió algo. Aquel espantoso día de hacía una semana no había salido como él había pensado, sin embargo, tampoco había ido como Gilman había anticipado. El chico debía morir por su enfermedad. No debía haber despertado y haberlos visto, por lo que era

necesario matarlo. ¿Qué le estaba contando Gilman a aquel hombre? ¿Le estaría contando la verdad?

«De ninguna manera». Gilman era un tipejo que no se permitiría ningún tipo de compasión que no fuese en provecho propio.

Ronald cambió de postura en el suelo porque le empezaba a doler el cuerpo. Los hombres se dieron la vuelta y, durante un instante, tuvo verdadero miedo de que todo hubiera sido inútil y de que este fuese un encuentro fortuito con alguien a cuyo BMW se le hubiese fundido un fusible.

El otro hombre llevaba un traje oscuro, elegante, y, de pronto, Ronald lo vio con toda claridad, como si estuviese justo a su lado. Lo suficientemente claro como para reconocerlo, y cuando sacó la bolsa de cuero del maletero y se la pasó a Gilman, Ronald no pudo ni pestañear mientras se quedaba sin respiración. Todo estaba perdido, no había nada que hacer. Sus pequeños y enclenques prismáticos le mostraban un infierno infinitamente peor de lo que se hubiese podido imaginar.

Bajó los prismáticos y descansó la frente en la muñeca. Primero un motor y luego el otro volvieron a arrancar y Ronald escuchó cómo se marchaban el Camaro y el BMW.

Como flotando en una nube, Ronald condujo de vuelta a Seattle en una bonita tarde de septiembre y supo, sin ningún lugar a dudas, que sus problemas no habían hecho más que comenzar.

Spencer la llamó al móvil mientras Madison y Kelly atravesaban los límites de la ciudad. Alguien había entrado a la fuerza en el apartamento de Ronald Gray y lo había destrozado.

Cuando llegaron, el conserje estaba todavía en el descansillo de la cuarta planta, esperando a que los cerrajeros de emergencia acabasen su trabajo en la puerta de entrada del apartamento de Gray. Había un oficial de policía.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Madison al conserje.

—Me acerqué hace una hora porque quería asegurarme de que el gas estaba apagado. Hay una llave junto a la cocina y no recordaba si la había apagado o no. En cualquier caso, encontré lo que encontré... —Hizo un gesto y Madison entró.

—¿Alguno de los vecinos le ha dicho si oyeron algún ruido? —preguntó al agente por encima del hombro.

—No. La mayoría de la gente que vive en esta planta están todavía trabajando, pero la vecina de al lado está en casa con gripe y ha dicho que no ha oído nada en todo el día.

El sitio entero había sido destripado, de forma tranquila y sistemática. Una hoja afilada había rajado los cojines del sofá, el acolchado de todas las sillas y el colchón. El relleno estaba esparcido por todo el lugar como nieve sucia. Cada objeto de las estanterías se encontraba en el suelo. Habían vaciado los armarios de la cocina y habían derramado por el fregadero el contenido de los botes. Había tabloncillos arrancados por todas partes y apartados a los lados contra las paredes. Habían sacado los cajones de su sitio y los habían vaciado sobre el destrozado colchón.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —preguntó Madison al conserje mientras continuaba asimilando la destrucción reinante.

—Ayer por la tarde, pronto. Vine con el tipo del seguro.

—¿Y todo era normal?

—Sí. Bueno, resulta siniestro por lo del asesinato, pero normal. Supongo que el del seguro tendrá que volver. Alquilamos los pisos amueblados y decorados, ¿sabe?

Madison asintió. Podía imaginarse a Peter Conway colándose en el edificio y dentro del apartamento, rebuscando silenciosamente hasta que todo lo que quedara de la vida de Ronald Gray hubiese sido completamente destruido.

Buscar y destrozar. «Quiere saber el porqué de la conexión con Gilman, eso es lo que busca, la prueba de que Gilman estaba involucrado y de que de alguna forma ha acabado en manos de Quinn. No pudo conseguir a Foley y por eso volvió aquí».

La fría y calculadora violencia de lo que tenía delante se le estaba empezando a calar en los huesos. Madison se dio la vuelta y se marchó. Conway se estaba enfadando, le habían dejado sin uno de sus hombres, Vincent Foley seguía vivo y todavía no había encontrado lo que buscaba.

Bajo un amplio cielo púrpura, Madison y Kelly volvieron al coche y condujeron de vuelta a la comisaría sin mediar palabra.

Henry Sullivan, con un abogado y descansado, se había aferrado a su voto de silencio y ni

Spencer ni Dunne habían sido capaces de que entablase ningún tipo de conversación. Unas pocas horas antes, Balística había confirmado que el proyectil que había matado a Thomas Creed no había salido de la Beretta de Sullivan. Por tanto, el detenido estaba sentado en una posición de reposo como de Buda, aguardando en calma lo que fuera que la ley le tuviese reservado a continuación.

Nathan Quinn había esperado hasta estar seguro de que las oficinas de su despacho en la novena planta de la Torre Stern estuviesen vacías. Necesitaba comprobar algunos tomos de referencias legales que no tenía en casa, y no podía afrontar la amabilidad bienintencionada de sus colegas. Se sentía nervioso, como si a la vez que se curaban las cicatrices de su cuerpo, las grietas de su vida fueran haciéndose más profundas y afiladas. Las fotografías de las heridas de Harry Salinger le venían a la mente de vez en cuando. Ahí estaba Cameron, menos de sangre, su hermano en cualquier otro aspecto, su vida resumida y retenida en el manejo de ese cuchillo. ¿Importaba que Salinger hubiese hecho algo peor, mucho peor? ¿Cómo se miden tales actos? ¿Hay alguna balanza que nivele el peso de unos frente a otros?

Quinn había llegado al aparcamiento subterráneo conduciendo por sí mismo por primera vez y había tomado el ascensor hasta la novena planta. Saludó a la cámara y al guardia de seguridad que vigilaba sus pasos desde algún lugar del edificio y puso la llave en la cerradura de aquel lugar que había sido testigo de todas sus batallas y de todos sus éxitos durante la última década.

Había esperado alivio o, quizá, tan solo la sensación agradable de familiaridad, pero nada de eso había ocurrido. Las elegantes oficinas de decoración exquisita le parecían extrañas, y no sabía si volvería a sentirse como en su casa en aquel lugar.

Quinn se preparó café y se llevó la taza y un platillo a la biblioteca. Se había sentido orgulloso cuando Quinn, Locke y asociados había abierto sus puertas por primera vez. Fue paseando la mirada por las estanterías en busca de los libros que necesitaba. Los encontró y los abrió encima de la enorme mesa. Se preguntó qué pensaría de todo esto el rabino Stien, si habría algo en la Torá que explicase a un hombre cómo tomar la Ley, moldearla como si fuese arcilla con sus propias manos y seguir manteniendo su alma al mismo tiempo.

Quinn decidió apartar las cuestiones existenciales y volver al asunto que tenía entre manos. Defensa propia estaba muy bien si te enfrentabas a un intruso en tu casa, pero Cameron se encontraba en medio de un bosque, y la ley que hablaba de la «exigencia de escapar o el deber de retirarse» no podía desempeñar ahí ningún papel.

Estaba absorto en una jurisprudencia de la Corte Suprema de 1989 cuando le sobresaltó el sonido de un suave toque en la puerta de la biblioteca.

—Me ha parecido verte —dijo el hombre—. Pero, sinceramente, pensé que era mi imaginación jugando conmigo después de todas estas semanas.

—Conrad —dijo Quinn, al tiempo que se levantaba.

Conrad Locke.

—Nathan. —Locke se acercó y le dio un rápido abrazo—. Qué gusto verte, de verdad, qué gusto verte.

—Gracias por la nota que enviaste al hospital, por tu apoyo, por tus amables palabras.

—Por favor, ni lo menciones. Respetamos tu deseo de no tener visitas, y escribirte era lo mínimo que podía hacer.

Locke tenía casi setenta años, y los llevaba con agilidad y elegancia. Ahora tenía el pelo completamente blanco y más arrugas alrededor de los ojos, pero era el mismo hombre que conocía a Quinn desde que era niño, el mismo que había estado a su lado sin ofrecerle clichés vacíos el día del funeral de David.

—Deja que te vea —dijo Locke con las manos sobre el ahora hombre, que era más alto que él. Quinn no retiró la mirada. Los ojos del anciano brillaron con cariño.

—Ahora estás estudiando el caso de Jack —dijo Locke—. ¿Cuáles son las últimas novedades?

—La vista con la jueza Martin es mañana por la mañana. Todo se ha adelantado porque han declarado a Salinger incapacitado mentalmente, la admisión de culpabilidad y el ataque con leña en la prisión.

—¿Cuánto se sostiene nuestro caso?

—Difícil saberlo.

—Si hay un hombre en este planeta capaz de sacarlo de ahí eres tú.

—Gracias.

—Supongo que eso es lo que va a ocurrir. ¿Y luego? —Locke había sido un litigador fabuloso: podía convertir el agua en vino delante de un jurado y convencerlo de que había sido vino desde el principio.

—Jack se quedará conmigo hasta que las cosas se aclaren —respondió Quinn.

—Bien. Eso está bien. Nunca te he dado consejos en todos estos años, Nathan, y no voy a empezar ahora. Todo lo que te diría con respecto a la Honorable Claire Martin, con quien has tenido el placer de litigar en muchas ocasiones con anterioridad, es «sencillez». Encuentra el punto fuerte clave de tu caso y utilízalo sin piedad. Hazlo parecer una verdad ineludible. Scott Newton es un buen abogado, pero no puede probar lo que ocurrió en aquella orilla del río.

«Si alguien ve las fotografías, no necesitará probar demasiado», pensó Quinn, pero asintió.

—Lo tendré en cuenta. La jueza Martin es algo impredecible. No quiero estar poco preparado.

—Tonterías —dijo Locke, y se dispuso a salir.

—¿Cómo es que estás aquí tan tarde? —dijo Quinn.

—Me he olvidado unas entradas para el teatro en el despacho. Mañana voy a estar todo el día fuera en la finca y no quería tener que volver a por ellas.

«En la finca». Quinn sonrió.

—Saluda a Grace de mi parte.

—Lo haré.

Quinn escuchó las pisadas de Conrad Locke, que se alejaban por el pasillo hacia el ascensor que lo llevó a la planta baja. Pensó en la simplicidad y en todas las veces que había escuchado una argumentación de Locke en un juicio. Luego cogió los libros y los colocó en su sitio en la estantería. Llegados a ese punto, sabía lo que sabía. El caso no se resolvería con algo tan prosaico como un precedente legal.

Nathan Quinn condujo de vuelta a casa y se sirvió un trago de *bourbon*. Al día siguiente por la noche bebería con Jack.

Madison llegó a casa con tres bolsas del supermercado Trader Joe's. El móvil sonó en el preciso instante en que entraba por la puerta.

—Hola —dijo Rachel.

—Hola —sonrió Madison.

—¿Quieres que te cuente algo gracioso?

—Claro.

—Neal y Tommy están dormidos y yo estaba navegando por la red, ya sabes, leyendo sobre los últimos avances en el mundo de la psicología.

—Claro, lo que en clave significa «haciendo yoga».

—Correcto. ¿Sabías...?

Madison abrió una botella de cerveza y comenzó a sacar la compra mientras escuchaba el relajante tono de voz de Rachel. Más tarde, no habría sabido decir de qué habían hablado, solo que la había tranquilizado después de un día duro. Rachel siempre lo conseguía. Y Madison echaba de menos a Tommy, echaba en falta ser parte de la vida de ese niño de seis años. Pronto cumpliría los siete y debería estar ahí cuando sacaran el pastel y le cantaran el cumpleaños feliz. Madison le había cantado *Blackbird* en el bosque, aquella noche en que creyó que el niño iba a morir. No estaba segura de que se lo pudiera cantar de nuevo.

Salteó la pechuga de pollo en la sartén con un poco de ajo y guindilla molida y se la comió en el sofá mientras veía *En bandeja de plata* en un DVD y descansaba los pies sobre la mesita.

La había ayudado salir a correr, pero mientras su cerebro fuese capaz de pensar, todo fluía en una única dirección. ¿Qué sabía hoy que no supiese ayer? Pues, por un lado, Jerome McMullen era un tipo siniestro y no tenía duda alguna de que se encargaría de escabullirse tras su condicional y de pasarse de nuevo al otro bando. Y, a juzgar por la destrucción del apartamento de Gray, Conway se estaba poniendo nervioso.

Madison tomó un sorbo de cerveza. Timothy Gilman tuvo suerte de acabar en una trampa para osos. Bien se cayera o fuera empujado, su muerte debió de ser instantánea, según el informe de la autopsia. Dios sabe lo que le habría reservado Conway si hubiese seguido con vida hoy día. Pero el caso era que Conway estaba en la otra punta del país y era solo un chaval en aquellos días. Madison cerró los ojos y en ese momento lo entendió: la idea de que un chaval pudiera jugársela a Gilman y usar una trampa de osos como arma contra un hombre que era más grande, más fuerte e infinitamente más malvado. Un chico. Un hombre joven que no había hecho nada especial con anterioridad ni había tenido ningún tipo de problemas con la ley.

Madison se levantó demasiado deprisa y se sintió mareada, o quizá fuese consecuencia de aquella idea, la repentina lucidez. No era la mecánica del asunto, no era la secuencia de sucesos lo que la impresionaba. Eran las sombras oscuras cambiando de lugar y entrelazándose las unas con las otras hasta formar algo tan tremendo que apenas era capaz de concebirlo.

Madison repasó las notas que tenía sobre la mesa. Ahí estaba: la última vez que se había visto vivo a Gilman fue en un bar del barrio. Madison ya conocía aquella fecha; se había fijado en ella durante días el pasado diciembre, cuando John Cameron era el principal sospechoso del asesinato de James Sinclair y su familia. Era la fecha en que se detuvo a Cameron por conducir borracho. También salía su foto: un hombre joven, serio, con melena y una cazadora de piel de

oveja. Durante un tiempo, fue todo lo que tuvo para imaginarse qué aspecto tendría Cameron, y ahora recordaba cómo había pensado entonces que no parecía borracho, sino serio, muy serio.

¿Podría un chico hacer algo semejante? Se arremolinaron rápidamente más preguntas que respuestas en torno a esa idea. ¿Qué había hecho el chico de la chaqueta de borrego? En el nombre de Dios, ¿qué había hecho? No, en nombre de Dios, no, en nombre de un chico que nunca llegaría a cumplir los catorce años.

Madison comprobó la hora que era, y resultó ser demasiado tarde para ir de visita. El bar donde Gilman había tomado su última copa ya no existía. Sin embargo, el camarero seguía vivo. Lo que pudiera recordar veinte años después de aquel día no podría averiguarlo Madison hasta la mañana siguiente, y esta parecía quedar muy lejos.

Se metió con desgana en la cama y se quedó tumbada esperando que le llegara el sueño como un velo de vacío que detuviera las preguntas, al menos durante un rato.

Madison entró en la sala de brigada a las siete de la mañana y se puso a trabajar en lo que tenía en mente. Estudió el expediente de Gilman y encontró lo que esperaba; una rápida búsqueda en Internet confirmó sus sospechas. Cuando salió, una hora después, era todavía pronto, pero una hora decente del día para llamar a su único testigo e invitarlo a una taza de café.

Se había tomado cuatro horas de tiempo personal. Considerando la cantidad de días libres perdidos y horas extra no remuneradas, no suponía ningún problema.

El camarero había dejado ese trabajo hacía muchos años. Morris Becker tenía cincuenta y tres años y su propio garito de bocadillos en la isla Mercer. Al café invitaba él, dijo.

El sol del día anterior había sido un espejismo: el día había amanecido oscuro y tormentoso y tenía pinta de continuar igual. Madison condujo bajo el aguacero hasta la dirección que él le había dado, y se sentaron en una mesa al lado de una ventana con el cristal empañado.

—Siempre pensé que, antes o después, vendría alguien a preguntar —dijo Morris Becker—. Me refiero a después de enterarme de su nombre por las noticias, después del llamamiento por televisión.

—¿Por qué lo pensó? —dijo Madison.

—Tal y como quedaron las cosas, por lo que yo sé, no se acusó a nadie por su asesinato. Alguien tenía que comenzar a hacer las mismas preguntas una y otra vez.

—¿Usted piensa que fue un asesinato?

—Usted no lo conocía, ¿verdad? No, sería usted demasiado joven para estar en el departamento entonces. Gilman era el tipo de persona que se busca problemas y los trae a tu puerta. Te guste o no, estés preparado o no. Me dio pena saber que había muerto de esa manera, claro, pero, ¿sorprendido?, la verdad es que no.

—Parece recordar aquel asunto muy bien a pesar de que hace veinte años...

—Fue lo más extraño que me ha pasado en ese antro. No estoy desagradecido, entiéndame, pero la verdad es que me alegré de salir de allí cuando lo hice.

—Entiendo. Mis preguntas tienen relación sobre todo con las testimonios de los testigos que se tomaron en su momento. —Madison había repasado las declaraciones en comisaría y sabía lo que no había encontrado. No era más que una corazonada—. No encontré el testimonio de un chico, de pelo oscuro, adolescente, con chaqueta de borrego. ¿Lo recuerda?

El hombre pestañeó dos veces.

—Le diré lo que le dije al otro tipo: el chico se paseó por el bar durante semanas antes de aquella noche y no volvió después. No le tomaron declaración porque yo no tenía ni idea de quién era ese chaval con carné falso. No es algo que no hayamos visto antes.

El cerebro de Madison reparó en lo primero que había mencionado el hombre.

—¿Qué otro tipo?

—Unas semanas después de que encontrasen el cuerpo de Gilman, este tipo aparece en el bar y me hace las mismas preguntas que me está haciendo usted, así que le di las mismas respuestas.

—¿Qué aspecto tenía este hombre?

—Alto, pelo oscuro, traje y corbata. Para mí que era un abogado, y no me suelo confundir.

Madison asintió e incluso fue capaz de añadir una sonrisa al gesto.

—Digamos que tengo alguna foto conmigo, ¿le importaría echar un vistazo? ¿Ver si alguien le resulta familiar?

—¿Fotos del hombre? Soy bueno recordando caras, pero solo lo vi una vez.

—No, no del hombre, del chico.

—Claro. Adelante.

Madison sacó un sobre marrón de la mochila y desplegó diez fotografías sobre la mesa. Había tardado un rato en imprimir las más adecuadas: los hombres jóvenes eran todos de edad similar y las fotos se habían sacado por aquella época.

Morris Becker se inclinó hacia delante mientras sus ojos se movían de una cara a otra.

—Este —dijo.

—¿Está seguro?

—Sin ningún lugar a dudas. Incluso lleva la misma chaqueta que llevaba en el bar.

—¿Está absolutamente seguro?

—Mire, detective, incluso me acuerdo de lo de su mano.

—¿Qué pasa con su mano?

—Siempre que venía al bar, guardaba la mano derecha en el bolsillo. Me imaginé que tendría algún problema. Veinte años después todavía puedo recordar lo que bebía cada uno, y él bebía cerveza, café o *bourbon*.

Becker dio un golpecito con el dedo sobre la fotografía de Cameron.

Madison deseaba estar en algún lugar cualquiera sin hacer nada en concreto. Necesitaba pensar del modo en que lo hacía cuando era pequeña, sentada en el asiento trasero del coche de su abuelo y viendo pasar el paisaje mientras sus pensamientos surgían y se iban de la misma manera.

Condujo al Muelle 52 y se subió al transbordador que se dirigía a Bainbridge Island, dejó el Honda en la cubierta para coches y encontró un hueco junto a la ventana. El viaje de ida y vuelta duraba una hora y diez minutos, no tanto tiempo como necesitaba, pero se tendría que conformar.

Tenia las piernas extendidas bajo la mesa y la taza de café humeante delante de ella. Se sentía como si le hubiese caído una roca encima. Cogió el móvil dispuesta a llamar a Brown, cuando se detuvo: no podía arrastrarlo a esto. Ese descubrimiento y la decisión que tenía que tomar eran asuntos que le tocaban a ella.

Ahora tenía las respuestas que Nathan Quinn se había negado a darle: por qué se fiaba de su fuente y por qué no la llamó cuando descubrió lo de Gilman. La verdad, de todos modos, le había dado más respuestas de las que había pensado siquiera preguntar. Madison trató de imaginarse en qué clase de mundo habían vivido John Cameron y Nathan Quinn durante los veinticinco últimos años, cuál habría sido el verdadero coste de esta justicia comprada con una trampa creada por un chico.

Seguía lloviendo cuando el transbordador comenzó su viaje de vuelta. Agua por todas partes, desde arriba y desde abajo y Madison en medio, tomando una decisión que podía cambiar las vidas de todos los involucrados y que la definiría para siempre como agente de policía y como ser humano.

La vista estaba cerrada al público, y, considerando la clase de interés malsano que el caso había provocado en los medios de comunicación, a nadie le sorprendió que así fuese.

John Cameron había llegado al tribunal con antelación y se había vestido con la ropa que Nathan Quinn le había proporcionado. Por fin sintió que era él mismo con esos pantalones negros y el jersey de cachemira de cuello vuelto, y eso era bueno y malo: bueno, porque mirándose al espejo vio a un hombre libre, sin el mono de presidiario de la Penitenciaría del condado de King, un hombre que podía hacer lo que quisiese y que podía ir a donde le viniera en gana; malo, porque no tenía ninguna intención de ponerse de nuevo aquel mono, y, si Nathan fracasaba, tendría que tomar medidas extraordinarias para asegurarse de que no fuera así.

John Cameron era un hombre prudente. Era dueño de una casa en Seattle de cuya existencia ni siquiera Quinn tenía conocimiento. También tenía preparados, en distintos sitios del condado, cuatro equipajes con los útiles necesarios para poder realizar un viaje rápido a lugares más seguros, o a un lugar de exilio permanente fuera de su ciudad.

Cameron miró alrededor de la sala de espera: estaba ante el menor número de puertas cerradas con llave y personal armado que se habían interpuesto entre él y la libertad en varias semanas. Una vez en el juzgado, habría incluso menos. No estaba armado, pero eso no suponía ningún problema; una vez decidiese un curso de acción, poco se podría hacer para detenerlo.

Nathan Quinn apenas había dormido. Sentía la energía inquieta de Cameron como si pudiera verlo, y sabía que esta era la única oportunidad que tendría de arreglar las cosas a su manera. Si no lo conseguía..., Quinn no podía soportar el pensar en las consecuencias.

Conrad Locke le había aconsejado que fuese sencillo en su exposición. Le había sugerido que encontrara una verdad absoluta y la utilizara para hacer pedazos el caso del fiscal. En su corazón, sabía que la había encontrado y que era la misma verdad que había encontrado hace veinte años. Hoy la honorable Claire Martin decidiría si tenía o no razón.

La puerta lateral se abrió y John Cameron fue escoltado hasta la sala. Se quedó de pie junto a Quinn como si fuese para él lo más natural del mundo.

—Pónganse en pie —anunció el ujier.

La jueza Martin tomó asiento. Tenía el pelo recogido en su habitual moño y las lentes bifocales en la punta de la nariz. Llevaba pañuelos de Hermès bajo la toga, sus decisiones no eran nunca revocadas y cualquier abogado que la subestimaba solía verse en un aprieto.

La jueza Martin miró a su alrededor.

—Señor Newton —dijo.

Newton saludó con un gesto.

—Señoría.

—Señor Quinn.

—Señoría.

—Estamos aquí para decidir la fianza del señor Cameron, caballeros.

—Señoría —dijo Quinn.

—Adelante, letrado.

—En vista de nuevas circunstancias, de recientes acontecimientos y del estado actual del caso de la fiscalía, quiero presentar una moción para desestimar todos los cargos contra mi cliente con efecto inmediato.

—¿Cómo...? —Newton se puso de pie.

—Calma, señor Newton. ¿Lo ha pensado usted bien, señor Quinn? Sabe cuánto odio perder el tiempo en un caso...

—Desde luego, señoría.

La jueza suspiró y se levantó.

—Vayamos a mi despacho.

Quinn se volvió hacia Cameron.

—Te veo en unos minutos —le dijo.

Cameron retuvo a su amigo en su mirada color ámbar.

—¿De qué estamos hablando, letrado? —La jueza Martin se sentó.

—Los cargos contra mi cliente son completamente falsos. La fiscalía no tiene ni siquiera un principio de caso y la continua encarcelación del señor Cameron, como consecuencia de la denegación de libertad bajo fianza, ha conducido a un atentado contra su vida.

—Vayamos paso a paso. Su cliente está acusado de intento de asesinato, de ahí la denegación de libertad bajo fianza. ¿Cuáles son las nuevas circunstancias?

—Señoría, la fiscalía no tiene razones para la acusación de intento de asesinato. No tiene motivo para el cargo de asalto o el de comportamiento temerario, ni siquiera para el de comportamiento imprudente. No pueden probar que hubo intención y no tienen ningún arma para probarlo.

—Señor Newton, ¿dónde está su arma letal?

Scott Newton había experimentado diversos grados de desagrado en el trabajo, pero sabía, cuando entró en el juzgado aquella mañana, que hoy iba a ser la guinda del pastel.

—No la tenemos, señoría.

—Llevan buscándola desde diciembre, abogado.

—Soy consciente de ello, señoría.

—¿De qué forma pudo el acusado provocar un intento de asesinato, señor Newton?

—Todavía no lo sabemos.

—Presiento que voy a escuchar muchas respuestas similares por su parte hoy, Scott. ¿Qué me dice de la intención? —La jueza se volvió hacia Quinn, que deseaba que ella no hubiese visto las fotos de Salinger.

—Las heridas infligidas son terribles, pero perfectamente consistentes con un intento de detener a un hombre que acaba de confesar cuatro asesinatos y el secuestro y asesinato de un niño pequeño. Harry Salinger acaba de ser declarado mentalmente incompetente y se ha declarado culpable de cuatro cargos de asesinato, uno de secuestro de un menor en primer grado y dos cargos de intento de asesinato. Confesó en su momento en presencia de mi cliente, de la detective Madison y de mí mismo. Todo lo que hizo mi cliente fue intentar detenerlo antes de que huyera, y, dada la probada naturaleza violenta e irracional del señor Salinger, mi cliente se encontró a sí mismo luchando por su vida.

—¿Lo está intentando describir como un «arresto civil»? —A Newton se le quebró la voz.

—Mi cliente esperó a que llegasen las autoridades y se entregó sin protestar. No tiene

ningún expediente delictivo y ha sido un prisionero modelo durante su encarcelamiento. El señor Salinger tiene un expediente de asalto y nunca ha negado ninguna de las acusaciones vertidas en su contra. Es un hombre peligroso, y si mi cliente no lo hubiese detenido cuando lo hizo, no tenemos ni idea de qué más atrocidades podría haber cometido.

—Señor Newton, ¿dónde está su caso? —le preguntó la jueza.

—Señoría, ¿ha visto el informe de las heridas infligidas al señor Salinger?

John Cameron estaba sentado en el banquillo de la defensa. Había dos guardias junto a la puerta lateral, otro junto a la puerta que daba al pasillo. La estenotipista le echaba una mirada disimulada de vez en cuando, para luego rápidamente bajar la vista.

La única equivocación que ha cometido esta gente hoy, pensó, es levantarse y venir a trabajar.

—He visto las fotos, señor Newton. ¿A dónde quiere llegar? —dijo la jueza Martin.

—Muestran un uso extremo de fuerza no justificado por...

—Se defendía a sí mismo —le interrumpió Quinn—. ¿Se le encontró a mi cliente algún tipo de arma?

—No.

—¿Había alguna otra arma en el escenario del crimen? —preguntó la jueza a Newton.

Newton suspiró.

—Se encontró cerca de allí una pistola con las huellas del señor Salinger.

Quinn se volvió hacia la jueza.

—La declaración de la detective Madison dice que había manchas en la camisa del señor Salinger que parecían de sangre, la sangre del niño que había sido raptado. Y todas las armas del escenario del crimen pertenecían al señor Salinger. ¿Cuál cree que era el estado mental de mi cliente en ese momento? Intentaba evitar que se escapase un asesino y acabó luchando por su vida. Esa fue su única intención.

—¿Qué dice el señor Salinger de todo esto, si es que dice algo? —la jueza Martin preguntó a Newton.

—Dice que no se peleó.

Se le había tomado declaración, Quinn la había leído.

—¿Qué más, Scott? —dijo Quinn.

—¿Letrado? —La jueza estaba llegando rápidamente al final de su ya de por sí limitada paciencia.

—En su declaración mi cliente dice que no comenzó a luchar con el señor Cameron hasta que se dio cuenta de que este no pretendía matarlo como había esperado que hiciera.

—¿Luchó con él para que el señor Cameron lo matase durante la pelea?

El fiscal asintió.

La jueza Martin miró a uno, después al otro. Estaba enfadada al menos por doce motivos distintos relacionados con el caso, y no había nada peor para ella que la sensación de que no se había hecho justicia en su tribunal.

—Deme algo, señor Newton. Ahora mismo. Se lo suplico —dijo—. Cualquier cosa.

John Cameron esperaba sentado, mientras el hilo del tiempo se estiraba hasta resultar fino y

quebradizo. Esperó, porque su deseo de salir de entre esas paredes estaba en conflicto con su confianza total en Quinn y porque su siguiente paso, una vez dado, sería irreversible.

La puerta se abrió y la jueza y los abogados regresaron a sus sitios. Quinn parecía pálido y macilento, pero Scott Newton también.

Quinn se giró hacia Cameron y asintió.

—Se desestima el caso y el señor Cameron queda en libertad. Señor Newton —dijo la jueza Martin—, hoy no ha sido un gran día para la Fiscalía del Condado de King, diría yo. Este caso no debería haber llegado hasta este punto con lo que tenía para argumentar. Y con respecto a lo que no tenía, a estas alturas ya debería haberlo encontrado. ¿Señor Quinn?

—Señoría.

—Le felicitaría por haber ganado su caso, pero usted no lo ganó. Ellos lo perdieron. Ha sido un desbarajuste desde el comienzo al fin, y usted acaba de contármelo justamente hoy. Pero sí le daré la enhorabuena por estar todavía vivo. Hoy es todo lo que conseguirá de mí. —La jueza Martin se levantó, dispuesta a salir de la sala—. Señor Cameron, no estoy segura de qué decirle, excepto que espero que no lo vuelva a ver nunca más en mi tribunal.

Dejaron el Palacio de Justicia y se fueron directamente al aparcamiento subterráneo donde Quinn había dejado su coche. Ninguno de los dos abrió la boca.

Cuando pararon en el semáforo de la Quinta Avenida, Cameron bajó la ventanilla y sacó la mano para sentir la lluvia helada, tan dolorosa en su piel como bienvenida.

El subalcaide Will Thomas colgó el auricular. La llamada llegaba del Departamento de Transporte de Reclusos, quienes, a su vez, habían recibido una llamada del Palacio de Justicia de Seattle diciéndoles que el camión volvería sin su recluso y que tendrían una celda libre más esa noche. Luego vendría el papeleo.

Will Thomas se reclinó en su silla y cerró los ojos. No era un hombre que hubiese pedido ir por la vía fácil en la vida, que trabajase solo para cobrar, por el seguro médico y los fines de semana libres, pero, ¡Dios Santo!, qué contento estaba de librarse de aquel hombre.

La detective había tenido razón. No lo habían atrapado, no lo habían cazado, había estado allí, simplemente, con ellos, el tiempo que quiso. Y ahora que se había marchado, ya no habría más ruidos infernales que lo acompañasen. E incluso los incidentes violentos volverían a ser los habituales en un par de días.

«Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias», susurró a la deidad que velaba por las prisiones y su agobiado personal. Preparó el bolígrafo y se dispuso a firmar una serie de solicitudes de pedido.

El guardia B. Miller esperó hasta que la puerta metálica del Pabellón D se hubiese abierto antes de cruzar. Las noticias habían volado a la velocidad de la luz, y supo que se habían terminado los paseos a las cuatro de la mañana con el recluso de la celda D-37.

La puerta de la antigua celda de Cameron estaba cerrada. No había entrado nadie desde que se fue. Había quitado las sábanas de la cama, se había deshecho de las cosas de aseo de la pequeña cesta y no había ningún objeto personal a la vista. El hijo de puta sabía que no volvería. Y una voceilla desagradable le murmuraba a Miller en la oreja: «No habría vuelto en ningún caso».

En su celda, Manny Oretremos esperó hasta que supo que se quedaría a solas unos minutos, sin que el guardia de la ronda comprobara cómo estaba a través de las rejas. Su vida, tal y como la había vivido, terminó el minuto en que no lanzó el vial a John Cameron. Ahora era solo cuestión de tiempo hasta que el destino le diera alcance. Y ya había tenido suficiente. Suficiente de todo y de todos. Más que nada, lo que no podía soportar era el miedo constante, el miedo que se le había pagado a la piel durante años y lo había hecho casi desaparecer.

Estaba en reclusión solitaria, y lo que tenía en mente no era fácil de conseguir. Si le quedaba algo de determinación, ahora era el momento de encontrarla.

Rezó a la Virgen María y pidió perdón por sus pecados.

Doce minutos más tarde un guardia lo encontró sobre el suelo: se había metido papel higiénico en los orificios nasales y la fina sábana de su camastro en la boca, garganta abajo. El personal médico intentó reanimarlo, pero fue declarado muerto en el sitio. Notificaron al subalcaide Warren la situación. Más papeleo.

De vuelta en su mesa, Madison hojeó la pequeña pila de mensajes y cogió los de la doctora Takemoto. Le devolvió la llamada.

—Solo quería hacerle saber que le he enviado varios correos electrónicos con algunas notas sobre mi primera sesión con Vincent y que lo veré de nuevo mañana, si todo va bien —le dijo la doctora.

—Gracias —contestó Madison.

—Quiero que sepa que, incluso sin estar ahí, Ronald está muy presente en su vida. Los pensamientos de Vincent no paran de dar vueltas alrededor de su hermano.

Tras despedirse, Madison abrió el correo y leyó la transcripción de todo lo que Vincent le había dicho a la doctora. Las palabras parecían tener vida propia sobre el papel, suspendidas como estaban entre la realidad y el propio mundo de Vincent.

El teniente Fynn salió de su despacho y se dirigió a todo el mundo en la sala de brigada.

—La Honorable jueza Martin acaba de desestimar la causa contra John Cameron. Está libre. —Era una declaración de hechos y podían tomarlo como quisieran.

Madison sintió los ojos de Kelly en su espalda. Todos eran conscientes de que había prestado declaración y de que ese testimonio decía que no recordaba haber visto en la mano de Cameron ni el cuchillo ni ninguna otra arma que supuestamente había utilizado este para atacar a su víctima.

En el momento de la declaración, medio loca de dolor y de furia como estaba, no podía asegurar lo que había visto o no. No había mentido en su declaración. ¿Había visto el resplandor metálico de una pistola a la luz de las antorchas? Posiblemente. ¿Creía que Cameron llevaba un cuchillo? Definitivamente. ¿Estaba dispuesta a declarar bajo juramento sobre cualquiera de las dos afirmaciones? En absoluto. Había una verdad más grande ahí y debería enfrentarse a ella, porque no iba a desaparecer: Madison nunca había cometido perjurio, por lo que le había dicho a Cameron que no dijera una palabra antes de que llegase la policía aquella noche. Sin embargo, algo en su brújula moral le hacía imposible considerar que estaba bien dejar a Cameron en libertad. Había experimentado en carne propia lo que era que Harry Salinger te considerase su objetivo personal. Si la fiscalía había sido incapaz de presentar un caso, no iba a lamentarlo. Pero que no lo lamentara no significaba que se alegrase. Era lo que era.

Cameron estaba libre y Quinn podía respirar tranquilo. Es decir, hasta que su cliente favorito volviera a las suyas.

Su móvil empezó a vibrar. Era Amy Sorensen.

—Pensé que tendrías necesidad de buenas noticias —le dijo la investigadora científica—. Spencer ya lo sabe.

—¿De qué se trata?

—Hemos cruzado el ADN del señor Sullivan con el de un pelo que había en la bolsa sobre la cabeza de Warren Lee y coinciden.

—Eso son excelentes noticias.

—Spencer dijo que ese tipo no está hablando. Puede que esto sea el empujoncito que le haga falta.

—Gracias, Amy.

—Otra cosa. Había huellas sobre el trozo de papel del anuario del colegio.

—¿De la foto de David Quinn?

—Sí. Hemos recuperado la huella de un pulgar perteneciente a un tal Timothy Gilman y el dedo índice de la parte trasera concuerda con la huella de Ronald Gray.

—Genial. ¿Algo más?

Percibió una duda en la voz de Sorensen.

—También hay un borrón.

—¿Cómo de grande? ¿De qué tipo?

—Es una mezcla de distintas capas de más de una huella. La pieza de papel original es pequeña. Si más de una persona la sostuvo, es muy probable que esas huellas se superpusieran en muchos puntos, por lo que, que hayamos podido identificar la de Gilman y la de Gray ya es mucha suerte.

—Amy, en algún lugar, dentro de ese lío, podría estar la huella del hombre que fotocopió la página del anuario para Gilman.

—¿Me estás pidiendo que analice, separe y busque coincidencias entre cuatro, quizá cinco huellas superpuestas para ver si, con suerte, una de ellas puede pertenecer a otra persona?

—¿Crees que podrías hacerlo?

—No.

—¡Oh! —A Madison se le cayó el alma a los pies.

—Quiero decir, yo no lo puedo hacer, pero hay un programa especial que utiliza un nuevo algoritmo que separa las huellas superpuestas estimando el campo de orientación de cada componente individual.

—Amy, eres el sol de mi universo.

—Ya, ya, eso dices ahora. No te hago ninguna promesa, Madison. Es una técnica experimental.

—Si tuviéramos algo que casar con nuestros principales sospechosos, sería una ayuda enorme.

—He oído que habéis detectado a un tipo de California y a otro que está a punto de volar del nido.

—Sí, es todo lo que tenemos.

—Haré lo que pueda.

«Locard —pensó Madison—. Creo en Locard». Cada contacto.

Fynn había rechazado la idea de recuperar todos los anuarios por ser algo impracticable, y, a pesar de que no estaba de acuerdo, lo podía entender. No obstante, todavía era una vía que explorar, si es que conseguían reducir el conjunto de sospechosos desde los cientos que lo habían comprado en primer lugar.

Madison se tomó a toda prisa una bebida de yogur que se había acordado de traer de casa y leyó el informe de Kelly: había repasado la mayoría de los asociados de McMullen y no había encontrado entre ellos a ninguno con los contactos o el capital como para contratar a Conway. «Aun así, quien tiene verdadero interés en algo...», pensó. El problema de organizar un trabajo desde el interior de una prisión es la comunicación y la mayoría de las cartas de McMullen parecían ser correspondencia de ida y vuelta a grupos de voluntariado y organizaciones benéficas.

Había un monitor de televisión encendido, sin sonido, en una esquina de la sala de brigada. El presentador pasó a la siguiente noticia, y tras él, en la pantalla, apareció la foto de la detención de John Cameron. Madison leyó la tira de titulares en la parte inferior de la pantalla, y no

necesitó escuchar su comentario. Luego sacaron el llamamiento de Nathan Quinn de principio a fin. «Uno ha caído, quedan tres». Excepto que, ahora, habían cambiado los números. Madison conocía bien esas palabras y el espíritu maligno que habían conjurado: dos noches atrás había mirado directamente a sus ojos sin vida.

El cielo había desplegado un manto de gruesos nubarrones de lluvia, y, de dondequiera que vinieran, parecían no tener fin. Madison se subió el cuello de la chaqueta y sintió los goterones de agua en la cabeza antes de llegar al coche.

El teniente Fynn le había dado su autorización. Kelly le había ofrecido su habitual mirada agria mientras que Spencer y Dunne le habían deseado suerte en su empeño.

Fue dejando atrás el tráfico del centro de la ciudad y en cuanto tomó la I-5 en dirección sur aceleró la marcha hacia Seward Park.

Nathan Quinn abrió la puerta de entrada. Todavía vestía el traje que había llevado en el juzgado, y el resultado de la vista parecía haber hecho poco por mejorar su estado de ánimo.

Madison entró y reparó en el nuevo sistema de alarma que había instalado desde la última vez que estuvo allí. Le había llamado desde el aparcamiento de la comisaría.

—Ahora que Cameron está en libertad, necesitamos hablar, sin guardias, sin normas de la sala de visitas. Tengo noticias que quiero que sepan y también necesito su ayuda. Voy de camino.

Quinn tenía las manos ocupadas con bolsas llenas de envases de plástico recién llegados de The Rock.

—¿Cortesía del señor O'Keefe? —preguntó Madison.

—Sí. Me traía comida al hospital todos los días sin falta. Habría hecho lo mismo por Jack, pero en la Penitenciaría del condado de King, al parecer, no está permitido.

Donny O'Keefe era el jefe de cocina de The Rock. Madison lo había conocido unas semanas antes. Era de una lealtad a prueba de bombas y un habitual en las noches de póquer en el restaurante. Habían jugado la última partida en diciembre, muy tarde, tras cerrar, y James Sinclair todavía estaba allí, solo días antes de su asesinato.

Por un instante, Madison se preguntó cómo sería jugar al póquer con esos hombres que escondían y arriesgaban tanto. Probablemente, no muy distinto de lo que se disponía a hacer.

Aunque la lluvia impedía ver más allá del lago Washington, John Cameron permanecía de pie junto al amplio ventanal, mirando hacia fuera. «Lo seguirá haciendo un tiempo», pensó Madison. Incluso una tarde dentro de una cárcel le hacía sentir claustrofobia.

Cuando se dio la vuelta, Cameron volvió a ser el hombre que ella había conocido la primera vez, el que había ojeado los libros de sus estanterías mientras ella hacía café, antes de que hablasen de muerte y locura y de cómo se habían inmiscuido en sus respectivas vidas. El recluso había desaparecido.

—Detective —dijo Cameron—, Nathan no me había contado lo del allanamiento antes de que llegásemos hoy aquí. ¿Qué conclusión ha sacado?

—Que buscaban cualquier prueba que conectase a Timothy Gilman con el secuestro. Querían averiguar si Lee o Gray habían hablado con él y qué le habrían dicho. No encontraron lo que buscaban y se marcharon.

Cameron asintió. Era un puzle que hacía girar en sus manos, viendo cómo encajaban juntos los diferentes colores. Hasta ahora, Madison lo había visto en su propia casa, en el bosque y en la cárcel, y todavía no podía acostumbrarse a su presencia.

«Bien. No te acostumbres. Nunca te acostumbres. Algún día te alegrarás de no haberlo hecho».

—¿Qué noticias trae, detective? —preguntó Quinn.

Se sentaron a la mesa.

—Hemos recuperado una huella de un objeto que estaba junto a la medalla de su hermano. La huella es de Gilman —dijo Madison—. Si alguna vez puso en duda la validez de su fuente original, señor Quinn, la legitimidad de aquella sospecha, ahora puede estar seguro de que era válida.

Consiguió mantener un tono de voz neutro. Hubo un segundo de silencio.

—Nunca he cuestionado la validez de mi fuente —dijo Quinn con voz baja—, pero me alegro de que haya encontrado la huella.

Si hubo algún signo entre los dos hombres, fue demasiado sutil para que Madison pudiera captarlo.

—¿Qué otro objeto? —le preguntó Cameron.

La cuestión era siempre la misma: ¿cuánto puedes ofrecer a John Cameron al mismo tiempo que mantienes la seguridad de la investigación y a los sospechosos vivos?

—Le hablaré del otro objeto si me contesta a una pregunta. Y puedo extenderme tanto como desee, pero espero lo mismo a cambio.

—Eso depende de su pregunta.

Madison estaba segura de que, de niño, Cameron nunca se lo había contado a nadie, y, para cuando se convirtió en un joven adulto, habría sido demasiado tarde.

—Necesito que me cuente exactamente lo que sucedió el día del secuestro.

—¿Por qué?

—Porque tenemos a uno de los secuestradores bajo custodia y no puedo dilucidar si lo que está diciendo es resultado de los años que lleva en una institución psiquiátrica o si hay algo más, un hilo al que me pueda agarrar para llegar a la verdad.

Cameron no desvió la vista, y su mirada fue tan directa como siempre.

—Me pide mucho, detective.

Quinn, sentado entre ellos, parecía que apenas podía respirar. Si Madison estaba en lo cierto, tampoco él había escuchado nunca la historia.

Madison no era capaz de imaginar hacia qué lado se decantaría la decisión de Cameron. Tal vez fuera el hecho de que estaban ahí, agradablemente sentados en la sala de estar de Quinn, o porque había firmado una declaración diciendo que nunca había visto la pistola que había apuntado a la cabeza de Salinger o el cuchillo que había sujetado contra su sien. Quizá era algo distinto que ella no podía siquiera dilucidar.

—De acuerdo —dijo Cameron.

Y, poco a poco, John Cameron les contó exactamente lo que había ocurrido el 28 de agosto de 1985. Empezó desde el momento en que apareció la furgoneta azul en Jackson Pond hasta cuando corrió hacia la carretera de Upper Hoh al amanecer y un camionero se detuvo al verlo.

Madison escuchaba, absorbiendo la historia y creando un espacio dentro de ella para guardarla, como si se tratase de algo propio, aunque sabía que Cameron no estaba contándoselo a ella, sino a Quinn. Tras veinticinco años, finalmente le estaba contando a su amigo la única historia verdaderamente importante para los dos.

Cameron no había escatimado detalles y Madison no necesitó hacer preguntas. Había oído lo que necesitaba oír.

—El otro objeto recuperado con la medalla era un fragmento de una fotocopia —dijo—. La esquina superior de una hoja del anuario del colegio que contiene la foto de David Quinn. Estaba rodeada con lápiz y tiene las huellas de Timothy Gilman y Ronald Gray.

—Para que los secuestradores lo identificaran —dijo Quinn.

Cameron asintió. Madison no dudaba de que sus recuerdos fuesen tan precisos hoy como habían sido siempre; los peores momentos de su propia infancia apenas habían perdido su amargo y cortante filo.

—Creo que nos conviene tomar algo. —Cameron se levantó—. ¿Qué va a ser, *bourbon* o café, detective?

—Café, gracias.

Quinn abrió la puerta de la terraza y salió. Madison lo dejó en paz. Durante todos esos años, probablemente le había rogado a ese chico más joven que le contase lo que había ocurrido. No le resultó más fácil escucharlo ese día, incluso sabiendo que esta vez se conseguiría sacar algo en claro.

Se mantuvo ocupada estudiando el telescopio hasta que Cameron volvió con las bebidas y Quinn regresó al interior de la sala, con gotas de lluvia esparcidas por el traje, el pelo húmedo y con aspecto de atreverse a caminar descalzo hasta el propio Infierno.

—¿Qué nos puede contar sobre el incendio de la otra noche? —le preguntó a Madison.

Ella les informó con el máximo detalle que pudo, lo que excluía la conversación de Vincent en el jardín y el hecho de que tuviesen a Sullivan, o como quiera que se llamase, bajo custodia.

—Ese hombre del psiquiátrico —dijo Cameron—... ¿está segura de que estuvo involucrado?

—Está demasiado perjudicado como para servirle de nada, señor Cameron. Ni como testigo ni como fuente de cualquier tipo de retribución en la que esté pensando.

—¿Pero está segura?

—Lo estoy —contestó Madison—. Pero todo lo que su mente contiene son pedazos de recuerdos. Apenas si conoce su nombre a estas alturas.

—Pero, aun así, usted lo va a utilizar, ¿no? ¿No va a exprimir esa pobre alma para sacar lo que pueda?

—Lo estamos entrevistando, sí.

—Y cuando terminen con sus preguntas, ¿qué ocurrirá entonces? ¿Un pase a una vida de comida blanda y cubertería de plástico?

—Sinceramente, no lo sé. Y no, ni siquiera puedo imaginarme lo que pueden ser sus sentimientos en este asunto, los de ambos. Pero, si lo vieran, si vieran a esa extraña criatura, no sentiría ningún placer al matarlo con sus propias manos, si es eso lo que tiene en mente. Creo que la venganza es más complicada, y, si lo piensan hacer, el sujeto al menos debería ser consciente de la razón por la que va a morir. Matar a este hombre no les reportaría nada. Está indefenso y tan frágil que lo partirían con una mirada dura.

Ambos la escuchaban con completa atención, y Madison continuó:

—Por otro lado, está alguien como Timothy Gilman, alguien que se ha pasado la vida repartiendo maldad. Puede que finalmente alguien lo cazara, alguien que conociera sus crímenes, pero que supiera que nunca se sostendrían ante un tribunal. Así que tomó cartas en el asunto.

Solo, en silencio y de una forma muy meticulosa.

—¿Tomó cartas en el asunto? —dijo Cameron.

Madison dio un sorbo a su café.

—Sí. Solo, en silencio y de una forma muy meticulosa. Porque hacerlo de cualquier otra manera traería más daño y dolor de lo que podía soportar infligir a las víctimas supervivientes de Gilman.

Madison miró a un hombre, luego al otro. Las cicatrices de Quinn se veían todavía lívidas en su piel, y sus ojos más oscuros de lo que nunca los había visto.

—Esa es mi teoría —dijo—. No tengo ninguna prueba y con toda probabilidad nunca la tendré. Mi intuición es que quienquiera que cazara a Gilman hace tiempo que está ya muerto. Quizá fue la última víctima de verdad de Gilman.

—Tal vez —dijo Cameron y la verdad quedó suspendida en esas dos palabras.

Madison se acabó el café y se fue. Aun habiendo existido un intercambio de información, no estaba segura de qué lado había ganado más. Llegó a su casa y se puso la ropa de deporte, con el arma de repuesto bien encajada bajo el chándal de algodón. La lluvia empapaba la capucha y tenía las manos heladas. «No hay distintos lados —pensó—. Sobre esto no. Ya no».

Sus pies rebotaban en el cemento mojado, y en cuestión de minutos acabó empapada. Siguió corriendo porque era más sencillo pensar sobre la historia de Cameron mientras se movía. Las calles del barrio estaban vacías y Madison continuó por la carretera que iba en paralelo al agua. El asfalto negro estaba cubierto de hojas y ramas, resbaladizo, dando chasquidos bajo sus pies.

Madison corrió y dejó que las palabras la rodearan a su antojo, porque algunas historias se apoderan de ti y te cambian y no te dejan conocerlas en su totalidad. Algunas historias se astillan y las astillas se clavan profundamente dentro de la piel.

Mientras se duchaba y se vestía con ropa limpia y seca, no dejó de pensar en las cosas que había escuchado. También mientras se preparaba un filete y se lo comía en la mesa, añadiendo apuntes a sus notas y bebiendo una cerveza. Lo tuvo en su mente hasta que dio un último suspiro y se sumió por fin en un sueño errático.

Nathan Quinn escuchó el viento golpeando las ventanas, una a una, a medida que las ráfagas de lluvia chocaban contra el cristal. Se había bebido un *bourbon* con Jack esa noche, una promesa que se había hecho a sí mismo hacía solo veinticuatro horas, y otro más después.

No sabía, al despertarse esa mañana, que, antes de acostarse esa misma noche, habría conocido la respuesta a muchas de las preguntas que se había estado haciendo a sí mismo durante años. Le resultó casi insoportable escucharla. La entereza calmada de Madison lo había ayudado. No había interrumpido ni hecho preguntas. Había escuchado con atención y compasión.

Tendría que haber sabido que ella acabaría deduciendo lo que le había pasado a Gilman, que no cejaría en su empeño hasta averiguarlo. Un día, si Jack continuaba con el estilo de vida que había elegido, la detective Madison supondría el mayor peligro al que se iba a enfrentar. Pero no hoy, ni tampoco a causa de Gilman. En la misma noche, había conseguido ser una fuente de amenaza y de confort.

Estuvo despierto en la oscuridad durante un rato antes de levantarse para ir a la sala de estar.

Cameron estaba en la habitación de invitados: la puerta estaba abierta y la habitación vacía. Tan pronto como llegaron a casa de los juzgados, había cambiado el sistema de alarma para que Jack pudiese ir y venir sin él. También había dejado aparcado su Ford Explorer en el garaje de Quinn.

Quinn sabía, sin necesidad de comprobarlo, que el coche también había desaparecido.

John Cameron condujo deprisa por la carretera desierta en dirección este, hacia el vecindario de Admiral, por encima de Alki Beach. Una de las ventajas de conducir a las dos y media de la madrugada era que, si alguien lo seguía, sería fácil de detectar. Tras dejar la casa, había dedicado cuarenta minutos a asegurarse de que no iba detrás de él nadie indeseable. Una vez estuvo seguro de que no lo perseguían, dio la vuelta y se encaminó a su destino.

Veinticuatro horas antes había estado corriendo en el patio principal de la cárcel, con los puntos rojos de las miras de los rifles bailando en su espalda. Puede que siguieran allí esta noche, mirando hacia abajo desde sus torres al patio vacío y apuntando a las sombras con los rifles. Cameron lo pensaba mientras aspiraba el aire salado y el olor a pino.

Tecleó el código de entrada de una modesta verja y esperó hasta que esta se abrió, avanzó con el coche y esperó de nuevo, para asegurarse de que se cerraba correctamente tras él.

Había mucho terreno alrededor de la casa, una sencilla vivienda de tres habitaciones sobre Duwamish Head. Posiblemente más terreno que el habitual en aquella zona. Cameron la había comprado a nombre de otra persona y nadie, ni vivo ni muerto, estaba al corriente.

Puso la llave en la cerradura y desconectó la alarma. Fue a encender la luz, pero cambió de opinión. En pocos pasos, estaba en la sala de estar, y ahí se encontraba la verdadera razón por la que había comprado la casa; un ventanal que cubría la pared entera. La bahía de Elliot y el centro de Seattle, con las luces brillando en la distancia a pesar de lo temprano de la hora. La capa de nubes todavía asfixiaba la ciudad y devolvía un reflejo anaranjado enfermizo. La habitación estaba perfectamente iluminada gracias a él.

Cameron se puso a trabajar: necesitaba hacer una bolsa y recoger unos pocos objetos sin los cuales se sentía desnudo. La ropa fue a parar a una bolsa de cuero suave. El resto necesitaba fundas y cartucheras. Colocó un fino cuchillo con una hoja de casi diez centímetros en la cara interna de uno de sus brazos y una Glock de calibre 38 en la pistolera del tobillo. Puso una Smith & Wesson semiautomática de calibre 40 en la pistolera al fondo de la bolsa, junto a la ropa y la munición extra para ambas armas.

El paseo de vuelta a Seward Park fue igual de tranquilo. Cameron desconectó la alarma y volvió a su habitación. Cuando Quinn se despertó horas más tarde, Cameron ya había preparado el café.

Alice Madison se sentó a su escritorio a las siete de la mañana y comenzó el día con un café y una barrita energética. Leyó los informes de la noche anterior por si, de repente y sin avisar, algún testigo había decidido hablar. Nadie lo había hecho.

Preparó un correo electrónico para Fred Kamen del FBI y adjuntó el expediente de arresto de Henry Sullivan:

«Tenemos a este hombre bajo arresto. Es parte de la banda de Conway y ha estado involucrado en al menos tres asesinatos y en el incendio provocado en el psiquiátrico. Se hace llamar Henry Sullivan, tiene abogado y no está hablando».

Recibió la respuesta en pocos minutos:

«Le haré saber si ha estado activo por esta zona».

Madison no albergaba demasiadas esperanzas, pero tenían que ampliar su búsqueda todo lo posible: solo porque Sullivan no estuviese fichado no significaba que alguien no reconociese su rostro en algún sitio. La gente tiene vidas: vive en barrios, hace la compra en supermercados y pone gasolina al coche. Alguien, en algún lado, tiene que saber su verdadero nombre y el lugar de la Tierra que considera su hogar.

Madison pensó en el hombre que había observado tras el espejo y en su comportamiento con Spencer y Dunne. ¿Qué cantidad de la maldad de Conway había en este hombre? ¿Y cuánto sabía Sullivan de los planes de Conway?

A las ocho de la mañana, Dunne trajo Donuts y buenas noticias: la habitación de Sullivan había sido reservada con una tarjeta de crédito a nombre de un tal Peter Curtis, un residente ficticio de Missoula, Montana. Podían seguir cada pago de la tarjeta y ver a dónde los conducía, e, incluso, aunque no se hubiera utilizado desde que Conway fue advertido de no volver al Silver Pines, era su primera pista.

El tiempo había empeorado, de sombrío a lúgubre y con llovizna. Los detectives se dividieron los pagos de la tarjeta de crédito y comenzaron a comprobar cada uno de ellos, viajando desde gasolineras a restaurantes o tiendas de ropa y juntando todos los movimientos de Conway y sus hombres. Algunos de los establecimientos tenían circuitos cerrados de cámara y algunas de las cámaras funcionaban.

Madison estaba empapándose en la entrada de una gasolinera en Everett cuando entró una llamada en el móvil.

—Soy Walbeck, ayudante del sheriff del condado de Pierce.

Madison tardó un segundo en darse cuenta: «Jerry Wallace», pensó.

—Sheriff.

—Tengo noticias y son bastante malas. ¿Conocía al hombre? —preguntó el oficial intentando medir de qué forma sería mejor dar la noticia, si estaba hablando con una desconocida o una amiga.

—No, no lo conozco.

—Bien, hemos encontrado restos humanos. El cuerpo de un hombre fue empapado con líquido inflamable, le prendieron fuego y luego lo tiraron en South Prairie Creek. Lo que queda de él no parece humano. Lo único bueno que puedo decir es que murió de dos disparos en la cabeza y que no sintió nada después. La hija lo ha identificado por un anillo que llevaba puesto.

—Sheriff, tenemos detenido a un hombre que puede haber estado involucrado. Acaba de ser arrestado y se hace llamar Henry Sullivan. Estaría bien que contraste las pruebas que haya en la casa con su ADN. Aquí ya ha sido relacionado con un asesinato.

—Lo haré.

De la nada surgió un penetrante olor de la gasolina de las mangueras que golpeó a Madison. «Líquido inflamable y una cerilla».

John Cameron terminó de leer el último documento y lo puso encima del resto. Habían pasado el día repasando los informes de Hollis y contrastando la versión de los hechos de Cameron con la realidad de quiénes eran aquellos hombres.

—Nathan —dijo de repente—, ¿te acuerdas del último 4 de julio, cuando fuimos a la finca de Locke?

Quinn asintió.

—David, Jimmy y yo fuimos a dar una vuelta por el bosque y Jimmy dijo algo. Dijo que había escuchado a vuestro padre hablando con alguien por teléfono y que le había oído decir que usaría su bate y «abollaría» su futuro si volvían al restaurante.

—¿Eso dijo el padre de Jimmy?

—Sí.

—¿Qué más?

—Nada. Es todo lo que pudo escuchar. Pensamos que eran asuntos de mayores y decidimos mantener los oídos bien abiertos para ver qué pasaba. ¿Te lo contó David alguna vez?

—No. —Quinn se había marchado aquella noche, antes de los fuegos artificiales, y había tardado días en volver.

Ambos pensaban lo mismo, pero Cameron fue el que lo dijo:

—¿Es posible que ocurriese algo entre el padre de Jimmy y uno de esos hombres que volvieron como chacales oliendo una presa fácil?

—El padre de Jimmy no era el tipo de hombre que responde a amenazas con un bate de béisbol.

—¿Que no era como yo, quieres decir? La gente hace cosas raras cuando tiene miedo.

Quinn no contestó. Pensaba en el padre de Jimmy, siempre amable, siempre dispuesto a jugar con los niños pequeños. ¿Habrían amenazado a los niños esos chacales?

Más tarde, mientras Quinn estaba al teléfono con la empresa de seguridad, sonó el timbre. Era el envío diario del chef O'Keefe. Cameron abrió la puerta y salió a la verja. El jefe era un jugador de póquer de primera clase y, para su suerte, era igual de bueno en la cocina. Durante las semanas que había pasado entre rejas, sus sentidos se habían adormecido por la calidad de la comida de la prisión; la sopa de almejas del chef O'Keefe era una manera estupenda de volver a la vida.

La verja se abrió y fue a recoger las bolsas del repartidor, un chico al que no conocía y que llevaba ropa blanca bajo la chaqueta de cuero, con el casco sobre la moto.

El movimiento fue muy sutil: quizá un cambio en la mirada del repartidor, o tal vez un movimiento apresurado al darle las bolsas. El latido de Cameron era tan lento como rápidos sus reflejos. Si sujetaba las bolsas, tendría ambas manos ocupadas. Y entonces vio la Taser preparada para disparar.

Cameron dejó caer las bolsas mientras se lanzaba hacia adelante más rápido de lo que el chico pudo retroceder. El repartidor echó hacia atrás la mano que sujetaba la pistola para tener

espacio suficiente y disparar, pero Cameron ya había sacado su cuchillo y le atacó en un rápido movimiento. La garganta pálida del repartidor estaba expuesta y vulnerable; un solo tajo y la sangre manó formando un arco. Cayó de espaldas, con los ojos muy abiertos intentando coger breves y entrecortadas bocanadas de aire. «Nunca hay solo un hombre». Cameron se dio la vuelta como una serpiente y su cuchillo chocó con un objetivo blando que había tras él, luego le alcanzaron los disparos de la Taser y sus músculos se tensaron y agarrotaron a medida que la descarga eléctrica atravesaba su cuerpo.

«Tres hombres en total: uno muerto, otro herido».

Unas manos lo esposaron por la espalda y colocaron cinta alrededor de su boca. Las manos lo levantaron del suelo y lo metieron a empujones en la parte trasera de una furgoneta. Vio a dos hombres recoger el cadáver del compañero del asfalto y tirarlo más o menos a su lado.

Cerraron bruscamente la puerta y se marcharon. Solo duró unos segundos y sucedió un completo silencio. El último pensamiento de Cameron, antes de que una aguja en el brazo le forzase a dormir, saltó desde aquella oscuridad opresiva: «Nathan no está aquí, Nathan está a salvo».

La llamada de Nathan Quinn a la empresa de seguridad había acabado de forma inesperada: se dio cuenta de que la puerta de entrada estaba abierta y escuchó las puertas de un coche cerrarse de golpe y el chirrido de unas ruedas en el asfalto. Estaba llamando a la policía cuando llegó a la verja y vio la Taser en el suelo en un charco de sangre, más de la que creía que podía caber en un ser humano. Quinn habló con emergencias de forma tan clara y calmada como pudo. Su segunda llamada, momentos después, fue a Madison.

John Cameron se despertó en la penumbra de la parte trasera de la furgoneta. Se permitió dos segundos para recuperar la consciencia por completo y luego se centró en su cuerpo. Tenía vendados los ojos con un pedazo de tela, las manos esposadas con ligaduras de plástico a la espalda. Le habían colocado unas ligaduras más grandes justo por debajo de las rodillas y otras por encima de los tobillos. No podía ni separar los pies, pero, al elevarlos un par de centímetros del suelo, pudo comprobar que la pistolera del tobillo donde debía estar su Glock estaba vacía. Tenía un montón de trapos que le rozaban la mejilla, ya que había sido colocado de lado, en posición de recuperación: era más difícil ahogarse en esta postura en caso de que una reacción alérgica a la droga le hiciese vomitar. Con todo, se trataba de un trabajo eficiente y profesional.

Lo habían cubierto con una fina sábana de algodón. Si alguien echaba un vistazo al interior y él estaba todavía sedado, todo lo que verían sería un bulto blanco encajado entre la basura habitual de la furgoneta de un trabajador corriente.

Cameron notaba los pequeños golpeteos y vibraciones del suelo de la furgoneta, y por ello supo que conducían por una carretera asfaltada. Trató de escuchar alguna voz, pero en la cabina no hablaba nadie.

Relajó los músculos todo lo que pudo para contrarrestar los espasmos esporádicos, producto del disparo de la Taser, y porque estar tenso no le sería de ninguna utilidad. No estaba herido ni sangraba, y el hecho de que usaran esa pistola significaba que, al menos de momento, lo querían entero e intacto. Tenía un dolor ardiente en el costado donde le habían disparado, pero eso era todo. Por otro lado, él les había visto la cara, y aquello significaba que, en algún momento, no permanecería ni entero ni intacto.

¿Y qué habían hecho con el cadáver del compañero? Cameron se movió un poco y sintió un bulto junto a él en el suelo. Justo entonces, la furgoneta entró en un camino de tierra y las vibraciones se hicieron más fuertes.

Al cabo de unos minutos escuchó unos susurros en la cabina, el motor aminoró la marcha y al final frenaron. Se habían detenido.

Cameron no podía ni ver ni moverse, y el buen juicio le aconsejó quedarse quieto para dejarles pensar que todavía estaba sedado. Sentía curiosidad por esos individuos que habían conseguido lo que muchos otros no habían podido. Los conocería mucho mejor si les hacía creer que estaba inconsciente.

Se abrió la puerta y entró una corriente de aire frío. La furgoneta crujió cuando los hombres subieron a la parte trasera. Cada uno cogió una extremidad del cadáver y lo bajaron de un salto.

Cameron escuchaba con atención: no había tráfico, solo las pisadas de los hombres que avanzaban entre arbustos y maleza.

—Aquí —dijo uno, y se oyó un golpe seco cuando el voluminoso bulto cayó al suelo.

Las pisadas volvieron hacia la furgoneta y alguien recogió algo del suelo. Algo líquido se vertió en un contenedor. El hombre se detuvo junto a él y Cameron sintió sus ojos observándole de arriba abajo. Él mantuvo su ritmo de respiración regular bajo la sábana acompañado de un subir y bajar de su pecho. Tras un segundo el hombre se alejó.

—¿Está despierto? —preguntó uno.

—No lo creo —contestó el otro.

El olor del líquido inflamable era inconfundible: Cameron escuchó la cerilla. Las primeras llamas se apoderaron del cuerpo del muerto. El característico olor dulzón y acre no tardó en llegar, y pronto se consumieron los restos.

Volvieron unos minutos después. Uno de ellos levantó la sábana y le tomó el pulso a Cameron en la carótida con dos dedos. Cameron no se movió. Su corazón mantuvo su ritmo relajado y acompasado. El hombre midió un minuto y luego se fue. La puerta corredera se cerró y volvió a sonar el motor. Se ponían en marcha otra vez.

John Cameron perdió la noción del tiempo. Lo único que sabía con seguridad es que los secuestradores habían estado con él mucho más tiempo de lo que habían estado con Warren Lee o Ronald Gray. Si querían de él el mismo tipo de información que les habían preguntado a los otros, había un sinfín de sitios que no requerían tanto viaje y servirían igual de bien.

La furgoneta se detuvo y esta vez ya no podría fingir o se darían cuenta. Las voces cuchicheaban y John Cameron se preparó para conocer a sus raptos. Alguien levantó la sábana.

—Veo que estás despierto. —Era una voz de la costa este, de Nueva Jersey—. Te vamos a bajar de la furgoneta en camilla, y, si intentas moverte, hablar o hacer algo que no sea estar absolutamente quieto, te disparo otra vez con la Taser, y esta vez va a ser mucho peor. ¿Entiendes? Si estás tranquilo, nosotros también.

«Estoy calmado —pensó Cameron—, estoy sereno».

Levantaron su cuerpo con alguna dificultad y lo ataron a una camilla. Uno de los hombres gruñó mientras lo sacaban de la furgoneta. Posiblemente al que había herido, pensó Cameron. Bajo el trapo que lo cegaba, el aire era penetrante, y parecía que estaban a miles de kilómetros de la ciudad. Los árboles susurraban en la brisa, y por lo demás todo era silencio.

Lo llevaron al interior de algún sitio y bajaron unas escaleras que podían dar a un sótano. Lo sabría pronto. John Cameron relajó el cuerpo sobre la camilla, de estilo militar. No tenía miedo de morir incluso si su naturaleza pragmática le recordaba que era una posibilidad factible. Los hombres ya habían cometido varios errores, y seguro que cometerían más. A su lado, incluso uno solo podía resultar fatal.

Alguien le arrancó la cinta de la boca y le quitó la venda, y entonces los vio. El líder, de cuarenta y pocos años, de un metro ochenta de estatura y flaco, unos ojos muertos en un rostro enjuto y de halcón. El otro, un poco más joven, igual de alto y de una constitución fuerte, con músculos que parecían gruesos cables envolviendo los huesos. Una tirita larga en el costado le informó a Cameron de dónde le había alcanzado con su cuchillo.

El sótano era una habitación amplia con el suelo sucio. Un olor de cobre húmedo traspasaba las paredes. Colgaban unos cuantos ganchos del techo, y en una esquina había una mesa junto a un gran fregadero. Un refugio de cazadores, alquilado para unos días o unas semanas, escondido en las profundidades de la naturaleza, un sitio donde van los hombres a cazar y a matar.

Habían colocado y encendido una hilera de bombillas desnudas, lo que hacía que la mitad de la estancia estuviera más iluminada que la otra. El más joven se acercó a Cameron y limpió la sangre de su compañero muerto de la cara de Cameron con una toallita húmeda. Sus ojos vacíos no hicieron contacto con los de su prisionero.

El líder sacó un móvil de un bolsillo de los pantalones militares negros y apuntó a Cameron con la pequeña lente. Dio una vuelta alrededor y Cameron se dio cuenta de que no estaba haciendo fotos, estaba grabando un video. El hombre se aseguró de que tenía grabado al prisionero por delante y por detrás, luego cogió una máscara de esquí de su compañero, se cubrió

el rostro con ella y giró la cámara hacia él mismo.

—Vivo y en perfecto estado —dijo.

Alice Madison se detuvo frente al charco de sangre brillante junto a la verja. Bajo unos potentes focos, Frank Lauren, de la Policía Científica, recogía algo con un palillo y lo comparaba con el ADN de John Cameron. Ya habían recogido la Taser y la habían colocado en una bolsa de pruebas.

El vehículo —Madison, al igual que todo el mundo, asumió que se trataba de una furgoneta, aunque no lo sabían con seguridad— había desaparecido entre el tráfico y hasta el momento no había ningún testigo que facilitase una descripción. La motocicleta del repartidor falso había sido abandonada, posiblemente habría sido robada en otro punto del condado. Las bolsas con los envases de comida fueron recogidas y etiquetadas.

Madison había decidido evitar los tópicos. Quinn no se los agradecería, y las palabras sonarían extrañas en su boca. Él sabía lo que ocurría, sabía quién tenía a Cameron. Lo único que importaba era encontrarlo antes de que su nombre engrosara la lista. En ese momento, Madison deseó no haber estado presente en la autopsia de Warren Lee y haber visto de primera mano el trabajo de Peter Conway.

—¿Cómo interpreta esto? —le preguntó Quinn.

Estaban en la sala de estar y Tod Hollis acababa de llegar.

—El vehículo estaba escondido tras el muro de ladrillo —contestó Madison—. Uno de los secuestradores estaba disfrazado de chico de reparto y su trabajo consistía en inmovilizarlo con la Taser mientras tenía las dos manos ocupadas. Mi suposición es que subestimó a Cameron, y fue lo último que hizo.

Quinn asintió. Él había llegado a la misma conclusión, pero quería ver el resultado del análisis de sangre de todas formas. La diferencia estaba entre un Cameron preso y sano y un Cameron preso y gravemente herido. Eran distintos grados de horror.

Madison no sabía qué conclusión sacar sobre la Taser: no había sido utilizada en otras víctimas y habría dejado a Cameron intacto tras una conmoción. El que lo quisieran de una pieza para conseguir lo que fuera que necesitaban no era una idea tranquilizadora. No necesitaba decirlo, lo podía ver en los ojos de Quinn.

Normalmente, un secuestro implica una petición de rescate, una petición de dinero para intercambiar por la vida de la víctima. Nadie en esa habitación esperaba tal llamada. Todo lo que tenían que hacer para anticipar lo que sucedería a continuación era fijarse en el patrón de las anteriores acciones de Conway, lo cual les avisaba de que lo siguiente sería la recuperación de un cadáver.

Hollis salió y Madison se acercó a Quinn. Agentes uniformados entraban y salían por la puerta de entrada, todavía abierta.

—¿Dónde ha colocado sus cosas? —le preguntó Madison con delicadeza.

—¿Qué cosas?

—Señor Quinn, los agentes han buscado en la habitación de Cameron y todo lo que encontraron fue una bolsa con ropa.

Podía ver que debatía consigo mismo, como buen abogado defensor que era.

—¿Cree que me importa algo una acusación de posesión ilegal de armas? Solo necesito saber qué podía llevar encima, si es que era algo —dijo Madison.

—Creo que podemos asumir con seguridad que llevaba un cuchillo y que lo utilizó.

Estaban traspasando demasiadas barreras para que Quinn pudiera llevar la cuenta o le pudiese importar. Tenía que confiar en ella ahora o arrepentirse para siempre. Sus palabras eran contenidas. Le estaba dando a Madison suficiente munición para quedarse sin licencia.

—Antes de que llegasen los coches patrulla retiré una Smith & Wesson semiautomática del calibre 40 de su funda. Estaba en la bolsa de la ropa —confesó Quinn.

Había escondido de la policía un arma potencialmente ilegal cuyo número de serie no estaba registrado y que podía haberse utilizado en unos cuantos delitos.

—¿Dónde está ahora?

—En el ático, en una caja.

—¿Con munición?

—Sí.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Sabe si llevaba una pistolera de tobillo con un arma de recambio?

—Esta conversación es surrealista.

—Sí, lo es. ¿La llevaba?

—En la bolsa había munición para otra arma. ¿Por qué importa?

—Porque Conway tiene mucha experiencia, pero nunca ha tratado con nadie como Cameron, y no sabemos cómo va a llevar esta situación en concreto. Y Cameron no es un rehén ideal, sobre todo si va armado.

—Él nunca les dará lo que quieren —dijo Quinn—. Y no podrán conseguir que tenga... miedo, como los otros.

Madison asintió. Y, si Conway era un sádico, era lo peor que podía pasarle a Cameron.

Una detective de la comisaría sur se acercó para tomar declaración a Quinn. Madison los dejó. Miraba a Quinn mientras este hablaba sin emoción alguna y respondía con detalle a sus preguntas. Madison percibía un atisbo de miedo: él mantenía esa puerta bien cerrada con cerrojo, pero ella podía notar una presión creciente. Quinn hablaba con la detective, pero seguía mirando a Madison.

Madison condujo hacia la cárcel de Seattle sin darse mucha cuenta de por dónde iba. Se detenía en los momentos precisos y arrancaba en los que le correspondía, pero tenía la mente en otro sitio y su corazón en el bosque del río Hoh, junto al hueco que había acogido el cuerpo del niño. Ahora, aquel hombre huidizo quería terminar el trabajo que había comenzado hacía veinticinco años y Madison ni quería ni podía dejar que lo consiguiera.

Por un instante, pensó en llamar a Fynn o a Spencer, o quizá a Brown, pero luego se dio cuenta de que no podía arrastrarlos a lo que pensaba hacer.

Enseñó su placa y pidió al agente de guardia que le trajese a Henry Sullivan. Si quería esperar a su abogado o no para hablar con ella, dependía de él, a Madison le daba igual.

Treinta minutos después, Richard Bowen entró por la puerta.

—¿Sabes qué hora es?

—Lo siento, Richard, esto no podía esperar.

—¿Qué no puede esperar?

Entraron en la sala. Sullivan ya estaba allí, con sus pequeños ojos fijos en Madison. No se habían visto antes. Bowen se dejó caer junto al detenido y Madison ocupó su sitio al otro lado de la mesa.

—¿De qué se trata? —comenzó Bowen—. Ya hemos hablado con los detectives Spencer y Dunne.

—Eso fue antes —dijo Madison.

Treinta minutos esperando al abogado fue todo el tiempo con el que contó y todo el que necesitó. Treinta minutos sentada sobre un banco de piedra en un pasillo para concentrarse y encontrar en sí misma esa voz de los que están más allá de la ley: la voz que Henry Sullivan reconocería, la única voz a la que haría caso.

—Los colegas del señor Sullivan han secuestrado a un hombre —le dijo al abogado—. Es posible que uno de los secuestradores estuviese fatalmente herido. Sin embargo, lo que tenemos aquí es un secuestro que su cliente sabía que ocurriría, pero no hizo nada para ayudarnos a prevenirlo.

—No sabes que él lo sabía...

—Lo sabía. Estaba todo planeado. Solo esperaban a que la víctima estuviese a su alcance.

Henry Sullivan no reaccionó. Madison ya sabía que no lo haría. Lo habían entrenado bien, y probablemente habría visto más espanto trabajando con Conway de lo que podía ver en ninguna cárcel.

—Esto es lo que hay —dijo Madison—. Tenemos pruebas que lo incriminan en el escenario del crimen y lo conectan a un asesinato, puede que a dos. Podemos acusarlo de posesión criminal de ese pequeño arsenal que encontramos en su habitación del hotel. Pero nada de esto le ha hecho mella. ¿Verdad, Richard?

El abogado no entendía bien por dónde iban los tiros.

Madison se reclinó en su silla y pensó en todos los años que había visto a su padre jugar al póquer: con malos jugadores, con buenos y con maestros.

—Esto es lo que he estado pensando: nunca nos hemos visto antes, pero lo observé con Spencer desde la otra sala —dijo Madison—. Y me pregunté a mí misma: «¿De qué tiene miedo este hombre? ¿Qué es lo que quiere?».

Henry Sullivan no habló, pero Madison consiguió captar toda su atención.

—No ha pedido ningún trato que le facilite las cosas. ¿Por qué? Un poco de información para mantener contenta a la Oficina del Fiscal del Distrito del Condado de King lo ayudaría mucho para evitar la inyección letal. Es una lista larga: Warren Lee, Ronald Gray, Jerry Wallace, Thomas Creed.

—Detective —interrumpió Bowen.

Madison se levantó y amagó con irse.

—Solo quería decirle que mañana por la mañana todos los medios de comunicación incluirán un artículo donde informarán de que Henry Sullivan —aunque no sea su verdadero nombre, y a quién le importa, ya que Conway lo conoce— está ayudando al Departamento de Policía de Seattle en la investigación, y el hecho de haber sido tan colaborador nos ha hecho incluso considerar el ofrecerle inmunidad frente a todos los cargos. Y si su abogado lo niega, lo que parecerá es que lo intenta proteger de lo único que le da miedo: Peter Conway.

—No puede hacer eso —dijo Bowen.

—Tal vez no debiera hacerlo, pero presiento que la hora del «debiera» y «no debiera» ya se ha pasado. ¿Tiene usted familia, señor Sullivan? Quiero decir, ¿conoce Conway la existencia de su familia, una mujer, hijos, padres mayores y vulnerables, quizá? Una vez acabe con esto, una

vez termine lo que empezó, ¿dónde cree que irá Conway? ¿Qué ocurriría si su familia es su siguiente trabajo?

—Deténgase ahora mismo. —Bowen se levantó.

Madison pensó en esos ojos que la habían mirado en el edificio en llamas e intentó buscar en sí misma ese lugar donde no caben ni la humanidad ni el arrepentimiento. Habló en voz baja, pero sus palabras fueron bien claras.

—Encontraré sus fotos, sus direcciones, el lugar donde van sus hijos al colegio, dónde se arregla el pelo su mujer y lo incluiré en el informe. Protegido, sí, pero no tanto como para que alguien con verdadero interés no lo pueda encontrar. Y si, por casualidad, ha mantenido su vida privada lejos de Conway, al final él sabrá tanto de usted que creará que tiene un gemelo. La prisión no lo protegerá ni a usted ni a nadie que conozca. En fin, eso serían solo daños colaterales.

—Pare de hablar ahora mismo, detective. Esta entrevista ha terminado.

Henry Sullivan pestañeó.

—Tiene una hora para decidir. Quiero que me diga dónde tienen a John Cameron, el nombre del hombre que le pagó para hacer esto, quiero saber todo lo que sepa, y que Dios no permita que se guarde nada y me entere. Un juicio con jurado es lo último de lo que debería preocuparse. Una hora —repitió, y se marchó.

Richard Bowen la siguió al pasillo.

—¿Ha perdido la cabeza? No puede...

—Vuelva dentro, Richard, y convenga a su cliente de que lo sensato es compartir con nosotros toda la información que disponga.

—Acaba de amenazar a su familia.

—Ni siquiera sé si tiene familia, pero Jerry Wallace tenía una hija y está muerto. Thomas Creed tenía dos hijas y está muerto. No tengo inconveniente en pasarles los informes de las autopsias de Lee y Gray. No tiene miedo a nada con lo que le podamos amenazar, porque el hombre para el que trabaja es mucho, muchísimo peor que lo que usted o yo o una prisión de máxima seguridad le podamos hacer. Y ese hombre tiene en su poder ahora a un rehén vivo, en este mismo instante. ¿Quiere seguir jugando al tres en raya o me quiere ayudar a traer sano y salvo a este rehén?

—Quiero proteger los derechos de mi cliente.

—Si quiere protegerlo, dígame que hable.

Bowen meneó la cabeza y volvió a entrar.

Madison se apoyó contra la pared. Sí que había encontrado ese lugar, o quizá fuera al revés. Una oleada de frío viscoso le subió de las entrañas y apenas tuvo tiempo de llegar al cuarto de baño más cercano, a unos pocos metros.

Madison se refrescó la cara con agua y bebió directamente del grifo. Cuando volvió, Bowen la estaba esperando.

—Sabe algunas cosas, otras las puede adivinar, otras Conway se las guarda, porque así es como trabaja.

La ayudante principal del fiscal, Sarah Klein, entró por las puertas de la prisión de Seattle pocos minutos después de la medianoche. Madison la estaba esperando. Klein tenía el mismo aspecto de siempre. A cualquier hora del día o de la noche, Madison sabía que iría perfecta, en seda y lana italiana. Klein era lo suficientemente aguda y loca como para atreverse a argumentar contra

el privilegio abogado-cliente delante de la jueza Martin y ganarse un tanto. Madison se alegraba de contar con ella.

—Dime que no amenazaste a la familia del sospechoso —dijo Klein mientras entraban en el ascensor.

—No lo hice —contestó Madison—. Le dije que si no nos daba lo que necesitábamos les contaría a los medios que nos estaba ayudando. Lo que ocurriera después de eso no depende de mí.

—¿Y estabas preparada para seguir adelante si no hubiera accedido?

—¿Tú qué crees?

—Creo que estás contenta de no tener que tomar esa decisión.

—Nunca iba a haber una decisión. Lo que sabemos del secuestrador es que a estas alturas sus rehenes suelen estar muertos, tras ser torturados de forma inclemente. No había tiempo de andarse con sutilezas: Henry Sullivan ha visto esos crímenes y sabe de lo que son capaces los seres humanos. Solo lo utilicé contra él.

—Bueno, caray, desde luego que te creyó, porque ni siquiera quiere que estés dentro de la sala cuando hable.

—Toma. —Madison le pasó a Klein una lista de preguntas—. Algo para animarlo a empezar.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Bowen me dijo que llamaste a su familia «daño colateral».

—En efecto.

Le salieron las palabras antes de darse cuenta.

—Bueno, dijeras lo que dijeras... aquí estamos, aunque yo no esperaría una medalla por ello. Creo que Bowen necesita una muda de pantalón.

Habían llegado a la sala donde esperaba Sullivan. Madison se dirigió a la sala de observación contigua.

Richard Bowen se sentó con su cliente a un lado de la mesa. Spencer y Dunne lo hicieron enfrente de ellos. Sara Klein tomó asiento en la cabecera y cruzó una mirada con Madison, al otro lado del espejo.

John Cameron respiraba a través de la venda. Tenía las ataduras de las muñecas y las piernas muy prietas y necesitaba cambiar de posición. Lo habían dejado en el sótano, tumbado sobre la camilla, y había ido analizando la parte del refugio que tenía a su alrededor. Seguía las contundentes pisadas en el piso superior para familiarizarse con la forma de andar de sus captores, así como para medir el peso, la dirección y la velocidad de sus movimientos. El más joven cojeaba un poco del lado donde le había herido, el mayor se movía con fluidez y determinación.

Cameron mantuvo la noción del tiempo lo mejor que pudo. Debía de estar amaneciendo, a juzgar por los cantos de los pájaros. No pensaba en su futuro, únicamente en el presente y en este hombre que todavía no le había mostrado su alma torcida ni su corazón endurecido.

Cameron no pensaba en la noche que había pasado atado a un árbol junto a James Sinclair. Madison tenía razón: el chico que había sido hacía tiempo estaba muerto, y el hombre que ahora yacía en el sótano se había forjado más enemigos y había acabado con más vidas de lo que aquel niño habría podido imaginar jamás.

Oyó una puerta que se abría y unas pisadas que descendían. Cuando le quitaron la venda, vio a Peter Conway sobre él.

—Creo que deberías saber con quién estás tratando —le dijo, mientras le inyectaba algo en el brazo.

El efecto fue inmediato: un adormecimiento del cuerpo y la instantánea comprensión de que no podía respirar, que su pecho no se movía y que sus pulmones no inhalaban aire, que su cuerpo se había vuelto de piedra.

Conway puso en marcha un cronómetro y sacó un cuchillo con el que cortó las ligaduras de plástico que ataban las muñecas, los gemelos y los tobillos de Cameron.

—Es cloruro de suxametonio, un relajante muscular utilizado como anestesia. Induce a una parálisis inmediata.

Cameron sabía exactamente lo que era y que su cuerpo estaba muerto para él. No podía moverse ni respirar.

—Cuando se lo inyectan a un paciente, ¿sabes?, tienen que ayudarlo a respirar, de otro modo se ahogaría. —Conway seguía de pie sobre él y sus ojos eran un hueco vacío.

Se lo debía de haber inyectado en una exhalación, porque los pulmones de Cameron estaban vacíos y cada célula de su cuerpo luchaba y se resistía como si se golpeará contra un muro impenetrable.

Cameron mantuvo la mente tranquila mientras todo su ser caía en un pánico ineludible. Se estaba apagando. Esta extraña muerte recorría su cuerpo cerrando todos los sistemas como si se tratase de las luces de una casa vacía. Pronto, muy pronto, no podría ni pensar. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—¿Entiendes? —dijo Conway mientras miraba a su prisionero.

El cuerpo de Cameron pedía aire a gritos mientras él estaba tumbado, completamente inmóvil, sus extremidades desatadas, sus ojos abiertos con lágrimas recorriendo sus mejillas porque no podía pestañear.

—¿Entiendes con quién estás tratando? —Conway le retiró un mechón de la cara.

Le venían pensamientos en ráfagas cegadoras. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Cuánto pasaría antes de que los daños fuesen irreparables? Cameron se concentró en una marca oscura sobre el techo de madera justo encima de él. Sentía dolor, un dolor atroz, distinto de cualquier otro que hubiese experimentado, pero no sentía miedo.

—Dicen que es como sentirse enterrado vivo —dijo Conway.

Le ardían el cuerpo y el corazón... Cameron se aferró a un último pensamiento mientras se sumía en una profunda oscuridad: un cronómetro. Conway tenía un cronómetro. «Y mi cuerpo yace en una lejana playa —Cameron se ahogaba— al término de la noche más larga». No tenía miedo porque ya no era nada, estaba más allá de esa tumba de carne y piedra.

Entonces le colocaron una bolsa sobre la boca y Conway insufló de nuevo aire en sus pulmones con una máscara. El aire lo inundaba como el agua inunda la tierra reseca mientras Conway mantenía un ritmo regular en su administración.

«¿Cuántas veces habrá hecho esto?».

Tras un minuto, como un milagro, Cameron pestañeó y movió levemente los dedos de la mano derecha.

—Tan pronto viene como se va —dijo Conway.

A Cameron le costó un rato volver a respirar de forma natural. Cuando lo consiguió, Conway retiró la máscara. Estaba claro que el prisionero no podía ni sentarse, menos aún oponer ningún tipo de resistencia. Conway se sentó contra la pared y estudió a Cameron, mientras el cuerpo de este volvía a él poco a poco.

Al cabo de un rato, cuando Cameron apenas podía tenerse en pie, Conway lo condujo al cuarto de baño, en una esquina del sótano. Cameron metió la cabeza bajo el agua helada y bebió. Estaba demasiado débil para poder luchar con Conway, y este lo sabía. Se volvió a tumbar sobre la camilla, mareado por el esfuerzo y visiblemente desorientado. Conway volvió a colocarle las ligaduras en las manos y los pies, y esta vez las manos de Cameron quedaron por delante.

Conway se fue sin decir palabra.

«Qué ridículo —pensó Cameron—. Qué triste y patético y completamente ridículo morir en una pequeña cabaña por una droga habitual en los hospitales y de la mano de un completo extraño».

La muerte con la que estaba familiarizado Cameron era la que había administrado a hombres a los que había conocido bien y que también lo conocían a él. Solo así tenía sentido para él. Esto, en cambio, era una muerte sin sangre que solo podía satisfacer el instinto de un verdugo ruin.

Cameron se giró hacia un lado. Le retumbaba la cabeza y tenía los ojos desorbitados, pero no estaba desorientado en absoluto. No sabía cuánto tiempo le quedaba hasta que volviera a aparecer Conway o qué ocurriría cuando lo hiciera. Estaba en el sótano de un refugio de cazadores, un lugar donde traían a las presas para ser destripadas, desangradas y desolladas. Cameron se sentó. Tal vez este sótano le había estado destinado hace tiempo, al igual que la trampa cavada le había estado esperando a Gilman.

Amanecía. Cameron lo distinguió ahora perfectamente por los trinos de los pájaros. Se imaginó un amanecer pálido como una concha marina y un frío helador envolviendo el techo del refugio: las puntas de los abetos se verían negras contra la claridad y el suelo crujiría. La mejor hora del día, su favorita.

Cameron se puso de pie, con las piernas todavía temblorosas. Levantó las manos y tocó la bombilla, que se balanceó e iluminó la mitad oscura del sótano. Sobre él se oían fuertes pisadas cruzando la habitación.

Alice Madison estaba sola en la sala de observación. Henry Sullivan les estaba contando lo que había hecho y lo que Conway iba a hacer, y Madison se alegró de no estar dentro de la sala, contenta de no poder atravesar el cristal que los separaba y arrepentida, muy arrepentida de no haber disparado a Conway a través de la ventana en el Instituto Walters. De haber sabido lo que sabía ahora, habría podido vivir consigo misma tranquilamente, si le hubiese disparado. En un momento dado, Dunne levantó la vista y miró directamente hacia Madison a través del espejo. Asintió con la cabeza, aunque sabía que no la vería.

Cuando salieron, Madison acudió a su encuentro en el pasillo. Spencer y Dunne comenzaron con la logística; Klein y Bowen estaban callados, los abogados tenían poco que ofrecer cuando se trataba de irrumpir en casas sin orden judicial. Nunca hubo ninguna duda sobre lo que haría Madison.

—Deberías coger mi coche —dijo Dunne.

—Gracias, Andy —contestó ella.

Spencer informaría a Fynn, a la policía estatal y a la Oficina del sheriff.

El amanecer pilló a Madison conduciendo rápidamente por la I-5 en dirección norte. El coche de Dunne era una furgoneta Chevy roja. Adonde se dirigía Madison, su Honda Civic no le habría sido de mucha utilidad. Habían intercambiado las llaves en el aparcamiento, después de que ella cogiera su estuche de emergencia de la bolsa de gimnasia que guardaba en el maletero.

Madison tenía los ojos clavados en la carretera, pero no veía nada. Tenía el móvil en el asiento del pasajero y se obligó a cogerlo. Tenía que mantener la calma y no mostrar ninguna emoción: debería contarle sus planes y las distintas posibilidades y lo de los grupos de búsqueda. Debería decirle lo que estaban haciendo, lo que podían hacer y esperar que él no escuchase esa voz chirriante que repetía constantemente que era ya tarde, demasiado tarde.

—¿Dónde está? —La voz de Quinn sonaba ronca.

—Sullivan no lo sabe. Conway ha estado montando un refugio secreto en algún lugar del noroeste de Seattle, un refugio de montaña a donde habrá llevado a Cameron. Sullivan no sabe dónde está, pero sabe qué agencia estaba usando Conway porque lo vio de casualidad en el portátil de este.

—¿En *algún lado* del noroeste?

—Sé que es muy vago, pero estamos rastreando los pagos de la tarjeta de crédito de Conway para saber a dónde ha viajado, dónde ha puesto gasolina y dónde ha comprado comida.

—¿Cómo lo va a encontrar?

—Me están enviando detalles de los alquileres de la agencia inmobiliaria y vamos a trabajar con los agentes locales y a comprobar cada refugio. Estoy de camino. En estos momentos Spencer está despertando al agente inmobiliario y consiguiendo toda la información que pueda de él.

Quinn puede que estuviese exhausto, pero su mente funcionaba tan bien como siempre.

—No lo entiendo. ¿Por qué se está tomando todas estas molestias? ¿Por qué se lleva a Jack

hasta un refugio que está a horas de Seattle cuando liquidó a los otros hombres rápidamente y en la propia ciudad?

Madison sostenía el teléfono cerca de ella.

—Conway quería un refugio que estuviese cerca de una pista de aterrizaje, y hay muchas de los años cuarenta y cincuenta repartidas por todo el Estado. No quería secuestrar a Cameron para sacarle información y eliminar a otro testigo; ese fue solo el punto de partida. —Madison no sabía cómo decirlo—. Peter Conway va a vender a Cameron a los traficantes de droga que Cameron engañó y mató en California. El pasado mes de diciembre, Cameron mató a tres de ellos, del mismo cártel, en Los Ángeles, y a Errol Saunders aquí, y hace años también ocurrió lo del Nostromo.

Quinn no dijo nada.

—Cuando Conway obtuvo los detalles del encargo de Seattle —continuó Madison—, se dio cuenta de que Cameron era mucho más valioso para él vivo que muerto, e hizo un trato con ellos. Se lo llevan por aire. Por eso utilizaron la Taser: tiene que entregar a Cameron de una pieza. —Madison se arrepintió de esas palabras inmediatamente, porque sabía lo que pensaría Quinn: «Para que lo puedan despedazar ellos».

Durante un instante, no hubo ningún sonido al otro lado de la línea. Madison se mantuvo pegada al móvil y siguió conduciendo.

—Voy con usted —dijo finalmente Quinn.

—No, ni hablar. Necesito que siga en Seattle investigando todo lo posible porque puede que McMullen obtenga la condicional muy pronto. Me mantendré en contacto con usted.

—¿Está sola?

—No lo estaré. Estaré acompañada de las autoridades locales, pero yo soy la única que ha visto a Conway.

—Voy a ir, ayudaré con la búsqueda.

—Quinn, escuche. Necesito que se quede donde está. Necesito que esté donde pueda saber que está a salvo. —«Tan lejos de Conway como sea humanamente posible», quería haber añadido.

Quinn no contestó. Madison confió en su sentido común; el abogado todavía necesitaba muletas, por el amor de Dios.

—Manténgase en contacto conmigo —le dijo él.

Y entonces, Madison se quedó sola en el coche, viajando bajo el gris amanecer hacia Bellingham, hacia las montañas y hacia una amenaza de muerte.

Si Madison hubiese observado el paisaje, habría contemplado llanuras que daban al agua a su derecha, el comienzo de unas colinas a la izquierda y el cielo pálido como una enorme bóveda aplastando todo aquello que cae bajo su vista. Iba dejando atrás pequeñas urbanizaciones y almacenes ni urbanos ni rurales, suspendidos en un limbo de planificación urbanística de dudoso gusto.

Atravesó el río Skagit en el monte Vernon mientras las colinas de la izquierda quedaban como un borrrón azulado en la distancia, como si estuvieran todavía en proceso de convertirse en montañas de verdad. Tomó la salida 255 y se incorporó a East Sunset Drive hasta llegar a la 542. Después de Deming tomó un desvío en Truck Road y aparcó en una pequeña zona de descanso con un coqueto restaurante. A ambos lados de la carretera el bosque parecía denso y el aire más cortante. Había un puñado de coches aparcados junto al edificio de madera, incluyendo uno blanco de la unidad de la Oficina del sheriff del condado de Whatcom, de donde salió un oficial en cuanto vio aparecer la furgoneta de carga roja. Era media mañana y las últimas horas habían

transcurrido en una nebulosa.

El oficial traía un taco grueso de papeles y una bolsa de plástico. Era alto y muy delgado, con el pelo corto rubio cortado a la moda bajo la gorra y no parecía ni un día mayor de diecinueve años. Madison habría preferido a alguien con más de un par de semanas de experiencia y, a poder ser, con edad de tener barba.

—Su gente nos ha enviado esto —dijo, tras las presentaciones.

Madison esparció las hojas impresas sobre el capó del coche patrulla: una lista de direcciones de refugios y unos mapas con la ubicación de las pistas locales y de los refugios y también de las tiendas donde Conway había utilizado su tarjeta.

El oficial señaló la línea que trazaba la autopista 542 con su mano enguantada.

—Hasta donde podemos ver, tenemos direcciones repartidas en tres condados: algunas en Whatcom, pero un grupo de ellas en Skagit, al sur e incluso otro puñado en Okanogan, hacia el oeste. Y también está la frontera con Canadá, a un tiro de piedra de aquí.

—¿Cuántas en total? —Madison repasó la lista.

—Veinticinco, pero también estamos comprobando los refugios que no están alquilados, por si acaso.

Madison masculló una maldición entre dientes.

La hoja informativa había sido confeccionada tras filtrar el día en que se había hecho la reserva y si se trataba de un cliente habitual o no.

—Hemos descartado algunas, pero todavía quedan catorce en la lista, dependiendo de lo cerca que quiera estar su hombre de la pista de aterrizaje. Tenemos Kendall y Riverside, que son privadas y abiertas al público.

—Creo que nuestro hombre quiere algo más discreto.

—Bien, teníamos unas cuantas, pero muchas de esas pistas casi han desaparecido, invadidas por el bosque. Sumas, hacia la frontera, aunque nadie la ha visto hace años, y Pasayten, Marblemount y Blankenship, pero no le puedo asegurar que sigan en funcionamiento, y están muy repartidas.

Madison observó el mapa. Una pista entre montañas, una pista con un camino de asfalto, era poco más que una tira de hierba rodeada de árboles, lo suficientemente ancha como para que despegase y aterrizase un pequeño avión: sin torre de control ni controladores y, más importante aún, sin luces. Quien fuera que volara tenía que depender de la luz del día y eso dejaba el día muy corto, si el tiempo no cooperaba.

—Tenga —dijo el oficial Andrews, y le pasó a Madison la bolsa de plástico.

Dentro había un termo, unos pocos sándwiches, una botella de agua y chocolatinas: cortesía de los agentes de las fuerzas del orden trabajando en una comisaría de seis mil quinientos kilómetros cuadrados.

—Su gente dijo que ha estado conduciendo desde el amanecer y, repito textualmente, «no habrá parado ni en los semáforos, menos aún para comer o beber».

—Gracias, es muy amable por su parte.

El ayudante del sheriff se sonrojó enormemente.

—Este tipo al que buscan es algo serio, ¿verdad? —dijo, cambiando de tema.

«¿De qué tipo estamos hablando?».

—Sí. Peter Conway es un asesino, su profesión es matar a gente. Que sepamos, al menos a cuatro en el condado de King en las últimas semanas, y tiene un cómplice.

—No solemos ver muchos así por aquí.

—Me imagino que no. ¿Ha...? —Madison no quería ser descortés, pero esto no era un

trabajo que se pudiera aprender sobre la marcha, y tenía que saber exactamente lo pez que estaba el agente—. ¿Ha manejado alguna situación parecida con anterioridad?

—No.

—Ya veo.

«Mejor saberlo de antemano y planificar en consecuencia», pensó.

—Quiero decir, aquí no. Pero he estado un par de veces en Afganistán: francotirador del cuerpo de Infantería. He visto suficientes cosas allí para acordarme un rato. También operaciones con rehenes, por eso me han mandado aquí.

—Ya veo —dijo Madison, sintiéndose como una vieja tonta.

Volvieron a sus respectivos vehículos y se dirigieron al noroeste. Tras la capa de nubes, el cielo se veía claro y luminoso. Un buen día para volar.

A muchos kilómetros de allí, en una pequeña habitación sin luz natural, la doctora Takemoto observaba a Vincent dar palmadas a la pared tras pintar la última de sus líneas. Vincent no había hablado hoy con ella, la había ignorado. Parecía como si pronto no fuese a quedar ningún tramo de pared sin pintar. Las enfermeras que lo cuidaban lo habían confirmado: Vincent había dejado de hablar casi por completo. Su principal relación con el mundo exterior se reducía a la usada cera de color verde que guardaba en su mano.

El doctor Peterson lo estudió desde la puerta abierta. La mano de Vincent temblaba un poco, pero todavía era capaz de dibujar una línea recta. Nadie le había dicho nada y él no había preguntado por la noche del incendio, pero, de todas formas, el médico estaba seguro de que, en algún lugar perdido entre los pliegues de su conciencia, Vincent se había dado cuenta de que Ronald no iba a volver nunca.

—¿Qué dibujas, Vincent? —preguntó el doctor Peterson.

Vincent se dio la vuelta. El miedo lo había acompañado durante mucho tiempo, había sido la medida de las horas y los minutos de sus días, y Vincent tenía aspecto de haber acabado extenuado. A pesar de los constantes temblores dentro de su cuerpo, pintaba con suavidad.

—El camino —contestó.

El hombre se palpó la gasa que le cubría el costado herido: le dolía al respirar, pero al menos había dejado de sangrar. «No deberías haberte acercado tanto» había sido el único comentario de Conway. Era la quinta vez que Conway había alquilado sus servicios y la primera que había sido herido por un objetivo durante la recogida. Este rehén no se comportaba como era habitual, y esa constatación lo preocupaba sobremanera.

Descorrió el cerrojo de la puerta del sótano, una cerradura sencilla que había instalado Conway días antes, y entró. Desde lo alto de las escaleras podía ver con claridad al prisionero: estaba tumbado de lado en la camilla, con las muñecas y tobillos atados con ligaduras de plástico. Los ojos del rehén estaban abiertos y lo observaban mientras bajaba, lo que provocó que de pronto fuera muy consciente de su paso inestable.

Conway le había atado las manos por delante, porque, después de inyectarle el suxametonio, no quería que un espasmo muscular o un ataque de vómito estropease su trabajo.

«No deberías haberte acercado tanto». El hombre levantó la pistola de calibre 22 y apuntó a la cabeza del rehén mientras se aproximaba. El prisionero ni siquiera pestañeó. Sus ojos marrón claro seguían los movimientos del hombre y repararon en el bulto extraño bajo la camisa donde estaba la venda y en su cojera. Era como ser observado por un animal.

El hombre se acercó. Colocó el cañón contra la sien mientras tomaba el pulso en la carótida con dos dedos de la mano izquierda. A esa distancia no fallaría el disparo. El latido del prisionero era regular, ni siquiera una pequeña sacudida por la incomodidad de tener una pistola apuntándole a la cabeza.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó el hombre.

John Cameron no contestó.

—¿Algún problema para respirar? ¿Espasmos musculares?

Tomó el silencio de Cameron como respuesta negativa, se levantó y se fue alejando. La vida de todos daría un vuelco a mejor en cuanto entregasen esa mercancía.

El cerrojo volvió a quedar echado.

Madison echó un vistazo al mapa que había dejado en el asiento del copiloto. Se habían repartido los refugios por equipos: tenían tres en su lista. Siguió a la unidad del ayudante Andrews por la autopista del monte Baker. Este tenía que recoger a su compañero de camino, y le había dado a Madison la radio para que estuviese en contacto y escuchase todas las llamadas de los demás agentes, cuyas voces crujían y sonaban a trompicones a través del altavoz.

Tras Maple Falls, una curva en la carretera se abrió al río North Fork Noonsack, cuyas aguas, de un verde oscuro, transcurrían dejando a su paso unas orillas de guijarros antes de adentrarse en el bosque.

«Qué bonito», pensó Madison.

Se les había repartido la vieja foto de Conway del expediente de Kamen junto a un conciso pero completo catálogo de sus barbaridades. La foto de John Cameron también había sido distribuida, con la advertencia de que habría un segundo secuestrador trabajando con Conway.

La Oficina del sheriff había reclutado a agentes en días libres y el equipo de búsqueda se repartió entre los tres condados.

El primer refugio de la lista estaba a diez minutos, tras una empinada carretera que se dirigía hacia la frontera. No podrían aparcar delante de la puerta de entrada sin excusa, y el sheriff había sugerido usar el pretexto de que buscaban a un excursionista perdido que podría estar herido.

Madison se quedó atrás un momento, para recogerse el cabello en una coleta y ponerse una camiseta verde de ciudadana voluntaria del condado de Whatcom que ocultaba su nuevo chaleco antibalas. El viejo había quedado inservible tras su último trabajo. Mientras se ajustaba los cierres laterales, un recuerdo fugaz la hizo estremecerse. Madison comprobó el arma en su sobaquera y salió de la furgoneta.

El coche que estaba aparcado delante del refugio era un todoterreno plateado nuevo. Los agentes llamaron a la puerta y tras un minuto, una mujer con un bebé en brazos abrió la puerta. Hablaron brevemente, tras lo cual los agentes se dieron la vuelta.

El todoterreno había sido un detalle revelador: lo que fuera que Conway estuviese conduciendo por allí no podría tener ventanas transparentes. Buscaban una furgoneta o camioneta, un camión pequeño. Desde luego, no un modelo de exposición con juguetes de niño en la parte trasera.

De vuelta en la autopista, Madison escuchó todas y cada una de las palabras que sonaban por la radio a medida que iban comprobando y tachando de la lista, uno tras otro, todos los refugios. El sheriff había enviado una unidad a cada pista de aterrizaje conocida de la zona y hasta el momento no había detectado ningún tráfico inusual.

Madison seguía mirando el cielo: cada punto podía ser un avión, cada nube que amenazara lluvia podía significar un retraso en el vuelo. Su cerebro funcionaba a toda velocidad y no podía parar: una pista en medio de las montañas exigía un aparato pequeño y ágil y un piloto experimentado; un avión pequeño no tendría suficiente combustible para volar desde California ida y vuelta sin repostar; podría despegar de un aeropuerto de la Columbia Británica completamente cargado, recoger su mercancía y continuar hasta California. Y si la gran recompensa para Conway era la venta de su rehén, entonces así sería como McMullen había podido permitirse sus servicios; no sería él quien pagaría a Conway, sino los traficantes de Los Ángeles. «McMullen, Dios Santo, era McMullen».

Madison dejó un mensaje en el contestador de Dunne para que comprobara los contactos de McMullen dentro de la cárcel y si cabía la posibilidad de que hubiese conocido a alguien conectado con la gente apropiada. Que se olvidara de los grupos de jardinería y el periodo obligatorio de prueba, si McMullen salía de allí, desaparecería.

Nathan Quinn cogió el teléfono y llamó a Conrad Locke. Respondió al segundo timbre.

—¿Se sabe algo, Nathan?

—No, todavía no.

El secuestro había sido ampliamente difundido por los medios de comunicación desde temprano por la mañana.

—Conrad, tengo que preguntarte algo —continuó Quinn—. Es algo sobre lo que los chicos hablaron aquel 4 de julio de 1985, cuando estábamos en tu finca. Sé que es hace mucho tiempo, pero puede que recuerdes algo.

Transcurrió un instante. Conrad Locke, amigo y colega del padre de Quinn, había estado presente y había formado parte de todos los momentos malos de aquel año.

—Cualquier cosa que te pueda ayudar, Nathan, por supuesto.

—Jimmy había oído a su padre amenazar a alguien por teléfono. Como si alguien hubiese venido por el restaurante y el padre de Jimmy se quisiera asegurar de que no volviesen a hacerlo. ¿Te suena de algo?

Locke se lo pensó.

—Recuerdo haber preguntado a tu padre si todo iba bien con Sinclair y tu padre dijo que había «problemas». No dijo nada más y yo no lo presioné. Quizá hubiera debido hacerlo.

—Sé que te interrogó la policía por aquel entonces, como a todo el mundo, pero, ¿mencionaron algún nombre? ¿Te mencionó mi padre el nombre de alguna persona, así, solo entre vosotros dos?

—¿Qué sucede?

—Creo que nos estamos acercando. Hay conexiones entre dos hombres que estaban en Seattle en aquella época y uno de los secuestradores.

Locke suspiró.

—Lo siento mucho, no recuerdo que se mencionase ningún nombre.

Quinn no esperaba una respuesta diferente, pero tenía que preguntar.

—Nathan, ¿qué ocurre con Jack? ¿Está la policía siendo de alguna utilidad?

—Están buscando —respondió Quinn, y sus palabras sonaron vanas y vacías.

Madison condujo cuesta arriba y cuesta abajo por la autopista del monte Baker mientras hablaban con los vecinos y comprobaban los refugios de la lista, y una tras otra todas las direcciones fueron descartadas. Se sentía con los nervios a flor de piel y sobreexcitada por la falta de sueño.

Había muchos datos desconocidos: quizá Sullivan había estado equivocado y Conway no alquiló un refugio de una agencia inmobiliaria, o quizá lo hizo y era uno de los que se habían encontrado vacíos. Vacío porque ya había tenido lugar el intercambio y John Cameron estaba camino de California o donde quiera que el destino le tuviera reservado.

La furgoneta roja y el coche patrulla aparcaron junto al bordillo de la carretera. Los ayudantes estaban ocupados con las radios y Madison aprovechó para estirar las piernas y repasar los papeles que había enviado Spencer.

Conway era un hombre prudente. Había repostado en Bellingham, donde su rastro sería rápidamente perdido, y había comprado comida en el Kmart de East Sunset Drive; demasiado grande para que nadie lo recordara. La única pista que les había dejado fue una compra aislada, una caja de doce botellas de agua, en la tienda Cross Roads Grocery & Video de Maple Falls. Y todo esto había sucedido antes de que encontrasen los restos de David Quinn. McMullen se había vuelto precavido en cuanto la policía empezó a barrer el área donde él sabía que estaba enterrado el cuerpo del chico.

Madison bebió una taza de café del termo. Estaba caliente y sabía a plástico, pero el detalle que habían tenido con ella era lo único bueno que le había deparado el día. Enseñó el mapa con la tienda de comida resaltada al ayudante Andrews.

—Este lugar —dijo—. Esto está cerca de la pista de Kendall, ¿verdad?

—Sí. A unos pocos minutos.

—Bien, ¿qué más tenemos por aquí cerca?

—¿Qué «más»?

—Sí. Estoy viendo las otras pistas, y están hacia el oeste, así que, si tomamos esta tienda de

comestibles como centro de un círculo de, digamos, unos treinta kilómetros, ¿qué tenemos por ahí que sea un lugar lo suficientemente llano y alargado como para que aterrice un pequeño avión?

—No tenemos...

—Ya no hay más pistas de aterrizaje. Me refiero a un terreno, grande, plano y lo suficientemente largo.

El ayudante del sheriff entrecerró los ojos.

—¿Cuánto de largo?

Los conocimientos de Madison de aeronáutica se limitaban a las exhibiciones aéreas a las que su abuelo la había llevado de niña.

—No lo sé. Yo diría que poco más de doscientos metros si está despejado y al menos el doble si hay árboles alrededor.

Andrews lo pensó durante unos segundos.

—Al norte de Silver Lake hay un llano donde la gente acampa en verano —dijo—. El sitio entero abrirá al público el mes que viene, pero todavía está cerrado por la temporada de invierno.

—¿Hay algún refugio cerca? Quiero decir, ¿cerca de verdad?

—Sí.

Madison aplanó el mapa sobre el capó.

—¿Dónde está?

—Ahí. —El ayudante señaló una mancha verde claro en el mapa, sobre el azul del lago.

Una carretera de único sentido bajaba del lago hasta Maple Falls y al final de esa carretera estaba situado el supermercado Cross Roads Grocery & Video.

La carretera de Silver Lake serpenteaba entre Red Mountain y Black Mountain, y llevaba hacia la frontera canadiense al norte. La carretera se alejaba de la zona residencial y se volvía más empinada rápidamente, con bosques densos que alternaban con zonas verdes claras a ambos lados.

Madison estaba enfadada consigo misma ya que no había estado pensando con claridad. El factor más importante tenía que ser la proximidad del lugar de cautiverio a la pista de aterrizaje. Cameron era un rehén peligroso de mover y letal si quedaba libre. Tenían que reducir el tiempo de traslado al mínimo, e incluso el llevarlo de un punto A a un punto B era una operación compleja.

Madison miró por la ventana. Se veía un cielo claro, y, en algún lado, no demasiado lejos, algunos hombres se preparaban para enviar por vía aérea a un ser humano hacia una muerte horrenda.

El coche patrulla viajaba rápido, y así lo hacía también Madison tras él. Luces y sombras parpadeaban en su ventanilla a medida que iba pasando alternativamente por zonas despejadas y arboledas.

Sonó el móvil en el asiento del copiloto. Era el número de Quinn. La pequeña luz de la pantalla se iluminó y volvió a oscurecerse tras un segundo. No podía hablar con él, imposible. No le podía resumir con palabras lo que pensaba hacer.

El coche de los agentes llegó a un claro con tres refugios alineados y ningún coche aparcado en la parte delantera.

—Hay otro grupo de tres un poco más lejos —dijo Andrews.

Madison y los agentes se acercaron al primero, del que sobresalía un porche de madera que conducía directamente hacia el bosque. Su instinto le decía que estaba vacío. La puerta estaba cerrada con candado y no había luces en las ventanas laterales. Avanzaron hacia el segundo refugio.

En ese preciso instante, bajo la sombra de los abetos, la puerta delantera del último refugio pareció moverse.

—Esperad —dijo Madison, y señaló hacia el último refugio.

Ahí estaba otra vez. Un ligero meneo. Los tres sacaron el arma. No salía ningún sonido del refugio, solo el susurro de las copas de los árboles y sus pisadas sobre el terreno.

Vieron marcas recientes de neumáticos junto a la entrada.

Madison tomó posición a un lado y Andrews al otro. La puerta estaba entreabierta y se movía con la brisa como si la casa respirara. Madison apoyó la punta de la Glock contra ella y la empujó levemente. No sabía si estaba preparada para lo que se podría encontrar.

Detrás de Madison, alguien contuvo el aliento. La habitación estaba prácticamente destrozada; sillas patas arriba, víveres derramados por doquier, una mesa contra una pared esquinada... Alguien había entablado una batalla en cada centímetro de ese suelo. Justo a su lado, a mano izquierda, había otra puerta abierta que daba a un sótano y Madison se fijó en que el candado era nuevo. Nada más dar un primer paso escaleras abajo, Madison vio el cuerpo, el corazón se le aceleró y echó a correr.

El hombre yacía sobre una camilla. Era un hombre muy musculoso, de treinta y muchos,

con una herida abierta en el cuello y cuchilladas en el pecho. Estaba cubierto de sangre, y no era Peter Conway, de eso estaba segura. Madison comprobó el pulso y el hombre emitió un quejido.

—¿Tiene un botiquín de primeros auxilios en el coche? —dijo Madison sin darse la vuelta. Tras ella, alguien se apresuró escaleras arriba.

Las manos del hombre intentaban detener el flujo de sangre de la herida del cuello. Madison se arrodilló junto a él y sus ojos parpadearon.

—¿Dónde están? ¿Han ido hacia el avión?

Los ojos miraban sin enfocar.

—¿Dónde están?

El compañero de Andrews volvió con vendas y se ocupó de la herida del hombre. Madison se levantó. También había signos de lucha por todo el sótano, y unas ligaduras de plástico estaban hechas pedazos por el suelo. Cameron había sido maniatado y había conseguido escapar. El hombre, por lo que podía ver Madison, no estaba armado, aunque, posiblemente, la pelea no habría empezado así. Cameron lo había atacado y se había liberado, al menos por un tiempo. Sin embargo, el aspecto de la planta de arriba y la ausencia del cadáver de Conway no presagiaban nada bueno. El hombre que estaba en el suelo apenas podía respirar. No les iba a contar nada en absoluto.

—Voy al campo de aterrizaje. ¿Hay que ir todo recto desde aquí? —dijo Madison.

—Voy con usted —contestó Andrews, pero Madison ya había subido la mitad de las escaleras.

Madison había llegado a su coche cuando Andrews la alcanzó.

—Detective, ¿qué es lo que realmente ocurre aquí?

Ella se volvió hacia él.

—El rehén está a punto de ser vendido a hombres que lo torturarán y lo mantendrán vivo lo justo para poder seguir torturándole. En estos momentos es todo lo que le puedo contar.

Andrews retrocedió un paso.

—Está bien.

Madison subió a la furgoneta.

—¿Todo recto?

—Sí.

La furgoneta chirrió al salir del claro e incorporarse a la carretera. Por el retrovisor Madison vio el coche patrulla de Andrews acelerar tras ella y al hombre hablando rápido por radio.

Si había decisiones que tomar, tendría que ser ahora, porque más tarde, si es que había un más tarde, en plena acción, solo tendría tiempo de reaccionar, no de pensar y, desde luego, no de sentir ese dolor desgarrador en el pecho. Debía apartar de sí cualquier cosa que ralentizara su capacidad de reacción, porque de lo que estaba segura era de que iban a estar en inferioridad de condiciones, tanto por número de personas como de armas.

Llegaron en pocos minutos. Madison echó una ojeada tras las hileras de abetos y aparcó a un lado de la carretera, casi en la cuneta. El campo era alargado y estrecho, una banda rectangular sin árboles bajo un cielo que estaba empezando a oscurecerse.

Andrews aparcó justo detrás. Madison deslizó el cargador de la Glock; una primera bala preparada en la recámara. Más allá de los árboles, vio una furgoneta aparcada al final del campo y un zumbido flotando en el aire: podría tratarse del motor de una pequeña aeronave.

Miró al joven con su uniforme verde oliva. Andrews llevaba puesto un chaleco antibalas y al hombro un rifle con mira telescópica. El chaleco no era el habitual de tela blanda que llevaba la mayoría: era uno reforzado de tela metálica dura, como el suyo. Ellos dos formaban el equipo de

rescate de rehenes. El motor zumbó muy alto por encima de ellos.

Un avión blanco aterrizó en el campo y se detuvo con facilidad tras un giro que lo dejó en posición de despegue, a unos quince metros del vehículo de Conway. Madison, boca abajo en el frío suelo y clavando los codos en la tierra, se arrastró los últimos metros para tomar posición a cubierto. Tenía la furgoneta de Conway a cinco metros delante de ella en un claro y podía ver con nitidez la parte de atrás y el asiento del copiloto. Agachó la cabeza tras un arbusto de gayuba. No había perdido de vista la furgoneta, pero todavía no había ni rastro de Conway ni de su rehén. Las ventanillas estaban subidas y era imposible ver el interior. Madison dedujo que Conway iba en el asiento del conductor y que Cameron estaría atado en la parte trasera. Se le había pasado por la cabeza ir corriendo e irrumpir en la furgoneta antes de que aterrizase el avión, pero no tenía tiempo suficiente y los retrovisores cubrían las vistas de la trasera del vehículo. Conway los habría detectado inmediatamente y los habría parado de cuajo.

El avión era un elegante modelo, de seis a ocho asientos, y quienquiera que lo hubiese hecho aterrizar sabía lo que hacía. La pregunta era cuántos hombres se necesitarían para escoltar al prisionero. Madison era ducha en operaciones antidroga y de vigilancia desde su época en Antivicio, y había visto todo tipo de modificaciones en interiores de aviones. Si quitaban algún asiento, podrían meter la camilla fácilmente, lo cual sería el modo más fácil de transportar a Cameron. Significaba que el avión podría llevar al piloto a y tres o cuatro hombres más, todos armados. Y Conway también estaría armado, un arma a mano, otra de repuesto. Ahora estaba solo, manejando tanto el intercambio como al prisionero al mismo tiempo. No era lo ideal, y estaría muy pendiente si era atacado. Pendiente y alerta.

Madison cambió su teoría: Conway ya estaría detrás con el rehén, esperando, y saldrían juntos, de otra manera, los narcotraficantes podrían deshacerse de él nada más verlo, recoger a Cameron y largarse.

Las puertas se abrieron a la vez y Madison contuvo la respiración. Ahí estaba. Ojos Muertos, largo y flaco como una anguila malvada. Se movía de forma extraña; quizá Cameron le había herido también a él. Conducía a su rehén fuera de la furgoneta, el prisionero con los ojos vendados, con las manos atadas por detrás y sin casi poder caminar. Madison pensó en el interior del refugio, vio que podía tenerse en pie y se permitió alegrarse de ese simple hecho.

Salieron tres hombres del avión: uno de rostro estrecho y con traje; los otros, de hombros anchos, parecían guardaespaldas con chaquetones largos y vaqueros a juego. Madison se movió de sitio para poder observar mejor, ya que la furgoneta se interponía entre ella y el grupo.

Enfocó los prismáticos sobre los guardaespaldas. Saliendo de uno de los pliegues de cuero, vio las puntas de dos MAC10 con supresor de sonido apuntando al suelo. Madison se obligó a respirar y escuchar. Ese era su trabajo ahora, simplemente respirar, escuchar y estar preparada. Notó una oleada de miedo y un sabor amargo en la boca.

No hubo presentaciones ni saludos: no era ninguna coincidencia que estuviesen todos allí. Los compradores habían comprobado que Conway estaba solo y no se hacía el listo, sin embargo, Madison estaba segura de que se preguntaban si podrían cargárselo sin perder su recompensa en el camino.

El hombre del traje sacó un móvil del bolsillo de la pechera. Madison se había preguntado cómo haría Conway para recibir el pago, y el método más sencillo parecía ser una llamada del pagador a alguien que se encargaría de la transferencia electrónica una vez la mercancía hubiese sido inspeccionada, y el banco enviaría un mensaje de confirmación. «La mercancía».

Madison analizó a los cuatro hombres y reconoció el lenguaje corporal de poder y amenaza y la mera transacción de mercancía entre hombres de negocios. Los analizaba como si fuesen jugadores de póquer en la mesa de su padre y sabía qué guardaespaldas no podía esperar a ponerle la mano encima a Cameron y a cuál le era indiferente.

Su bronceado de California resultaba fuera de lugar en el estado de Washington, y parecían demasiado corpulentos para correr, pero lo que sí que tenían eran armas profesionales. El hombre del traje era el que mandaba. Madison observó y escuchó.

Conway empujó a Cameron hacia adelante con el cañón de la pistola contra la sien y lo dirigió hacia los tres hombres. El del traje se acercó a ellos y Madison se preparó. El hombre retiró la venda de los ojos de Cameron, que seguía con la pistola de Conway pegada a su piel, y Madison rogó que Cameron no hiciese alguna idiotez pensando que no tenía nada que perder.

Tal vez fuera lo suficientemente fuerte, tanto física como mentalmente, para mantenerse quieto y aguantarlo, suficientemente fuerte como para mirar al del traje a la cara y no reaccionar. Cameron estaba pálido y débil, pero ni siquiera pestañeó, y durante un instante surrealista Madison se sintió orgullosa de conocerlo. El del traje lo examinó y pareció complacido. Volvió a colocarle la venda.

Madison se sintió temblorosa; la adrenalina inundaba sus extremidades. A estas alturas, Andrews debería haber tenido ya suficiente tiempo para colocarse en su sitio. Madison salió de detrás de los arbustos. El camión la cubrió durante los diez primeros pasos. No la vieron mientras se escurría por detrás de la furgoneta con el corazón desbocado y se detenía justo a la altura de la ventana del conductor. Miró a través del parabrisas mientras notaba el frío de la carrocería contra su piel.

El del traje levantó el móvil hacia el oído y Madison se lanzó.

Tras un disparo al aire con la Glock calibre 40, que explotó como una bala de cañón en el campo abierto, Madison salió de detrás de la furgoneta.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Todas las cabezas se volvieron en su dirección y Cameron reconoció su voz. Conway se dio la vuelta rápidamente y colocó a Cameron de forma que se interpusiera entre ellos. Un guardaespaldas levantó la MAC10 y en ese preciso instante se oyó un disparo proveniente de la hilera de árboles que impactó en él como si alguien le hubiese empujado desde detrás y le hubieses obligado a doblarse hacia adelante. El otro guardaespaldas corrió hacia la cola del avión, con el cañón en alto, y Madison le disparó dos veces en el pecho. El hombre se deslizó hacia atrás contra la cola del avión mientras retrocedía. Madison se dio la vuelta. De nuevo, más disparos desde las puertas del avión que hicieron pedazos la ventanilla que tenía justo al lado. Una rueda reventó en la parte de atrás de la furgoneta y Madison notó el punzante dolor en el instante en que retrocedía para ponerse a cubierto. Se oyó el estruendo de tres rondas de disparos desde la hilera de árboles en dirección a la puerta. Conway cayó al suelo, sujetando firmemente a Cameron mientras respondía con dos rondas al lateral de la furgoneta y otras dos hacia los árboles. Una bala le impactó a Conway en el cuello y otra en la espalda y, tras él, el hombre del traje bajó el revólver y se arrastró por el suelo para llegar hasta Cameron, que seguía vendado y sujeto contra el suelo. El motor del avión volvió a rugir y la voz de Madison gritó por encima del estruendo.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —Madison jadeaba, con los oídos pitándole por el ruido. A su alrededor, el aire tenía un denso olor a combustible.

El hombre del traje se levantó y arrastró a Cameron con él para usar el cuerpo de este como escudo entre él y Madison y el otro tirador. Conway estaba boca abajo, sangrando en el suelo.

Madison quería dar un paso y pegar una patada a su pistola para alejarla de su mano, pero permaneció quieta sin perder de vista al hombre del traje.

—Gracias por esto, no podía haber salido mejor para mí —dijo el hombre, y comenzó a avanzar hacia la puerta del avión mientras arrastraba a Cameron marcha atrás.

—No —dijo Madison.

—Dispárele —dijo Cameron—. Hágalo.

—¡Vamos! —gritó alguien desde el interior del avión.

—Dispárele —dijo Cameron.

El hombre estaba tranquilo. Puede que sus soldados yacieran muertos a pocos metros, pero este desenlace era mucho mejor, ya que el dinero no había cambiado de manos.

—Nos vamos —dijo, y Madison supo que sería la última voz que escucharía Cameron, atado a una silla o colgando de un gancho de un techo en alguna habitación cerrada en algún lugar. La voz que te dice que casi ha acabado, pero solo casi.

La visión de Madison se redujo a su empuñadura y a los tres puntos alineados en las miras.

—No puedo dejarlo marchar.

—Sí puede —dijo el hombre, con el revólver todavía apuntando a la sien de Cameron.

Madison intentó encontrar dentro de sí un último remanente de calma. El bosque crujía a su alrededor y una ráfaga de brisa le refrescó el cuello, que le ardía. Todo el tiempo del que iba a poder disponer se reducía al presente inmediato. No era una cuestión de tener un arma, nunca lo era. Estaba a punto de desvanecerse, extenuada, y la cordura parecía haber quedado olvidada hacía mucho. Siempre se reduce todo a la misma cuestión, una y otra vez.

El hombre, con aspecto de hurón, levantó la barbilla y entrecerró los ojos para crear más efecto.

—Hora de volar. —Las palabras arrastraban un historial de horror, recuerdos de años de sótanos, tratos hechos y prisioneros rogando morir.

Madison deshumanizó su voz todo lo que pudo.

—Déjelo marchar —dijo.

Alison buscó y encontró dentro de sí la calma que necesitaba. Luego, miró al hombre a los ojos.

«¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?».

Su voz se quebró.

—¿Confías en mí? —dijo, y en su mente empezó a recitar la serie de Fibonacci: «0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89...».

—¿Qué dice? —dijo el hombre.

«... 144, 233, 377...».

—Ponte de pie —dijo Madison.

«... 610, 987, 1597...».

—¿Cómo?

Cameron se movió y Madison apretó el gatillo. Pensó en la silueta de entrenamiento G-64. Su disparo le dio y casi le hizo salir disparado, fuera del alcance del hombre del traje mientras la sangre manaba de la parte frontal del cuerpo de Cameron que, demasiado pesado para sujetarlo, se deslizó hasta caer al suelo.

—Ahora ya no le sirve —dijo Madison—. Morirá en el avión.

Ahora todo se limitaba a su Glock frente al revólver de él. Ambos muertos o ambos vivos.

—Está loca —dijo el hombre mientras echaba una ojeada a Cameron boca abajo en el suelo, la sangre formando un charco sobre la tierra.

Andrews se precipitó con estruendo a través de los arbustos intentando tener una mira clara para el disparo, pero el ala del avión se interponía. Bajo el estruendo del motor, las hélices del helicóptero del condado cortaban el aire y las sirenas sonaban en algún lugar abajo en el valle, mientras subían desde Maple Falls hacia Silver Lake.

Madison quería que todo se terminara, y le daba igual quién sucumbiera primero en ese reto.

—Márchese. Ahora —dijo mientras en su mente hacía recuento de cuántas rondas había disparado él y cuántas le quedaban a ella.

«Márchese y déjeme a mí con los moribundos y los muertos».

El hombre la miró fijamente con sus ojos azul pálido, y supo que ella podría lanzar un disparo fatal incluso si él disparaba primero.

—Váyase.

El hombre desapareció dentro del avión, que ya rodaba antes de cerrarse la puerta, cogiendo velocidad tan rápido como podía el motor y alejándose en el cielo púrpura. Su Glock lo siguió hasta que las ruedas se elevaron del suelo.

—Vigila a Conway, puede que tenga otra arma. —Madison señaló detrás de ella mientras Andrews corría a través de la pista.

Madison se arrodilló al lado de Cameron. Le dio la vuelta con manos torpes que no sabían bien dónde tocar. Le quitó la venda y le cortó las ligaduras con el cuchillo. Estaba todo rojo en el costado derecho y tenía los ojos cerrados. «Hígado, riñones, intestino». El G-64 era el blanco con forma de silueta humana con sus órganos a la vista. El sistema de puntuación primaba dar en el blanco, en el órgano más vital. Madison había disparado para puntuar 0.

Le levantó los bordes de la camisa y despegó la tela de la piel con suavidad. El destrozo del costado medía casi ocho centímetros y sangraba, pero el proyectil había desgarrado la piel sin entrar a fondo en el cuerpo.

Oyó a Andrews abriendo la puerta de la furgoneta, y un segundo después se encendieron los faros. Sus palabras, por radio, eran una corriente delicada y continua que ella no alcanzaba a oír.

Madison se quitó la camiseta verde y la presionó a modo de compresa contra la herida. Levantó la mano de Cameron y la colocó encima. Él abrió los ojos.

—Mantenga la presión —dijo ella.

—Conway —respondió él.

Ella asintió y se levantó. En los haces de luz de los faros se veían los cuerpos de los guardaespaldas allí donde habían caído. Conway se había dado la vuelta y, a pesar de sus jadeos, los ojos permanecían alerta y claros.

—Le he quitado su arma, la de repuesto, un cuchillo y tres jeringuillas y agujas llenas. Hay más en la furgoneta —dijo Andrews, y miró a Madison. «Si quieres hablar con él, usa palabras cortas y hazlo rápido».

Conway emitía silbidos. La herida de salida del disparo en la espalda había ocasionado muchos daños.

La miró, recortada contra el cielo como estaba, y tosió.

—¿Es McMullen su cliente? —dijo Madison.

Su labio se curvó hacia arriba. Se iría contento hacia el Infierno antes que contarle nada.

Madison se acercó.

—Ha fallado. Que eso sea lo que se lleve de este lugar.

Conway murió entre jadeos, y la expresión de sus ojos no varió un ápice.

Tan lejos de ellos como lo permitía el terreno, en el claro, el helicóptero del condado aterrizó sobre un montón de hierba seca. Las sirenas de los vehículos se iban acercando.

Madison se agachó junto a Cameron y sacó el móvil. Seguía consciente. Marcó un número.

—Hola —contestó Nathan Quinn.

—Lo hemos encontrado —dijo Madison.

—¿Lo tiene ahí?

—Lo tengo —contestó, y le pasó el móvil a Cameron.

El campo entero se convirtió en el escenario del crimen. Había declaraciones que hacer, armas que entregar y pruebas que recoger, tanto ahí como en el refugio.

Cameron fue transportado por aire a Bellingham. Para el ojo desentrenado de Madison parecía pálido y atiborrado de medicinas. Les dio a los paramédicos las jeringuillas de Conway para que probasen lo que le habían suministrado y eso le preocupaba más a Madison que el disparo que tenía en el pecho.

El ayudante Andrews conocía a todo el mundo sobre el terreno y presentó a Madison a todos, incluyendo a algunos civiles voluntarios que habían aparecido para ayudar.

Madison se sentía adormecida. Ofreció una declaración eficiente, corroborada por Andrews palabra por palabra, pero, a medida que la adrenalina desaparecía, se encontró prácticamente incapaz de hablar. Uno de los guardaespaldas había muerto de dos disparos al pecho; Madison había sido quien le había disparado. Se quedó de pie junto al cadáver mientras los paramédicos hacían su trabajo; parecía lo justo, el conocer su rostro. Nunca antes había matado a nadie.

Una enfermera le hizo un chequeo, le limpió la herida del pómulo causada por el cristal que había salido despedido y lo dejó secar al aire.

Madison se despertó bruscamente. Se había tomado un descanso de diez minutos cuando fue con los oficiales locales al refugio de Conway. Se había sentado con los ojos cerrados en el asiento del copiloto de la furgoneta y había dormido una hora. El reloj del salpicadero marcaba casi la una de la madrugada.

El cielo estaba completamente estrellado y se preguntó si seguir las estrellas la guiaría hasta el hombre que había contratado a Conway, si había algún residuo cósmico en las acciones de aquel hombre que fuera visible solo a través de los aparatos de Sorensen y que la ayudara a encontrarlo. Era fácil pensar en algo semejante lejos de las luces de la ciudad, cuando parecía que cada cuerpo astral estaba presente y no había oscuridad entre los puntos de luz. Madison meneó la cabeza: estaba cansada, hambrienta y muy lejos de casa.

Se volvió a enfundar los guantes y volvió al caos del refugio. Cuando levantó la vista del suelo un rato después, vio a Spencer y a Dunne junto a la puerta.

Vincent Foley se despertó temprano y las yemas de sus dedos acariciaron la textura de la pared, todavía tan extraña para él. Vio el trabajo de los pasados días a su alrededor y supo con seguridad que Ronald estaría orgulloso. No lo había visto hacía tiempo. Semanas, parecía, pero le costaba llevar la cuenta del tiempo. Cuando viniera Ronald a visitarlo la próxima vez encontrarían algún ventanal como los que había en el Instituto y Ronald le contaría las mismas cosas de siempre.

Vincent no estaba seguro de qué era de lo que solían hablar, pero siempre se encontraba mejor después de hacerlo, y esas noches el miedo no era tan malo. Metió la mano bajo el colchón y recogió la pintura, que estaba exactamente donde él la había dejado la noche anterior. La acunó en la mano y volvió a dormirse.

Una enfermera lo encontró tres horas más tarde. Tras un breve intento infructuoso de resucitarlo, llamaron al doctor Peterson para realizar las gestiones necesarias, porque él era su persona más cercana y necesitaban la habitación de Vincent libre lo antes posible.

El laboratorio central de la Policía Científica era un bullicio de clics y sonidos de ruedas como si fuera un ser vivo. Amy Sorensen y su equipo se movían apresuradamente entre mesas e instrumentos analizando y conectando distintas pruebas. En una esquina de la sala, ignorado por todos, un monitor mostraba una imagen tridimensional de lo que al principio parecía un montón sin forma en distintos tonos de gris. El algoritmo que lo había diseñado señalaba cada segundo con una marca verde, y cada una de ellas estaba encaminada a crear una huella individual, separándola del bloque de gris.

Era increíblemente lento y no había garantía de éxito. No obstante, segundo a segundo, el programa iba separando las huellas superpuestas de la fotocopia con la foto de David Quinn. Sorensen levantó la vista de la pieza que estaba examinando y echó un vistazo al monitor. Hacía su trabajo como cualquier otro miembro del equipo, y no podía pedir nada más.

Madison cogió el bate de béisbol y echó un vistazo a su alrededor. Era su habitación de Friday Harbor en la Isla de San Juan, la última dirección en la que había vivido con su padre, el último sitio del mundo en el que tenía recuerdos de su madre. Se vio a sí misma en el espejo: no tenía todavía doce años y llevaba puesto el pesado chaleco antibalas con el relleno cerámico. La luna se veía alta en el cielo, al otro lado de la ventana. Supo que su padre había robado las cosas de su madre. También sabía que estaba soñando, pero, de algún modo, eso no tenía importancia, porque su pena era de verdad y su rabia era como una ola a punto de romper. Estaba a punto de hacerlo, y se agachó, encogida, preparada para recibirla. El primer golpe del bate dio contra la estantería y el segundo chocó contra el espejo. En algún lado de su mente, la parte que reconocía que estaba dormida se alegraba de que su padre no estuviese en casa, y, sin embargo, incluso más profundamente en su sueño, Madison era consciente de que había matado a otro ser humano. Llevó el bate hacia atrás y el ruido de cristales rotos la despertó repentinamente. Estaba tumbada en el asiento trasero del coche de Spencer y cruzaban el puente de West Seattle en un día que se mostraba luminoso a través de la ventanilla.

Madison se quedó bajo la ducha durante un rato largo y dejó que el corte en el pómulo le escociera con el calor. Había llamado dos veces al hospital de Bellingham. En un primer momento, el médico a cargo de Cameron no quiso hablar con ella, e hizo falta una llamada del sheriff para que Madison se pudiera enterar de cómo iban las cosas. Conway había inyectado a Cameron una mezcla de tranquilizantes, y, francamente, dijo, no sabían muy bien cómo había sido capaz de andar o hablar. Las jeringas contenían ketamina, que Conway no había usado, y que quizá pensaba utilizar como regalo de despedida. La herida de bala estaba limpia y vendada y, si no planeaba levantar elefantes a corto plazo, se pondría bien. Madison sonrió levemente. El doctor se disculpó por no haber respondido a su llamada, pero había reporteros acampando fuera del hospital. Habían contratado una ambulancia aérea privada para trasladar a Cameron de nuevo a Seattle en unas horas, una vez hubiesen eliminado la medicación de su cuerpo.

Madison cerró el grifo cuando se empezó a enfriar, se envolvió en una toalla y se sentó en el sofá mientras se tomaba una taza de café. Las próximas novedades en su vida incluían una larga conversación con la Oficina de Responsabilidad Profesional sobre el tiroteo, una investigación estándar de la muerte del guardaespaldas y —algo que esperaba con especiales ganas— una explicación de cómo había considerado necesario disparar al rehén que estaba intentando salvar. Madison dio un sorbo al café. Y, también, la inevitable sesión con un terapeuta, por supuesto.

Intentaba repasar todo lo que había ocurrido y centrarse en el siguiente paso, pero seguía volviendo a las heridas de bala del pecho del guardaespaldas. Llamó a Sorensen en busca del consuelo y la fiabilidad que ofrecen las pruebas físicas.

—Me han contado que apareciste en el condado de Whatcom —dijo Sorensen.

—Bueno, fue..., no sé bien qué fue, Amy, pero sí algo horrible. Me preguntaba si tenías novedades.

Cualquier otro día Sorensen le habría recordado a Madison que, si las hubiese tenido, la habría llamado, pero ese día no lo hizo.

—De vez en cuando echo una ojeada a la esquina y te juro que a veces me parece que el monitor trabaja más rápido por el mero hecho de estar observándolo. Sin embargo, la respuesta es que todavía no. Hemos recuperado una huella de Timothy Gilman (no es ninguna sorpresa para nadie), pero para el resto todavía falta tiempo.

—Gracias, Amy.

—Oye, me han dicho que tuviste que disparar a uno de los delincuentes.

—Sí, lo hice.

—Mi consejo es que hables con alguien. Incluso cuando creas que lo hiciste lo mejor que pudiste, y que fue el último recurso, no vas a parar de darle vueltas. Habla con alguien que haya pasado por lo mismo, alguien en quien confíes.

—Lo haré. Gracias por preocuparte.

No era momento de mencionar que la única persona que sabía con seguridad que había matado a otro ser humano era el rehén que había intentado salvar. Y Madison no estaba segura de qué grado de confianza había entre ella y John Cameron.

Se acabó el café y se vistió. Una de las consecuencias del tiroteo era que ahora estaba de baja hasta que la investigación de lo ocurrido en el condado de Whatcom hubiera concluido. A pesar de todo, la vista para la libertad provisional de Jerome McMullen tendría lugar al día siguiente.

Uno de los ayudantes del sheriff se había quedado con la Glock, y Madison recogió la cinta de la funda vacía y la dejó sobre la cómoda. Limpió, engrasó y probó su arma de repuesto, de calibre 38, y la enfundó en la pistolera de tobillo. Había visto morir a Peter Conway, pero su presencia había saturado el caso hasta tal punto que, si no hubiese visto al forense hacer sus comprobaciones y preguntarle por la hora de fallecimiento, dudaría de si había muerto de verdad.

El trayecto hasta Seward Park fue corto, gracias al escaso tráfico de mediodía. Le resultaba extraño volver a conducir su Honda después de todos esos kilómetros en la furgoneta. Dunne la había conducido de vuelta a Seattle y Madison fue consciente de repente de lo baja y cerca del suelo que se sentía.

Madison se fijó en que Nathan Quinn parecía haber dormido igual de poco que ella. Se preguntó si seguiría medicado y qué efecto habría tenido en él todo el asunto de Cameron.

Él la invitó a entrar y Madison casi sonrió; su mesa de comedor era una réplica exacta de la suya: llena de notas, recortes e informes que había recopilado Hollis, todo compitiendo con una gran caja de cartón por un hueco en la mesa.

No necesitaba decirle que había creído que no volvería a ver a Cameron, y ella no necesitaba oírlo. Se sentaron en la mesa y ella le contó lo ocurrido en aquel campo y en el avión. Cameron le contaría el resto.

Más allá del evidente y gran alivio, Quinn sentía algo más. Era otra confirmación de cuánto le habían consumido las últimas semanas el que Madison pudiera vislumbrar en él algo más que su cara de «oficial de la justicia».

—¿Va a tener problemas por haberle disparado? —le preguntó.

—Algunos, probablemente, pero no demasiados. El Departamento de Policía de Seattle no se puede permitir el lujo de darme una palmadita en la espalda por disparar a un rehén, pero la situación era la que era, y dudo mucho que Cameron me vaya a demandar.

—¿Puede identificar al hombre del traje?

—Sí. Todas las agencias federales, la DEA, el FBI y la BATF, están de pronto muy interesados en conocerme y charlar conmigo. Ya tengo citas para informarles, y estoy segura de que traerán muchas fotos para que las vea.

—¿Y qué hay de las pertenencias de Conway?

Madison se reclinó en la silla. Conway había sido la conexión viva más próxima que había tenido nunca con el hombre que lo había contratado, y ahora Conway estaba muerto.

—La gente del sheriff ha recogido tres móviles, cinco tarjetas de crédito, cuatro carnés de identidad y de conducir falsos y unos tres mil setecientos cincuenta dólares en efectivo, la mayoría ocultos dentro de la furgoneta. Ya está hecho el papeleo para que podamos trabajar con las pruebas desde aquí. Seguro que la gente del sheriff colaborará. McMullen tenía un buen móvil y medios para pagar por sus servicios. Ahí escondida en algún lado debe de haber una llamada de teléfono, una cuenta corriente, algún tipo de nexo con su cliente. Tendremos más datos hoy, un poco más tarde.

Madison se acordó de la máquina de Sorensen y se la imaginó trabajando su propia nube de números, día y noche, mientras, tictac a tictac, las huellas se iban separando.

—¿Le dijo Jack algo sobre Conway? ¿Sobre lo que ocurrió en el refugio?

—No, no hubo tiempo. Los médicos lo cogieron y se lo llevaron. Lo que tenía circulando por el cuerpo, era la principal fuente de preocupación hasta que descubrieron de qué se trataba. ¿Se lo dijo a usted?

—No, pero volverá a llamar en un par de horas, hablaremos entonces. —Quinn se levantó—. Voy a hacer café, si le apetece.

Madison asintió.

Quinn se detuvo, parecía incómodo, y puso una mano sobre la caja de cartón que había en la mesa.

—Quizá quiera ver lo que hay dentro. Antes de hoy y de lo del avión, antes del río Hoh y el

bosque y todo lo demás, existía un chico que era brillante y gracioso, insistente e increíblemente terco.

Quinn salió de la sala. Madison estudió la vieja caja y levantó la tapa con suavidad. Eran las cosas de David Quinn. Había visto su fotografía, había visto cada documento relacionado con su muerte, pero nunca había conocido cómo había sido «él». Oyó el grifo de la cocina. Nathan Quinn no le iba a agradecer haber salvado la vida de Cameron, porque cualquier palabra sería una recompensa insuficiente por lo que había hecho por él. En cambio, había compartido con ella todo lo que quedaba de su hermano. En ese momento, Madison se alegró de que Quinn no estuviese en la misma habitación.

Cogió el guante de béisbol: el olor a cuero era profundo y agradable. Había mucha vida en esa caja, sitios en los que había estado y cosas que había hecho.

Madison sacó un pequeño álbum de fotografías. Era de una fiesta de verano alrededor de una piscina, con el sol brillando en lo alto mientras el agua de la piscina captaba esos destellos en cada onda. El día, visto según los ojos de David. Madison fue pasando las páginas y vio al pequeño chico moreno tirándose de cabeza y supo quién era sin necesidad de preguntar. Y un grupo de niños haciendo el tonto alrededor de la cámara mientras un chaval algo mayor, con el pelo largo y una barba incipiente, los observaba. También las banderas y la tarta del 4 de julio. Y cada piedra y cada ardilla del jardín. Las fotos irradiaban una vida que irrumpía con fuerza y se imponía a la senda de muerte que habían traído los años posteriores.

Jerome McMullen miró en torno a su celda. Tenía muy pocas posesiones. Podría empaquetar todo en menos de diez minutos, que era, probablemente, todo el tiempo que el tribunal de la condicional necesitaría para decidir si le dejaban salir o no. Presintió que aquella pequeña celda no lo albergaría por mucho más tiempo, que su viaje espiritual continuaría en el exterior.

Hoy no había visto las noticias ni hablado una palabra con nadie. Quería mantener su mente completamente concentrada en una sola idea: libertad. Había trabajado mucho para asegurarse de que fuera real.

Carl Doyle, el ayudante de Nathan Quinn, había recibido la llamada y había hecho lo que se le pedía porque estaba seguro de que habría una buena razón. Siempre había una razón. Bajó en ascensor hasta la planta baja al mismo tiempo que el ascensor paralelo subía a la novena. Le habían pedido que se marchara a casa pronto, pero no lo hizo. En cambio, se sentó en uno de los lujosos sillones del vestíbulo. Estaba oscuro y por primera vez sintió miedo, como lo había sentido cuando era pequeño.

Nathan Quinn abrió la puerta de la biblioteca de Quinn, Locke y asociados, dejó su abrigo sobre la alargada mesa y apoyó su bastón contra una silla. Era gracioso que buscara el consuelo en los libros, cuando la ley que contenían le había desilusionado con anterioridad. Se sintió igual que el día en que su padre lo llamó para contarle que habían secuestrado a David. La misma angustia que si acabase de suceder. La fortaleza que necesitaba no podía comprarse con una licenciatura en leyes, eso ya lo sabía, y sus pensamientos volvieron al tiempo anterior a todo esto, cuando había creído posible que la justicia y la ley fuesen lo mismo. Se quedó ahí y rebuscó ese resquicio de fe que había sido enterrada hacía mucho tiempo. La buscó en honor a su padre y a su madre.

Escuchó unos pasos detrás de él y se dio la vuelta. Conrad Locke estaba en el umbral de la puerta con su elegante traje gris, igual que su cabello.

—Nathan, ¿cómo está John? ¿Ha vuelto ya?

Quinn estaba más demacrado que nunca.

—Ha vuelto, pero todavía no lo he visto.

—Gracias a Dios que está bien. —Locke entró en la biblioteca, con los ojos fijos en Quinn.

—No está bien, no estamos bien —dijo Quinn—. Hablamos por teléfono y me dijo que el hombre que lo había raptado le dijo quién era su cliente. Creyó que lo iban a matar y le dijo quién le había pagado para que lo secuestrara y para que matase a los hombres que lo secuestraron hace veinticinco años. Fue su último insulto, justo antes de que llegase el avión.

—¿Quién fue?

—Jack dijo que se encargaría él.

—Nathan...

—No lo pude detener.

—¿Cómo puedes estar seguro de que ese hombre lo sabía?

—Dijo que había hecho sus deberes —dijo Quinn—. Lo sabía.

Conrad Locke adelantó un paso.

—¿Dónde está Jack?

Madison no pudo encontrar al conserje de la casa de Ronald Gray. Corrió escaleras arriba y vio que la puerta de Ronald estaba como la había dejado, con el nuevo candado más brillante que los demás. Cuando se dio cuenta de que no tendría una llave, volvió al coche y cogió la palanca del

maletero. Un vecino se asomó cuando dio el primer golpe.

—Departamento de Policía de Seattle —dijo Madison, sosteniendo en alto la placa que colgaba de una cadena, sin mirar hacia atrás.

Le costó cinco minutos de trabajo ruidoso y fuerza bruta, pero, al final, la puerta cedió y Madison consiguió entrar.

El doctor Peterson la había llamado cuando estaba con Quinn, y la noticia del fallecimiento de Vincent le había provocado conmoción y tristeza en un día que iba sobrada de ambas. Después, Madison habló con la doctora Takemoto y ahora ahí estaba, con una palanca en la mano y haciendo un repaso a ese apartamento ordenado con premura.

Ronald Gray había vivido allí. Una vida tranquila entre un trabajo aburrido de oficina, un voluntariado como administrativo en el Instituto Walters y las visitas a su hermanastro. Visitándolo y hablando con Vincent. *Hablando con Vincent*.

Madison se quedó junto al umbral. Podía ver casi todo el apartamento desde ahí. Cuando Ronald se marchó de su casa, sabía con total seguridad que iba a morir, pero había retrasado su huida para asegurarse de que todas las conexiones con Vincent fueran destruidas y para asegurarse de que, si ocurría lo peor, alguien que supiera buscar en los lugares adecuados encontraría la medalla de David y el recorte con la foto del anuario.

Madison observó la habitación de arriba abajo: los muebles, el suelo, las paredes. Conway había estado aquí, y Madison sabía que no había encontrado lo que buscaba. Pero Ronald, que los había ayudado tanto en el arranque de la investigación, había hecho mucho más de lo que Conway pudo adivinar nunca.

El pequeño armario escobero parecía intacto, con unos pocos productos de limpieza doméstica, un bote de pintura blanca, una brocha y un rollo de papel pintado.

«Alquilamos los apartamentos amueblados y decorados, ¿sabe?». El conserje había sido muy claro al respecto. Madison se paseó por el dormitorio y la cocina antes de volver a la sala de estar. Ronald les había dejado un mensaje. Sus ojos repasaron cada grieta de esa sencilla sala hasta acabar delante de la estantería barata de Ikea.

Vincent nunca había estado en el apartamento. Si hubiera sido así, Madison habría esperado ver algo que no estaba ahí, porque las paredes estaban intactas. Vincent habría trazado sus largas y tortuosas líneas porque «el camino es la pared». Madison pasó los dedos por la superficie. Cuando llegó a la estantería, levantó la palanca y la colocó detrás de las baldas vacías.

Tras una disculpa mental al conserje, apoyó con fuerza la palanca hasta que un sonoro crujido le informó de que la masilla y los tornillos habían cedido para que pudiera apartar la estantería en el ángulo adecuado.

Había estado oculto tras los estantes. Madison sacó un par de guantes y la navaja del bolsillo trasero. Notó el cambio en el grosor del papel pintado de la pared y cortó por el filo. Era un cuadrado de un metro por un metro. Madison cortó el borde superior, como si se tratase de una tapa, y tiró hacia abajo. Se quedó mirando: unas hojas de cuaderno llenas de una caligrafía pequeña y cuidada habían sido pegadas a la pared, protegidas por una capa de papel pintado sin pegar. En la esquina inferior había un pequeño dispositivo de memoria. Ronald les había dejado un mensaje, Vincent les había mostrado «el camino».

Se puso a leer: «Si alguien lee esto..., mi nombre es..., el 28 de agosto de 1985...».

Habían pagado a la página una fotografía sacada de un periódico. Madison ya la conocía: fue la foto tomada justo después del funeral de David Quinn. Estaban la familia y los amigos alejándose de la tumba, retratados en el peor momento de sus vidas, y un joven John Cameron, con el brazo todavía en cabestrillo, atacaba al fotógrafo que se había entrometido en su

intimidad. A estas alturas, Madison ya conocía todos los rostros. Habían pasado a formar parte de su vida, como unos parientes lejanos. Ronald había rodeado con un círculo uno de esos rostros y Madison sabía por qué.

—Conocías a Timothy Gilman —le dijo Nathan Quinn a Conrad Locke.

—¿Quién?

—Fuiste el abogado defensor de Timothy Gilman cuando lo detuvieron por asalto junto con Leon Kendrick. Defendiste a los dos y conseguiste que desestimaran la acusación porque eres el mejor abogado que conozco.

—Quizá lo hice. No lo sé. ¿Te acuerdas tú de todos los casos que llevaste hace treinta años? ¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Yo sí me acordaría de Gilman. Fue él quien contrató a los otros para raptar a los chicos. Tú lo conociste cuando solo era un joven matón, mezquino y violento.

—No me acuerdo de él, Nathan, siento enormemente esta coincidencia, pero no lo sabíamos en aquel momento. Hasta mucho después, tú mismo desconocías que hubiese estado involucrado.

—Mi padre siempre dijo que tu mente era como la de un tiburón en el agua: no se detiene nunca y devora todo lo que se cruza en su camino. Si lo defendiste, está claro que recordaría todo sobre él, como, por ejemplo, el hecho de que le gustaba hacer daño a los niños pequeños.

—¿Qué te ha dicho Jack?

Quinn cogió un papel doblado del bolsillo interior y lo extendió sobre la mesa. Era una página amarillenta del *Seattle Times*. Sacó una fotografía del mismo bolsillo y la colocó junto a la página. Locke se acercó lentamente a mirar.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo mientras miraba a su alrededor hacia los vacíos despachos y pasillos.

—Le dije a Carl que hiciera marchar a todo el personal. Pensé que no nos deberían molestar.

Habían traspasado una línea: ambos se habían descubierto y ninguno de los dos podía dar marcha atrás.

—Quiero hablar con Jack —dijo Locke.

—Jack me preguntó si Bobby todavía trabaja en Harborview.

—¿Mi hijo Robert?

—Sí. No han hablado en muchos años y Jack me preguntó si Bobby seguía trabajando allí. Es cardiólogo, ¿verdad?

—¿Qué le has contado?

—Le dije que creo que sí, que Robert sigue en Harborview.

Conrad Locke sacó el móvil y marcó un número de marcación rápida. Salió el contestador.

—Robert, llámame en cuanto oigas esto.

Nathan Quinn se quedó mirando a su antiguo amigo.

Locke intentó marcar otro número, pero salió otro contestador. Dejó el mismo mensaje.

—¿Dónde está Robert? —preguntó.

La voz de Quinn sonaba calmada en aquella espaciosa sala, pero llevaba consigo años de un infierno lleno de rabia y pena.

—No lo vas a encontrar —dijo—. Puede que nunca lo encuentres. Jack tiene a Robert.

—Esto es una locura.

—Jack no está de humor para nada sensato hoy, y yo tampoco. ¿Has visto las fotografías de lo que le hizo a Harry Salinger?

—Sea lo que sea que creas que ocurrió, no puedes dar crédito a las palabras de un asesino.

—¿A quién te refieres? —Esto era lo más cerca que iban a estar nunca de enfrentarse el uno al otro en un juicio—. Esto —continuó Quinn— es un artículo sobre la investigación de la muerte de David. Es de primeros de septiembre. Y esta fotografía —Quinn la levantó para que la viera Locke— la sacó David aquel 4 de julio. En la foto sales tú. Debe de ser en algún lado dentro del bosque...

—¿Qué...?

—... y este hombre que hay junto a ti es el senador James Newberry. Encontraron su cuerpo la segunda semana de agosto. Y su foto en *The Seattle Times* junto a la de David.

—¿Con quién has hablado de todo esto?

—Solo que el senador llevaba en paradero desconocido desde finales de junio. Estaba a punto de declarar en un juicio de un caso de crimen organizado y corrupción laboral contra los acusados que *tú* defendías y en esa fecha, el 4 de julio, llevaba perdido una semana. Erais viejos conocidos. Tú conocías a todo el mundo. Debió de venir a ti aquel día porque sabía que seguramente estarías en la finca. En la investigación sobre su muerte declaraste bajo juramento que no lo habías visto desde finales de junio. Eso es perjurio, abogado. ¿Vino a pedirte ayuda, a que lo tranquilizaras? ¿Lo habías presentado a tus clientes?

—¿Con quién has hablado de todo esto?

—¿Le dijiste que todo iría bien? ¿Qué podía mentir en el banquillo? Y esa noche, después de la tarta en la piscina y los fuegos artificiales, ¿llamaste a tus clientes, todos buenos hombres de *familia*, y les dijiste dónde podían encontrarlo? ¿Cuánto los has ayudado todos estos años? Te sientas en comités, negocias acuerdos, haces tratos con todas las partes interesadas. ¿Cuánto cobraste por entregarles a Newberry?

—¿Con quién has...

—... hablado de todo esto? ¿Crees que puedo ir a la policía con esta historia? —Quinn sentía una energía audaz que se imponía a su sentido común—. ¿Yo? ¿El abogado que representa a John Cameron, supuesto asesino de nueve personas? Robert está en manos de Jack, Conrad. ¿Cómo demonios crees que va a terminar esto?

—Era una *guerra* —dijo Locke—. Tú no te enteras, con tu derecho mercantil, tus civilizados casos criminales, tus disputas sobre propiedad intelectual. No tienes ni idea de lo que tuve que hacer para ganar al menos en alguna ocasión a esos animales, y la única forma que hay de hacerlo es ayudar a otros animales de la misma calaña. No quieres pensar en eso cuando estás sentado en esta biblioteca con la mesa de caoba y los preciosos volúmenes. Tu hermano fue una víctima inocente en una guerra horrible, y ojalá que no hubiese estado ahí con esa maldita cámara, pero el hecho es que estaba. En cuanto volví a la casa, conseguí jalea a Robert y a los otros críos para que empujasen a David a la piscina, como si fuese una broma. Le compré una idéntica al día siguiente y pensé que ahí se acabaría todo. Estaba muy preocupado, porque era un regalo tuyo. Tú ya te habías marchado y nunca te lo contó. Pensé que estaba solucionado.

Quinn sostuvo la fotografía; era todo lo que podía ver.

—Pero yo ya había cambiado el carrete para entonces.

—¿Dónde está mi hijo?

—¿Llamaste a Gilman después de que encontraran el cuerpo de Newberry?

Locke no contestó. Ya no quedaba nada de la persona que había conocido Quinn.

—¿Pensaste que David lo podía reconocer por las fotografías del periódico? —preguntó Quinn.

Locke dio un paso hacia adelante.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando.

—¿Con gente como Conway?

Locke no retiró la mirada.

—Quiero que vuelva mi hijo.

—Y yo quiero que vuelva mi hermano, pero, al parecer, ninguno va a conseguir hoy lo que quiere.

—Nathan, tú puedes llamar a Jack para que suelte a Robert y ambos tendréis que vivir con esto. Si no lo haces, todas las cosas y todas las personas que te importan en este mundo serán reducidas a cenizas.

—Es una lista muy corta —dijo Quinn—. Tu gente no tardaría mucho.

—Conway no es el peor de ellos, ni de lejos.

Quinn miró alrededor. Contempló todo lo que había construido en los veinte últimos años.

—¿Por eso me pediste que me uniera a ti?

—Eres un abogado brillante y peligroso, hijo. Era mucho mejor para ti que estuvieras donde te pudiera tener controlado. Ahora, llama a Jack.

—Tu hijo morirá sabiendo qué tipo de hombre fue su padre. Y si esa es la única justicia que podemos conseguir, que así sea. ¿Tienes idea de lo que es capaz Cameron? Yo creí saberlo, pero no lo supe de verdad hasta que vi esas fotos. Al final también recibirás fotografías, estoy seguro. Algo para que te acuerdes de nosotros cuando Robert esté dentro del féretro, que es más de lo que tuvo nunca David. Dímelo a la cara, hijo de puta, le dijiste a Gilman que se asegurase de que la muerte de David pareciera un accidente, ¿verdad? ¿Verdad?

—¡Por supuesto que lo hice! No había otra forma: la fotografía de Newberry estaba por todas partes. Ni siquiera pudieron deshacerse del cuerpo debidamente. David era un chico brillante, al igual que tú. No creo que quieras que esto termine así.

—Sí —dijo Quinn—, sí quiero. —Sacó el móvil del bolsillo del abrigo y lo dejó sobre la mesa.

Conrad Locke se dio la vuelta y en el umbral de la puerta vio una versión más joven de él mismo: conmocionado, tenía los ojos abiertos como platos.

—Le pedí a la detective Madison que fuese a recoger a Robert al hospital —dijo Quinn—. Fueron a su casa y sacó su viejo anuario de séptimo curso. Tú rodeaste la foto de mi hermano. Le dijiste a Gilman que torturase a Jack o a Jimmy Sinclair para que David se pusiera nervioso y tuviera un episodio de arritmia. Tenías que asegurarte de que fuese lo suficientemente crudo como para que muriera. Cuando no sucedió, Gilman obligó a uno de los otros hombres a terminar el trabajo. Después de eso, su silencio estaría comprado. «No es nada personal, solo son negocios».

—Robert... —dijo Conrad Locke.

Madison había permanecido junto a Robert Locke en la penumbra de la oficina de Nathan Quinn durante la última media hora, y pensó que el hombre no sería capaz de soportarlo. Le habían ofrecido la posibilidad, después de que el anuario fuese descubierto, de ir allí y apoyar a su padre, a quien todavía creía completamente inocente o quedarse en casa y dejarlos a ellos hacer su trabajo.

Robert Locke había sido un insoportable niño mimado que había crecido y se había convertido en un hombre amable que había encontrado su camino arreglando corazones, y dijo que estaría allí para demostrarles a todos lo equivocados que estaban. Había permanecido allí de

pie junto a Madison, el teniente Fynn, Sarah Klein, de la Oficina del Fiscal, y John Cameron, a quien no había visto desde el instituto, mientras escuchaba cómo su vida daba un vuelco.

Y entonces, las oficinas se llenaron de gente: Spencer, Dunne y Kelly salieron del ascensor con dos agentes uniformados, y, tras ellos, Carl Doyle. Cameron se movió entre ellos sin llamar la atención y se situó junto a Quinn. Los detectives y los policías lo miraban con aprensión. Su mirada color ámbar estaba fija en Locke. Nathan Quinn se reclinó contra el borde de la larga mesa y vio cómo Spencer le leía los derechos a Conrad Locke, quien, ante todo, seguía siendo un abogado, y no abrió la boca.

Teniendo en cuenta el número de presentes, las oficinas de Quinn, Locke y asociados estaban muy tranquilas mientras se procedía con el arresto y se llevaban al sospechoso.

—Gracias por lo de antes, Carl —dijo Quinn.

Carl Doyle meneó la cabeza quitando importancia al asunto. Necesitaba hacer algo, organizar algo o archivar algo. Se sentía desolado.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —dijo.

—Nada. Ya me he cansado de estar aquí hoy.

A Madison le pareció que Quinn no podía soportar estar entre esas paredes ni un segundo más.

Apagaron las luces, cerraron la oficina y bajaron en el ascensor. Doyle se fue cuando llegaron a la calle. Madison, Quinn y Cameron bajaron hasta el aparcamiento subterráneo. Sus coches estaban entre los pocos que quedaban. Faltaban las declaraciones a la policía, las declaraciones juradas y la autenticación de los documentos dejados por Ronald Gray. La página del anuario tendría que ser oficialmente contrastada por Sorensen, y la grabación de la conversación con Locke formaría parte de las pruebas en el juicio. Pero todo eso era para más adelante. Incluso hablar de lo que acababa de pasar parecía demasiado. Quinn se quedó mirando fijamente a Madison.

—¿Le gustaría acompañarnos a tomar algo, detective?

Madison vio que, más allá de la clásica cortesía, Quinn estaba exhausto.

—Lo dejamos para otra vez —dijo—. ¿Cómo está el...? —dijo, señalando hacia el costado herido de Cameron.

Cameron se encogió de hombros, un gesto infantil que decía mucho de lo lejos que estaban todos de su habitual forma de ser.

Se despidieron y se metieron cada uno en su coche. Madison intentó dar sentido a las últimas horas, y Quinn y Cameron, a los veinticinco últimos años.

Madison condujo adormecida. Aparcó y se metió en el Husky Deli sin saber cómo. Compró una sopa de cebolla y un sándwich de pollo con anacardos. En casa, se sentó en el sofá con los pies sobre la mesita con la televisión en silencio. Quería hablar con Brown y con Rachel, pero, de algún modo, se sentía incapaz, todavía no. Los llamaría por la mañana.

Al único que llamó fue al detective Frakes, en Maryland.

—Tengo noticias...

Ronald Gray echó una ojeada a su desordenado apartamento. Había hecho todo lo que había podido; el olor acre de los fuegos era prueba de ello. Miró la estantería. Cinco veces en los veinte últimos años, cada vez que se había mudado de casa, había hecho lo mismo. Cuando empezó, ni siquiera existían los dispositivos de memoria. Al menos, cada vez se le daba mejor lo del papel de la pared.

Con cada carta que había escrito, las palabras habían cambiado un poco. A medida que se iba haciendo mayor, el paisaje de su vida y de su corazón había ido cambiando. No se sentía orgulloso de lo que estaba haciendo ni tampoco de lo que había hecho. Había comenzado siendo una forma de proteger a Vincent y a él mismo y había terminado tomándoselo como una misión.

«Hora de irse», pensó mientras cerraba la puerta. Tenía que coger un autobús.

Nathan Quinn se despertó en la oscuridad y supo, sin necesidad de mirar el reloj, que faltaba mucho para que amaneciese. Le había costado mucho dormirse, y, una vez dormido, el sueño había sido frágil, ligero.

Se levantó de la cama y fue caminando despacio a la planta baja. Cameron estaba sentado en uno de los sillones. Apenas habían hablado desde que volvieron a la casa, y ninguno de los dos había podido digerir ninguna comida. A Cameron el chófer lo había traído después de su viaje en el helicóptero-ambulancia, y se había encontrado con un mundo diferente. Desde entonces, las cosas se habían sucedido demasiado rápido como para poder asimilarlas.

Quinn se alegraba de ver que su amigo llevaba puesta una camiseta y un chándal y que no había salido a dar ninguno de sus paseos nocturnos. Había mucho de qué hablar.

—¿Te duele algo? —le preguntó Quinn. Se veía la venda del costado bajo el tejido de algodón.

Su amigo hizo un gesto negativo y se levantó.

—¿Una copa?

—Sí, me parece bien.

Cameron sirvió un *bourbon* doble para cada uno y luego, sin preguntar, se metió en la cocina, abrió el frigorífico y sacó una caja de huevos. Era hijo de su padre, pensó Quinn, y sacó dos platos mientras Cameron preparaba con manos ágiles seis huevos revueltos y los servía, dorados y jugosos.

Se los tomaron en la barra de desayunos, porque la mesa estaba cubierta de papeles, y ninguno mencionó las cosas que Quinn le había dicho a Locke sobre Jack. Era la verdad y no necesitaba explicación.

De vuelta a la cama, Nathan Quinn cerró los ojos, y le vino una música, como a menudo ocurría cuando estaba a punto de quedarse dormido, y, por primera vez desde aquella noche en el bosque, supo que era la voz de Madison, acunando al niño por un lado y poniendo su mano en la de ella a través de los barrotes de la jaula de Salinger. *Blackbird*.

El silencio que había comenzado en las oficinas de Quinn, Locke y asociados se coló en cada hueco de sus siguientes días. Madison habló con Brown y con Rachel, los dos pilares que sustentaban su vida, pero no leyó ningún periódico, y se mantuvo circunspecta y poco habladora excepto en las obligatorias reuniones e informes.

Fue a la playa a correr, limpió la casa, cocinó comida casera. Las heridas de bala y el rostro del guardaespaldas en aquel campo volvían a su memoria cada cierto tiempo, y lo aceptaba. A veces se despertaba en mitad de la noche, otras dormía de un tirón. No habló con Quinn ni con Cameron, pero no estaban lejos de sus pensamientos.

Era una mañana luminosa de febrero y el cielo era una capa plateada brillante. Madison caminó por el desvencijado embarcadero situado al final de la playa de guijarros a la que daba su jardín y dejó caer el kayak en el agua. Llevaba puesto su chaleco salvavidas y no iba armada.

Remó hasta Three Tree Point y casi se imaginó ver a una Rachel de catorce años remando hacia ella. Al cabo de un rato, se detuvo y se echó hacia atrás todo lo que pudo. Unas pocas gaviotas parecían atareadas por la tarde, pero por lo demás, todo estaba en silencio. Tras su insensibilidad inicial, volvían hacia ella los sentimientos igual que la sangre a sus extremidades. Con algunos podía vivir, otros la confundían y con otros tendría que encontrar una forma definitiva de admitirlos, o de lo contrario le harían daño, como un hueso roto que se deja sin cuidar. Los buenos amigos, una buena comida y Billy Wilder podían ayudarla solo hasta cierto punto, así que Madison tomó una decisión. Remó durante tres horas y al terminar se sintió deliciosamente agotada.

La llamada llegó mientras se secaba después de la ducha.

—No me querrán para los SWAT, pero en Homicidios podré estar.

Brown.

—Sargento, eso es...

—Lo sé, yo igual. Volveré a comisaría en cuanto esté finalizado el papeleo.

—Mientras esté de baja, tendrás que lidiar con Kelly.

—Me basta con un pequeño rayo de esperanza.

Al día siguiente por la mañana, el doctor Stanley F. Robinson tomó el ascensor para llegar a su despacho. Cuando las puertas se abrieron, Alice Madison se levantó del suelo enmoquetado donde había estado sentada con la espalda apoyada en la pared, esperándolo. Se sentía como si le estuviera pidiendo una cita.

—Me dijo que podía venir a ver las vistas.

—Eso dije, en efecto —respondió él, calmado—. ¿Qué tal ha ido la semana?

Aquel día por la tarde, Madison condujo de vuelta a su casa, dejó el arma de repuesto y la funda y caminó hasta la casa de Rachel. La puerta estaba decorada con globos con el número siete.

—Está en el jardín —dijo Rachel mientras le daba un fuerte abrazo—. Me alegro mucho de

que estés aquí.

La casa estaba llena de niños y adultos, la mayoría de los cuales Madison ya conocía.

—Le voy a decir que venga —dijo Rachel.

—No, no lo hagas. Lo veré cuando entre.

Tommy cumplía siete años. Podía cumplirlos porque la valentía de un hombre había vencido a la locura de otro. Se quedó mirando al chico mientras corría, jugaba y chillaba de puro placer. Cuando vio a Madison la saludó con la mano, y ella le devolvió el saludo.

Aquella noche, Madison durmió sin interrupción.

Conrad Locke no consiguió la libertad provisional; suponía un grave riesgo de huida y tenía los medios económicos para desaparecer. Todas las agencias y autoridades policiales querían hablar con él, y Madison esperaba que no le concediesen inmunidad por su declaración contra sus numerosos clientes. Había muchos por ahí sueltos, gente con habilidades similares a las de Cameron, que estarían siguiendo muy de cerca el desarrollo del juicio.

Henry Sullivan, arrestado en el motel Silver Pines, y el cómplice de Conway que había sobrevivido al ataque de Cameron serían acusados de una serie de delitos graves, y nunca volverían a estar en libertad.

Jerome McMullen consiguió la condicional y se pasó todo el periodo de prueba de voluntario en causas benéficas en el condado de King. Luego montó su propia organización de apoyo para expresidiarios.

Nathan Quinn se ajustó el nudo de la corbata. Se había afeitado la barba incipiente y volvía a llevar el pelo tan corto como en diciembre. Ya no se fijaba en las cicatrices. Si otra gente lo hacía, era su problema.

Habían pasado unas cuantas semanas desde que Conrad Locke fuera arrestado, y tuvo que ir asumiendo que nada volvería a ser lo mismo. Jack había pasado mucho tiempo en su barco, que había estado amarrado en Poulsbo mientras estuvo en prisión. Habían hablado sobre algunas cosas. Sobre otras, probablemente, nunca lo harían. Era suficiente, era un comienzo.

Quinn no sabía qué habría quedado en Cameron de las horas que estuvo tan cerca de la muerte. Jack parecía absorber todo y, de algún modo, entenderlo y asimilarlo al igual que una roca asimila el clima. No obstante, el tiempo que estaba disfrutando en el barco, navegando alrededor de las islas San Juan, debía de ser seguramente un tiempo de reflexión, de encontrar el equilibrio después de un desorientador momento de vulnerabilidad. Eso era lo que cualquiera habría hecho, pero Quinn fue consciente, una vez más, de que el engranaje interior de la mente de su amigo era territorio desconocido y que era uno de los placeres retorcidos de la vida que este hombre, que era para él como un hermano, fuese tan difícil de entender.

Cuando le dijo a Cameron lo que había decidido, su amigo había sonreído.

—Entiendes lo que esto implica, ¿no? —continuó Quinn—. Nunca podré volver a defenderte como abogado.

—Lo sé, pero es donde tendrías que haber estado siempre —dijo Cameron.

—No habrá más confidencialidad cliente-abogado, Jack.

—Tendremos que tomar las cosas según vengán. ¿Cuándo empiezas?

—En junio.

—Bien. Cuanto antes, mejor.

Y eso fue todo lo que hablaron entre ellos de aquel asunto.

El funeral de David Quinn tuvo lugar bajo una fina llovizna una tarde de marzo de cielo inestable

que dejaba pasar algunos rayos de sol. El rabino Stien habló de un niño que había sido una luz para todos los que lo habían conocido, y habló de esperanza. Solo había cuatro personas presentes: Nathan Quinn, John Cameron, Alice Madison y Carl Doyle. Fue una ceremonia breve, al final de la cual Quinn colocó la brújula de su padre sobre el ataúd de David y dejó la mano allí durante un momento. John Cameron se mantuvo a su lado.

Madison se quedó un poco rezagada y pensó en el guante de béisbol y la sudadera de los Sonics, en las conchas y en la caja de cartón. Cuando el rabino Stien abrazó a Quinn, tuvo que apartar la mirada.

Alrededor de ellos, el cementerio se veía de un verde profundo y exuberante mientras avanzaban en silencio. Ninguno de ellos se fijó en un fotógrafo con una lente de largo alcance.

Andrew Riley, con el corazón desbocado, tomó veinte fotografías en cuestión de segundos, volvió a su coche y se marchó. Una de ellas podría ser vendida por su agencia y sería titular al día siguiente. Algunas podrían aparecer cerca de la de fotografía de veinticinco años antes. Era una victoria dulce para Riley, y lo ayudaría a poder mudarse de su pequeño estudio. Esta, pensó con ojo profesional, posiblemente no era tan dramática como la antigua, pero sí infinitamente más interesante: «Nathan Quinn, el abogado hermano de la víctima, flanqueado por un asesino a un lado y una detective al otro».

Tras el funeral, todos a excepción de Doyle volvieron a The Rock, donde el chef Donny O'Keefe había dado el día libre al resto del personal y por una vez disfrutó de llevar él solo la cocina.

Madison salió a tomar una bocanada de aire fresco a la terraza. El punzante olor a salitre se sentía en la brisa y en el amplio cielo sobre el agua.

Se volvió y vio a Cameron. No habían estado a solas desde lo del condado de Whatcom.

—Hay algo que quería preguntarle, detective —dijo.

—Adelante.

—Aquella noche, no me iba a dejar subir vivo a aquel avión, ¿verdad?

—No —dijo ella—. No iba a dejar que se lo llevaran vivo. Si no hubiera habido otra posibilidad...

No necesitaba terminar la frase.

—Sabía que no lo haría. —Cameron se apoyó en la barandilla.

—¿Por qué confió en mí?

—Porque sabía que no podría volver y decirle a Nathan que me habían perdido.

«Y así era», pensó Madison. Se alegró de que Cameron no dijese nada más.

En el desierto restaurante, con los tres alrededor de la mesa, Madison les contó que el artilugio de Amy Sorensen había conseguido separar las huellas solapadas del recorte de papel, pero no había ninguna de Conrad Locke. Era una prueba que no iban a poder utilizar. A pesar de ello, Madison seguía creyendo que cada contacto deja una huella, incluso si no es la huella que esperan. Al final, Locard siempre gana. Por encima de máquinas, de programas y de análisis de huellas.

—Vincent Foley —dijo ella— fue depositario del mensaje que su hermano le había

entrenado a guardar, palabra por palabra, aunque no entendiese lo que significaba.

—Vincent Foley —repitió Cameron.

Todos sus fantasmas tenían ahora nombre. Las vidas de estos hombres se habían desarrollado alrededor de aquel único suceso, como las perlas alrededor de un pedazo de concha, y Madison podía notar que incluso el aire que respiraban les resultaba distinto.

—¿Cuándo vuelve al trabajo? —preguntó a Quinn.

—No voy a volver —contestó él—. Los socios más jóvenes van a asumir el mando y van a cambiar el nombre del bufete. Me han ofrecido el puesto de consejero especial del fiscal del estado de Washington, y he aceptado.

—¿Vuelve a la fiscalía?

El reloj había retrocedido veinte años y la amistad de esos hombres iba a ponerse a prueba.

Justo entonces, O'Keefe volvió de la cocina con bebidas y café.

—Como no sabemos cuándo van a volver a estar ustedes juntos, creo que deberíamos jugar una partida ahora y pasar así la noche.

—Voy a viajar un poco —le dijo Cameron a Madison.

—¿Negocios o placer? —le preguntó Madison.

—Un poco de ambas cosas.

«California», pensó Madison y su mirada se cruzó con la de Quinn. Su amistad iba a ponerse a prueba antes de lo esperado.

O'Keefe había preparado la mesa y traído una baraja de cartas.

—Yo no juego —dijo Madison.

—Puede que no lo haga, pero desde luego que sabe hacerlo —dijo Cameron.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Tiene alguna importancia?

Un dólar de plata apareció de entre los rápidos y ágiles dedos del cocinero.

—Si sale cara, juega; si sale cruz, no.

—Quédese a jugar, detective —dijo Quinn—. Solo por esta vez.

Madison se dio la vuelta en el preciso instante en que la moneda era lanzada y giraba sobre sí misma, suspendida en el aire.